

TIFFANY CALLIGARIS

Witches

LAZOS DE MAGIA

CROSS
BOOKS

Índice

[PORTADA](#)

[DEDICATORIA](#)

[PRIMER ENCUENTRO](#)

[LAS HERMANAS WESTWOOD](#)

[DÍA DE LLUVIA](#)

[DOS GATOS NEGROS](#)

[JUGANDO CON FUEGO](#)

[HALLOWEEN](#)

[DÍA DE LOS MUERTOS](#)

[UN ESPÍRITU PASAJERO](#)

[MALLEUS MALEFICARUM](#)

[TORMENTA DE AMOR](#)

[EL ATAÚD ROJO](#)

[LUNA LLENA](#)

[SÍNTOMAS](#)

[KAILO](#)

[MAGIA](#)

[LA CHICA DEL RETRATO](#)

[GRIMORIO](#)

[SALEM, 1692](#)

[BRUJAS](#)

[EL LADO OSCURO DEL HIELO](#)

[EL CLUB DEL GRIM](#)

[VACACIONES](#)

[CRÉDITOS](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



A mis padres, Lis y Elvio, y a mi hermano Anthony, por su cariño y apoyo incondicional.

A Joaquín, por incentivar me siempre a dar lo mejor y por acompañarme en este camino.

A Shiku, por alegrar cada uno de mis días.

A mis lectores, los que me acompañan desde Lesath y los que se suman ahora. Sin vosotros no estaría empezando esta nueva aventura.

PRIMER ENCUENTRO



La alarma sonó por tercera vez y finalmente decidí levantarme. Estiré el brazo hacia la mesita de noche y apagué el móvil, librándome del tortuoso sonido que indicaba que era hora de abandonar mi sueño. La habitación me resultaba poco familiar; después de todo, me había mudado el día anterior. Había cajas en el suelo y ropa desordenada por todas partes. Era más pequeña que la de mi casa, pero era mejor que vivir en la universidad. Era mi segundo año en la Universidad Van Tassel, en Boston, Massachusetts, y habíamos alquilado un pequeño apartamento con mi mejor amiga, Lucy Darlin.

Me costó salir de la cama, pero finalmente logré hacerlo; no quería llegar tarde el primer día. Con los ojos entornados caminé hasta el baño; allí también reinaba el desorden y mis cosas se habían mezclado con las de Lucy.

Al mirarme en el espejo una chica me devolvió la mirada. Su pelo lacio era oscuro, casi negro, y caía despeinado por encima de sus hombros hasta la mitad de la espalda. Sus ojos azul celeste encontraron los míos. Su rostro era femenino y me resultaba familiar. Observé mi reflejo unos segundos más, me lavé la cara y me peiné. De no haberlo pensado con anterioridad no sabría cómo vestirme, pero por fortuna había pasado la noche anterior decidiendo qué ropa me pondría. Eso siempre me ahorra tiempo por las mañanas.

No había deshecho la maleta, pero había separado unos tejanos, un jersey y una chaqueta negra. En la silla frente al escritorio aguardaba mi bolso. Mi perfecto bolso azul que me habían regalado cuando cumplí veinte años, hacía solo unas semanas.

Oí el sonido de la licuadora y el dulce aroma a gofres recién hechos, indicio de que Lucy estaba despierta y preparando el desayuno. Tenía el presentimiento de que me encantaría vivir con ella; no solo era una gran cocinera, sino que a ambas nos gustaba la misma comida. Especialmente los gofres.

Yo, por el contrario, no era capaz de cocinar algo sin quemarlo o estropearlo de alguna manera.

El departamento era cómodo y lo suficientemente espacioso para

nosotras: dos habitaciones, un baño y un salón-cocina.

Lucy Darlin, mi mejor amiga desde los seis años, estaba saboreando su desayuno. Llevaba su hermoso pelo rojo cobrizo recogido en una coleta, como de costumbre. Era un mes menor que yo, aunque aparentaba ser más joven; debido quizá a cierta inocencia en su rostro y a que era muy menuda.

—He hecho gofres —anunció satisfecha.

—Los he olido desde mi habitación —respondí con una sonrisa—. No me importaría desayunarlos cada día.

Me pasó un plato y ambas nos sentamos a la mesa.

—¿Crees que deberíamos invitar a Marcus? —preguntó Lucy.

Pude ver el leve rubor en sus mejillas mientras hacía esa pregunta. Era fácil notarlo en su piel pálida.

—Si se entera de lo de los gofres, estará aquí todas las mañanas —respondí.

Habíamos conocido a Marcus Delan en primero. Estudiaba diseño gráfico, al igual que yo, y había compartido muchas clases con Lucy, a pesar de que ella estudiaba biología. Ambas carreras tenían algunas materias en común los primeros cursos.

Marcus era el tipo de chico que había salido con un montón de chicas. Por alguna razón no me veía a mí de esa manera y nos habíamos convertido en buenos amigos. Probablemente se debía a que teníamos una relación fácil y divertida. ¿Por qué estropear algo así cuando Marcus no lograba salir con una misma persona más de unas semanas? Además, yo no tenía ese tipo de sentimientos hacia él.

—Va a descubrirlo tarde o temprano —dijo Lucy.

Tenía la sospecha de que a ella le gustaba, aunque no había logrado que lo admitiera. Los tres pasábamos mucho tiempo juntos y no era coincidencia que Marcus hubiera alquilado el apartamento que estaba justo frente al nuestro. Solo nos separaba un pasillo. Al terminar el desayuno, ayudé a Lucy a limpiarlo todo y nos preparamos para salir. Le di una última mirada al espejo para asegurarme de que todo estaba en orden. Ese día tenía que encontrarme con mi novio, a quien no había visto desde el comienzo de las vacaciones. Y no era solo por eso, pero tenía una sensación rara. Como si algo inesperado fuera a suceder. La ansiedad se había apoderado de mí desde el día anterior sin explicación alguna.

Tomé mis cosas y seguí a Lucy a la calle. Tras cerrar la puerta, me dio una de las llaves, y me reí al ver el llavero: la lechuza blanca de los libros de

Harry Potter con un sobre en el pico. Lucy tenía fascinación por los libros de fantasía.

—Madison Ashford y Lucy Darlin —dijo una voz a mi espalda—. Mis nuevas vecinas.

Me volví sonriendo. Reconocía esa voz.

Marcus Delan estaba allí observándonos. Su pelo castaño era un gran enredo, como si no se hubiera peinado desde hacía días, tenía algunas pecas en la nariz y ojos marrones. Era guapo, pero no de manera obvia; había algo en su sonrisa que lo hacía atractivo, y su carisma era gran parte de su encanto.

—¿Qué tal el verano? —le pregunté mientras le daba un abrazo.

—Genial: videojuegos, pizza, bares... ¿Qué más se puede pedir? —respondió.

Hice un gesto con la cabeza simulando desaprobación. No me extrañaba en absoluto que hubiera pasado sus vacaciones así.

—¿Qué hay de ti, Ashford? —quiso saber.

—Estuvo bien. Fui a esquiar con mi familia —respondí—. Logré hacerlo sin caerme ni una sola vez.

Algo de lo que me sentía orgullosa, ya que siempre estaba por los suelos.

Marcus me ofreció la palma de su mano en alto y la choqué con la mía.

—¿Y a ti, Lucy? ¿Qué tal te ha ido? —le preguntó.

La estrechó contra su pecho levantándola del suelo. Era una costumbre que había adquirido el año pasado. Le gustaba levantarla debido a su pequeño tamaño. No debía de pesarle nada.

—Entretenido —respondió Lucy.

Se había sonrojado de nuevo, pero Marcus no pareció notarlo; a decir verdad, nunca lo notaba. Bajó a Lucy y se volvió hacia la puerta de su apartamento para cerrarla. Me acerqué para echar un vistazo al interior, pero puso un brazo delante de mí, impidiéndolo.

—No te imaginas el desastre que hay ahí dentro —dijo.

—Llegaste ayer. ¿Qué tiene eso de extraño? —pregunté sorprendida.

Solo mirándole el rostro supe la respuesta. Marcus no era exactamente ordenado.

—Mis padres pasarán a despedirse más tarde. Necesito que me ayudéis a ordenar y comprar algunas cosas después de clase. —Hizo una pausa y nos miró con una sonrisa expectante—. Por favor...

Aguardé antes de responder. No me importaba ayudarlo, pero no quería que se volviera una costumbre. Tendría que dejarle claro que lo ayudaríamos

a limpiar solo esta vez. Ya teníamos suficiente trabajo con limpiar nuestro propio apartamento...

—¡Por supuesto! —respondió Lucy—. Nosotras también tenemos que comprar cosas. Puedo hornear unas galletas mientras Madi limpia, así podrás hacer una bonita despedida para ellos.

Miré a Lucy horrorizada. ¿Cómo se le había ocurrido decir que limpiara yo sola?

—Sois las mejores —dijo Marcus poniendo un brazo alrededor de cada una de nosotras.

—Solo por esta vez —me apresuré a decir—. No vamos a ayudarte a limpiar todas las semanas.

—Claro que no —respondió.

La expresión en su rostro me decía que no se estaba tomando en serio mis palabras.

—No lo haremos, Marcus —le aseguré—. ¡Es en serio! —Asintió con la cabeza y supe que sería en vano discutir con él.

La Universidad Van Tassel estaba a unas cuantas calles de distancia. Habíamos buscado un lugar cerca para poder ir andando hasta allí, y en los alrededores también había unas galerías comerciales y un mercado. Era la ubicación perfecta.

Había crecido en Nueva York y mi familia vivía allí; sin embargo, debía admitir que Boston me gustaba más. Tenía más espacios verdes y no me sentía ahogada como en la ciudad.

Echaba de menos a mi familia. Me había acostumbrado a no verlos todos los días el año pasado. Era lo normal que en primero viviéramos en el campus de la universidad para poder integrarnos mejor, pero no en segundo. Lucy y yo habíamos estado fantaseando con vivir juntas desde hacía meses.

Todavía quedaba mucho por hacer: arreglar las habitaciones y, en especial, terminar de decorar el lugar para tener una sensación más hogareña. La habitación de Lucy era lila y la mía celeste; las paredes estaban vacías, sin nada que las adornara. Teníamos que comprar cuadros o pósters para darles una impronta más personal.

Levanté la mirada. En la esquina siguiente se hizo visible un gran edificio. Tenía cierto estilo gótico que lo diferenciaba de los demás, con las puertas y ventanas en forma de arco y una alta torre con un reloj. No parecía tan antiguo como realmente era, ya que estaba muy bien conservado. Por dentro era más moderno de lo que aparentaba por fuera. El escudo de la

Universidad Van Tassel se hizo visible: la V y la T en el centro y un cisne en cada extremo.

A medida que nos acercábamos, comencé a ver rostros familiares entre la multitud, chicos con quienes había compartido clases el curso pasado o me había cruzado en los pasillos. Era agradable estar de vuelta. Me gustaba mi vida allí.

Habíamos llegado temprano, por lo que fuimos directamente a la cafetería. Me agradaba tomar algo caliente por la mañana, y por la expresión de Marcus era seguro que no había comido nada desde la noche anterior. Probablemente ni siquiera había comido en su frigorífico.

Una chica se acercó a nosotros y nos saludó de manera amistosa. O mejor dicho, nos dio la bienvenida a Lucy y a mí con una sonrisa y miró a Marcus de manera cordial y distante.

Marcus había salido con Katelyn Spence, pero las cosas no habían terminado bien. Probablemente porque Katelyn empezó a referirse a él como su novio.

Era agradable aunque podía volverse agobiante. No conocía a nadie que tuviera mejores notas que ella, lo que se reflejaba en su aspecto sofisticado, siempre con una cinta en su hermosa cabellera rubia. Una cinta que usualmente combinaba con una chaqueta. Lo que me hacía pensar que tenía cintas y chaquetas de todos los colores. Una vez intentamos contarlos con Lucy y no lo conseguimos.

—Tenemos la primera clase juntos: Historia del Arte con Sarah Tacher —nos informó Katelyn—. ¿Alguno ha empezado a leer el libro?

Marcus y yo negamos con la cabeza.

—Leí las primeras páginas ayer por la noche —respondió Lucy.

La noche anterior la había visto leyendo un libro en el sofá, pero estaba segura de que no era algo que tuviera que ver con el arte ya que tenía un vampiro en la tapa.

Katelyn nos miró horrorizada, como si fuera inconcebible ir a una clase sin antes haber leído algo de la asignatura.

—Os veré luego —dijo despidiéndose.

Esperé hasta que se hubo alejado lo suficiente y me volví hacia Lucy:

—No sabía que estudiaríamos algo relacionado con los vampiros en Historia del Arte —dije.

—No quiero dar una impresión equivocada —respondió en tono defensivo.

—¿Y esa sería...? —la interrogó Marcus.

Ambas lo miramos.

—Lucy y yo tenemos buenas notas. Ayer no nos dio tiempo a leer nada porque estuvimos ocupadas con la mudanza —repliqué.

Lucy asintió.

—Y los vampiros son criaturas intelectuales y sofisticadas —agregó.

Los tres intercambiamos miradas y nos reímos. Me gustaban los vampiros, especialmente los de Anne Rice.

Marcus y Lucy se marcharon en dirección al aula, yo tenía que pasar por administración a dejar unos formularios. La oficina quedaba en el otro extremo de la universidad, pero me las ingenié para ir y regresar rápido.

Miré el reloj: todavía tenía cinco minutos antes de que la clase comenzara.

Había pocas personas en los pasillos, por lo que la mayoría ya debía de estar en las aulas. Una chica pasó corriendo a mi lado y chocó con los libros contra mi hombro. Me di la vuelta para mirarla y me pidió disculpas mientras continuaba corriendo.

Me llevé la mano al hombro y luego me volví. Y esta vez fui yo quien chocó contra alguien. Levanté la mirada para disculparme y las palabras me abandonaron. El chico que tenía frente a mí era... como salido de un sueño.

Sus ojos azules encontraron los míos y contemplé su rostro, maravillada. El pelo claro, del color de la arena, tupido y algo ondulado, le llegaba casi hasta los hombros. Y había algo tan sensual en la forma de sus labios que resultaba inquietante. Intenté decir algo, pero fue como si me hubiera olvidado de hablar. Su mirada se volvió más intensa. Parecía estar estudiando cada detalle de mí, de la misma manera que yo lo estaba estudiando a él. Un fuerte estampido sonó sobre nosotros arrancándome de mi trance. Miré hacia arriba al mismo tiempo que pequeños trozos de cristal caían sobre mi cabeza. El pasillo se volvió más oscuro. Una de las bombillas del techo había estallado.

—¿Estás bien?

Asentí mientras me quitaba los trozos de cristal del pelo. No tenía idea de lo que había pasado. Él tendió una mano hacia mí para ayudarme y nuestros ojos se encontraron de nuevo. No recordaba haber visto ojos de aquel color, un azul tan tempestuoso e intenso. Eran como el cielo antes de una tormenta. Su mano rozó mi rostro con una sutil caricia y el resto de las bombillas del pasillo estallaron al mismo tiempo. Me cubrí con los brazos instintivamente.

Podía sentir los pedacitos de vidrio sobre la piel y los restos chocando contra el suelo.

—¿Qué está sucediendo?! —grité.

Cuando el ruido se detuvo abrí los ojos. El corazón me latía de forma acelerada contra el pecho. Estábamos a oscuras, pero podía ver su silueta a mi lado.

—¿Te has cortado? —me preguntó.

—No, no creo —respondí—. ¿Y tú? —Se puso de pie y me cogió de la chaqueta ayudándome a levantarme. Era extraño estar en la oscuridad con sus manos alrededor de mi cintura. Me sentía atraída hacia él. Y por alguna razón deseé que me hiciera dar la vuelta y me besara. Era un deseo caprichoso e irracional. Un impulso sin explicación. Permanecimos así durante unos momentos. Rodeados por silencio y oscuridad.

—Iré a buscar a alguien de mantenimiento.

Tras estas palabras, me soltó y se alejó.

—Espera... —No lo hizo. Repasé todo lo que había sucedido en mi cabeza. Era irreal. En un momento caminaba por el pasillo y al siguiente me encontraba perdida en sus ojos mientras una lluvia de pequeños cristales caía sobre nuestras cabezas.

¿Quién era? ¿Qué había sucedido? ¿Y por qué me encontraba en un pasillo sin luz? Seguí caminando en dirección al aula donde tenía mi primera clase. Di un par de vueltas algo desorientada, aún con la cabeza puesta en el extraño incidente.

Cuando logré encontrar el aula, me detuve al ver quién estaba de pie frente a la puerta. Derek Collins, mi novio.

LAS HERMANAS WESTWOOD



—¡Madison! —Derek vino hacia mí con una gran sonrisa en el rostro. Antes de que siquiera pudiera reaccionar me encontraba en sus brazos y me estaba saludando con un beso. Eso terminó de romper el trance en el que estaba sumida, trayéndome a la realidad como un baño de agua fría.

—Derek —dije devolviéndole el abrazo.

Me separó un poco de él para poder verme bien. Siempre me habían gustado sus ojos verdes, pero en ese momento fue como si les faltara algo.

—Te he echado de menos durante las vacaciones —dijo—. Estás preciosa.

—Yo también te he echado de menos. Ayer terminamos tan tarde que me quedé dormida. Iba a llamarte.

—Es bueno saber que mi novia tiene su propio apartamento —dijo besándome de nuevo—. Yo comencé a buscar demasiado tarde y ya estaba todo alquilado. Me quedaré en la universidad. Me han dado la misma habitación que el año pasado.

—Puedes venir cuando quieras —lo invité sonriéndole.

Derek tomó mi mano y me llevó dentro del aula. Buscamos a Lucy y a Marcus y nos sentamos junto a ellos; habían conseguido un buen lugar en una de las esquinas.

Apoyé mi cartera sobre la mesa y me senté junto a Lucy mientras Derek se sentaba al otro lado. Estaba contenta de verlo; sin embargo, la escena en aquel pasillo continuaba repitiéndose en mi cabeza como una película.

Derek y yo habíamos empezado a salir hacía unos meses. Había cierto encanto en él que me había gustado desde un principio. Y no era solo porque fuera guapo, también era gracioso y tenía buen carácter.

—¿Creéis que Katelyn seguirá enfadada conmigo? —preguntó Marcus.

Lucy y yo nos miramos.

—Probablemente —respondimos al unísono.

—Es una lástima —dijo mirándola.

Katelyn estaba sentada en primera fila con su ordenador portátil abierto

frente a ella. Era raro que alguien se sentara a su lado, ya que sus cosas ocupaban al menos dos lugares más.

Lucy la miró pensativa y me pregunté si tenía algo que ver con el hecho de que a Marcus le gustara.

Estaba a punto de decir algo para distraerla cuando la mayoría de los chicos de nuestro alrededor se volvieron hacia la puerta y comenzaron a murmurar. Debía de ser la profesora. Abrí mi cartera y saqué un cuaderno. Prefería tomar los apuntes a mano, ya que era lenta tecleando y solía perderme a menudo.

—Pensándolo bien, Katelyn es cosa del pasado —decidió Marcus.

Seguí sus ojos hacia la puerta. Dos chicas a las que no había visto antes estaban allí de pie, buscando qué sitios estaban libres. Comprendí por qué todas las miradas se dirigían a ellas. Eran muy llamativas. Una tenía un largo cabello lacio que caía con algo de movimiento en las puntas, el tipo de efecto que solo se logra con un secador de pelo. Vi una mecha de color lila escondida entre su cabello castaño. Sus ojos marrones tenían una forma almendrada y estaban perfectamente delineados. Y su ropa era bastante reveladora: llevaba tejanos ajustados, una breve camiseta negra y una chaqueta blanca entallada. Era muy guapa y todos los chicos la estaban observando.

La chica que había a su lado tenía unas facciones parecidas aunque a la vez era muy diferente. Su melena rubia le caía en perfectas ondas, que parecían naturales, enmarcando su cara. Un mechón de pelo rosa resaltaba en uno de sus rizos. Sus ojos también tenían forma almendrada, pero eran azules en vez de marrones. Su maquillaje era más suave y su atuendo más glamuroso: un vestido, un jersey celeste y botines.

—No estoy seguro de con cuál de las dos quiero salir primero.

—Marcus... —dije como reprendiéndolo. Lucy devolvió la mirada a sus libros.

—La de pelo rubio con el mechón rosa es bonita —dijo ella como quien no quiere la cosa.

Su expresión era algo triste; la conocía a pesar de que era buena disimulándolo. Además, Marcus estaba ocupado mirando a las chicas nuevas.

—Sí, pero la del mechón lila es muy guapa, parece una modelo o algo así —respondió.

—Coincido del todo con Marcus —señaló Derek, y luego se volvió hacia mí—: Aunque tú eres definitivamente más guapa.

—Definitivamente —respondí mirándolo y reprimiendo una risa.

Finalmente se sentaron en la fila delante de la nuestra. Las chicas que estaban detrás de mí murmuraban sobre ellas. Al parecer, también querían hacerse mechas lila.

La profesora entró en el aula haciendo que todos guardaran silencio. Se acomodó en su escritorio y, tras presentarse como Sarah Tacher y hacer una introducción de lo que veríamos en la asignatura, sacó una lista.

—Madison Rose Ashford.

Levanté la mano, sobresaltada al oír mi nombre. Había olvidado que por lo general era la primera a la que nombraban.

Tacher me miró e hizo una anotación. Solo pasaba lista el primer día para familiarizarse con nuestros rostros. O al menos eso fue lo que hizo el año pasado.

—Había olvidado que tenías un segundo nombre, Rosy —dijo Marcus en tono divertido.

Intercambiamos una mirada y me hizo reír.

—Derek Collins.

»Alexis Crasler.

»Lucy Darlin.

Lucy levantó la mano de manera alegre.

—Michael Darmoon.

Cogí el bolígrafo y abrí la primera hoja del cuaderno para anotar el nombre de la asignatura.

—Michael Darmoon —repitió.

Nadie respondió. Era la primera vez que oía el nombre, debía de ser alguien con quien no había compartido clases antes.

—Marcus Delan.

Marcus le dedicó una gran sonrisa al levantar la mano. No podía evitar utilizar su encanto con los profesores, creía que lo ayudaría a que tuvieran un mejor concepto de él.

—Deberíamos comprar flores o al menos una planta para decorar la casa —me dijo Lucy, pensativa.

—Alguna planta que no sea necesario regar todos los días en caso de que nos olvidemos —respondí.

Lucy negó con la cabeza riéndose.

—¿Cómo vamos a olvidar regarla? —me susurró.

Oí a la profesora llamar a Katelyn, quien levantó la mano con aire

disciplinado.

—He matado a más de una planta accidentalmente —confesé.

—Siempre pensé que sería genial comprar un loro.

Lucy y yo nos volvimos hacia Marcus. Realmente esperaba que no estuviera considerando comprar uno; temía por la pobre ave.

—Me gustan los loros —dijo Lucy.

—Wendolyn Westwood.

La chica de pelo castaño y el mechón lila se puso en pie en vez de levantar la mano.

—Es Lyn Westwood —la corrigió.

Todas las miradas se dirigieron a ella. Tacher le lanzó una mirada escéptica e hizo una anotación sin decir nada.

—Maisy Westwood.

La chica rubia que estaba sentada a su lado levantó la mano.

—¿Alguna preferencia, señorita Westwood? —preguntó la profesora mirándolas a ambas.

—Maisy está bien —respondió ella.

Estuve un rato observándolas; ambas parecían realmente seguras de sí mismas. Debían de ser nuevas en la universidad, ya que nunca las había visto; sin embargo, eso no parecía intimidarlas.

—¡Son hermanas! —exclamó Marcus.

Sonaba sorprendido y algo desilusionado. Lyn se volvió en su asiento clavando los ojos en él.

—Sí, somos hermanas —afirmó.

Le llevó unos momentos responder, lo que era extraño en Marcus, ya que siempre tenía una respuesta preparada para todo.

—Bienvenidas a Van Tassel —dijo al fin—. Ya era hora de que tuviéramos chicas guapas en clase.

Me volví hacia él indignada. Lucy clavó su mirada en la hoja que tenía frente a ella.

—Gracias, Marcus —dije furiosa.

Lyn le sonrió y se volvió sin prestarme atención. Marcus me hizo un gesto a modo de disculpa y Derek me besó en la mejilla para animarme.

Marcus era mi amigo y lo quería, pero a veces se comportaba como un idiota.

La clase transcurrió tranquila. Apenas intercambié un par de palabras con Lucy, ya que había mucho que anotar y Tacher no nos dio un respiro hasta el

final de la hora. Quería contarle lo sucedido en el pasillo, necesitaba hacerlo. Si se lo contaba a alguien, dejaría de cuestionarme si realmente había sido real.

Al salir del aula recorrí el pasillo con la mirada, esperando ver a aquel extraño que me había sostenido en sus brazos.

Nada. Intenté olvidarlo y volví mi atención a Derek. Después de todo, era en él en quien debía pensar, no en alguien que apenas conocía.

—Iremos con Marcus y Lucy a hacer algunas compras para el apartamento. ¿Quieres venir? —pregunté entrelazando mis dedos con los suyos.

—Mis padres vendrán a traerme algunas cosas que dejé en casa —respondió manteniéndome cerca—. Puedo pasar más tarde y cenamos juntos.

Asentí y nos despedimos con un beso. Me dirigí hacia donde me esperaban Marcus y Lucy, y, sin siquiera ser consciente de ello, miré al pasillo una última vez.

Cuando estábamos lo suficientemente lejos de la universidad y no había riesgo de que alguien conocido me oyera, les conté lo sucedido. Quería ocultar cuánto me había afectado, algo que no conseguí, mientras les describía detalladamente cómo las bombillas habían estallado sobre mi cabeza y la de aquel inquietante y misterioso muchacho.

Lucy me miró asombrada, sus ojos marrones abiertos de par en par. Había algo risueño en su rostro, como si les hubiera estado relatando un cuento en vez de algo que realmente me había sucedido hacía unas horas.

La expresión de Marcus era más compuesta; sólo tenía aquella pequeña mueca en los labios, la que se le formaba cuando encontraba algo gracioso.

—¡Eso es increíble! —exclamó Lucy—. ¿De verdad estallaron todas las bombillas al mismo tiempo?

—Sí, fue de lo más extraño —respondí reviviendo la escena—. Era como... como si la intensidad de nuestras miradas... hubiera causado la explosión de las bombillas. —No podía volver a repetir eso en voz alta; parecía una tontería. Por no mencionar que sin duda era imposible.

—Parece romántico —dijo Lucy.

—Fueron cristales lo que cayó sobre vuestras cabezas, no rosas —intervino Marcus.

—Madison estaba en peligro y un misterioso chico la protegió tomándola en sus brazos —insistió Lucy aún en tono risueño.

—Eso no fue lo que dije —la corregí—. Solo me ayudó a levantarme.

—Tienes un extraño sentido del romanticismo, Lucy —dijo Marcus.

Al ver la manera en que Lucy había transformado la situación en algo peligroso y romántico, me hizo cuestionarme si yo no había hecho lo mismo.

—No lo sé, fue... inesperado. Y mágico.

—Seguro que a Derek le encantará oír tu historia —comentó Marcus.

Podía notar el sarcasmo en su voz.

—¿Se lo has dicho? —me preguntó Lucy.

—No —respondí.

—Y no lo harás —intervino Marcus—. A menos que tengas ganas de discutir o lidiar con un novio celoso.

Lo miré. Estaba en lo cierto, no quería discutir o generar conflictos por alguien que probablemente no volvería a ver.

Fue una larga caminata hasta un centro comercial que también tuviera cosas de decoración. Me esforcé por alejar mis pensamientos. Estaba comprando cosas para decorar mi nuevo apartamento con mis mejores amigos, y quería disfrutarlo.

Estuvimos un buen rato eligiendo todo tipo de cosas. Marcus se llevó pósters de sus películas favoritas, la mayoría de Marvel. Pocas cosas le gustaban más que un buen superhéroe. Estaba especialmente contento con una taza de Sin City.

Lucy había optado por una colección de perros de porcelana que era adorable: un basset hound con un pañuelo rojo en el cuello, una caniche con lacitos en ambas orejas, un bulldog con una pipa y un jack russell terrier con un sombrero de detective.

Yo, por mi parte, me había inclinado por algo más tecnológico: unos altavoces, una lámpara para mi mesita de noche, algunos almohadones y un póster de *Orgullo y prejuicio*, la versión de Keira Knightly y Matthew Macfadyen. Me encantaba aquel romance tempestuoso que se escondía detrás de cada mirada, de cada roce.

La siguiente parada fue el supermercado. Cuando vivíamos en la universidad la comida no había sido un problema, pero vivir sola significaba cocinar. Marcus y yo apenas éramos capaces de hacer una tostada sin que se nos quemara; de no ser por Lucy hubiéramos estado perdidos. Por fortuna, su madre era chef y ella había heredado sus habilidades culinarias.

Yo empujaba el carrito mientras Marcus lo llenaba con todo tipo de comida congelada, que Lucy devolvía a los estantes cuando no la estaba mirando. Para cuando llegamos a la caja solo había dejado una miserable

pizza.

En el camino de regreso ambos discutieron sobre lo que cada uno de ellos consideraba comida sana. Era inusual oír a Lucy contradecir a Marcus. Pero había dos temas en los que nunca cedía sin importar con quién discutiera: comida y libros.

Al llegar a nuestro nuevo hogar ayudé a Lucy a colocar las cosas y luego me dejé caer sobre la cama, exhausta. Había sido un largo día y apenas podía sentir los brazos tras cargar el peso de las compras.

Al cerrar los ojos, el pasillo volvió a mi mente, era como si estuviera allí de nuevo, mirando a aquel extraño. Casi podía sentir los trocitos de cristal cayendo sobre mí. Sus manos sujetándome.

—Madi.

El pasillo se desvaneció, como si la voz lo hubiera ahuyentado.

—Madi, son las siete.

Volví la cabeza en dirección a la puerta. Lucy estaba allí, admirando cómo había quedado la habitación.

—¿Las siete?

—Sí, dijiste que irías a cenar con Derek —respondió.

Me senté, intentando despabilarme, y estiré la mano hacia el móvil. Había un mensaje nuevo.

Derek 18.35

Pasaré a buscarte a las 20.00. ¿Dirección?

—¿Vas a contarle lo que pasó? —preguntó Lucy.

Negué con la cabeza mientras respondía el mensaje.

—No, Marcus tiene razón. No nos vemos desde hace semanas y no quiero discutir. Quiero olvidarme de lo que sucedió y disfrutar de mi tiempo con él.

Lucy asintió y se sentó en la cama.

—¿Qué vas a ponerte? —me preguntó sonriendo.

—Es una buena pregunta.

Me levanté y empecé a considerar mis opciones, buscando en mi recién ordenado armario.

—Deberías invitar a Marcus a cenar —sugerí—. Si no lo haces, su cena consistirá en pizza congelada.

Sostuve una percha con una blusa negra y volví a guardarla. Hacía un poco de frío.

—¿Crees que debería invitarlo?

—Podéis ver una película —insistí.

Antes de que Lucy pudiera responder, alguien llamó a la puerta. Miré el

reloj. Era temprano, no podía ser Derek.

—O puedes esperar a que se invite solo —dije con una sonrisa.

Cuando volví a la habitación, con Marcus detrás de mí, Lucy estaba sentada en la cama y no estirada, como hacía unos momentos.

—Espero no haber llegado en medio de una conversación de «¿qué voy a ponerme?» —dijo.

Ambas nos reímos.

Marcus se acercó a Lucy y la rodeó con el brazo.

—Parece que nos quedamos solos, Darlin. ¿Qué quieres hacer?

Lucy miró al suelo, evitando sus ojos.

—Qué tal un pollo al horno... —respondió— y ¿una película?

Marcus la atrajo hacia él, abrazándola.

—Eres la mejor —declaró—. Deberías aprender de ella, Mads.

—¿A cocinar un pollo? Lo dudo —respondí—. Quemaría la casa.

Volví a colgar otra percha.

—¿Quién viene a buscarte esta noche? ¿Derek o el chico misterioso del pasillo? —preguntó Marcus con malicia.

Le dirigí una mirada sombría.

—Podríamos hacer un experimento y ver si las bombillas del apartamento también explotan —continuó.

Lucy dejó escapar una risita. Se la veía contenta con el brazo de Marcus sobre los hombros.

—¿Crees que volverás a verlo? —preguntó Lucy.

—No —respondí.

Había cientos de personas en Van Tassel, ni siquiera sabía con certeza si estudiaba allí.

—¿Quieres volver a verlo? —insistió Marcus. No había asomo de burla en su voz, hablaba en serio.

—No.

Lucy me miró creyendo en mi negativa. Marcus sabía que mentía. Me lanzó una mirada cómplice y no volvió a decir nada sobre el tema.

Me decidí por una camiseta burdeos de manga larga y fui al baño a cambiarme.

Derek me llevo a Tony's, un restaurante italiano al que solíamos ir cuando empezamos a salir. Me cogió la mano por encima de la mesa y me contó sus vacaciones. Habíamos hablado al menos dos o tres veces por semana, pero siempre estaba en medio de alguna actividad familiar. Él, al

igual que sus dos hermanos, formaba parte del equipo de hockey sobre hielo y pasaba mucho tiempo entrenando. En más de una ocasión uno de sus hermanos me había respondido diciéndome que Derek no podía ponerse al teléfono porque «estaba siendo derrotado».

La cena transcurrió rápido entre besos y conversaciones. Era fácil estar con él, siempre teníamos algún tema de que hablar, y, cuando no, había otras formas de pasar el tiempo.

Compartimos el postre y permanecemos cogidos de la mano mirando por la ventana. Siempre nos sentábamos en el mismo lugar: una pequeña mesa retirada que daba a la calle.

Era una noche tranquila. Un grupo de chicos que asistía a una de mis clases pasó caminando y uno de ellos me saludó. Devolví el gesto, y tras verlos alejarse algo llamó mi atención: en la esquina, en la calle de enfrente, había dos figuras. Una parecía un hombre, y a su lado, sentado, un perro. Apenas podía distinguirlos ya que estaba oscuro, pero los dos parecían estar mirando en mi dirección. Había algo peculiar en ellos: ambos estaban quietos, expectantes.

Derek dijo algo y lo miré. Levantó el móvil mostrándome la pantalla. Uno de sus hermanos le había enviado una imagen.

Sonreí, apenas fijándome en lo que parecía ser una foto de él y sus hermanos usando los palos de hockey como espadas, y llevé mi mirada de nuevo a la ventana. El hombre y el perro seguían allí.

Derek me mostró más fotos de sus vacaciones y nos levantamos para volver a casa. Cerré un poco mi chaqueta, anticipándome al frío de la calle. Iba a sugerir que tomáramos un taxi, pero cuando salimos no había rastro del hombre ni de su perro.

Caminamos en silencio, cogidos de la mano, hasta mi apartamento. Una sensación de intranquilidad se había adueñado de mi estómago. Podía sentir sombras tras nosotros, acechándonos.

Solo que no podía verlas. Miré hacia atrás un par de veces pero la calle estaba desierta.

Cuando llegamos a casa, invité a Derek a subir. Si Marcus y Lucy estaban despiertos podíamos jugar a cartas o pasar un rato charlando con ellos, y, si no, podríamos estar un rato a solas.

Derek puso una expresión desolada y dijo que tenía entrenamiento por la mañana, lo cual implicaba despertarse temprano.

Me atrajo hacia él, despidiéndose con un beso. Sus labios eran suaves y

delicados. Para alguien que practicaba un deporte tan agresivo era increíblemente cuidadoso. Lo besé otra vez y luego comenzó a alejarse. Busqué las llaves en la cartera y miré hacia atrás una última vez.

El perro negro se acercaba sigiloso como un depredador. Me quedé donde estaba, insegura sobre qué debía hacer. No avanzó. Se sentó y permaneció allí, observando.

DÍA DE LLUVIA



Al entrar en el salón encontré a Marcus y a Lucy en el sofá viendo la tele. O mejor dicho, Marcus veía la tele mientras Lucy dormía usando su hombro como almohada.

Era una imagen tierna, y me pregunte por qué Marcus no podía dejar de salir con chicas por las que apenas sentía nada y fijarse en ella.

Marcus me hizo un gesto para que me sentara a su lado, y me dejé caer en el sofá. Todavía sentía escalofríos a causa del gran perro negro. Me sentía tentada de mirar por la ventana para comprobar si aún estaba allí. Peleé contra el impulso o no podría dormir.

—Creí que invitarías a Derek a entrar contigo —dijo Marcus.

—Mañana tiene que entrenar temprano. —Hice una pausa y agregué—: Al igual que tú.

—Casi había olvidado que Marcus también estaba en el equipo.

—No es tan tarde.

—¿Qué estabais viendo? —pregunté sin reconocer las imágenes que salían en la tele.

—Una comedia romántica que eligió Lucy. —Al decir eso se volvió hacia su hombro mirándola con cariño—. Se durmió cuando íbamos por la mitad.

—Se os veía muy guapos —dije en tono desenfadado.

—Somos personas muy atractivas —respondió con una sonrisa—. Deberíamos buscarle un novio a Lucy.

Asentí. Pobre Lucy, el único chico que le gustaba estaba sentado a su lado hablando de conseguirle un novio. Me sentía tentada de golpearlo en la cabeza y hacerle entender que era a él a quien quería.

—¿Qué hay de ti? La chica nueva, Lyn Westwood, quiero decir.

—Definitivamente me concentraré en ella —respondió Marcus.

Puse los ojos en blanco, molesta, pero no dije nada. Apenas la conocía, no podía decir nada en su contra. Y aunque lo dijera, no tenía ningún fundamento válido para justificarlo. Por todo lo que me habían dicho, Lyn Westwood era una excelente persona.

Aunque lo dudaba.

—Yo me concentraré en Derek —dije.

—Es tu novio, deberías hacerlo —replicó Marcus—. A menos que quieras organizar una brigada para buscar al chico del pasillo.

—No seas tonto —dije golpeando mi hombro contra el suyo.

—Solo decía...

Me puse de pie y fui hacia la cocina. Había comido bastante en la cena, pero no había nada de malo en un café y algo dulce antes de dormir. Lucy había comprado cosas bastante sanas, pero me las ingenié para encontrar galletitas de vainilla con chips de chocolate.

Marcus apoyó a Lucy cuidadosamente sobre el almohadón del sofá y apareció a mi lado antes de que hubiera abierto el paquete.

El semestre pasado habíamos pasado varias noches comiendo, viendo series y charlando hasta tarde. Era bonito tener un amigo como él, alguien con quien hubiera tanta afinidad. Lucy era mi mejor amiga; sin embargo, no compartíamos tantas cosas en común. No como con Marcus.

—Creo que voy a unirme a una banda —declaró Marcus. Lo miré con cara de sorpresa.

—Soy bueno con la guitarra y mi voz es bastante decente —me respondió a la defensiva.

—Lo sé, tu voz es más que decente. Solo es que me ha sorprendido la noticia —dije.

Comí una galletita y lo miré expectante, esperando que me contara más sobre el tema.

—Stuart tiene una banda y ha perdido a dos de sus guitarristas, creo que uno se cambió de universidad y el otro se graduó. —Hizo una pausa, pensativo—. En fin, me propuso reemplazarlo.

—Eres bueno y les gustas a las chicas, creo que te irá bien —dije—. ¿Cómo se llama la banda?

—Dos Noches —respondió. Reflexioné un poco acerca de ese nombre.

—¿Por qué dos? ¿Por qué no una, o tres? —pregunté.

—¿Y por qué no Cinco Noches? —respondió Marcus en tono sarcástico—. No lo sé. Está bien. He oído peores nombres.

Busqué otra galletita, pero al parecer nos habíamos terminado el paquete.

—Estoy cansada, creo que me iré a dormir —dije.

—Yo también, de lo contrario mañana me daré unos cuantos golpes contra el hielo.

Marcus me dio un beso en la cabeza y, tras desearme buenas noches, se marchó a su apartamento. Luché contra el impulso de acercarme a la ventana y busqué una manta para tapar a Lucy. Se veía tan pacíficamente dormida que no quería despertarla.

Una vez en mi habitación, preparé la ropa que me pondría al día siguiente y me fui a la cama. El sueño no llegó con facilidad, tenía demasiado lío en mi mente. Cuando finalmente se apoderó de mí, lo recibí con una sonrisa.

Al día siguiente, Lucy y yo nos fuimos solas por la mañana, ya que Marcus se había ido temprano y teníamos clases distintas. Ella y yo solo compartiríamos dos clases en todo el semestre: Historia del Arte e Historia de la Civilización. Ambas materias eran comunes a varias carreras.

Tomé el almuerzo con Derek y después de las clases de la tarde Lucy y yo fuimos de tiendas.

Era una tradición que teníamos desde que éramos niñas: todos los miércoles íbamos a ver ropa y tomarnos un helado.

Lucy tenía un estilo más femenino, prefería faldas y vestidos, rara vez la veía con tejanos. En invierno siempre usaba faldas con medias negras y botines; era como una especie de uniforme.

Vimos un montón de tiendas y, cuando se hizo de noche, Marcus se nos unió para cenar.

Le mandé un mensaje a Derek preguntándole si quería venir, pero respondió que estaba estudiando. Él estudiaba Derecho y, al igual que con Lucy, solo compartíamos dos clases.

El ruido de la licuadora me sobresaltó. Entreabrí los ojos y miré la hora en el móvil. Faltaban dos minutos para que sonara la alarma. Lucy se había despertado antes.

Tras varios intentos, salí de la cama y fui hacia la cocina.

Lucy estaba en pijama cortando frutas, con el pelo rojizo cuidadosamente recogido, como siempre.

—Es temprano —me quejé.

Lucy se volvió hacia mí con unas cuantas frutas cortadas en la mano.

—Tuve una pesadilla y no pude volver a dormirme —explicó—. No quise despertarte.

—¿Tuviste otra vez aquel sueño? —pregunté—. ¿El del extraño persiguiéndote por el bosque?

—Y quemándolo todo a mi alrededor —asintió Lucy.

En su rostro se reflejó la tristeza. Tenía la misma pesadilla desde que

éramos niñas. Era extraño que continuara asustándola después de todo ese tiempo. No comprendía a qué se debía, pues Lucy nunca había estado en un incendio ni había sido perseguida por nadie. No era el resultado de una experiencia traumática.

—Es solo un sueño, Lucy. Nada de eso es real.

—Lo sé —respondió.

Sacudió la cabeza como intentando deshacerse del recuerdo y continuó preparando el licuado de frutas.

—Al menos hoy llegaremos temprano —dije mientras me dirigía a cambiarme.

Era un día de lluvia, había oído las gotas golpeando contra la ventana mientras dormía. Esos días me gustaban cuando podía quedarme en la cama y no tenía que salir, no cuando debía ir a la universidad.

Lo único bueno de un día así era que podía usar mis botas de lluvia. Me gustaba caminar por los charcos, era como si fuera de nuevo una niña. Me acomodé el pelo bajo la capucha de una sudadera y me puse la chaqueta. Sería un día frío y húmedo.

Lucy cogió su paraguas y nos preparamos para enfrentarnos a la lluvia.

Nos las ingeniamos para meternos los tres debajo del paraguas todo el camino hasta Van Tassel. Marcus era el más alto, por lo que nosotras íbamos a cada lado cogidas de su brazo. Tenía que acordarme de comprar un paraguas; siempre lo olvidaba.

Unas calles antes de llegar, creí ver al perro negro de nuevo, en la acera de enfrente. La capucha y el paraguas me taparon la vista, y cuando volví a mirar ya había desaparecido.

Probablemente no era el mismo; debía de haber centenares de perros negros.

Cuando llegamos, pasamos por la cafetería a buscar algo caliente, y después nos dirigimos al aula. Por alguna razón, Marcus consideraba el zumo de manzana una bebida reconfortante. No té, café o chocolate caliente, sino zumo de manzana. Lucy y yo nos estábamos riendo de él cuando doblamos un pasillo y salimos frente a la puerta de la clase. El vaso de plástico se escurrió de mis manos y casi se cayó. Logré agarrarlo antes de derramar todo el café.

—Cuidado, Mads —dijo Marcus ayudándome a sostener el vaso.

Las tres personas que había de pie frente a la puerta nos miraron. Era el chico del pasillo, y estaba junto a Lyn y Maisy Westwood.

Nuestras miradas se encontraron. Era igual a como lo recordaba, con su hermoso rostro y sus intrigantes ojos azul oscuro. Sonreí sin ser consciente de ello, aliviada. No lo había soñado, estaba allí, frente a mí.

—¿Te has quemado? —preguntó Lucy.

Me llevó unos segundos saber de qué estaba hablando.

—Qué suerte que llevases botas de lluvia —observó Maisy—. Muy conveniente.

Era cierto, no me había quemado gracias a ellas.

—Sí —respondí sin saber qué más decir.

—Eres algo torpe —comentó Lyn.

Llevaba tejanos ajustados y un jersey corto que remarcaba su figura. Su pelo estaba perfecto, como si fuera inmune a la humedad, y tenía las manos apoyadas en el brazo del chico del pasillo. Al menos ya había una razón por la que no me gustaba.

—No, a Ashford rara vez se le caen las cosas de las manos —se apresuró a defenderme Marcus pasando el brazo sobre mis hombros.

Lo miré agradecida mientras intentaba recuperar la compostura. Lyn se acercó a él y le sonrió de manera seductora. Sus labios estaban perfectamente perfilados.

—Marcus, ¿verdad?

—Así es.

—Lyn Westwood —se presentó a sí misma con su seductora sonrisa.

No sabía qué hacer y apenas podía pensar con aquella mirada intensa sobre mí. ¿Por qué me miraba así? Aparté los ojos de él y me dirigí al interior del aula pasando a su lado. Estaba vacía, habíamos sido los primeros en llegar. Me senté en una de las sillas, sin prestar demasiada atención a su ubicación, y apoyé el café en la mesa. Necesitaba procesar lo que había sucedido.

Alguien se me acercó por detrás y asumí que era Lucy, que debía de haberme seguido.

—¿Aquí está bien? —pregunté.

Abrí la cartera y saqué un cuaderno, simplemente porque necesitaba hacer algo.

—Es un buen lugar —respondió una voz.

Era él. Se paró delante de mí con una expresión desenfadada.

—No me presenté correctamente el otro día —dijo—. Soy Michael Darmoon.

Darmoon, recordaba haberlo oído, pero no sabía donde. Y lo de correctamente era un decir: en nuestro encuentro anterior se había ido sin siquiera decirme nada.

—Madison Ashford —dije yo.

—Madison Rose Ashford —me corrigió—. Un hermoso nombre.

Moví la mano sin siquiera saber lo que estaba haciendo y le di un golpe al vaso de café. Michael se apresuró a agarrarlo antes de que cayera de la mesa.

¿Cómo sabía mi segundo nombre? Marcus me conocía desde hacía un año y no tenía ni idea de cuál era.

—Al parecer no es un buen día para tomar café —bromeó Michael ofreciéndome el vaso—. Yo que tú me apresurarías a terminarlo.

No lo cogí. Permanecí quieta, mirándolo.

—¿Cómo sabes mi nombre? —pregunté.

Los demás se acercaron, interrumpiéndonos. Lucy y Marcus vinieron a mi lado y Maisy pasó de largo, sentándose dos filas delante de nosotros.

—¿Te sientas con nosotras, Mic? —le preguntó Lyn batiendo sus pestañas y poniendo la expresión de un cachorro mojado.

Si tiraba el café una tercera vez, esperaba que cayera sobre ella. Sobre sus zapatos de tacón, para ser exactos. ¿Quién usaba tacones un día de lluvia? ¿Para una clase de Historia de la Civilización?

—O... puedes sentarte a mi lado —ofreció Marcus imitando su cara de perrito mojado.

Lyn se rio y se encaminó hacia donde estaba Maisy.

—Tal vez otro día —respondió.

Michael apoyó el café frente a mí. Había una mueca en sus labios, similar a una sonrisa pero sin llegar a serlo. Encontraba el gesto inquietante y atractivo. Sus ojos dejaron los míos y siguió a Lyn.

—¿Lo conoces? —me susurró Lucy.

Me volví hacia ella, sorprendida de encontrarla allí.

—Es el chico del que os hablé, el que estaba conmigo cuando las bombillas estallaron.

Marcus, que estaba sentado a su lado, casi se echó sobre ella para acercarse más.

—¿Ese es él? —preguntó.

Asentí manteniendo la mirada en mi cuaderno.

—Es guapo —dijo Lucy.

—Camiseta negra, chaqueta de cuero, como recién salido de algún

catálogo... —comentó Marcus observándolo—. Creo que Derek tiene problemas.

Derek. Miré alrededor pero no estaba allí. La clase se estaba llenando. Era extraño, él vivía en el campus y nunca llegaba tarde.

—¿De qué estabais hablando? —preguntó Lucy.

Tenía la cabeza apoyada en la mano y me miraba con ojos risueños, como si estuviera a punto de contarle un cuento de hadas.

—Sabía mi nombre, mi nombre completo —dije en voz baja—. ¿Cómo es posible?

—¿Sabía que tu segundo nombre es Rosalyn?

—Es Rose —repliqué.

Marcus se rio y me miró a modo de disculpa.

—Cierto.

—¿Cómo lo sabe? Todos te llamamos Madison. Nadie lo sabe a excepción de nosotros. —Lucy hizo una pausa mirando a Marcus—. A excepción de mí y de tus padres...

—Hasta mi hermana se olvida de que tengo un segundo nombre —respondí.

El profesor entró en el aula y todo el mundo se calló. Katelyn Spence iba detrás de él, ayudándolo a llevar algunos libros y láminas. No me sorprendía: Katelyn tenía la costumbre de presentarse a los profesores antes incluso de empezar las clases.

Me apresuré a beber lo que quedaba de mi café y abrí el cuaderno para leer el temario de clase. Cuando llegué al último tema no tenía ni idea de lo que había leído.

Levanté la mirada. Solo podía verle la espalda y el pelo, pero era suficiente para distraerme. Estaba hablando con Lyn y Maisy. Me pregunté de dónde las conocería; parecía sentirse cómodo con ellas.

—Ashford.

Lucy llamó mi atención y levanté la mano. El profesor me miró y continuó con la lista. Había escrito su nombre en la pizarra: Hector Howard.

—Darmoon.

Michael levantó la mano. La lista. Tacher había mencionado su apellido en Historia del Arte; era ahí donde lo había oído.

Había sido tras el incidente en el pasillo y él no había asistido a la clase.

Sentí vibrar algo dentro de mi cartera y metí la mano buscando el móvil.

Derek 9.06

No me encuentro bien. Estoy camino a la enfermería.

Yo 9.06

¿Qué te ocurre? ¿Quieres que vaya para allá?

Esperaba que no fuera nada grave. Dudaba de que Howard tuviera una buena impresión de mí si me iba de su clase cinco minutos después de que hubiera comenzado.

Derek 9.07

Me duele el hombro, me lo golpeé ayer en el entrenamiento.

Estaré bien. Te buscaré después de clase.

—¿Derek? —preguntó Lucy.

—Sí, está en la enfermería. Le duele el hombro —respondí.

Lucy me miró preocupada.

—Puedo acompañarte a verlo cuando termine la clase —se ofreció.

—Ayer recibió un golpe bastante feo; uno de los chicos confundió su hombro con el disco —dijo Marcus.

Lo miré sin entender.

—Lo golpearon con el palo de hockey en el hombro —aclaró.

—No entiendo por qué sois tan brutos —respondí.

Lucy asintió horrorizada.

—Fue extremadamente gracioso —comentó Marcus—. Todo el equipo estalló en carcajadas.

Howard comenzó la clase y dirigí la mirada hacia él, prestando atención. No quería pensar en Derek, o en Michael, o en cómo se estaba riendo de algo que había dicho Lyn.

La clase era interesante; siempre me había gustado la historia de Roma, aunque nunca la había estudiado en profundidad. Tomé algunas notas y marqué los capítulos del libro que se referían al Imperio Romano. Era un tema largo y el profesor dijo que nos dividiría en grupos para estudiar a los diferentes emperadores. Esperaba estar con Lucy y Marcus, pues no conocía a muchos de los otros alumnos. Y estar con Katelyn sería una pesadilla; nos haría trabajar sin descanso.

Estaba marcando algo en el índice del libro cuando el estampido de un trueno irrumpió con tal fuerza que por poco salto del asiento. Lo que se suponía que debía ser una pequeña cruz, terminó siendo un rayón de tinta a un costado del índice.

Marcus y Lucy me miraron y dejé escapar una risa avergonzada. Michael se había dado la vuelta y me estaba observando.

Sus ojos buscaron los míos y los evité, mirando hacia el libro.

—Miedosa —me susurró Marcus en tono divertido.

—No me gustan los truenos —me defendí.

Lucy miró hacia la ventana, estaba gris y grandes gotas golpeaban contra el vidrio. Cuando llegamos al final de la hora, Howard leyó una lista con los grupos que había organizado.

—Ashford Madison, Darlin Lucy, Westwood Maisy y Westwood Wendolyn. Ustedes harán una presentación sobre César Augusto —dijo en voz alta—. Darmoon Michael, Delan Marcus, Spence Katelyn y Tamzin Nadia. Ustedes...

Lyn y Maisy se volvieron y las cuatro intercambiamos miradas. Lyn no parecía contenta, y a Maisy no parecía importarle.

Marcus soltó una maldición, lamentándose de no estar en nuestro grupo, y luego miró con una expresión cauta hacia donde estaba Katelyn.

—Tienes que cambiarme el lugar, Mads —me imploró—. Kate se vengará de mí haciéndome leer esos libros gigantes que lleva con ella.

Lucy y yo reímos ante su cara de horror.

—Por favor, yo estaré con Lyn y tú con Michael —dijo intentando persuadirme—. Ambos estaremos contentos.

—No quiero estar con Michael —respondí—. Además, dudo de que Howard nos deje cambiar.

Marcus me miró con resignación y apoyó la cabeza en el banco, lamentándose.

Escuché el nombre de los integrantes del grupo de Derek y los anoté para pasárselo. Todos eran chicos simpáticos con los que había hablado en alguna ocasión.

Lyn vino hacia nosotras y le entregó un papel a Lucy.

—Mejor terminar con esto rápido. Tengo cosas que hacer el fin de semana —dijo—. Esta es la dirección de nuestra casa. Podéis venir mañana por la tarde. Después de las cuatro estará bien.

La miré incrédula.

—¿Cómo sabes que Lucy o yo no estaremos ocupadas mañana por la tarde? —pregunté.

—No lo sé ni me importa —respondió.

Llevó su mirada hacia Marcus.

—Tú hubieras sido un mejor compañero, lástima que Howard no pensara lo mismo —dijo.

Tras decir eso, le dio un beso en la mejilla y continuó hacia la puerta.

—Os veré mañana —dijo Maisy—. Madison, me gustan tus botas.

Siguió a Lyn y ambas se perdieron de vista.

—¿Soy la única que quiere arrojarle algo a la cabeza a esa chica? — pregunté.

Lyn era una impertinente, por no mencionar que también era una engreída.

—Bueno, a mí me gustaría arrojarme sobre ella —dijo Marcus haciendo un chiste.

Lo miré, negando con la cabeza. Una vez que me recompuse de mi desconcierto, saqué el móvil para ver si tenía algún mensaje.

Derek 11.53

Sigo en la enfermería. ¿Vienes a verme?

Yo 12.02

Voy para allá.

Me apresuré a salir del aula evitando a Michael, y Lucy me acompañó hasta la enfermería. Ninguna de las dos habíamos estado allí antes, por los que nos llevó un tiempo encontrarla. Van Tassel era un lío de pasillos, y los pisos en los que no había aulas eran un misterio, al menos para mí.

Derek estaba tumbado en una camilla, se lo veía algo desorientado, y tenía una bolsa de hielo en el hombro.

Lucy se quedó con nosotros un rato y luego se fue al ensayo del coro. Tenía una hermosa voz y le entusiasmaba cantar. Cuando íbamos al colegio también formaba parte del coro de allí.

Acerqué mi silla a la camilla y le cogí la mano.

—¿Quieres que te acompañe a tu habitación? —le pregunté.

—El médico ha dicho que es mejor que me quede aquí. Están esperando unos resultados y el antiinflamatorio que me dio es bastante fuerte.

Eso explicaba por qué parecía a punto de dormirse; esas cosas causaban somnolencia.

—No puedo creer que Daniel te pegara con su palo de hockey —dije.

—Fue un accidente —me aseguró.

Acaricié su pelo castaño y le di un suave beso en los labios.

Se lo veía tierno, allí recostado, con los ojos entreabiertos y una expresión relajada. Seguro que eso también era a causa del antiinflamatorio.

—Eso ha hecho que me sintiera mejor. Deberías hacerlo de nuevo —dijo.

Sonreí y lo volví a besar. Me quedé junto a él hasta que sus ojos se cerraron por completo y se quedó profundamente dormido. Le escribí una nota diciéndole que me llamara cuando estuviera mejor y le pedí al médico que se la diera cuando despertara.

Telefoneé a Marcus para ver si aún estaba en la universidad y me respondió que había salido con unos amigos. Miré el reloj, a Lucy le quedaba al menos una hora más de coro, lo que significaba que tendría que volver sola, y todavía estaba lloviendo.

Podía ir corriendo hasta casa, era rápida y me gustaba correr. Pero pensándolo mejor me di cuenta de que llegaría empapada, eso si antes no resbalaba y terminaba en un charco.

No quedaba otra opción. Fui a la tienda de la universidad y compré un paraguas. Elegí uno azul con el escudo de la universidad en negro. Era muy bonito y, más importante aún, me mantendría seca.

Al salir comprobé que seguía diluviando. El cielo estaba gris y oscuro, como si fuera a desplomarse en cualquier momento. O al menos esa era la sensación que me daba.

Caminé despacio, perdida en mis pensamientos. No quería ir a casa de Lyn, ni tampoco pasar tiempo con ella, estaba segura de que no aportaría mucho al trabajo. ¿Por qué Michael me miraba de la manera en que me miraba? ¿Por qué estaba pensando en él en vez de en Derek? Había caminado solo dos calles cuando un fuerte viento apareció de la nada chocando contra mí. El paraguas se dobló hacia atrás y oí un «clac», lo que implicaba que algo se había roto. Intenté arreglarlo pero estaba encallado y se negaba a abrirse.

Dos calles. Eso era lo que había durado mi nuevo paraguas. Las gotas de agua golpearon furiosas contra mi rostro. Me puse la capucha, preparándome para correr.

—Madison.

Me di la vuelta y ahí estaba, a solo un paso de mí. Michael.

Avanzó la poca distancia que nos separaba y me cubrió con su paraguas. Tenía el pelo algo mojado, haciéndolo parecer condenadamente hermoso.

El viento comenzó a soplar con menos fuerza hasta desaparecer.

—¿Puedo acompañarte hasta tu casa?

Todo dentro de mí gritaba «¡sí!», sin embargo, logré controlar el impulso.

—¿Cómo es que recordabas mi nombre? —respondí.

Mantuve mi expresión seria. Si no obtenía una respuesta honesta, correría hasta el apartamento. Sin importar cuánto lo lamentara después.

Me miró durante unos segundos antes de volver a hablar. Sus ojos me escrutaron, y a punto estuve de sonrojarme.

—Después de que la luz se apagó en aquel pasillo fui a buscar a alguien de mantenimiento y luego corrí a la clase de Historia del Arte. La clase ya

había empezado y estaba considerando si entrar o no mientras la profesora pasaba lista. Oí tu nombre cuando levantaste la mano, y te reconocí como la chica del pasillo —dijo.

—¿Por qué no entraste? —le pregunté.

—Dudo de que llegar tarde el primer día cause una buena impresión —respondió.

—¿Y faltar sí? —Me miró con una expresión despreocupada. Una sonrisa jugaba en sus labios.

—Tal vez.

La lluvia comenzó a caer con más fuerza y un relámpago se dibujó en la distancia. Me preparé para oír el estruendo, y crucé los dedos deseando que no fuera muy fuerte.

Michael me ofreció su brazo al mismo tiempo que el retumbar del trueno estalló en el cielo, lo que hizo que no solo lo cogiera, sino que me apretara contra él.

—¿Dónde vives? —preguntó.

—Cerca, a unas tres calles.

Asintió y comenzamos a caminar. Mantuvo el paraguas un poco inclinado hacia mi lado para asegurarse de que no me mojara. ¿Quién lo hubiera pensado? Michael parecía ser todo un caballero.

—¿De qué conoces a Lyn? —La pregunta se escapó de mis labios antes de poder detenerla—. ¿Y a Maisy? —me apresuré a añadir.

Una chica pasó corriendo a nuestro lado salpicándonos un poco. Por un momento creí que era Lucy, ya que tenía el pelo rojo, pero luego me fijé en su ropa. Lucy jamás se pondría un chándal, los odiaba. Probablemente se debía a que no le gustaba hacer ejercicio. De hecho, no le gustaba ningún deporte.

—Son mis primas.

—¿Qué?! —Lo miré sin estar segura de haber oído bien.

—Lyn y Maisy son mis primas —repitió—. Los tres nos mudamos aquí juntos.

Lyn era su prima, por tanto, no podía salir con él. Sentí vergüenza del gran alivio que se apoderó de mí. No debía importarme si tenía novia o estaba saliendo con alguien, teniendo en cuenta que yo estaba con Derek. Pero estando allí, tan cerca de él, no podía evitarlo.

—¿Vivís juntos? —«Son primos», repetí en mi cabeza, no tenía la menor importancia si vivían juntos o no.

—No, mis padres tienen una casa en las afueras y estoy viviendo allí, solo.

El viento le levantó el pelo en mi dirección y me encontré envuelta por el embriagante aroma de su perfume. Era masculino y fresco, y al final, de un modo casi imperceptible, dulce.

—¿Qué hay de ti?

—Vivo con mi amiga Lucy —respondí—. Y nuestro amigo Marcus vive enfrente. Nos mudamos hace unos días.

Michael cerró un poco el brazo donde estaba mi mano, atrayéndome más hacia él. Parecía irreal: ambos caminando juntos bajo la lluvia. Sentí su mirada sobre mí, lo que me hacía difícil pensar con claridad. O tan solo pensar.

—Y mi novio vive en el campus —comenté.

Esa fue mi no muy sutil manera de romper la atmósfera romántica que se estaba creando entre nosotros. Solo que no se rompió. Michael no me dejó ir y las emociones que estaban creciendo en mí no desaparecieron.

—He oído que las habitaciones son pequeñas.

Ese fue el único indicio de que había oído mis palabras.

Continuamos caminando sin decir nada y unos momentos después estábamos frente a la puerta de mi edificio.

—Hemos llegado —dije deteniéndome.

Le solté el brazo y me volví hacia él. Había algo tan cautivadoramente letal en su mirada que no estaba segura de cómo lo haría para marcharme.

—Gracias por acompañarme —dije.

—Cuando quieras —respondió.

Se inclinó hacia mí y sentí sus labios cálidos sobre mi mejilla. Estaba mojada y tenía frío; sin embargo, ese beso fue más efectivo que una taza de chocolate caliente. Una sensación cálida se apoderó de mí, manteniéndome clavada en el sitio. Permanecimos así durante un momento y luego se alejó un poco. Sentí la lluvia en el rostro, y eso fue suficiente para hacerme reaccionar.

Fui hacia la puerta del edificio y entré sin mirar hacia atrás. Necesitaba poner toda la distancia posible entre Michael Darmoon y yo.

DOS GATOS NEGROS



Estaba acurrucada en el sofá del salón cuando oí que la puerta se abría. Lucy se quitó el impermeable y lo colgó en un rincón junto con el paraguas. Su piel estaba más blanca de lo usual y tenía los labios pálidos.

Dijo que iba a tomar una ducha caliente y se apresuró hacia el baño. Era lo mismo que había hecho yo al llegar: una ducha caliente, pijama y café.

Eso había sido hacía una hora. Luego me había acomodado en el sofá con mi libro de *Teoría de la publicidad* con la intención de resumir los primeros capítulos. Pero eso no fue lo que había sucedido.

La hoja que estaba frente a mí no contenía ningún tipo de información, ni siquiera letras. Solo un boceto de dos personas caminando bajo la lluvia. Así es como nos debíamos de haber visto, él llevando el paraguas y yo a su lado cogida de su brazo. Él, alto y apuesto, con su chaqueta de cuero; yo, más baja que él, con mi chaqueta favorita y las botas de lluvia.

Pensé en Derek y estuve tentada de tachar el dibujo. Pero no pude hacerlo, era un retrato perfecto de aquel momento. Fui hacia mi habitación y lo colgué en una plancha de corcho que había comprado hacía unos años. Lo contemplé y, a pesar de que era una terrible idea, decidí dejarlo allí.

Sabía que era tonto. Apenas conocía a Michael. Me sentía como una niña con su primer flechazo. El chico guapo que hacía latir mi corazón más deprisa que cualquier otro y al cual no lograba apartar de mi cabeza.

Regresé al sofá, decidida a hacer algún tipo de avance con mi resumen y a esperar a Lucy para ver qué cenaríamos. Había escrito exactamente cuatro renglones cuando alguien llamó a la puerta.

Cerré el libro resignada. Seguro que era Marcus, y no sería fácil estudiar con él cerca; siempre encontraba una manera de distraerme.

—Ashford —dijo abrazándome.

—¡Estás mojado! —protesté apartándolo.

Estaba empapado y tenía las manos heladas.

—¿Por qué estás aquí y no enfrente poniéndote algo seco? —pregunté.

—No encuentro las llaves y no sé dónde está el portero. Le dejé una copia

en caso de que esto pasara, pero no estaba abajo —dijo.

—Deja eso junto al impermeable de Lucy. Mojarás todo el suelo —respondí—. Las zapatillas también.

—No hay necesidad de ponerse autoritaria —dijo haciendo una mueca—. ¿Tienes alguna camiseta seca que puedas prestarme? —Nos miramos y solté una carcajada. Dudaba que alguna de mis camisetas fuera a irle bien, Marcus era un poco más alto que yo y tenía la espalda el doble de ancha. El entrenador los hacía mantenerse en forma.

—La de los Puffins que te regalé el año pasado —sugirió Marcus.

—Sí, esa te irá bien.

Los Puffins era el nombre del equipo de hockey sobre hielo: los Puffins de Van Tassel. Marcus nos había regalado una camiseta a Lucy y a mí en su primer partido, para que fuéramos a animarlo. Incluso la talla más pequeña nos quedaba algo grande.

Solo la usaba para ir a verlos a él y a Derek a los partidos, y en ocasiones para dormir.

Revolví el estante de mi armario, buscando entre las camisetas. Era blanca con un frailecillo estampado, un pájaro de lo más simpático, que llevaba un gorro de lana con el escudo de la universidad y un palo de hockey entre las alas.

Le di la camiseta y fui a la cocina para hacer café.

Poco después, Lucy entró en la sala y se detuvo horrorizada al ver a Marcus. Llevaba una bata lila, pantuflas rosas y el pelo le caía mojado y suelto hasta la cintura. No solo le quedaba bien, sino que su cabello era envidiable; no comprendía por qué insistía en recogerse.

Marcus bajó la taza y reprimió una risa.

—No sabía que estabas aquí —dijo Lucy avergonzada.

—Lucy, estás adorable —respondió Marcus—. Eres como esos osos de peluche que todos quieren abrazar.

No pude evitar sonreír ante las palabras que había elegido, probablemente porque tenía razón: «adorable» era la expresión indicada.

Lucy fue a cambiarse y regresó con el pelo recogido en una trenza. Puse la mesa mientras ella preparaba algo de pasta y nos sentamos a cenar.

Miré el móvil esperando encontrar un mensaje de Derek.

Lo llamaría más tarde. Quería saber si estaba mejor del hombro.

—Mañana tengo ensayo con el grupo —anunció Marcus contento—. Si todo va bien, tocaremos en ese bar de la esquina, Loxi, en unas semanas.

—¡Bien! —exclamé—. Lucy y yo estaremos allí, ya sabes, para arrojarte cosas: zapatos, tomates...

—Jajaja. Ríete, Mads, pero para el final de la noche tendré una fila de *groupies* peleándose por mí. —Hizo una pausa para tomar un bocado de espaguetis y agregó—: Con suerte, encabezadas por Lyn.

Negué con la cabeza.

—Ella y tu chico parecen conocerse bien —dijo mirándome.

—Michael no es mi chico —me apresuré a replicar.

—No le temo a un poco de competencia, pero se veía algo intimidante —continuó.

Mantuve la mirada en el plato, enroscando espaguetis en el tenedor. «Y eso que no había olido su perfume», pensé. Aquel dulce y embriagador aroma.

—Son primos —lo informé—. Lyn y Maisy son sus primas. Los tres se mudaron aquí hace poco.

—¿Lo dices en serio?

Asentí.

—¡Brindemos por eso! —Marcus levantó su vaso hacia mí y dejé escapar una risa, luchando para evitar chocar mi vaso contra el suyo y celebrarlo.

—Madi tiene a Derek —intervino Lucy.

La miré. Había estado callada y revolvía la comida con el tenedor sin probarla, como si algo la molestara.

—Lucy tiene razón —dije—. Y no creo que Lyn sea el tipo de chica que debería atraerte. No parece nada amable y se viste como si esperara que todos los chicos de la clase echaran a correr tras ella.

Una pequeña sonrisa se formó en los labios de Lucy.

—¿Desde cuándo mis gustos son debatibles? —dijo Marcus a la defensiva.

—Solo es un comentario —respondí levantando los brazos de manera inocente.

Mi móvil sonó y lo cogí. Miré la pantalla.

Derek 20.47

Estoy mejor. Nos vemos mañana. Te echo de menos.

Quería responderle que yo también lo echaba de menos, pero no me parecía correcto, no cuando había estado pensando en Michael todo el rato. Por lo que opté por no usar palabras.

Yo 20.49

:)

—La comida está excelente, Lucy. Deberías reconsiderar ser bióloga y abrir tu propio restaurante: Lucy's —dijo Marcus.

Esto pareció animarla un poco.

—Me gusta cocinar, pero prefiero hacer algo por los animales y la naturaleza —respondió—. Ayudar de alguna manera.

—Seguro que lo harás —afirmó Marcus—. Considérame tu propia obra de caridad. De no ser por ti, seguro que moriría de hambre o intoxicado.

Terminamos de cenar y, sorprendentemente, Marcus se ofreció a ayudar a Lucy con los platos, algo que no tenía precedente.

La mañana siguiente trajo un día soleado. La clase de Lucy empezaba más tarde, por lo que fui a la universidad con Marcus; él y yo teníamos el mismo horario de clases. Llevaba su cuaderno de hojas lisas bajo el brazo, lo que me decía que había estado dibujando. Tenía talento para ello. Su sueño era trabajar para Marvel o DC. Y probablemente lo lograría. Era creativo, carismático y tenaz. Y además tenía una profunda pasión por los cómics.

Yo, por mi parte, esperaba trabajar para alguna empresa de publicidad como creativa. Era lo que mi padre hacía y siempre me había inclinado hacia ese lado. Había algo poderoso en ser capaz de provocar emociones con una imagen.

La clase transcurrió tranquila y Derek vino a buscarme una vez que hubo terminado. Fuimos a almorzar juntos y luego nos quedamos un rato en su habitación. Besarlo era igual que siempre, al menos Michael no había estropeado eso. No obstante, era como si algo faltara y estuviera comenzando a darme cuenta.

Hubiese sido un buen día de no ser porque debía encontrarme con Lucy para ir a casa de Lyn. Me senté en la escalera de la entrada esperándola, deseando que surgiera algo imprevisto y no pudiéramos ir.

Lamentablemente, llegó cinco minutos después y cogimos un taxi. La dirección que nos había dado no me resultaba familiar y no sabíamos lo lejos que estaba.

Era un vecindario alejado del centro donde había más casas que edificios altos. Era bonito, había mucho verde y los jardines estaban bien cuidados.

La casa frente a la que nos detuvimos era pintoresca, no podía negarlo. Era de una sola planta y tenía cierto aspecto tradicional. Había todo tipo de parterres con flores y el césped se veía impecable, lo que me resultó extraño, ya que no imaginaba a Lyn haciendo de jardinera con sus zapatos de tacón alto.

—Mira esas flores. Son preciosas —dijo Lucy.

Se agachó junto a unos rosales para oler su aroma. Un gato salió de detrás del macetero y se detuvo frente a ella, cogiéndola por sorpresa. Era todo negro con ojos amarillos.

—Hola, chiquitín —lo saludó Lucy.

El gato maulló, quieto y expectante.

—Se llama *Hollín*.

Era la voz de Maisy, que estaba de pie en la puerta esperándonos. El gato corrió hacia ella ágilmente y frotó la cabeza contra sus piernas.

Fuimos a saludarla y nos guio hacia el interior, con *Hollín* trotando contento a su lado. El salón era espacioso y estaba bien iluminado por un ventanal que dejaba entrar el sol. Había una mesa con sofás en el centro y una librería en uno de los rincones. Varios cuadros decoraban las paredes; la mayoría parecían antiguos y eran de naturalezas muertas.

Me acerqué a la librería para curiosar. Algunos estantes solo tenían libros, tomos viejos, mientras que en los otros había estatuillas de animales, cajitas de madera y fotos. Tomé una de ellas en la que aparecían muchas personas. Michael estaba allí, junto a Maisy y Lyn. Había tres chicos más y el resto eran adultos.

Michael se veía muy guapo con una americana negra. Al mirarlo noté algo extraño. Un espacio entre él y Maisy, como si hubiera habido otra persona en medio de ellos dos. Solo que no había nadie. Miré más detenidamente. Era extraño.

—Tienes una casa muy bonita. Me encanta tu jardín.

—Gracias. —Maisy dudó un momento—. Lucy, ¿verdad?

Me acerqué a un sofá y me encontré con un gato negro recostado sobre los almohadones beige. Pensé que era *Hollín*, pero luego vi a este en los brazos de Maisy. Lo miré de nuevo, era más grande, con ojos verdes en vez de amarillos, y llevaba una cinta de seda rosa alrededor del cuello.

Estiré la mano para acariciarlo y maulló de manera agresiva, mostrándome las garras.

—Se llama *Missinda*, *Missi* —dijo Lyn—. Y no le gustas.

Di un paso hacia atrás, alejándome del sofá.

—¿*Missinda*? ¿Qué clase de nombre es ese?

La gata bajó las orejas, con sus ojos verdes acechándome.

—¡Como los doce cuentos de la bruja *Missinda*! —exclamó Lucy.

La miré sin saber de qué estaba hablando.

—Solo tres de los cuentos son ciertos —afirmó Lyn.

Eso me confundió aún más.

—¿Qué? —Lucy también la miró.

—Es una broma —intervino Maisy.

—No tienes sentido del humor, Madison —me chinchó Lyn.

La superioridad con que me miró terminó con mi paciencia.

—Sí que lo tengo. Encuentro tu desesperación por llamar la atención del sexo masculino particularmente graciosa —repliqué.

Eso la cogió desprevenida, y se acercó a mí recomponiendo su expresión.

—Son ellos quienes buscan mi atención, como tu amigo Marcus —dijo—. Es mi encanto natural.

—Querrás decir exceso de productos para el pelo y maquillaje —respondí.

—Tú podrías usar un poco de eso.

Me miró de arriba abajo al decirlo y reprimí el impulso de darle un empujón. Me gustaba usar maquillaje, solo que no me lo retocaba cada cinco minutos como ella. Intercambiamos miradas furiosas, esperando que la otra dijera algo.

—Esto es absurdo —intervino Maisy—. Lucy, ¿quieres hacer un mejor uso de nuestro tiempo y comenzar con el trabajo? —Lucy asintió, con una expresión incierta en el rostro, y siguió a Maisy por una puerta que había a nuestra izquierda. La gata saltó del sofá y se sentó al lado de Lyn, clavándome la mirada.

Me gustaban los gatos, aunque siempre había tenido perros; de hecho, teníamos uno en casa de mis padres. Me pregunté si los gatos también atacaban para defender a su dueño.

Lyn enroscó un mechón de pelo alrededor del dedo. Los zapatos que llevaba la hacían parecer más alta que yo.

—No necesitamos ser amigas, solo debemos hacer el trabajo —propuse intentando ser razonable.

—Cierto. —Hizo una pausa y añadió—: Ya que estamos siendo civilizadas, te diré que me gusta el tono de tu lápiz labial.

Tras decir esto, me dio la espalda y salió de la sala. Maisy y Lucy estaban sentadas a la mesa de la cocina frente a un ordenador portátil. Nos unimos a ellas y comenzamos a organizar la información que teníamos. Las cuatro barajábamos diferentes ideas de cómo hacer la presentación, y nos tomó un tiempo ponernos de acuerdo.

Trabajamos durante una hora e hicimos un alto para tomar algo. Saqué el móvil y le envié un mensaje de texto a Marcus:

Yo 19.10

¿Cómo va la práctica con la banda?

Marcus 19.13

Somos estrellas del rock.

Sonreí y guardé el teléfono. Me pregunté dónde estarían ensayando. Los imaginaba en el sótano de algún bar.

—¿Con quién hablas? —preguntó Lyn con ojos curiosos. Si decía que era con Marcus, a buen seguro haría algún comentario tonto que podría molestar a Lucy.

—Con Derek, mi novio —respondí.

Lyn me miró como si encontrara eso interesante.

—¿Tienes novio? —preguntó Maisy, que pareció sorprendida. Estaba junto a la nevera sirviéndonos un zumo.

—Sí.

Encontré ofensivo que eso la sorprendiera. Miré alrededor intentando pensar en otra cosa. La cocina era grande y estaba bien equipada. Tenía todo tipo de utensilios y pequeños frascos con lo que parecían hierbas y especias. Una de las ventanas daba al patio trasero, donde había una gran carpa blanca.

—¿Qué hay allí? —pregunté señalándola.

—El invernadero.

Lyn lo dijo como si fuera completamente normal tener un invernadero en el jardín. Debió de darse cuenta de que no lo era tanto por la forma en que la estaba mirando.

—A Maisy le gusta la botánica —añadió.

Me resultó extraño, pero no dije nada.

—A mí también —replicó Lucy, sonando entusiasmada.

Maisy la miró como si se sintiera intrigada por mi amiga. A pesar de que no se vestía de forma tan llamativa como Lyn, tenía muy buen aspecto. Y me gustaba su pelo: sus largos rizos rubios estaban perfectamente peinados y se había hecho una trenza donde tenía el mechón rosa.

—Deberías soltarte el pelo y ponerte algo de maquillaje, Lucy.

—No aparentas tener más de dieciséis años —dijo Lyn de manera abrupta. La miró como si no se hubiera dado cuenta de su presencia hasta entonces—. Un poco de *eyeliner* haría resaltar esos ojos marrones y tu falda podría ser unos centímetros más corta —continuó—. Y zapatos con más tacón. No sé si te lo han dicho, pero no eres muy alta.

Me pregunté si solo estaba queriendo ser desagradable o si en verdad creía lo que le estaba diciendo. Lucy la miró como si no supiera qué la sorprendía más: que le estuviera hablando o sus palabras.

—Lyn, hay algo que se llama tacto —la reconvino Maisy.

—Estoy intentando ayudarla —protestó Lyn.

Hollín saltó a la mesa, dándome un susto, y se sentó con los ojos fijos en Lyn. Tenía la misma mirada de reproche que Maisy. Era como si entendiera lo que estaba pasando.

—Gracias por tus consejos, pero me gusta tal como soy —replicó Lucy en tono amable.

Las hermanas Westwood la miraron extrañadas. Lucy daba la impresión de ser alguien vulnerable; no obstante, era más fuerte de lo que aparentaba y nunca perdía la compostura ni los buenos modales.

Comimos unas galletitas que nos ofreció Maisy y continuamos trabajando. Íbamos por la mitad de la presentación cuando el móvil de Lyn sonó. Se alejó un poco antes de responder, y tras hablar animadamente durante unos minutos, regresó con nosotras.

—Michael vendrá con pizza —anunció.

No estaba segura de si se lo estaba diciendo a Maisy o a nosotras. Mantuve mi expresión neutra, como si eso no supusiera ninguna diferencia.

—¿Le dijiste que recuerde pedir una solo de queso, sin nada más?

—Mic sabe cómo te gusta la pizza, Mais —respondió Lyn.

No sabía si excusarme e irme, o quedarme allí, o arreglarme el pelo.

—Ahora vuelvo —dijo Lyn.

Lucy y yo intercambiamos miradas, intentando decidir qué hacer. *Hollín* se acercó a Lucy, olfateándola, y luego maulló.

Debió de decidir que le gustaba, ya que restregó la cabeza contra su hombro.

—Deberíais quedaros a cenar —nos ofreció Maisy.

Antes de que pudiéramos responder, extendió manteles individuales para todos, decidiendo el asunto por sí misma. Lucy se ofreció a ayudarla, y entre las dos pusieron la mesa en cuestión de segundos.

—Necesito ir al baño —dije.

—La primera puerta a la izquierda, detrás de ese pasillo —me indicó Maisy.

Cogí la cartera y fui hacia donde me había indicado. Debía de ser el baño de cortesía ya que no había cosas personales, solo jabón y una toalla rosa.

Busqué el pequeño estuche y saqué mi lápiz labial. Me sentía algo tonta después de haber señalado que Lyn se retocaba demasiado el maquillaje.

Me miré en el espejo. El pelo se veía bien y lo peiné hacia un lado, dejando que cayera sobre mi hombro. Lo bueno de tener el pelo lacio era que no se enredaba demasiado, salvo los días de viento.

Llevaba una camisa celeste que me favorecía resaltando mis ojos, por lo que usé muy poco *eyeliner*.

Cuando salí del baño me topé con Lyn, que se había cambiado los tejanos por una falda. Era raro, por no decir perturbador, pensar que se había cambiado de ropa por su primo.

—¿Arreglándonos un poco para Michael? —me preguntó con ojos suspicaces.

—No, solo estaba usando el baño —respondí.

Me apresuré a regresar a la cocina antes de que pudiera seguir hablando. Avanzamos un poco más con la presentación hasta que nos interrumpió el timbre. Maisy se levantó y *Hollín* la siguió caminando junto a ella.

Lyn continuó sentada, hojeando una revista. Su gata negra estaba acomodada plácidamente en su regazo y levantó la cabeza como un periscopio, mirando en dirección a la puerta.

Ambos felinos tenían un comportamiento peculiar: parecían estar demasiado atentos a todo lo que sucedía.

Maisy regresó seguida de Michael y, para mi sorpresa, Marcus.

—¿Qué haces aquí? Creí que estabas con la banda —dije.

—Lo estaba. Cuando terminamos de ensayar, Michael mencionó que vendría, y sabía que vosotras dos estabais aquí —respondió.

Me costaba creer que hubiera venido por nosotras y no por Lyn. Sobre todo por la expresión cómplice de su rostro.

—¿También estás en la banda? —le preguntó Lucy.

—Sí. He reemplazado a la otra guitarra que les faltaba —le respondió Michael.

Miré a Marcus, y este me dedicó una gran sonrisa antes de ir a saludar a las demás. Abrazó a Lucy afectuosamente y luego se quedó de pie frente a Lyn haciendo una especie de reverencia.

—Lyn, te ves tan encantadora como las flores de tu jardín —la piropeó.

Aparté mi mirada de ellos. No estaba segura de si quería reír o vomitar. Me acerqué a la encimera de la cocina pretendiendo buscar servilletas. Pobre Lucy, no necesitaba presenciar lo que estaba pasando entre esos dos.

La colección de frasquitos en la esquina llamó mi atención.

Tenían etiquetas con nombres que apenas podía pronunciar, y algunos contenían hojas de apariencia inusual. No tenía mucha experiencia en la cocina, pero algo me decía que no se utilizaban para guisar.

—Madison, me alegra verte.

Uno de los frascos por poco me resbala de la mano. Michael estaba a mi lado, apoyándose contra la encimera. Llevaba una camiseta gris y el pelo le caía sobre el rostro.

—¿Ahora eres músico? —pregunté.

—Así parece —asintió.

Se inclinó un poco, acercando su rostro al mío. ¿Por qué hacía eso? ¿Había olvidado la parte donde le dije que tenía novio?

—¿Te gustan los músicos? —preguntó.

La manera en que lo dijo me hizo sentir un cosquilleo. Puso una mirada inocente, pero eso no ocultó sus intenciones; sabía lo que estaba haciendo.

—No particularmente.

Lo miré como si fuera inmune a sus encantos y regresé a la mesa con los demás. Me senté a un lado de Lucy. Estaría segura junto a ella. Marcus comenzó a abrir las cajas de pizza poniéndolas en fila.

—Esta es mía.

Maisy tomó una de las cajas y la colocó frente a ella.

—Esta es solo de queso. Es mía —protestó Marcus.

Intentó coger una porción, pero Maisy cerró la caja antes de que pudiera hacerlo. La expresión en el rostro de Marcus fue impagable.

—¿Qué te hace pensar que puedes comerte mi pizza? —preguntó Maisy—. Y no me respondas que estoy tan hermosa como las flores del jardín. Las flores que yo cuido, por cierto.

—Tu pelo es como un rayo de sol iluminando tu precioso rostro —se esmeró Marcus.

Reprimí una risa, e incluso Lucy pareció tentada de echarse a reír. Maisy lo miró como si no estuviera diciendo más que tonterías y puso la caja de pizza fuera de su alcance.

Michael se sentó a mi lado y Marcus lo hizo junto a Maisy, aún intentando persuadirla.

La cena fue entretenida, charlamos un buen rato y Lyn nos contó que provenían de un pueblo llamado Danvers. No les había gustado la universidad local y habían decidido venir a Boston.

Una vez que terminamos, Lucy y yo ayudamos a Maisy a ordenar la cocina, mientras Marcus le cantaba a Lyn una de las canciones de la banda. Lucy actuó como si no le afectara, pero la conocía lo suficiente como para saber que estaba fingiendo.

Poco le faltó para arrebatarle la guitarra y usarla como un bate de béisbol. Lyn se mostraba halagada, aunque no parecía estar prestándole demasiada atención. Y su gata *Missi* lo miraba de manera amenazante, mostrándole las garras.

Michael rozó mi mano con la suya. Me volví a mirarlo y actuó como si hubiera sido algo fortuito, sin intención.

—Es tarde, deberíamos irnos —dije. Lucy asintió.

—Mic puede llevaros —nos ofreció Maisy.

Pensé en alguna excusa: «No es necesario», «Prefiero caminar treinta calles», «Mi novio va a venir a buscarme». Michael se levantó de la mesa y accedió a llevarnos, con una expresión complacida en el rostro.

Marcus se acercó a Maisy con su guitarra y, para mi sorpresa, comenzó a cantarle a ella también:

*Maisy, tus ojos son como mirar el cielo.
Y sigo pensando en tu hermoso pelo.
Gracias por ser tan comprensiva.
Y no hacerme volver a la pizzería.*

Todos nos reímos a excepción de la aludida.

—Espero que la banda no dependa de ti para componer las canciones —dijo.

—Solo te estoy dando las gracias por las dos porciones que me diste —replicó Marcus.

Parecía algo sorprendido de que no se rindiera a sus encantos.

—Deberías volver a cantarle a Lyn —lo conminó Maisy.

Tras esas palabras, continuó lavando los platos sin prestarle atención. Nos despedimos de ellas y seguimos a Michael hasta su coche. Sostuvo la puerta del acompañante y me miró, indicándome que me sentara a su lado. Aguardé, pensando que cuando Lucy y Marcus vieran que seguía allí de pie alguno de ellos ocuparía mi lugar. Ambos se sentaron en el asiento trasero.

El viaje fue silencioso, todos parecíamos estar perdidos en nuestros pensamientos. Michael puso la radio y se concentró en conducir, llevando ocasionalmente su mirada hacia mí. Su mano rozó la mía cuando cogió el cambio de marchas y una corriente eléctrica recorrió mi piel.

Mantuve la mirada en la ventanilla, pretendiendo no haberlo notado. Cerré el puño solo para hacer algo. Aquel cosquilleo donde nuestras manos se habían tocado seguía allí.

De haber estado solos se hubiera mostrado más atrevido, pero con Marcus y Lucy detrás me sentía tranquila.

Cuando llegamos a casa, me puse el pijama y busque mi portátil. Tecleé Danvers en el buscador y no tardó en aparecer con un punto rojo en el mapa. Estaba cerca, al lado de Salem.

Salem... El pueblo había quedado marcado por su historia oscura. Muchos asociaban la localidad con las brujas, debido a los juicios que tuvieron lugar allí. Recordé que, en 1692, diecinueve personas habían sido acusadas de practicar brujería y sentenciadas a muerte.

Personalmente nunca había ido a visitarlo, pero era sabido que usaban la historia de las brujas como una atracción para los turistas. Eso explicaba los gatos negros y las hierbas extrañas. Lyn y Maisy debían de tener una obsesión con la brujería porque habían crecido junto a Salem. Debía de ser alguna especie de culto que habían adoptado.

Me sorprendía que alguien como Lyn creyera en ese tipo de cosas. Comencé a teclear «juicios de Salem» cuando mi móvil sonó, distrayéndome.

617 954 3444

22.05

Que duermas bien.

Michael

Miré la pantalla releendo el mensaje. ¿De dónde había sacado mi número de móvil? No podía negar que aquello me hizo sonreír. Podía imaginarlo en su coche, con una mirada confiada mientras mandaba el mensaje. Su seguridad era un ochenta por ciento atractiva y otro veinte por ciento irritante.

Yo 22.07

Tú también. Gracias por traernos.

¿Quién le había dado mi número? Lo pensé detenidamente. No me lo había preguntado y dudaba de que lo hubiera anotado cuando yo no estaba mirando. La respuesta no tardó en llegar, simple y obvia.

Fui al apartamento de enfrente y golpeé la puerta. Unos momentos después Marcus apareció tras ella.

—Ashford... —dijo algo sorprendido—. ¿Vamos a hacer una fiesta de pijamas?

Mantuve mi expresión seria, ignorando el hecho de que estaba en pijama.

—¿Tú le diste mi número a Michael?

Su expresión lo traicionó antes de que dijera algo.

—¡Marcus! —le reproché—. Estoy intentando no pensar en él, lo cual es difícil cuando me manda mensajes de texto deseándome buenas noches.

—Le cambié tu número por el de Lyn.

Me miró con aquella sonrisa adorable que ponía cuando me enfadaba con él. Me di la vuelta para regresar a mi apartamento y me cogió del brazo con un suave gesto.

—Mads, dudo que ignorarlo te sirva de algo.

JUGANDO CON FUEGO



Las semanas que siguieron transcurrieron rápido. Me esforcé por concentrarme en Derek, aunque las cosas no iban del todo bien. En parte porque él siempre estaba ocupado con algo: entrenamiento, estudio, sus amigos... Lo que no nos dejaba demasiado tiempo para nosotros.

No estaba segura de si el semestre pasado había sido igual, y no me había dado cuenta, o si era algo reciente. Cuando estábamos juntos era cariñoso y lo pasábamos bien; no obstante, no podía librarme de aquella sensación de que faltaba algo.

Y luego estaba Michael. Pese a mis esfuerzos por evitarlo, siempre terminábamos por encontrarnos. Y lo que era peor: cada día me esforzaba menos para que no fuera así. Poco a poco iba perdiendo mi resolución, mientras mi atracción por él se volvía más y más fuerte.

Era como un veneno que iba tomando posesión de mi mente. Haciendo imposible que pensara en otra cosa que no fuera él.

Las clases iban bien; había tenido que estudiar bastante en los últimos días y había obtenido un buen resultado.

Lyn, como Marcus pronto descubrió, tenía el hábito de coquetear con todos los chicos con los que hablaba. Por lo que no se sorprendió cuando empezó a salir con Alexi, un chico que estaba con nosotros en Historia del Arte. El romance duró solo unos pocos días, y luego comenzó a salir con otro chico llamado Kevin. Todavía seguía con él, aunque Marcus aseguraba que no durarían mucho.

El cumpleaños de Lucy se acercaba y habíamos organizado una fiesta en su bar favorito: Milu's. Me había llevado tiempo encontrar un buen regalo, un par de botas que le irían perfectas con las faldas que usaba habitualmente. Le ofrecí mi ayuda a Marcus con el suyo, pero su respuesta fue que tenía el regalo perfecto. Algo de lo que tenía mis dudas, pero que no cuestioné debido a la expresión triunfante que mostró.

Era un sábado por la mañana y me desperté temprano para sorprender a Lucy con el desayuno. Ella siempre nos lo preparaba a Marcus y a mí, por lo

que estaba decidida a mirarla en su cumpleaños.

Había encargado unos *muffins* decorados con flores, y estaba regresando de recogerlos cuando me encontré con Marcus entrando en el edificio. Llevaba una gran caja en las manos, una caja con orificios y un lazo con un moño más que desastrosamente hecho.

—¿Qué llevas ahí?! —Intenté acercarme y apartó la caja.

—El regalo perfecto para Lucy —respondió.

—Esos orificios sugieren que lo que está ahí dentro necesita aire, por lo que dudo que sea algo inanimado... —dije en tono sospechoso—. Un animal, un...

—No está nada mal, Sherlock —me interrumpió. Sacudió un poco la caja y un sonido salió de ella, algo como un lloriqueo—. ¡Es un perro! —exclamó feliz.

Lo miré sin estar segura de si debía seguir perpleja o celebrarlo con él.

—He notado que Lucy ha estado algo decaída, y quería regalarle algo que la hiciera feliz. Y este pequeñín lo hará —dijo levantando la caja—. Lo adopté en el refugio de animales.

Me costaba creer que hubiera tenido un gesto tan bonito. Marcus tenía un buen corazón, pero solía ser algo desconsiderado con las mujeres.

—El veterinario me aseguró que no crecerá mucho —se apresuró a decir ante mi silencio.

—Marcus, eso es increíblemente dulce —dije.

—Lucy y tú sois mis mejores amigas. ¿Si no soy considerado con vosotras, con quién debería serlo? —Era un buen punto. Sabía que eso no significaba que sintiera algo por ella; sin embargo, demostraba lo mucho que le importaba, aunque fuera como amiga. Y sabía que eso alegraría muchísimo a Lucy. Eso y el perrito que había en la caja.

—Quiero verlo —dije.

—No, es para la cumpleañera —respondió.

Subimos al ascensor y apenas pude contener las ansias de arrojarme sobre él y espiar el interior de la caja.

—¿Has preguntado si aceptan mascotas en el edificio?

Me miró atónito, como si nunca se le hubiera ocurrido. Estaba a punto de enfadarme cuando una gran sonrisa apareció en su rostro.

—Por supuesto, Ashford. Fue lo primero que hice —respondió.

Lo miré con desconfianza.

—De acuerdo, lo segundo —admitió—. Lo primero fue visitar el refugio.

Abrí la puerta silenciosamente y me encontré a Lucy en la cocina. Estaba en camisón y tenía cara de dormida; debía de haberse despertado hacía solo unos minutos.

Nos miró sin entender qué estaba pasando. Lucy siempre era la primera en despertarse los fines de semana, mientras que Marcus y yo dormíamos hasta tarde. Vernos despiertos y vestidos un sábado a las diez de la mañana debía de ser todo un *shock* para ella.

—¡Feliz cumpleaños! —gritamos los dos.

Dejé los *muffins* en la encimera y fui hacia ella, envolviéndola en un fuerte abrazo.

—¡Gracias, Madi! —La solté y Marcus se abalanzó sobre ella, poniendo la caja en sus manos. El pobre perro debía de estar dando tumbos de un lado al otro.

—Te prometo que te va a encantar —dijo Marcus.

Lucy lo miró perpleja, demasiado sorprendida como para decir algo. Marcus la llevó hacia el sofá y, tras hacer que se sentara, insistió en que la abriera.

Lucy tiró del lazo al mismo tiempo que una pequeña cabecita empujaba la tapa. El cachorro prácticamente saltó fuera, desesperado por salir de allí, y cayó en su regazo. Era adorable, blanco con manchas marrones y grandes orejas caídas.

El rostro de Lucy se iluminó y lo tomó en sus manos, mirándolo con la felicidad de un niño.

—Pensé que este chiquitín sería un buen compañero —dijo Marcus—. Feliz cumpleaños, Lucy.

Ella parecía demasiado abrumada como para decir algo y le llevó unos segundos recuperar el habla. Se puso de pie y abrazó a Marcus, apoyando la cabeza contra su pecho.

—Es el mejor regalo que me han hecho en toda mi vida. Gracias.

Marcus la rodeó con sus brazos.

—Eres mi mejor amiga, Lucy Darlin. Quiero verte contenta.

El momento era tan emotivo que me sentí tentada de hacerles una foto con el móvil. De hecho, no era una mala idea. Les saqué un par de fotos y me dirigí a la mesa con el fin de poner una velita en uno de los *muffins*.

Después de cantarle el feliz cumpleaños y de que pidiera sus deseos, desayunamos y nos sentamos a jugar con el nuevo integrante del grupo.

—Está claro que deberías llamarlo *Whisky* —propuso Marcus.

—No, no está tan claro. Lucy no es una alcohólica —respondí.

—¿Y yo sí? —replicó Marcus, fingiendo sentirse dolido.

Intercambiamos una mirada y no pudo evitar reírse.

—No creo que *Whisky* sea muy adecuado, no es muy femenino —apuntó Lucy.

Marcus la miró confundido.

—¿Femenino?

—Es una perrita —respondió Lucy.

—No, es un macho —le replicó Marcus.

—¿Te lo dijo el veterinario? —preguntó.

—No... fue más como criterio propio. Tiene cara de varón —dijo señalándolo.

Lucy levantó al cachorro con cuidado, mostrándonos su barriguita. No había duda de que era una hembra.

—Tienes razón... —admitió Marcus. Hizo una pausa y añadió—: Ahora que lo pienso, creo que una perrita es mejor. Es femenina, como tú.

El cachorro se soltó de los brazos de Lucy y comenzó a corretear por el salón, inspeccionándolo todo.

—Si no es *Whisky* puede ser... —Marcus permaneció pensativo—. ¡*Margarita!* —Lucy lo miró sin estar convencida.

—No vamos a ponerle el nombre de una bebida —protesté.

Tras discutir algunos nombres, Lucy terminó llamándola *Titania*. Nos explicó que aquel era el nombre de la reina de las hadas en *Sueño de una noche de verano*, de Shakespeare. La acompañamos a la tienda veterinaria para que la revisaran y le compramos algunas cosas. Con su nuevo collar lila y dentro de la canastita que le había comprado Lucy se veía adorable.

Pasamos el resto del día intentando enseñarle a que hiciera pis en el periódico, y cuando llegó el anochecer comenzamos a prepararnos para la fiesta en Milu's.

Lucy había invitado a Lyn y a Maisy, por lo que estaba bastante segura de que Michael también iría.

Me puse un vestido burdeos que había comprado cuando fui a buscar el regalo de Lucy, y unas botas negras.

Estaba terminando de maquillarme cuando ella entró en el baño. Llevaba un vestido blanco, un poco más largo que el mío, y su pelo estaba cuidadosamente recogido.

El bar estaba casi lleno. Había una barra, algunas mesas, y un lugar más

amplio al fondo del local para bailar. Reconocí a algunos de nuestros compañeros y nos abrimos paso hacia ellos.

La mayoría ya tenía una copa en la mano y estaban bailando o intentando conversar por encima del estruendo de la música.

Alyssa Roslyn fue la primera en vernos y se apresuró hacia nosotros, saludando a Lucy entusiasmada. Tenía el pelo castaño peinado en suaves bucles y, por alguna razón, siempre me recordaba a un hada. Era pequeña de físico, igual que Lucy, y había algo agradable en la forma en que se movía.

Nos unimos a ellos y Marcus no tardó en venir con unas copas. Era la primera vez que salía desde las vacaciones, y casi había olvidado lo ruidoso que era tener a tantas personas gritando más alto que la música.

No estaba segura de lo que me había dado para beber, pero estaba muy bueno y no tenía mucho alcohol. Con toda seguridad era algo diferente a lo que estaba tomando él, ya que se lo veía más alegre de lo usual.

Derek llegó al poco rato, y lo cogí de la mano apartándonos un poco del resto. No estaba segura de si era a causa del ambiente y la escasa luz, o del hecho de que no lo veía desde hacía unos días, pero quería estar a solas con él.

Bailamos un rato y lo atraje hacia mí, acercando mi rostro al suyo. Nos besamos durante unos momentos antes de que Derek pusiera un poco de espacio entre nosotros.

—Estoy algo cansado. Vayamos a sentarnos un rato.

Sus palabras fueron como un cubo de agua fría. Lo miré esforzándome por esconder mi decepción y asentí sin decir nada.

Encontramos dos asientos libres en la barra y pedí otra copa. Intenté prestar atención a lo que me estaba diciendo Derek, pero estaba distraída con mis propios pensamientos. Me sentía guapa, estábamos juntos en un bar y el ambiente era ideal para perdernos entre la multitud y besarnos en un rincón, pero me sentía rechazada. Mi intento de reavivar esa chispa romántica entre nosotros había fracasado miserablemente.

—¡Ashford! —Marcus apareció detrás de mí y me rodeó con un brazo.

Me apresuré a apoyar el vaso en la barra antes de que se me cayera.

—Alguien se está divirtiendo —dije en tono cantarín.

—Yooooo —respondió alegre.

Palmeó a Derek en la espalda a modo de saludo.

—¡Por los Puffins! —dijo levantando su vaso hacia él.

—Puffins —respondió mi novio con menos entusiasmo, alzando su

botella de cerveza.

—Por el cumpleaños de Lucy —brindé yo.

Marcus me miró como si de pronto hubiera recordado algo.

—¡Eso también! —me secundó.

Derek me cogió la mano y le sonreí de manera poco convincente.

—Tú también te ves cansada, Madi.

Por fortuna, Lyn y Maisy nos interrumpieron, salvándome de responder. Miré a Lyn y tomé un sorbo de mi bebida. Si se vestía de manera provocativa para ir a la universidad, debí imaginarme cómo se vestiría para ir a un bar de copas.

—Maisy —la saludó Marcus tomando su mano y besándosela galantemente.

—¿El alcohol te ha transformado en un caballero? —preguntó retirando la mano.

—Así parece. Espero no convertirme en una calabaza después de las doce —respondió Marcus.

Maisy esbozó una breve sonrisa y se marchó hacia donde estaba Lucy.

—Lyn, estás... —Marcus hizo una pausa sin terminar la frase—. ¿Dónde está Kevin? —preguntó al fin.

—He terminado con él. Digamos que es menos interesante de lo que parece —respondió Lyn.

—Lamento oírlo —replicó Marcus con una sonrisa que decía exactamente lo contrario.

Lyn pidió una cerveza y dirigió su atención a Derek.

—No había notado lo guapo que es tu novio, Madison —dijo con los ojos clavados en él.

Derek le sonrió y le ofreció su asiento. Furiosa, terminé lo que quedaba en mi vaso; lo último que necesitaba era lidiar con Lyn. Por fortuna se negó a sentarse.

—Iré a saludar a la cumpleañera —dijo alejándose.

La seguí con la vista, Lucy estaba hablando animadamente con Alyssa y Maisy, y eso mejoró un poco mi humor. Era su cumpleaños y quería que lo disfrutara.

—¿Mads, estás bien? —me preguntó Marcus en voz baja.

Asentí. Su mirada indicaba que no me creía.

—Si me necesitas, estaré hablando con aquella chica de allí.

Señaló a alguien en la multitud, y después de darme un beso en la cabeza,

se fue. Derek y yo nos quedamos hablando un rato, y cuando le propuse volver con los demás me respondió que prefería regresar a la universidad porque estaba cansado.

—¿Quieres que te acompañe a casa? —me preguntó—. No quiero que vuelvas sola.

—Estaré bien, regresaré con Lucy y Marcus.

Me miró un breve instante.

—Ven conmigo; puedo quedarme a dormir en tu casa —me propuso Derek.

Su cara de sueño era una confirmación de que se dormiría en cuanto viera una cama.

—Es el cumpleaños de Lucy —le recordé.

—Entonces nos vemos mañana.

Me dio un beso de despedida y, tras decirme «te quiero», se marchó en dirección a la salida. Pedí otra copa, ignorando mi buen criterio, y comencé a abrirme paso buscando a los demás. No solía tomar mucho alcohol, pero aquellas bebidas estaban excepcionalmente buenas. Eso, y además me ayudaban a apaciguar lo molesta que me sentía con Derek.

Me puse de puntillas para poder ver mejor, buscando a Lucy. Me sentía un poco desorientada y no ayudaba que todos estuvieran moviéndose y bailando a mi alrededor.

—¿Perdida? —Me volví tan rápido que mi mareo empeoró haciendo que me tambalara. Michael me tomó del brazo, ayudándome a equilibrarme. La forma en que me miraba, en que me sostenía, parecía empeorar el efecto del alcohol.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó mientras apartaba un mechón de pelo de mi rostro.

—Creo que sí —respondí sonriendo.

Llevó su mano a mi cintura acercándose a él, y antes de que fuera consciente de ello, comenzamos a bailar. Nos estábamos moviendo lentamente, su cuerpo rozando el mío, siguiendo el ritmo de la música.

No estaba segura de lo que estaba pasando o de si era correcto, lo único que importaba era que sus manos eran como una cálida llama sobre mi piel.

Me dio la vuelta lentamente, de espaldas a él, aprisionándome entre sus brazos. Cada movimiento tenía una intensidad que nunca había conocido. Me apartó el pelo y apoyó la cabeza en mi hombro. Sus labios me rozaron la mejilla y continuaron hasta detenerse cerca de los míos. El deseo me estaba

matando.

Quería que me besara, lo deseaba tan profundamente que sentí que moriría si no lo hacía.

—¡Ashford! ¡Derek! —Marcus estaba bailando a solo unos pasos de nosotros. Al ver que era Michael y no Derek nos miró sin estar seguro de qué decir.

—¿Dónde está tu novio, Madison? —Lyn tenía una malvada sonrisa en el rostro y parecía estar disfrutando del momento.

—Creo que necesitas un poco de aire —intervino Marcus.

Puso su brazo alrededor de mis hombros de manera protectora y me llevó hacia un lugar donde había poca gente. Su pelo lacio estaba más alborotado que de costumbre, húmedo de sudor y pegado a la frente. Su expresión era más sobria que hacía un rato. Me dijo que aguardara allí, y después de unos minutos regresó con una botella de agua.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, solo un poco mareada —respondí.

Temí la siguiente pregunta, pero no dijo nada. Había una mirada comprensiva en su rostro, una mirada que me decía que no me preguntaría sobre el tema.

—¡Madi! —Lucy vino hacia nosotros y se sentó a mi lado. Se veía contenta y algo cansada, y su peinado se había deshecho de tanto bailar.

—¿Lo estás pasando bien? —le preguntó Marcus.

—¡Mi mejor cumpleaños! —respondió Lucy contenta—. Pero creo que voy a volver, quiero ver cómo esta *Tani*.

Ese era el apodo que le había puesto a *Titania*.

—Iré contigo —le dije.

Marcus dijo que iría a despedirse y regresaría con nosotras.

Lo esperamos en la mesa y luego fuimos hacia la salida.

El aire fresco de la noche me sentó bien, me puse la chaqueta y permanecí quieta, intentando deshacerme de la leve sensación de mareo.

La puerta se abrió detrás de nosotros y apareció Michael. Parecía preocupado.

—Madison. —Al verme, su expresión se relajó—. Quería asegurarme de que estuvieras bien —dijo.

—Lo estoy. Ya íbamos a regresar.

Miró a Marcus y a Lucy, como para asegurarse de que iría con ellos.

—Felicidades, Lucy. No tuve la oportunidad de decírtelo antes —le dijo

Michael—. Espero que haya sido un buen cumpleaños.

—¡El mejor! —respondió ella—. Marcus me regaló una perrita, se llama *Titania*. Es lo más bonito que he visto, y Madi estas botas.

Levantó un pie, mostrándoselas. Al parecer no era la única que había tomado una copa de más. Marcus pareció notarlo y la cogió del brazo, manteniéndola cerca de él.

—¿Quieres sumarte a la brigada? —le preguntó Marcus—. ¿Ayudarme a mantener el orden? —Hizo un gesto, señalándonos a Lucy y a mí.

—¿Estás insinuando que no estamos en condiciones de volver a casa? —me revolví indignada.

—Madi y yo estamos completamente no sobrias. —Lucy hizo una pausa, considerando lo que acababa de decir—. ¡Sobrias! No, no sobrias.

Dejé escapar una risa y ella también comenzó a reír.

—Sí, creo que será mejor que vaya con vosotros —dijo Michael intercambiando una mirada con Marcus.

Las calles estaban desiertas, ni siquiera se oía de lejos el ruido de los coches. Me abracé, cerrando la chaqueta lo más posible. Hacía frío y estaba sudada, era como si mi nuca se estuviera congelando.

Michael sacó el móvil y comenzó a teclear algo. Me acerqué un poco, intentando leer disimuladamente.

Voy a acompañar a Madison y a Lucy a su casa. Esperadme donde estabais. Volveré a buscaros.

El mensaje era para Maisy. Era un gesto amable por su parte llevarlas a su casa. Michael me miró y aparté los ojos de manera abrupta. A juzgar por su expresión complacida sabía que lo había estado espiando.

Intenté fingir que estaba pensando en otra cosa y no me di cuenta de que había un desnivel en las baldosas. Michael me agarró justo a tiempo, evitando que tropezara.

Lucy comenzó a reírse, e incluso Marcus parecía tentado de hacerlo.

Los ignoré y continué caminando algo avergonzada. Michael se mantuvo a mi lado y acercó su mano a la mía, pero la metí en el bolsillo de la chaqueta para evitar que la cogiera. Derek. Repetí el nombre en mi mente. No importaba que estuviera molesta con él; seguía siendo mi novio. No podía ir por la calle cogida de la mano de otro.

Michael se quitó la bufanda que llevaba sin anudar sobre la chaqueta y me la ofreció.

—Tienes frío —dijo, y antes de que pudiera rechazarla, se acercó a mí y me la puso alrededor del cuello. Su perfume se apoderó de mí,

envolviéndome en su dulce fragancia.

—Gracias.

—Te queda mejor que a mí —observó.

Le sonreí y Derek se desvaneció de mi mente, desterrado por el aroma de su perfume. Mi hombro rozó el suyo y mantuve esa cercanía mientras continuamos caminando.

—Marcus... —oí decir a Lucy—. ¿Me dejas tu bufanda?

—No llevo bufanda —respondió él.

Lucy profirió una especie de gemido y reprimí una risa. Era el sonido que hacían los personajes de dibujos animados cuando sufrían una decepción.

—Puedo dejarte mi chaqueta —se ofreció.

—Sí, te lo agradecería.

Marcus se quitó la cazadora y la puso sobre los hombros de Lucy. Le quedaba enorme, como si llevara una capa o algo así.

No tardamos en llegar y Lucy se apresuró a entrar, ilusionada por ver a *Tani*. Esperaba no encontrar los almohadones hechos pedazos cuando subiéramos.

—Marcus, eres increíblemente dulce con Lucy —le dije.

—Espero que eso no me provoque una neumonía —respondió—. ¿Crees que Lyn seguirá allí? —dijo entonces dirigiéndose a Michael—. No es seguro que vaya sola por la calle, y menos tal como iba vestida.

—Lyn puede cuidarse sola, créeme —replicó Michael—. De todos modos, regresaré a buscarlas y las dejaré en su casa.

—Mejor. Me da miedo que se meta en problemas con alguien que haya bebido más de la cuenta —dijo Marcus.

Michael se despidió de él con un apretón de manos y luego volvió a mi lado. Pensé en devolverle la bufanda, pero parte de mí se resistía. Me gustaba tener algo de él.

Me puse de puntillas y le di un beso en la mejilla. Michael puso una mano en mi cintura, sosteniéndome contra él, y se despidió de la misma manera.

Había algo en la forma en que me sostenía..., algo posesivo que me gustaba.

Seguí a Marcus hacia el ascensor y subimos sin decir nada. Tenía una mirada cómplice, como si supiera lo que estaba pensando.

Al entrar en el apartamento vimos a Lucy sentada en el suelo con la perrita bostezando en sus brazos. Todo parecía estar en orden, lo cual era una grata sorpresa. Fui a la cocina y comencé a preparar chocolate caliente

mientras Marcus se acomodaba en el sofá.

—Me voy a dormir. Buenas noches —dijo Lucy.

Marcus y yo le deseamos buenas noches al unísono. Estaba buscando las tazas cuando mi móvil hizo un zumbido.

Michael 2.04

Estabas preciosa. Espero que esta noche duermas con mi bufanda. La próxima vez tendrás que darme algo tuyo.

Llevé la mano hacia la bufanda que todavía llevaba en el cuello. Michael sabía que no me había olvidado de devolvérsela, que la había conservado para tener algo suyo.

—Está jugando con esta situación.

Marcus me miró sin saber de qué estaba hablando.

—Michael está provocando estas emociones en mí y lo sabe —le aclaré.

—¿Entonces? —No parecía entender lo que estaba diciendo.

—Lo está haciendo a propósito. Tentándome —respondí.

Le di una taza a Marcus y me senté junto a él.

—Vi la forma en que os mirabais. Parece que lo vuestro es inevitable —respondió.

—No, eso es lo que me quiere hacer creer.

Marcus me miró como si hubiera perdido el sentido común.

—Aún tienes su bufanda y vi el boceto en tu habitación —dijo.

—Hasta ahora lo único que he hecho es caer bajo su hechizo. Si pretende adueñarse de mis pensamientos hasta que solo le pertenezcan a él, le devolveré el favor —respondí testaruda.

—Eso será interesante.

Apoyé la cabeza en su hombro y terminamos de tomar el chocolate caliente. Una vez que Marcus se fue a su apartamento, me dirigí a mi habitación lista para meterme en la cama. Dejé la bufanda de Michael en la mesita de noche, su perfume envolviéndome mientras me dormía.

Cuando me desperté al día siguiente estaba determinada a tomar las riendas de la situación. Era hora de salvar el barco o dejarlo hundir. Necesitaba hacer algo que me acercara a Derek, definir las cosas entre nosotros y tomar una decisión con respecto a Michael. Sabía que no era solo mera atracción, que sentía algo por él, algo real. Y a pesar de que seguía queriendo a Derek no me parecía que aquello fuera del todo correcto. No lo entendía; antes era feliz junto a él. ¿Qué había cambiado? No lo sabía con seguridad, pero quería intentar mejorar las cosas con él. Busqué el móvil y le envié un mensaje diciendo que pasaría a visitarlo más tarde. Era domingo, y a

excepción de los que vivían allí como Derek, dudaba que hubiera alguien en la universidad.

Cuando fui a la cocina, el desayuno estaba servido y Lucy peinaba amorosamente a *Tani*. La perrita se veía feliz en sus brazos y movía una de las patas en un acto reflejo cuando el cepillo pasaba cerca de su barriga y le hacía cosquillas.

Cogí una tostada y me senté en la silla, perdida en mis pensamientos. Necesitaba hacer algo romántico, generar aquella intimidad que solía tener con Derek.

Lucy se sentó frente a mí poniendo un plato con gofres en la mesa. Parecía algo distraída y seguí su mirada hasta una tarjeta de felicitación. Reconocí la letra de Marcus. Decía: «Para mi querida amiga Lucy». Las palabras «querida» y «amiga» destacaban por encima de las otras. No estaba segura de si eso había sido algo consciente, pero el mensaje era claro.

Lucy era muy reservada respecto a sus sentimientos, incluso cuando algo la molestaba.

—¿Cómo has dormido? —le pregunté.

—Bien. *Tani* durmió conmigo —respondió.

Tomé un gofre y me levanté a servirme café. *Titania* me siguió moviendo la cola, con la esperanza de que le diera algo de comer.

—Sé que sabes que me gusta Marcus.

Sus palabras me sorprendieron tanto que casi tropiezo con la perrita. Lucy me estaba mirando con una expresión seria.

Asentí y volví a la mesa, ofreciéndole un poco de café.

—¿Es muy evidente? —me preguntó.

—Eres mi mejor amiga, te conozco desde que teníamos seis años. Es evidente para mí, no para el resto —respondí.

Era bueno que estuviera hablando de lo que sentía, aunque no estaba segura de cómo ser honesta con ella sin herir sus sentimientos.

—Ayer fue tan amable, tan dulce, que pensé que estallaría en lágrimas —dijo mirando a *Tani*.

—Marcus te quiere mucho, solo que...

—Como amiga —terminó la frase por mí—. Lo sé. Últimamente me ha costado poner buena cara cuando está con Lyn, y él se ha esforzado por demostrarme que le importo y dejar sus sentimientos claros al mismo tiempo. Lo cual es un alivio; saber lo que siente y no tener falsas esperanzas, pero al mismo tiempo es triste, porque sé que debo dejar de sentirme de esta manera

y seguir adelante con mi vida.

Una tras otra las lágrimas comenzaron a desprenderse de sus ojos. Fui hacia ella y la abracé, deseando que hubiera algo que pudiera hacer para que se sintiera mejor.

—Eres importante para él, y estoy segura de que se siente mal por no poder corresponder a tus sentimientos —dije—. Hubieras tenido que ver su rostro cuando me contó que había ido al refugio de animales a elegir un perro para ti. Estaba contentísimo de poder darte algo que sabía que te haría feliz.

Lucy sollozó y le froté la espalda.

—Está bien que llores, Lucy. No puedes dejar de quererlo de un día para otro. No intentes embotellar tus emociones como siempre haces, de lo contrario nunca te sentirás mejor.

Permanecimos así durante un rato hasta que dijo que ya estaba bien. Regresé a mi silla y no aparté mi mirada de ella por si necesitaba otro abrazo. *Tani* le lamió la mano y se subió a su regazo, lo que pareció reconfortarla.

—¿Crees que Marcus vendrá? —preguntó Lucy enjugándose las lágrimas con la manga del pijama.

—No, creo que ayer mencionó que tenía ensayo con el grupo.

Le mandé un mensaje solo para estar segura. Lo último que Lucy necesitaba era que Marcus entrara por la puerta y la viera así.

Yo 11.46

¿Ya has resucitado?

Me serví otro gofre y terminé lo que quedaba de café.

—¿Quieres que nos quedemos viendo películas? Eso te distraerá un poco —sugerí.

—Alyssa vendrá dentro de un rato, quiere conocer a *Tani* y tenemos que estudiar, nos han puesto un examen el martes —respondió.

Marcus 11.49

Sí, tengo ensayo en veinte minutos. ¿Y vosotras?

Yo 12.00

Nos hemos despertado hace un rato.

—¿Quieres que me quede contigo hasta que llegue Alyssa? —le pregunté.

—No estoy enferma, Madi, solo un poco triste —replicó Lucy—. Estaré bien.

La ayudé a recoger los platos e insistí en que yo los lavaría. Lucy se acurrucó en el sofá, abrazando uno de sus libros. Siempre lo hacía cuando no estaba bien: cogía uno de sus libros favoritos como si fuera un amigo que la ayudaría a recuperarse.

—¿Qué harás tú?

De haber sido otra persona le hubiera mentido, pero siempre era honesta con Lucy, incluso cuando sabía que estaba haciendo algo reprobable o que pensaría mal de mí.

—Estos días no he podido apartar a Michael de mi cabeza, y ayer... — Hice una pausa y ella me miró de manera comprensiva—. Necesito pasar tiempo con Derek, descifrar qué es lo que quiero.

—Me gusta Derek, es inteligente y amable, pero Michael..., la manera en que te mira. Me gustaría que alguien me mirara así.

Lucy sollozó de nuevo. Iba a acercarme a ella, pero hizo un gesto con la mano indicándome que estaba bien.

—Lucy, ¿estás segura de que no quieres que me quede? —le pregunté.

Negó con la cabeza. Recogí los platos de la mesa y comencé a lavarlos. La casa estaba algo sucia y tenía que hacer la colada. Necesitaría encontrar tiempo para encargarme de eso.

—Deberías vestirme como Lyn.

El plato resbaló de mi mano y chocó con un fuerte ruido contra el fregadero. Por fortuna no se rompió.

—¿Qué? —pregunté volviéndome hacia ella.

—Cuando vayas a ver a Derek, deberías vestirme como Lyn —dijo Lucy—. Eso llamará su atención y sabrás si las cosas van bien.

Me costaba creer que Lucy estuviera sugiriendo algo así.

—Es mi novio, debería gustarle aunque fuera en pijama —respondí—. Y no estoy segura de tener ropa como la de Lyn.

—Eso es un alivio.

Las dos nos reímos, y una vez que terminé con los platos fui hacia mi habitación. Lucy se acomodó en mi cama con *Tani*, mirando cómo rebuscaba en mi armario. El día estaba precioso e incluso hacía un poco de calor. Busqué entre la ropa hasta encontrar un top violeta que a veces usaba cuando íbamos a bailar. Acentuaba mi figura y era algo escotado sin revelar demasiado. Iría bien con unos tejanos negros ajustados.

—¿Qué tal? —pregunté.

—Perfecto. Y las botas que llevabas el otro día, las cortitas con tacón —respondió.

Sabía a cuáles se refería. Me las probé frente al espejo: completaban el atuendo a la perfección. Me maquillé un poco los ojos y me revolví el cabello para darle más movimiento.

—Estás muy guapa —concluyó Lucy.

Dejé escapar un suspiro mientras me ponía perfume.

—Dime la verdad: ¿crees que estoy loca?

—Un poco. Pero es romántico —replicó Lucy—. Tú y Derek lleváis juntos desde el año pasado, pero Michael te mira como si pudieras ser su verdadero amor.

Lucy comenzó a llorar repentinamente y corrí a su lado.

—Lo siento, estoy algo sensible —se disculpó—. Termina de arreglarte, iré a comer unos *muffins* que quedaron de ayer.

Insistí en quedarme con ella y se negó. Estaba saliendo del edificio cuando me crucé con Alyssa Roslyn, lo que me alivió, ya que Lucy no estaría sola. Nos saludamos brevemente y continué mi camino.

Un grupo de chicos pasó caminando a mi lado y dos de ellos se volvieron a mirarme, lo que significaba que había logrado mi cometido de tener un aspecto como el de Lyn.

Era extraño estar en la universidad en fin de semana. Los pasillos de Van Tassel estaban vacíos y la mayoría de las luces, apagadas. Estaba cerca de la habitación de Derek cuando me lo encontré en el pasillo. Sonreí al verlo, pero solo duró un momento. Llevaba una camiseta deportiva y parecía tener prisa, lo cual no era una buena señal.

—Mads —dijo sorprendido.

No estaba segura de si su expresión se debía a cómo iba vestida o al hecho de que estuviera allí.

—Te mandé un mensaje. Creí que pasaríamos la tarde juntos —dije.

—Mi hermano llamó hace un rato; tiene entradas para un partido de baloncesto. Pasará a recogerme dentro de unos minutos.

El enfado debió de ser evidente en mi rostro, ya que su expresión se volvió más seria.

—Puedo intentar conseguir otra entrada. —Al ver que eso no contribuyó a disminuir mi enfado, añadió—: Estás muy muy guapa.

—No hemos pasado mucho tiempo juntos, y tengo la sensación de que las cosas entre nosotros no están yendo del todo bien... —Su móvil sonó, interrumpiéndome. Derek lo cogió y levantó una mano indicándome que esperara. Me dieron ganas de arrebatarlo y tirarlo por la ventana.

—Mi hermano está fuera —anunció.

Podía ver en sus ojos que se sentía culpable, pero sabía que eso no evitaría que se fuera.

—Todo está bien entre nosotros, no debes preocuparte.

Me besó y me cogió de la mano mientras nos dirigíamos a la salida.

—Le diré a mi hermano que me deje en tu casa cuando regresemos. Podemos cenar juntos —sugirió Derek.

Caminaba con prisas y su voz era conciliadora, como si intentara calmarme para evitar una escena

—Las cosas son diferentes al año pasado. En las últimas semanas apenas hemos hecho cosas juntos —dije—. ¿Recuerdas cuando me llevabas contigo a los entrenamientos y luego nos quedábamos patinando?

—Podemos hacerlo esta semana —me aseguró—. Le pediré permiso al entrenador para usar la pista.

Me irritaba que no se diera cuenta de cómo me sentía, que ni siquiera percibiera que se había abierto cierta distancia entre nosotros.

—¿Echas de menos pasar tiempo conmigo? —le pregunté.

Salimos del edificio y vi una gran camioneta negra esperando en la calle. Su hermano debía de tener prisa, ya que tocó la bocina y ni siquiera bajó la ventana para saludar.

—Por supuesto, pero te estás preocupando por nada —me aseguró Derek.

Me besó en los labios y se fue. La camioneta arrancó apenas cerró la puerta, alejándose a gran velocidad. Estaba enfadada y triste. Peor que como me había sentido la noche anterior.

Pensé en regresar a casa, pero no quería molestar a Lucy y a Alyssa.

Aunque, a decir verdad, no quería regresar. Derek apenas me había prestado atención; había sido humillante. No quería comerme todo el chocolate que tenía en el cajón de mi mesita de noche mientras Lucy me consolaba. Además, ella tenía sus propios asuntos con los que lidiar; era yo quien debía hacerla sentirse mejor, no al revés.

Busqué el móvil y le mandé un mensaje a Marcus para saber dónde estaban ensayando. Necesitaba despejar la mente, y él era una buena compañía.

Marcus 14.10

Estamos en Loxi.

El bar estaba vacío a excepción de los componentes de la banda. Era un lugar espacioso y estaba decorado con guitarras en las paredes. Había una mesa de billar en una esquina y en la otra se levantaba un pequeño escenario donde estaban instalados los instrumentos del grupo. Dos chicos que conocía de la universidad estaban allí sentados, deshaciendo un lío de cables junto a los altavoces.

Recorrí el lugar con la mirada hasta que vi a Marcus sentado en un banco

frente a la barra. Fui hacia él mientras echaba un vistazo alrededor. No había ni rastro de Michael.

—Ashford.

Marcus me miró, deteniendo sus ojos en mi atuendo. Tenía su guitarra en el regazo y la estaba afinando, tocando lentamente cada cuerda.

—Sabía que este día llegaría —dijo sonriendo—. ¿Vienes a seducirme? —Eso me hizo reír y me sentí aliviada de estar en su compañía.

—Sí, me he vestido así para ti —bromeé.

Me pasó un vaso y me sirvió lo mismo que estaba tomando él: zumo de manzana.

—¿Derek? —preguntó.

—Se fue con su hermano a ver un partido de algo —dije de mala gana.

Abrió la boca para responder, pero cambió de idea al ver lo que fuera que hubiera visto en mi rostro. Probablemente frustración. Enfado y tristeza también eran una opción.

—Si fuera yo, el único partido que estaríamos jugando sería dentro de tu cama —me soltó.

Sus palabras me sorprendieron tanto que no estaba segura de cómo reaccionar.

—Solo intento levantar tu autoestima —aclaró poniendo una cara divertida. Dejó escapar una risa y tocó una breve melodía en su guitarra, probando las cuerdas—. Espero que no se hayan formado imágenes extrañas en tu cabeza —dijo con una mueca en los labios—. Somos amigos, sería raro.

Le golpeé el hombro cariñosamente, sonriendo. Siempre podía contar con Marcus para hacerme reír cuando estaba de mal humor.

—¿Michael? —le pregunté en voz baja.

—Está en el almacén, buscando un adaptador. —Levantó la mano señalando hacia una puerta—. Por allí a la izquierda.

Me levanté del banco y comencé a caminar en aquella dirección. Un manojo de nervios se apoderó de mi estómago, algo que no experimentaba desde hacía bastante tiempo.

—Estás jugando con fuego, Mads —dijo Marcus detrás de mí—. Te vas a quemar.

HALLOWEEN



Seguí el pasillo y a la izquierda encontré una escalera que bajaba al almacén. La madera era algo vieja y crujió bajo mis botas. El lugar estaba poco iluminado y me cogí de la barandilla para evitar caerme. La habitación era grande y había cajas por todos lados, la mayoría de ellas contenían cervezas. Pisé con cuidado, evitando meter los pies en una de las cajas, y miré hacia delante. Podía distinguir una silueta al fondo, de espaldas a mí, revolviendo el cajón de un gran estante.

Me acomodé el pelo solo para hacer algo. Estaba nerviosa, y ni siquiera estaba segura de por qué estaba allí.

Una bombilla era la única iluminación del almacén. Y dado el estado en el que se encontraba, y la forma extraña en la que colgaba el cable, podía caerse en cualquier momento.

Mi pie chocó contra algo y una botella rodó por el suelo, haciéndolo crujir.

Michael se volvió hacia mí, sobresaltado. Al principio parecía sorprendido, como si no estuviera seguro de si realmente era yo. Sus ojos recorrieron mi cuerpo de abajo arriba hasta detenerse en los míos.

—Hola.

Mi voz sonó tenue, tanto que yo apenas me oí a mí misma.

—¿Eres una visión? —preguntó Michael—. ¿Un espectro deleitándose en mi anhelo?

Creí que estaba bromeando, pero su expresión indicaba lo contrario.

—No sé de qué estás hablando —dije acercándome a él—. ¿Has estado bebiendo? Hay suficiente cerveza como para embriagar a un ejército.

Continuó observándome unos momentos y una sonrisa comenzó a asomar en sus labios.

—Madison —pronunció mi nombre con fuerza—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a ver a Marcus —respondí—. Dijo que estabas tardando y me envió a ver si necesitabas ayuda.

No era exactamente verdad; no obstante, era mejor que decir que tenía

ganas de verlo.

—Marcus tuvo una buena idea, apenas puedo ver con esta luz. Apreciaría tu ayuda.

Me ofreció la mano, y cuando la cogí me acercó a él, ayudándome a esquivar todo lo que había en el suelo.

—¿Creíste que era un fantasma? —pregunté sin poder contenerme.

—Un espectro —me corrigió.

Contuve la risa.

—Creí que estaba siendo acechado por el espíritu de una hermosa mujer. Estás... guapa —dijo de manera apreciativa.

Sus últimas palabras quitaron importancia a las primeras. ¿Qué más daba si creía en fantasmas? Debía de ser una superstición por haber crecido cerca de Salem, lo que verdaderamente importaba era la forma en que se estaba apoderando de mí. Sus ojos parecían todavía más oscuros, hambrientos e intrigantes.

Di un paso hacia el estante y comencé a hurgar en el cajón sin siquiera saber qué estaba buscando.

—¿Has venido hasta aquí sola? —Me volví, mirándolo escéptica—. No deberías ir sola por la calle, no así vestida —dijo.

Habló en voz baja, casi en un susurro.

—Sé cómo defenderme —respondí.

Debió de encontrar eso gracioso, ya que sus labios formaron una devastadora sonrisa. Di un paso hacia él, apenas dejando distancia entre nosotros, y le sostuve la mirada.

—No eres tan encantador como crees —dije.

Intenté pasar por su lado, pero levantó el brazo, manteniéndome donde estaba, entre él y el estante.

—Y tú eres aún más encantadora que en mis sueños —replicó.

—¿Le dices eso a todas las chicas? —pregunté escéptica.

—Solo hay una en mis sueños —respondió con seguridad—. Tiene un hermoso cabello negro y ojos celestes que compiten con las estrellas.

Dejé escapar una risita nerviosa. No sabía si derretirme o preguntarle de qué película lo había sacado.

—Sus labios rosados me encuentran cada noche —continuó—. La he besado en muchos sueños. En diferentes lugares.

Podía sentir el corazón golpeando contra mi pecho. Era una secuencia lenta que me llenaba de ansiedad.

—Parece un bonito sueño... —La sensación de control se escurrió como agua entre mis manos.

—Estoy seguro de que la realidad es todavía mejor —afirmó.

Se inclinó hacia mí, me tomó entre sus brazos y me besó. Sus labios eran cálidos, apremiantes, con una dulce ansia por explorar. Su mano me rozó la mejilla y se detuvo en el mentón, levantando mi rostro hacia el suyo.

Mis piernas se debilitaron y sentí una exquisita y febril sensación recorrerme el cuerpo.

Nunca nadie me había besado de esa manera, con aquella intensidad. Era como si el mundo fuera a romperse en pedazos a nuestro alrededor. Como si quisiera arrastrarme al divino cielo o al mismísimo infierno.

Un fuerte ruido de cristales rotos me hizo volver a la realidad y nos separamos un poco. Una de las botellas había estallado, mojando mis piernas con cerveza.

Me aparte de él y, tras contemplarlo un momento, me apresuré en dirección a la escalera.

—Cuidado, hay cristales por todas partes —dijo Michael.

Vino detrás de mí y puso una mano en mi hombro, guiándome hacia los escalones. Mis labios aún ardían, anhelando los suyos. Sentir su mano sobre mí no apaciguaba esa sensación, solo me hacía desearlo más.

—¿Por qué cuando estamos juntos las cosas estallan? —dije pensando en voz alta—. Primero las bombillas del pasillo, ahora una botella.

—Si eso no es amor, no sé qué es —respondió Michael para sí mismo.

Sus palabras me impactaron de tal manera que prácticamente corrí escaleras arriba, yendo hacia donde estaban los demás. Marcus se acercó a mí, y al ver mi expresión no dijo nada, sus ojos hablaban por él: «Te lo dije».

—Tenías razón, me he quemado.

Me despedí y me apresuré a salir del bar, asegurándome de que Michael no me siguiera. Marcus me había advertido que estaba jugando con fuego y no se equivocaba: lo había besado y no había vuelta atrás. Estaba abrumada por lo que había sentido, culpable por Derek y desconcertada por la cerveza en mis piernas. ¿Amor? No entendía cómo se relacionaba eso con cristales rotos; probablemente era otra de sus creencias extrañas.

Estaba cruzando la calle cuando lo vi de nuevo, el gran perro oscuro como el ébano. Caminaba por la acera de enfrente, sus orejas enhiestas y atentas, su mirada fija en mí.

Continué caminando, intentando ignorarlo. El perro me siguió hasta el

apartamento y luego desapareció. Tal vez estaba siendo paranoica y era el perro de algún vecino; sin embargo, tenía el presentimiento de que me había estado vigilando.

Alyssa seguía en casa cuando entré; ella y Lucy estaban acomodadas en el sofá en medio de una pila de libros. *Tani* dormía profundamente debajo de la mesa.

Las saludé y me excusé diciendo que estaba cansada. Lucy me miró expectante, deseando saber cómo me había ido, y le hice un gesto diciendo que hablaríamos después.

El resto del día transcurrió sin nada de particular. Pasé lo que quedaba de la tarde adelantando unos bocetos para la clase de publicidad e intentando poner orden en el lío de emociones que estaba sintiendo.

Sabía lo que debía hacer, pero eso no significaba que no me doliera. Necesitaba tener una conversación honesta con Derek, decirle la verdad sobre lo que estaba pasando. Lo que sentía.

Dejé escapar un suspiro. Pero esa noche no estaba en condiciones de tener ese tipo de charla, y de todos modos Derek me mandó un mensaje diciendo que se había hecho tarde y cenaría con su familia.

Derek había estado distante, priorizando otras cosas sobre mí, pero eso no justificaba que hubiera besado a otra persona.

Al llegar la noche cené con Lucy y le conté lo sucedido. Necesitaba desahogarme y ella me escuchó con atención. Nos sentamos en los sillones del salón y empezamos un pastel que ella había preparado.

—Dijo que mis ojos son como estrellas. —Hice una pausa recordando—. Que compiten con las estrellas. Sé que es cursi, pero también es romántico.

—Mucho —asintió Lucy.

—Y era como si sus ojos me hablaran, confirmando sus palabras. Como el señor Darcy cuando miraba a Elizabeth Bennet. Todo ese anhelo que solo puede expresar una mirada —dije.

—Es una de tus películas favoritas —respondió Lucy—. Y el libro es maravilloso.

Asentí.

—Y el beso... Escriben poemas, canciones, sobre ese tipo de besos —dije abrazando uno de los almohadones—. Derek es amable y romántico. Michael es atrevido, apasionado, como si estuviera buscando algo y no le importara caer por un precipicio con tal de encontrarlo. Y arrogante. Es un poco arrogante.

Lucy me miró como si estuviera leyendo una novela.

—Parezco una tonta, hablando así.

Comí un pedazo de pastel. Eso me haría callar.

—Parece que Michael te gusta mucho —respondió Lucy—. Besos que inspiren canciones, alguien que nos haga ver el mundo de color de rosa, ser arriesgadas y hacer tonterías. ¿No es lo que todas las chicas buscamos? —Eso me hizo sonreír—. Siempre has sido impulsiva, Madi, mucho más que yo. Haz lo que sientas que debes hacer. —Hizo una pausa y añadió—: Si no puedes estar con Derek sin pensar en Michael, no deberías estar con él.

Tenía razón.

—Lo sé —asentí.

Lucy se recostó contra un almohadón.

—Tal vez Michael tenga algún primo que pueda presentarme —dijo pensativa.

Intercambiamos miradas y comenzamos a reír.

Di vueltas en la cama. Me ponía de lado mirando hacia la derecha, y al cabo de unos minutos, hacia la izquierda. No sabía cuánto tiempo hacía que estaba despierta, y volver a dormir se estaba convirtiendo en una tarea imposible. Intenté dejar la mente en blanco, y cuando eso falló, pensar en otra cosa, cualquier cosa menos en él.

Pensé en el diseño que había comenzado a dibujar para mi clase de publicidad; en la serie de televisión que habíamos empezado a ver con Marcus, en cómo había terminado y en qué sucedería en el próximo capítulo. Nada de eso logró distraerme más de un breve momento. En lo único que quería pensar era en él, en Michael. La escena se repetía en mi cabeza como si fuera una película: ambos mirándonos, sus ojos fijos en los míos como si pudieran verme con una claridad que nadie había conseguido.

Para cuando comprendí lo que estaba sucediendo, sus labios estaban sobre los míos y su mano sujetaba mi rostro, sus dedos como terciopelo.

Me había cogido por sorpresa; no obstante, la verdadera sorpresa fue cuánto había disfrutado aquel beso.

Extendí la mano hacia mi mesita de noche y al encontrar el interruptor miré la hora: 2.30 de la madrugada.

Suspiré, iba a ser una larga noche, aunque esperaba poder quedarme dormida en algún momento.

No estaba segura de cuánto tiempo había pasado, pero cuando finalmente comencé a dormirme, el móvil me despertó. Me llevé las manos al rostro con

frustración, pensando en lo que me había costado empezar a dormirme. Cogí el móvil, y cuando la pantalla se iluminó y abrí el mensaje, mi corazón se detuvo.

Michael 3.16
¿Estás despierta?

Una ola de emoción recorrió mi cuerpo y sonreí. Él tampoco debía de poder dormir, eso o se encontraba en algún bar.

Yo 3.16
Sí.

Me acomodé bien en la almohada y esperé a que respondiera.

Michael 3.17
¿No puedes dormir?

Si le decía que no, iba a asumir que se debía a que estaba pensando en él y en lo que había ocurrido. ¿Por qué otra razón estaría despierta un domingo a las tres de la madrugada? Lo pensé: él también estaba despierto y me había mandado un mensaje.

Yo 3.18
No. ¿Tú?

Esperé su respuesta, pero el móvil no emitía sonido alguno y comencé a sentirme ansiosa. ¿Qué esperaba para responder? Iluminé la pantalla: 3.33 de la madrugada. Aguardé con la mirada perdida en el techo. Llevé la mano al móvil de nuevo y me detuve antes de cogerlo. Me quedaban unas pocas horas de sueño y necesitaba dormir.

Cuando el despertador sonó, me sentía tan cansada que salir de la cama me costó más de lo habitual. Al apagar la alarma miré la pantalla: ningún mensaje nuevo. Maldije a Michael. No solo me había despertado sino que no había respondido.

Tenía un rato libre antes de clase y hacía unos días que estaba pensando en retomar mi rutina de correr por la mañana. Busqué mi ropa deportiva y, tras comer algo rápido, le dije a Lucy que la vería en la universidad.

Correr me sentaba bien, había olvidado cuánto me gustaba sentir el aire en mi rostro y la música alejando mis problemas. Estaba algo baja de forma, pero si corría dos veces a la semana, como en el semestre pasado, pronto recuperaría mi buen estado físico.

El parque no estaba muy lejos y era ideal para hacer ejercicio. Tenía hermosos espacios verdes y lo atravesaba un río donde siempre había chicos practicando remo. La mayoría pertenecían a equipos de las diferentes universidades. Me encantaba sentarme en un viejo puente blanco y verlos avanzar por el agua. Todos moviéndose de manera coordinada y gritando

palabras de ánimo. El año pasado incluso había intentado unirme al equipo, solo para descubrir que no era lo mío. Me gustaba verlos, pero remar era un asunto diferente.

Llegué a la universidad con el tiempo justo para cambiarme e ir a buscar un café. La clase estaba llena. Derek levantó la mano llamando mi atención. Se había sentado al lado de Marcus.

Fui hacia ellos y vi a Michael, Maisy y Lyn dos filas más adelante.

—Madi, siento mucho no haber pasado anoche —se disculpó Derek.

Me saludó con un beso y me senté sin decir nada. Apenas había notado sus labios sobre los míos y de solo mirarlo me sentía culpable.

—Esta noche soy todo tuyo —dijo—. Ya tengo mi disfraz y pasaré a buscarte por tu casa.

—¿Disfraz? —pregunté sin saber de qué estaba hablando.

—¡Es Halloween! El baile del terror, el que la universidad hace todos los años —respondió Derek.

Halloween, eso explicaba todas las calabazas con caras risueñas en los jardines. Y ahora que lo pensaba, creí haber visto a un perro disfrazado de dinosaurio mientras corría.

Lucy y yo habíamos comprado nuestros disfraces hacía unos días, pero había olvidado que ya estábamos a treinta y uno.

—Es verdad, es hoy —asentí.

Derek me sonrió, como si encontrara adorable mi confusión. Abrí un cuaderno y miré las notas de la clase pasada, simulando que las estaba leyendo.

—Aún no me he decidido por el mío. Qué opináis: ¿el capitán Jack Sparrow o el vampiro Edward Cullen? —preguntó Marcus.

—¿Esas son tus opciones? —respondí.

—Si quisiera un disfraz que expresase lo genial que es Halloween, me disfrazaría del joven Manostijeras o del jinete sin cabeza de *Sleepy Hollow*, pero quiero un disfraz que atraiga la atención femenina —dijo clavando la mirada en Lyn.

—¿Cómo te disfrazarías de Edward Cullen? —le preguntó Derek.

—Maquillaje que me haga más pálido, un abrigo, brillantina... —A juzgar por su expresión, lo último no pareció convencerlo. Me lo imaginé con brillantina en la cara, pretendiendo ser un vampiro que brillaba, y no pude evitar sonreír.

—¿Dónde está Lucy? —pregunté.

—En la biblioteca, dijo que necesitaba terminar un proyecto con Alyssa —respondió Marcus.

Al parecer todavía no estaba preparada para pasar tiempo sola con él.

Por fortuna solo compartían dos clases.

Michael se volvió e intercambiamos una mirada. Solo de ver su rostro sentí un nudo de emociones en el pecho.

La clase transcurrió rápido, probablemente porque apenas había escuchado dos palabras de lo que había dicho Tacher.

Necesitaba hablar con Derek, solo que no estaba segura de que fuera el día ideal. Parecía entusiasmado por el baile de Halloween y habíamos planeado nuestros disfraces desde hacía días. O mejor dicho: lo había convencido de ir disfrazados de Ginebra y Lancelot, en vez de Batman y Batgirl, como él quería.

Me excusé diciendo que tenía que ver a Lucy y me apresuré fuera del aula. Pensé en ir a buscarla, pero si en verdad estaba trabajando en algo con Alyssa no quería molestar. Tenía suficiente con su propio drama amoroso.

Fui a la cafetería del último piso, a la que nadie iba porque quedaba lejos de las aulas, y me senté en un rincón. No estaría tranquila hasta hablar con Derek y no quería arruinar su noche. Lo evitaría hasta que hubiera pasado el baile; intentaría disfrutar una última noche con él y hablaríamos al día siguiente.

También sería bueno evitar a Michael, sumar más culpa tampoco ayudaría. Me pregunté si vendría y de qué iría disfrazado. Halloween debía de ser una de sus festividades favoritas si creía en espectros y esas cosas. Cualquier disfraz le quedaría bien, sobre todo si era algo masculino, como un *cowboy* o un guerrero.

Alguien corrió una silla haciendo que me sobresaltara, levanté la mirada y vi a Marcus sentarse a mi lado.

—Sabía que te encontraría aquí.

Me ofreció una de las tazas que dejó en la mesa. Contenía chocolate caliente con crema y canela.

—Me conoces bien —respondí.

—He venido a ofrecerte mis sabios consejos.

Acompañó esas palabras con una expresión seria y exagerada, lo que me hizo sonreír.

—Sé que debo hablar con Derek. Lo haré mañana —dije.

—Borra esa expresión culpable de tu rostro, Ashford —respondió Marcus

—. Has encontrado a alguien que realmente te importa, no hay nada de malo en eso.

—Derek me importa. Estamos juntos desde hace meses, él fue...

—El primero —me interrumpió Marcus.

Intercambiamos una mirada y tomé un sorbo de la taza; era extraño estar hablando de eso con él.

—Es el primer chico con el que estuviste, lo que lo hace especial y siempre sentirás cariño por él, blablablá... pero eso no significa que sea el indicado —dijo Marcus.

No estaba segura de qué responder, sobre todo porque estaba en lo cierto y era Marcus quien lo estaba diciendo.

—Creía que Derek te caía bien. —Fue lo único que se me ocurrió decir.

—Me cae bien, es un buen tipo y es mi compañero de equipo, pero tú eres mi amiga y tu felicidad me importa más que la suya —respondió simplemente.

Había algo que no me estaba diciendo: ¿por qué le importaba tanto que estuviera con Michael?

—Has estado empujándome hacia Michael desde hace semanas. ¿Por qué?

—Por la forma en que os miráis —respondió.

Permanecí callada, esperando a que siguiera hablando.

—¿Está mal querer algo así? —preguntó de manera abrupta—. Algo que signifique algo.

Estiré mi brazo hacia él.

—Solo intento ayudarte, Mads. —Se puso de pie y añadió—: Creo que iré de Jack Sparrow; no hay nada mejor que un pirata y una botella de ron.

Estaba saliendo de la universidad cuando lo vi: el perro negro. Estaba sentado en la acera como si estuviese esperando a alguien. Era la primera vez que lo veía de cerca. Era grande, realmente grande. Tenía un largo pelaje negro y las orejas enhiestas como las de un lobo.

Me acerqué a él con cautela. Mientras lo hacía, simplemente me observó, sus oscuros ojos brillantes y atentos. Entonces ladró y di un paso hacia atrás, chocando contra alguien.

—Es bueno, no va a hacerte daño.

Michael pasó a mi lado y le acarició la cabeza, el perro movió la cola y se levantó.

—¿Es tuyo? —pregunte atónita.

Era el perro negro que me había estado siguiendo, estaba segura de ello.

—Sí, su nombre es *Dusk* —respondió.

Lo miré manteniendo la distancia.

—No hay nada que temer, no es como si fuera el Grim —dijo bromeando—. Es un pastor belga.

¿El Grim? Me sonaba de algún lado, seguramente de uno de los libros de Lucy.

—Grim —repetí—. ¿Como el perro espectral que se pasea por los cementerios anunciando la muerte?

Michael asintió. Parecía sorprendido de que supiera algo sobre ello, pero sonrió de manera complacida.

—Tal vez no sea un perro fantasmal, pero sigue siendo intimidante —dije mientras observaba al enorme perro negro.

Los ojos del animal se fijaron en mí, como si supiera que hablaba de él.

—Me ha estado siguiendo. Lo he visto cerca de mi casa —dije.

—Te ha estado cuidando —respondió.

Ahora estaba hablando en serio.

—¿Cuidándome de qué? —pregunté desconcertada.

—De los peligros de la noche —respondió simplemente.

Algo en su rostro me decía que era mejor evitar más preguntas. Lo que me impulsó a hacerlas.

—¿Enviaste a tu perro a seguirme? ¿No crees que es un poco raro?

—No lo envié —aclaró—. Notó que estoy interesado en ti y eso generó su propio interés.

Lo miré boquiabierta.

—Eso es todavía más raro.

Se encogió de hombros.

—Debo irme, tengo que terminar de preparar mi disfraz —dije entonces.

—Te veré esta noche —respondió Michael.

Di la vuelta para marcharme, pero me volví hacia él de nuevo.

—¿Por qué no respondiste ayer? El mensaje de texto.

Un brillo divertido destelló en sus ojos.

—Me quedé dormido. Saber que estabas pensando en mí me dio cierta paz mental —respondió.

Su honestidad siempre me cogía por sorpresa. Sabía a qué se refería; había sentido lo mismo cuando me envió el mensaje en mitad de la noche.

—Gracias por despertarme —dije con ironía.

—Gracias por el beso —respondió en el mismo tono.

Lo miré durante un largo momento sin saber qué decir. Encontraba la expresión triunfal de su rostro increíblemente molesta. Tan molesta que quería dar un paso hacia él y besarlo de nuevo.

—Te veré esta noche —dije.

Lo miré una última vez y me alejé. *Dusk* comenzó a caminar detrás de mí, pero Michael le hizo un gesto y se quedó donde estaba. Nunca había oído hablar de un perro acechador.

¿Por qué me seguía allá adonde fuera? En el camino de vuelta a casa, saqué mi móvil y tecleé «Grim» en el buscador de internet. Era llamado por muchos otros nombres: sabueso del infierno, *black dog*, *canis diabolus*, Gytrash, Barguest, Uay Pek.

Algunas culturas creían que era una manifestación del diablo, un mensajero de la muerte. Otras se referían a él como un espectro nocturno que se cruzaba en el camino de aquellos que iban a sufrir una muerte repentina.

Todas coincidían en algo: verlo no era una buena señal; estaba relacionado con las fuerzas oscuras.

Para cuando llegó la noche mi humor había mejorado, probablemente porque era Halloween. Puse mi disfraz sobre la cama y lo contemplé. Siempre me había gustado la historia del rey Arturo, especialmente la parte de Ginebra y Lancelot.

El vestido azul celeste era de época, largo y con mangas amplias.

No era exactamente revelador, sino más bien romántico. Con pequeños detalles y un lazo bordado en la cintura.

Conservé el rostro sin maquillar, ya que dudaba de que en esa época tuvieran con qué hacerlo. Usé un lápiz labial de un pálido color rosa que iría perfecto con el vestido. Por último quedaba el pelo. Lo ondulé un poco e hice dos pequeñas trenzas a cada lado.

Con el disfraz iba una especie de tiara dorada, finita y de aspecto medieval.

Me contemplé en el espejo y no pude evitar sonreír al ver que realmente parecía una doncella de aquella época. Solo faltaba mi Lancelot.

Fui hacia la habitación de Lucy, ansiosa por mostrárselo, y la encontré poniéndose el suyo.

—¡Madi! ¡Eres Ginebra! —exclamó al verme.

Di una vuelta completa mostrándole el vestido e hizo un gesto de aprobación.

—Y tú eres un hada. Estás muy guapa —dijo. Llevaba un vestido corto, la parte de arriba era rosa y la de abajo era una falda de tul verde con hojas pegadas.

La cogí del brazo y la llevé hacia el baño. De ninguna manera la dejaría ir al baile con el pelo recogido.

—No lo sé —dijo ella poco convencida.

—Lucy, debes aceptar que tienes un pelo privilegiado y no puedes llevarlo siempre recogido en una coleta —respondí.

El cabello le cayó hasta la cintura y se lo peiné, alisándolo. La maquillé con colores que combinaban con el disfraz y resalté sus ojos marrones con *eyeliner* verde.

—Hay una corona de flores en mi escritorio —dijo Lucy.

Fui a por ella y la acomodé sobre su cabeza, sujetándola con unas horquillas invisibles para que no se le moviera.

—Realmente pareces un hada —dijo asombrada.

Con su pelo rojo cobrizo adornado con flores y el disfraz que se ajustaba perfectamente a su pequeña silueta, parecía un hada que se había escapado del bosque.

Lucy sonrió con timidez.

—Buena elección. Olvídate de Marcus; habrá una fila de chicos persiguiéndote. Tal vez encuentres un... esto... ¿un hado? —pregunté dubitativa.

Lucy dejó escapar una risa.

—¿Un duende? —consideró ella a su vez—. Un príncipe sería bonito. Fue idea de Alyssa. Ella también irá de hada. Su disfraz es como el mío, pero la parte de arriba es verde y la de abajo lila.

—Seréis dos hermosas hadas —afirmé.

Alyssa también tenía apariencia de hada, con su corto pelo rizado. Terminamos de arreglarnos y Lucy le puso la comida a *Tani*. Faltaba poco para que Derek pasara a recogerlos, por lo que cruzamos al apartamento de enfrente a buscar a Marcus.

Golpeé la puerta y un momento después un pirata la abrió.

Lucy y yo nos reímos al mismo tiempo. Realmente se parecía a Jack Sparrow, a excepción del pelo y las pequeñas pecas de la nariz.

—Rapunzel y la sirenita —dijo Marcus haciendo un gesto para que pasáramos—. Sed bienvenidas a la cueva del capitán Jack Sparrow.

—Soy Ginebra y ella es un hada —respondí ofendida.

—¿Rapunzel? Debe de ser el ron —dijo a modo de disculpa.

Levantó la mano mostrándonos una botella que estaba por la mitad. Lo miré escéptica, segura de que la botella estaba igual que la última vez que la había visto.

El sofá estaba hecho un revoltijo y la cocina era un lío de platos y envoltorios de comida. Lo demás estaba limpio.

—¿Qué le ha pasado a tus ojos? —preguntó Lucy observándolo.

Lo miré y me di cuenta de que tenía rayas negras debajo de los párpados.

—No comprendo por qué los piratas se delineaban los ojos, es más difícil de lo que parece —replicó—. ¿Un poco de ayuda, Ashford? —Le limpié las rayas con una servilleta y lo maquillé de manera correcta.

—Esto es peligroso. Tener algo puntiagudo pintándote el ojo, quiero decir.

—Quédate quieto —le ordené intentando no reírme.

Cuando terminé, cogió su sombrero y una espada de plástico, y la pasó por un gran cinturón de cuero marrón.

—¿Qué os parece? —preguntó.

Levanté el dedo pulgar, indicándole que lo aprobaba.

—Es un buen disfraz —dijo Lucy.

Su voz sonó tranquila y sincera, y sus mejillas no se sonrojaron, aunque tenía cierto brillo en los ojos.

—Gracias, Lucy. Tú pareces una de esas hadas que seducen a los marineros, los llevan a sus guaridas y les roban el corazón —respondió.

Lo miré sin estar segura de qué hablaba.

—Esas son sirenas —se rio Lucy—. Y eso no es exactamente lo que sucede.

Miré el móvil y vi un mensaje de Derek diciendo que estaba abajo. Todavía no había visto su disfraz, pero lo había comprado en la misma tienda que yo. Cuando bajamos, lo encontré esperando en la puerta. Al verme hizo una reverencia y se quedó delante de mí.

—¿Por qué llevas una corona? —pregunté.

La gran corona dorada no era lo único que estaba mal; también llevaba una gran capa roja y una cota de malla con el emblema de un león.

—Eres Arturo, y deberías ser Lancelot —dije intentando ocultar mi decepción.

—El disfraz de Arturo me gustó más. Además, Ginebra era su reina —respondió.

—Pero estaba enamorada de Lancelot —repliqué.

Estaba guapo. La corona le quedaba bien con su pelo rubio, y la cota de malla lo hacía parecer musculoso. Pero, aun así, no era el disfraz correcto.

—Pero estaban casados —insistió Derek.

Sonreí resignada. No tenía sentido explicarle que en casi todas las versiones que había leído del rey Arturo, Ginebra siempre elegía a Lancelot.

—Arturo, bastardo adinerado —lo saludó Marcus haciendo chocar su espada contra la de Derek.

—Jack, borracho ingrato —respondió él.

Ambos se comportaron como niños todo el camino hasta Van Tassel. Las calles estaban adornadas con calabazas de diferentes tamaños, y las expresiones que habían tallado en ellas iban desde graciosas hasta siniestras. La mayoría llevaba una vela donde estaba tallada la boca, iluminando el interior de la calabaza y dándole cierto resplandor anaranjado.

Fantasmas, murciélagos y telas de araña colgaban de los árboles. Lo cual admito que me asustaba un poco, sobre todo las arañas. Muchas casas incluso habían puesto calderos o lápidas en sus jardines. Grupos de niños disfrazados corrían de una puerta a otra gritando «¡truco o trato!». Princesas, esqueletos, superhéroes, animales... todos estaban en la calle.

Todos llevaban una bolsa con caramelos, su preciado botín, y más de uno tenía una mirada traviesa. Me compadecía de las casas que se quedarán sin dulces.

Cuando estábamos a dos calles nos encontramos a Katelyn Spence. Llevaba un vestido blanco similar a una toga y un lazo dorado entrelazado en el pelo, por lo que adiviné que debía de ser algo griego.

—Soy Atenea, la diosa de la sabiduría —anunció contenta.

No me sorprendía. El año pasado se había disfrazado de la reina Elizabeth I. Le gustaban las figuras que expresaban sabiduría y poder.

—Te ves muy bien, Katelyn, ¿o debería decir Atenea? —dijo Marcus.

Katelyn lo miró como si nada le hubiera gustado más que arrebatarle la botella de ron y partírsela en la cabeza.

—Y tú te ves como lo que eres: un mujeriego —replicó.

Después de eso no volvieron a hablar el resto del camino.

Lucy y yo intentamos entablar conversación con ella para devolverle el buen humor. Parecía que realmente le había gustado mucho Marcus si aún seguía molesta por lo del año pasado. Comprendía por qué a ella y a Lucy les gustaba: era divertido y carismático.

La universidad había colocado grandes calabazas con sonrisas burlonas en la entrada, y una de las canchas de baloncesto cubiertas se había convertido en una pista de baile. Todo tipo de figuras macabras colgaban del techo, y fantasmas fosforescentes adornaban las paredes.

Alyssa fue la primera a la que encontramos, y al verla junto a Lucy no había dudas de que ambas parecían hadas de un bosque encantado. Marcus la miró de manera significativa, y le susurré que lo decapitaría con su propia espada. Por su seguridad esperaba que no se le ocurriera fijarse en una de las mejores amigas de Lucy.

Levantó las manos aceptando la derrota y se quedó junto a mí, mirando los alrededores.

—Bonito disfraz. —Maisy Westwood miró mi vestido con aprobación.

—Gracias, Maisy. El tuyo también lo es —respondí.

No podía decir que su elección me sorprendiera: corsé negro y violeta, falda negra y un sombrero puntiagudo.

—Maisy, eres la bruja más guapa que jamás he visto —la piropeó Marcus.

Maisy se volvió hacia él, examinándolo con sus ojos azules.

—Marcus, eres el quinto pirata con que me he cruzado esta noche —respondió.

Apoyó la mano en su pecho, como jugando con él, y luego se perdió entre la multitud.

—A diferencia de Lyn, debo decir que Maisy me gusta —dije.

—Debo confesar que algo en ella me resulta inquietante —respondió Marcus.

Nos quedamos allí un buen rato, bailando con Derek, Lucy y Alyssa. Al ser una fiesta organizada por la universidad se suponía que no debía haber alcohol, pero alguien se las había ingeniado para meter un par de cajas con todo tipo de bebidas.

Lucy parecía estar divirtiéndose, incluso la vi mirando a un chico vestido de príncipe. La alenté a que fuera a hablarle y se negó rotundamente, manteniéndose cerca de Alyssa y de mí.

Ocasionalmente miraba a los alrededores en busca de Michael, aunque sería imposible distinguirlo entre toda aquella gente sin saber de qué iba disfrazado.

Una chica que reconocí de nuestra clase de publicidad, Melissa Walls, se acercó a Marcus y comenzó a bailar con él. Iba vestida de Caperucita Roja y

llevaba una pequeña canasta en las manos.

Había disfraces realmente graciosos. Tres chicos a los que no conocía iban disfrazados de pitufos. Llevaban todo el cuerpo pintado de azul, pantalones cortos blancos y sombreritos de lo más graciosos.

Sabía que en cuanto Marcus los viera se lamentaría de no haberse disfrazado como ellos.

La música adquirió un ritmo más lento, lo que nos dio un respiro. Necesitaba un poco de agua o cualquier cosa para refrescarme; definitivamente algo sin alcohol.

—Milady.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo de solo oír su voz.

Me di la vuelta y allí estaba Michael, o mejor dicho, Lancelot. Lo miré estupefacta, dudando de si podía confiar en mis ojos.

El disfraz era sencillo. La tela de los pantalones era oscura y se veía gastada, como la de un jinete, y llevaba una camisola blanca de lino con un escudo bordado en un lado. La espada que le colgaba de la cintura parecía real, o al menos más real que las de Marcus y Derek. No hacía falta decir lo guapo que estaba.

—Sir Lancelot —respondí.

Derek se acercó.

—Tú eres el primo de Lyn —dijo.

—Michael Darmoon —respondió él sin ofrecerle la mano.

No estaba segura de si solo me lo parecía, pero la tensión era palpable.

—¿Vas de Lancelot? —preguntó Derek—. Eso sí que es casualidad.

—No, no lo es. He venido a robarte a tu reina —replicó.

Mi cuerpo se tensó y las palabras me abandonaron.

¿Qué estaba haciendo? Derek lo miró atónito, sin saber si estaba bromeando o si iba en serio.

El silencio se volvió incómodo a pesar de la música de fondo. Lucy y Alyssa llevaban sus ojos de Michael a Derek como si estuvieran viendo una película de suspense.

—Personalmente siempre me han gustado más las coronas que las espadas.

Lyn apareció detrás de Michael, dirigiendo sus palabras a Derek. Este relajó su expresión, rompiendo con la tensión.

—Uau, Madison, ¿no había un vestido más largo? —me preguntó.

—No, al igual que tú no encontraste uno más corto —repliqué.

Su vestido negro tenía un corsé similar al de Maisy, solo que más entallado. El maquillaje de su rostro era verde con brillos; sin embargo, no se veía gracioso o espeluznante, sino que se las había ingeniado para que pareciera sexi. Los labios rojos también ayudaban. Y por supuesto llevaba un sombrero de punta y una escoba.

—Déjame adivinar: ¿bruja? Debo decir que el de Maisy me gusta más — le espeté.

—Es mejor que ser una campesina —replicó Lyn—. Soy la bruja mala del oeste.

Dejé escapar una risa y me miró molesta.

—¡De *El mago de Oz*! —exclamó Lucy.

—Esa misma —asintió Lyn.

Michael me miró y aparté mis ojos de él. Me era imposible ocultar cómo me sentía cuando me miraba de esa manera.

—Es un buen disfraz —dijo Derek.

Lyn le sonrió, pestañeando de manera seductora.

No estaba exactamente en posición de ponerme celosa, pero Derek aún era mi novio, y ver a alguien coqueteando con él delante de mí era algo que no me gustaba en absoluto. Especialmente si ese alguien era Lyn.

—Busquemos algo para beber —le dije a Derek en voz baja.

Un grupo de chicos que estaban con él en el equipo de hockey gritaron su nombre y lo llamaron con un gesto. Derek me dijo que volvería con refrescos y se unió a sus amigos.

Cuando me volví, Lyn ya no estaba allí. Me acerqué a Michael y lo miré esperando algún tipo de explicación.

—Eres una maravillosa visión —dijo.

Sentí el calor en mis mejillas y me esforcé por ignorarlo. No era momento de sonrojarse.

—¿Por qué vas disfrazado de Lancelot? —le pregunté.

—Porque Lancelot estaba enamorado de Ginebra —respondió como si fuera obvio—. Y ella de él. Todo el mundo sabe que quería a Lancelot, no a Arturo.

Todo el mundo menos Derek.

—¿Cómo sabías cuál era mi disfraz? —Me miró como si la respuesta fuera obvia—. Marcus —dije molesta.

—No, se lo pregunté a Lucy. No es justo que siempre te enfades con él —respondió.

¿Lucy? ¿Por qué no me lo había dicho? ¿Y por qué mis amigos estaban ayudando a Michael? No podía confiar en nadie.

—Lo que le dijiste a Derek estuvo fuera de lugar —dije.

—No lo creo. Es la verdad —replicó—. Debes terminar tu relación con él.

Bajo las luces su pelo se veía rubio. Y la forma en que le caía sobre la camisola hacía que pareciera un guerrero enviado por los ángeles, fuerte y celestial.

—¿Por qué eres tan arrogante?

Me respondió con su media sonrisa.

—No me gusta que me digan lo que debo hacer —repliqué.

Dio un paso, cerrando la distancia entre nosotros. Temí que intentara besarme, pero no lo hizo. Se mantuvo cerca sin tocarme.

—¿Sientes algo por mí? —preguntó.

—Sí.

Respondí sin ser consciente de ello, sin pensarlo. Si era honesta conmigo misma, no había mucho que pensar.

—Quiero estar contigo, y para eso debes terminar con él.

Asentí con la cabeza. Marcus gritó mi nombre y levantó los brazos saludándome. Seguía bailando con Melissa y parecía contento, probablemente debido a la botella de cerveza que tenía en la mano.

Le devolví el saludo y busqué a Lucy. Se había alejado con Alyssa y la había perdido de vista.

—Lo haré —le aseguré a Michael.

Me abrí camino hacia donde estaba la mesa con bebidas y encontré una caja de zumos. Raro, pero conveniente. No quería hacer ninguna tontería, lo que significaba nada de alcohol.

Aguardé allí un rato, intentando localizar a Derek. Distinguí a uno de sus amigos, pero no había ni rastro de él. Maisy pasó cerca de donde estaba. La acompañaba un chico vestido de Drácula. Detrás de ella estaba Lucy con el príncipe. Aunque solo podía verlo a medias, observé que tenía el pelo claro y su disfraz parecía muy real. El tipo de disfraz que uno alquilaba porque era demasiado caro comprarlo. Lucy lo estaba mirando con una expresión que no veía en ella desde hacía tiempo. Parecía nerviosa pero entusiasmada.

El príncipe mantenía una distancia prudente y se mostraba interesado. Los observé durante unos minutos, y en ese tiempo en ningún momento dejó de mirarla.

Estaba considerando acercarme un poco para verlo mejor cuando el zumo que tenía en la mano se derramó manchándome una de las mangas del vestido. Observé el envase de cartón sin comprender qué había pasado, era como si alguien lo hubiera apretado haciendo que el zumo saliera abruptamente.

Lo dejé en la mesa maldiciendo. Lo estaba sosteniendo sin apretar, no entendía qué demonios había ocurrido.

Me encaminé al baño rezando por que la mancha desapareciera. Cuando llegué al pasillo encontré a Maisy de pie frente a una de las puertas, detrás de ella estaba el cartel que indicaba que aquel era el baño de mujeres.

—Maisy, ¿sabes si es fácil limpiar una mancha de zumo? —le pregunté.

—No, pero si yo fuera tú no entraría ahí.

No había maldad en su voz, pero tampoco sonaba amistosa, sino seria. Era exactamente como debía sonar una advertencia.

Se alejó sin decir otra palabra, perdiéndose de vista.

¿Qué le pasaba? Me pregunté si dentro ocurría algo extraño, tal vez había alguien teniendo sexo. Esperaba que no, no podía dejar que la mancha se secara.

Abrí la puerta y me detuve en seco al ver la escena que tenía lugar frente a mí: Lyn estaba besando a alguien contra la pared del baño, y ese alguien era Derek. El cuerpo de Lyn estaba prácticamente sobre el suyo y lo besaba sin ningún tipo de contención.

—¡Qué diablos! —grité.

Sentí ira y furia y un fuerte impulso de arrojarme sobre Lyn y darle una bofetada. Derek se apartó de ella y me miró como si fuera un animal herido.

—Madi, lo siento, no sé cómo ha podido pasar... —Se llevó las manos a la cabeza, sin saber qué hacer—. Lo siento...

Di un paso hacia atrás en dirección a la puerta. Lyn sonreía de manera inocente, como si se tratara de un malentendido.

—Eres mala y vulgar, Lyn. Si vuelves a acercarte a mí, haré que lo lamentos —le espeté.

Salí del baño y me apresuré hacia la pista. Me sentía traicionada y con ganas de llorar, y lo peor era que yo no era exactamente inocente. No era justo sentirme tan enfadada con Derek cuando yo había hecho lo mismo. Aunque la situación había sido diferente: jamás besaría a Michael estando en una fiesta con mi novio. Y sabía que Lyn era atrevida, pero no pensé que fuera capaz de hacer algo así. Creí que solo coqueteaba con Derek para

molestarme.

Michael se cruzó en mi camino y me cogió del brazo.

—¿Estás bien? ¿Has hablado con Derek? —quiso saber.

—Estaba muy ocupado besando a tu prima en el baño —repliqué.

Me miró durante un momento y luego vi comprensión en su rostro.

—Lyn.

—Sí, Lyn. Estaba sobre él como si fuera su novio en vez del mío —dije furiosa.

Apoyó una mano en mi hombro manteniendo una expresión neutra.

—Lo siento. —Hizo una pausa y añadió—: Al menos eso simplifica las cosas.

—No, no quería que termináramos de esa manera.

—¿Quieres que te acompañe a tu casa? —Me ofreció su mano como el perfecto caballero del que iba disfrazado.

—Será mejor si vuelvo sola, necesito procesar lo que está pasando —respondí.

Derek se acercó corriendo y se detuvo al verme. Ver su rostro hizo resurgir esa profunda mezcla de ira y tristeza. Me miró suplicante, sin atreverse a acercarse demasiado.

—Madi, no te vayas. Busquemos un lugar tranquilo y hablemos —sugirió.

Su voz sonaba insegura y su mirada era de aflicción. Le dolía verme así, podía verlo.

—Quiero salir de aquí. Podemos hablar afuera —dije.

Asintió, con una sombra de esperanza en el rostro. Miré alrededor, buscando a Marcus y a Lucy sin lograr ver a ninguno de los dos. Alyssa tampoco estaba a la vista.

—Michael, ¿puedes asegurarte de que Lucy no vuelva sola, por favor? —le pedí.

—Por supuesto. —Me miró como queriendo decir algo, pero se contuvo. Me despedí de él y me dirigí a la salida con Derek detrás de mí.

No estaba segura de qué decir o de cómo terminaría la conversación. Lo único que sabía es que sería el fin de algo que había significado mucho. Algo que en su momento no pensé que pudiera terminar.

DÍA DE LOS MUERTOS



Caminamos en silencio hasta la salida de la universidad y me senté en uno de los escalones mirando a la calle. No había nadie, solo nosotros y las calabazas de adorno. Respiré lentamente, esperando que eso me ayudara a mantener la calma. Derek se mantuvo de pie, paseándose nervioso.

Ninguno de los dos parecía querer hablar primero. Estaba esforzándome por recordar que yo también había besado a alguien, pero al mismo tiempo estaba enfurecida, lo cual era muy confuso.

La música era un sonido distante que apenas llegaba a oírse, y no había un alma caminando por la calle, lo que agregaba tensión al ambiente.

Me concedí un último momento de tranquilidad y comencé a hablar, decidida a que Derek supiera la verdad de lo que estaba pasando.

—Odio lo que vi, pero no me encuentro en posición...

—¡Lo siento! —exclamó Derek interrumpiéndome.

Quise continuar y levantó una mano pidiéndome que aguardara.

—Estaba con mis amigos y Lyn vino con dos vasos de cerveza. Hablamos durante un rato y me pidió si podía acompañarla hasta el baño porque no quería ir sola. Sabía que estaba coqueteando conmigo, pero no pensé que hiciera nada malo acompañándola. —Hizo una pausa al ver mi rostro y se apresuró a añadir—: ¡No tenía pensado entrar con ella! Iba a regresar a la fiesta y... —Permaneció unos momentos en silencio, considerando cómo continuar su relato.

—Derek...

—Lyn me besó y... y... no hice nada por impedirlo. Me empujó hacia el baño y... ya sabes el resto. Sé que está mal y que no debí dejar que me besara, y yo tampoco debí besarla. ¡De verdad que lo siento, Madi! No sabes cuánto lo siento —dijo. Su semblante palideció un poco y me miró con expresión indefensa—. ¿Por qué no estás gritando y amenazando con matarme? —preguntó algo inseguro.

—Estoy enfadada y triste y lo que vi me dolió, pero no estoy en posición de... No soy exactamente inocente. Ayer, después de que te fueras con tu

hermano, fui donde estaba Marcus ensayando con la banda —dije—. Michael estaba allí y me besó.

Su expresión cambió por completo.

—¿Michael Darmoon? ¿Te besó? —dijo en voz tan baja que apenas lo oí.

—Tampoco hice nada por impedirlo. Al igual que tú con Lyn, dejé que me besara. —Hice una pausa y añadí—: La diferencia es que tú no estabas allí, no estábamos en una fiesta juntos.

Derek se sentó en la otra punta del escalón sin decir nada.

Aguardé en silencio, esperando su respuesta o a que diera algún indicio de que quería continuar hablando.

—¿Qué está sucediendo con nosotros? —preguntó finalmente.

—No lo sé. Me he estado sintiendo distanciada de ti, y estaría mintiendo si te dijera que no siento nada por él —declaré.

Silencio. Se quitó la corona que llevaba en la cabeza y la arrojó a un lado. El plástico hizo un fuerte «clanc» al golpear contra el escalón. Quería decirle que lamentaba haberlo besado, pero no podía hacerlo, no era verdad.

—Sabía que no me caía bien. Nunca me ha gustado la forma en que te mira —dijo, más para sí mismo que para mí—. Debería darle unos buenos golpes.

Me volví hacia él, lista para detenerlo, pero por fortuna no se movió de donde estaba. En cambio, me miró con expresión triste y se acercó un poco, poniendo su mano sobre la mía.

—No quiero perderte, Madi. No sé qué ha pasado con nosotros, no entiendo por qué estamos besando a otras personas. Quiero arreglarlo —manifestó.

Llevó su otra mano a mi rostro. Sus ojos verdes escondían muchas emociones, sabía que estaba enfadado conmigo, pero parecía estar venciénolo su propia culpa. Al menos él no había presenciado cuando Michael me besaba. Esa escena en el baño me atormentaría durante un largo tiempo.

—Te quiero y solo tengo buenos recuerdos del tiempo que hemos estado juntos. —Permanecí un instante en silencio, pensando—. A excepción de ese. Es solo que... no te quiero de la misma manera que antes.

Su expresión dolida me hizo sentir mal, muy mal.

—Tú tampoco sientes lo mismo; apenas hemos hecho cosas juntos en las últimas semanas.

—No puedes saber lo que yo siento —replicó Derek—. He estado

ocupado, pero eso no significa que haya dejado de quererte. Creí que podía dedicar más tiempo a otras cosas porque di por sentado que las cosas contigo estaban yendo bien. —Esta vez me miró enfadado; sus ojos estaban vidriosos —. Quizá ese fue mi error: darte por sentado.

—Lo siento... —murmuré.

No sabía qué hacer. ¿Apartaba mi mano de la suya? ¿La dejaba allí?

—Dios, me estaba sintiendo como un cretino por lo que pasó con Lyn y eres tú la que me está haciendo daño a mí —me soltó.

Se puso de pie, alejándose unos pasos. Parecía tan fuera de sí que iba arriba y abajo por la calle sin saber qué hacer.

—No elegí que esto ocurriera, simplemente pasó —dije.

No quería llorar, hice un esfuerzo por retener las lágrimas y mantener sujeto todo lo que estaba sintiendo en aquel momento.

—Él te ha estado persiguiendo todo este tiempo, ¿verdad? Aprovechándose del tiempo que no he estado contigo —exclamó furioso—. Debería ir a buscar a ese bastardo engreído y golpearlo hasta que olvide su nombre.

Lo miré asustada, temiendo que lo hiciera.

—¡El desgraciado iba disfrazado de Lancelot!

—Derek, debes calmarte —dije en tono suave.

Me acerqué a él sin intentar tocarlo, solo me quede allí, mirándolo. Esperando que mis ojos expresaran lo mal que me sentía por estar haciéndole daño, lo mucho que sentía perderlo.

—No quiero seguir hablando —replicó con frialdad.

—De acuerdo.

Hizo un sonido que destilaba frustración.

—¿Quieres que te acompañe a tu casa? —preguntó.

Una lágrima logró escapar recorriendo mi mejilla. Incluso cuando estaba enfadado, Derek hacía lo correcto; esa era una de las cosas que siempre me habían gustado de él.

—Estaré bien —respondí.

Di un paso hacia él y lo abracé, apretando mis brazos contra su espalda.

Derek me devolvió el abrazo, apoyando su mentón sobre mi cabeza.

—Dios, Madi. Odio esto —susurró en voz baja.

Permanecimos así unos segundos, hasta que lentamente me soltó y, tras mirarme una última vez, me dio la espalda y regresó a la universidad. Aguardé a que se perdiera de vista y dejé escapar un sollozo. El sonido se

oyó ahogado, rompiendo el tranquilo silencio de la noche.

Regresé caminando e hice todo lo que se debe hacer después de una ruptura: compré helado y me acomodé en mi cama, liberando toda la angustia que tenía reprimida en el pecho desde el día anterior.

Para cuando Lucy volvió, mi habitación era un lío de pañuelos de papel y *Titania* estaba junto a mí, lamiendo lo que había quedado del helado. Lo cual era muy poco, prácticamente me lo había comido todo. Ni siquiera estaba segura de por qué estaba llorando. Una parte de mí se sentía bien, ya que podría estar con Michael, pero la otra se estaba despidiendo de Derek.

El sonido de la alarma era fuerte y taladraba los oídos, estiré mi brazo hacia el móvil y lo apagué. No saldría de la cama y definitivamente no iría a la universidad. Me sentía cansada y mis párpados estaban algo hinchados. Había olvidado lo horrible que era pasarse llorando la mitad de la noche, no me había ocurrido desde que mi primer novio había terminado conmigo.

Oía a Lucy trasteando en la cocina. Pasó un rato hasta que asomó la cabeza por la puerta y entró con una bandeja.

—Te he traído el desayuno —anunció.

Me di vuelta y enterré el rostro en la almohada.

—Supongo que hoy no irás a clase...

Negué con la cabeza.

—¿Si te dejo sola prometes no ir a por Lyn? —Levanté la vista. Lucy me miraba insegura; al parecer no creía que dejarme allí sola fuera una buena idea.

—Si hubieses visto la expresión en su rostro me estarías ayudando a enterrar su cadáver. Era como si estuviese orgullosa de lo que había hecho — dije iracunda.

—Si aún estuvieras enamorada de Derek te ayudaría a secuestrarla y... y a torturarla por lo que hizo. Pero no lo estás. Estás enamorada de Michael — dijo Lucy en tono conciliador.

Tenía razón.

—No sé lo que me ocurrió ayer, fueron demasiadas emociones al mismo tiempo. —Hice una pausa y la miré—. ¿Qué hay de ti? Te vi bailando con un príncipe.

Lucy sonrió tímidamente.

—Su nombre es Ewan. Me gustó conocerlo.

—Y... —La miré expectante.

—Y era como un príncipe, atento... y tenía ese acento británico... —

respondió.

—¿Lo besaste? —pregunté entusiasmada.

—No, apenas lo conozco y es algo mayor. Además... —Se calló, pensativa—. Necesito más tiempo para ver a Marcus solo como a un amigo, todavía...

—Lo sé —asentí.

Lucy me dejó la bandeja y se fue para no llegar tarde. Comí en silencio y decidí que no me pasaría el resto del día lamentándome.

Me cambié y, tras ordenar un poco la habitación y guardar fotos y cosas de Derek que tenía por allí, fui al apartamento de Marcus. Dudaba de que se hubiera despertado para ir a clase. No sabía a qué hora había vuelto, pero tarde era una apuesta segura.

Iba a llamar a la puerta cuando esta se abrió de golpe y me encontré cara a cara con Melissa Walls. Llevaba el vestido de Caperucita de la noche anterior, y su expresión pasó de sorprendida a avergonzada.

Me saludó apresurada y se fue rápidamente hacia el ascensor sin decir nada más.

Dudaba que Marcus estuviera despierto si había pasado la noche con ella. Cerré la puerta de su apartamento, aliviada de que Melissa se hubiera cruzado conmigo y no con Lucy.

No quería ir a clase y tampoco tenía ganas de quedarme en casa, por lo que salir a caminar me pareció una buena opción. Fui en dirección al parque donde habitualmente iba a correr, era tranquilo y un poco de verde me haría bien.

Estaba cruzando la calle cuando un coche tocó la bocina llamando mi atención. Michael bajó la ventanilla y aparcó a un lado. Su perro, *Dusk*, estaba sentado en el asiento trasero sacando su gran cabeza por la ventanilla.

Me acerqué a él, y de solo ver su rostro no pude evitar sonreír.

—¿No deberías estar en clase? —me preguntó.

—También tú —señalé.

Sus labios formaron una sonrisa despreocupada.

—Voy a visitar a mi familia, hay una celebración y debo estar allí —dijo.

—¿A Danvers?

—No, a Salem —respondió—. Mi madre es la encargada del Museo de Historia de Salem y la reunión será allí.

Lo miré, asintiendo. No quería que se fuera y tampoco se me ocurría nada que decir.

—Conduce con cuidado.

Estaba a punto de alejarme cuando Michael me cogió la mano, que estaba apoyada en la ventanilla.

—Madison, espera. —Hizo una pausa, como si estuviera considerando algo—. ¿Te gustaría venir conmigo? La reunión no es hasta la noche, y podemos pasar el día juntos. Te mostraré Salem y por la tarde puedo dejarte en la estación; son solo treinta minutos en tren. Eso si no te molesta volver sola.

Sentía su mano cálida sobre la mía.

—De acuerdo.

Acepté sin siquiera pensarlo. Di la vuelta y me subí en el asiento del acompañante. No fue hasta que me ajusté el cinturón y Michael arrancó el coche que pensé en lo que implicaba ir con él. Conocería a su familia, pasaríamos el día juntos en Salem. ¿Por qué había aceptado? Comencé a sentirme consciente de mí misma, de cómo iba vestida, de qué pensarían sus padres si me conocían. Tejanos blancos y una blusa gris. Al menos tenía pequeñas lentejuelas en las mangas, un detalle femenino.

—¿Cómo terminaron las cosas ayer? —preguntó Michael—. Pensé en llamarte, pero no quería empeorar las cosas en caso de que aún estuvieras con él. —Su voz sonó algo despectiva al pronunciar la última palabra.

—No terminaron exactamente bien. Le hablé de ti, del beso. Derek estaba bastante enfadado. Creo que será mejor si de momento te mantienes lejos de él, por si acaso —dije.

Michael hizo un sonido similar a una risa.

—Me gustaría verlo hacer algo al respecto —respondió con voz desafiante.

—Derek juega con los Puffins, es fuerte y tiene un palo de hockey —dije.

Me miró de reojo, como no dando ninguna importancia a mis palabras.

—No quiero verte pelear con él, Michael —le advertí.

—Espero que no haya sido duro contigo. No tiene ningún derecho; también él se estuvo besando con Lyn —recalcó.

Al oírlo reviví la escena en mi mente; podía verlos contra la pared del baño. Sacudí la cabeza intentando deshacerme del recuerdo.

—Por favor, dime que Lyn no estará allí —imploré.

Michael mantuvo la mirada en la carretera, pero su expresión lo delató.

—La mantendré alejada de ti —prometió.

Me cogió la mano y la apretó entre sus dedos. Eso me hizo sentir mejor,

como si alguien hubiera retirado un peso de mi pecho.

—Dime algo de ti que no sepa —dijo Michael.

—¿Algo como qué?

—¿Tienes hermanos? —preguntó.

—Celina, la llamamos Lina, tiene quince años. ¿Qué hay de ti?

—Un hermano mayor —respondió.

Me sentí algo avergonzada por mi siguiente pregunta; era algo que se suponía que debía saber, pues lo conocía desde hacía semanas.

—¿Cuántos años tienes? —pregunté.

Michael se rio brevemente, ya que debió de pensar lo mismo que yo.

—Veintitrés —respondió—. Tú cumpliste veinte hace poco, el 7 de agosto.

Lo miré.

—¿Marcus?

—Lucy.

Al parecer tenía por costumbre hacerles preguntas sobre mí a mis amigos.

—¿A qué hora naciste? —quiso saber.

—¿Qué? —¿Qué clase de pregunta era esa?

—¿A qué hora naciste? Eso dice mucho sobre una persona —respondió Michael en tono de total convencimiento.

—¿Qué eres? ¿Un astrólogo o algo así?

Michael me miró y luego puso la vista en la carretera; podía ver en su rostro que se estaba divirtiendo.

—Nací de noche, a las once o las doce. Mi madre siempre dice que fue la noche más larga de su vida.

Su expresión cambió un poco, como si estuviera complacido.

—¿Qué...? —No terminé la pregunta, ya que *Dusk* sacó la cabeza entre los asientos y comenzó a olfatearme. Esto me puso algo nerviosa, ya que sus ojos eran oscuros y había cierta ferocidad en él. Era la primera vez que lo tenía tan cerca.

Tras olfatearme unos momentos, me dio un lametón en la mejilla y luego regresó al asiento trasero.

—¿Lo llevas contigo a todos lados? —pregunté.

—No a todos, pero me gusta tenerlo cerca. Es mi fa... —No terminó lo que iba a decir—. Mi compañero.

Estuvimos callados un tiempo antes de volver a hablar.

Realmente esperaba no cruzarme con Lyn; de hacerlo, no estaríamos

dentro de la universidad, lo que significaba que podía insultarla o incluso pelear con ella sin recibir ningún tipo de sanción. Sin embargo, con la familia de Michael cerca, dudaba de que llegara a causar una buena impresión si me veían abofeteando a su prima.

El paisaje se volvió diferente y distinguí un pueblo a lo lejos. Salem sería interesante, mucho más interesante que Historia del Arte, que era donde se suponía que debía estar.

—Probablemente veas muchas velas y cosas que te pueden resultar extrañas, además de una excesiva cantidad de decoraciones de Halloween —dijo Michael—. La celebración que hacen en el museo es por el día de los Muertos.

Lo miré para ver si estaba hablando en serio.

—¿Hoy es el día de los Muertos?

—Es una celebración que dura dos días. Hoy, 1 de noviembre, los espíritus de aquellos que murieron pueden venir a nuestro plano terrenal y visitar a sus familias. Es el día del año en que su presencia se siente con más fuerza. Y mañana se llevan flores u ofrendas a sus tumbas para despedirse de ellos y desearles paz.

Había oído hablar del día de los Muertos, solo que nunca había conocido a nadie que lo celebrara. Sonaba extraño y al mismo tiempo natural. Si realmente existían los espíritus, cosa que dudaba, tenían un día para poder reunirse con sus seres queridos.

—¿Solo pueden contactar con sus familias? ¿O también pueden hacerlo con alguien a quién no conocían? —pregunté.

No creía en este tipo de cosas, pero no pude evitar sentir curiosidad.

—Depende del espíritu. La mayoría solo puede contactar con personas a las que conocieron en vida. Pero algunos de ellos, los que murieron de manera violenta o poseen una fuerte carga emocional, pueden hacerse notar por personas desconocidas.

No me gustaba cómo sonaba eso.

—Ya hemos llegado —anunció Michael.

Miré por la ventanilla. El lugar parecía pintoresco, las casas se veían cuidadas y había muchos árboles y espacios verdes.

—¿Qué te parece?

—Pensé que sería más sombrío —respondí.

Michael sonrió, todos debían de pensar lo mismo. Pasamos por una callecita con varios cafés y tiendas, la mayoría de las cuales estaban

decoradas con calabazas y fantasmas. Doblamos al llegar al final de la calle y nos detuvimos frente a una gran casa antigua. Tenía un aspecto avejentado aunque la pintura blanca parecía reciente. En la puerta principal colgaba un cartel de madera que decía: Museo de Historia de Salem, y tenía tallada una bruja volando en una escoba.

—Es aquí —dijo Michael.

Era la primera vez desde que lo conocía que parecía algo nervioso. Me abrió la puerta a mí y luego a *Dusk*: el gran perro saltó del coche y se sacudió al pisar el suelo.

Michael llevaba una camiseta y una americana negras, lo que me hacía pensar que mis tejanos blancos no eran lo más adecuado.

—¿Debería ir vestida de negro? —le pregunté.

—No, el negro es para la celebración de la noche. Estás bien así —me aseguró.

Sus ojos me recorrieron de arriba abajo. No solo estaba mirando mi ropa, se estaba concentrando en cada detalle de mi cuerpo. Sentí que el corazón se me aceleraba, consciente de la forma que golpeaba contra mi pecho.

Michael me tomó en sus brazos, aprisionándome en un beso. Su mano se posó en mi cintura, pegando mi cuerpo contra el suyo, y sus labios jugaron con los míos. Levanté la cabeza devolviéndole el beso. Ya no había nada de mí que pudiera detenerme. Ninguna vocecita recordándome a Derek. No podía oír otra cosa que no fuera la respiración de Michael contra la mía.

Sus dedos acariciaron mi mejilla, suaves y livianos como una pluma. Me asombraba que pudiera ser tan delicado cuando la forma en que me besaba era tan apasionada.

—Michael.

Se separó de mí como si alguien le hubiera arrojado algo.

Una señora nos estaba observando desde la escalera del museo. Rogué que no se tratara de su madre.

—Madre —dijo Michael recobrando la compostura—. Lo siento, no sabía que estabas aquí.

Hice un esfuerzo titánico para que la vergüenza que sentía no se reflejara en mi rostro. Llevaba pantalones blancos en el día de los Muertos y me había visto besar a su hijo. Me odiaría.

—Las luces del interior comenzaron a titilar y salí para revisar la caja de fusibles, pero veo que ese no era el problema —dijo la mujer.

La miré sin entender.

—Debí avisarte de que vendría con alguien —respondió Michael algo avergonzado.

Su madre le sonrió de manera cariñosa. Era una mujer elegante, llevaba el cabello rubio cuidadosamente peinado hasta los hombros y un discreto vestido negro. Se parecía un poco a Michael, pero no mucho.

—Madison, ella es mi madre, Rebeca Darmoon —nos presentó Michael—. Madre, ella es Madison Ashford.

Me saludó de manera cordial, estudiándome detenidamente.

—Es un placer conocerte, Madison —dijo Rebeca.

—Encantada. Lamento que haya tenido que presenciar... bueno... —Hice una pausa sin saber qué decir—. Hola.

Pude ver a Michael reprimiendo una risa.

—No pasa nada, sois lo suficientemente adultos como para poder expresar vuestro afecto de esta manera —respondió.

Permanecí callada por miedo a volver a decir algo que sonara tonto.

—¿Es tu primera visita a Salem? —me preguntó.

—Así es. —Hice una pausa y añadí—: No sabía que hoy era el día de los Muertos, de lo contrario me hubiera vestido de otra forma.

Me arrepentí apenas terminé de hablar. Acababa de admitir que ignoraba la fecha de una celebración que ellos consideraban importante.

—Aquí en Salem este tipo de días son más significativos que en otros lugares —replicó Rebeca—. ¿De dónde eres?

—De Nueva York, pero estoy viviendo en Boston. Voy a Van Tassel, allí conocí a Michael —respondí.

La mujer asintió con una expresión de comprensión, como si eso lo explicara todo. Y en cierto modo lo hacía. En casa nunca habíamos celebrado el día de los Muertos, solo Halloween.

—¿Quieres entrar e ir viendo la sala principal? Michael y yo te seguiremos dentro un momento —dijo.

—De acuerdo.

Miré a Michael y comencé a subir la escalera, aliviada de tener unos momentos a solas. No estaba segura de haber causado una buena primera impresión. Solo había visto a los padres de Derek en dos o tres ocasiones, pero estaba segura de que les había gustado.

La sala en la que entré era espaciosa y tenía toda clase de cosas relacionadas con la brujería: escobas, calderos, pequeños animales disecados. En las paredes había diferentes imágenes que representaban los juicios de

Salem. En la mayoría se veía a una mujer llorando en el estrado mientras era juzgada por un juez de apariencia tétrica y a una multitud furiosa. Sus rostros estaban pintados con rasgos que transmitían miedo y violencia.

Me adentré un poco más hasta chocar con una vitrina que protegía un pergamino. En él figuraban los nombres de aquellos que habían sido sentenciados a muerte por practicar la brujería: Bridget Bishop, Rebecca Nurse, Sarah Good, Elizabeth Howe, Sarah Wildes. La mayoría eran mujeres, pero también había algunos hombres. Personas inocentes que murieron a causa de la paranoia de la época.

Continué recorriendo la sala y me topé con una pequeña mesita con una pila de folletos. La caricatura de una bruja explicaba algunos hechos históricos de las cosas que contenía el museo. Era difícil tomárselo en serio cuando la bruja tenía la piel verde y se parecía a un dibujo animado.

—¿Lo encuentras interesante? —Levanté la vista y encontré a Michael y a su madre observándome.

—Sí, señora Darmoon —respondí.

—Puedes llamarme Rebeca.

Sonríó levemente, lo cual era un buen indicio.

—Dime, Madison, ¿cómo te imaginas a una bruja? ¿Como aquel dibujo del folleto, tal vez? —preguntó.

—Honestamente, nunca lo había pensado. Supongo que con el sombrero y la escoba, pero con la piel normal, no verde —respondí.

Rebeca me miró con una expresión seria.

—Todo lo que he visto aquí sugiere que las mujeres que fueron acusadas eran inocentes, víctimas de...

—La represión y la paranoia de la época, acusadas falsamente de tratar con el diablo —terminó Rebeca por mí.

Me llevó a recorrer el resto del museo. Michael permaneció a mi lado, ocasionalmente dándome alguna explicación cuando su madre no lo hacía. Era un museo extraño; por un lado tenía muchas cosas interesantes, y por otro hacía referencia a las brujas como si fueran parte de un cuento infantil.

Era desconcertante. Evidentemente no creían que las brujas hubieran sido reales. Sin embargo, la forma en que Michael hablaba sugería lo contrario.

—Aquí se acaba la visita —anunció Rebeca.

Salimos de la sala hacia una habitación donde vendían camisetas y peluches de gatos negros y ratones.

—Es un museo muy bonito. Gracias por el recorrido —dije.

Miré los estantes para ver qué otras cosas vendían: lápices con un sombrero puntiagudo en el extremo, postales, botellas de colores fluorescentes. Una pequeña esfera de cristal llamó mi atención y la cogí, sosteniéndola en las manos.

—¿Para adivinar el futuro? —le pregunté a Michael bromeando.

—No exactamente —respondió.

Rebeca me hizo un gesto para que se la diera, y tras sostenerla en las manos durante unos segundos me la volvió a entregar. Observé la esfera intentando mantener mi expresión seria en vez de escéptica.

El cristal fue cobrando un color celeste, luego azul intenso, y continuó oscureciéndose hasta asemejarse a un cielo nocturno, profundo y estrellado. Incluso podía ver nubes ocultando una luna llena. Michael y Rebeca intercambiaron una mirada.

—Es asombroso. ¿Cómo lo ha hecho? —pregunté.

Rebeca me miró como si estuviera considerando su respuesta.

—Cambia de color con la temperatura. Tus manos deben de estar más frías que las mías —declaró finalmente.

Su voz sonaba seria, pero algo en su expresión me hizo sentir como si fuera una turista crédula.

—Ven conmigo un momento, Michael. Luego puedes llevar a Madison a la tienda de tu padre. Seguro que le gustará conocerla —dijo Rebeca.

Michael siguió a su madre fuera de la sala. Me senté en una silla que había en la esquina esperando a que regresaran. Su madre parecía severa pero amable, y me pregunté cómo sería su padre. ¿Cómo había terminado allí conociendo a sus padres? Ni siquiera éramos pareja, no podíamos serlo, había terminado con Derek la noche anterior. Me sentí como esas chicas fáciles que cambian de novio con la misma facilidad que cambian de ropa.

Oí voces y me di la vuelta. Una chica y un chico estaban hablando en la otra sala; no podía verlos bien porque estaban algo lejos.

—Madison.

Maisy entró en la habitación y me miró sorprendida.

—Hola —la saludé de mala gana.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Michael me invitó a venir —respondí.

Me puse de pie algo intranquila. Si Lyn entraba por esa puerta, no estaba segura de lo que haría.

—Lyn no está conmigo, vendrá más tarde —me aseguró Maisy al ver mi

reacción.

Eso me tranquilizó.

—Pudiste haberme detenido —le dije—. Pudiste haber evitado que entrara en aquel baño.

—Te lo advertí —me recordó Maisy.

Aun así estaba algo molesta con ella: podría haberme evitado aquella escena.

—Estás aquí con Michael. ¿Hace falta que diga algo más? —Maisy me miró levantando las cejas, como si no tuviera derecho a quejarme. Su pelo estaba peinado en un moño que dejaba libre su mechón de pelo rosa. En cierto modo siempre estaba glamurosa, de la misma manera en que Lyn siempre se veía sexi.

—No —repliqué.

La chica que estaba en la otra sala le hizo un gesto a Maisy saludándola, y luego detuvo su mirada en mí.

Llevaba un largo vestido negro que tenía cierto aspecto gótico. El chico que iba con ella estaba de espaldas observando algo.

—Alexa y Samuel Cassidy. Él es algo extraño, y ella... digamos que no es una buena persona. Mantente alejada de ellos —me advirtió Maisy en voz baja.

La miré extrañada. Maisy me observó de manera significativa y luego sus ojos se fijaron en mis pantalones.

—¿Por qué vas de blanco? —me preguntó—. El blanco es para la ceremonia de mañana, cuando nos despedimos.

—No sabía que hoy era el día de los Muertos —repliqué—. ¿Mañana hay otra ceremonia?

La expresión de Maisy cambió, como si hubiera hablado de más.

—Michael mencionó algo. Lleváis ofrendas y flores al cementerio para despediros. ¿Por qué blanco y no negro? —pregunté.

—Para transmitir sentimientos de paz a los espíritus en su camino de regreso. Es una despedida, no un funeral —explicó Maisy.

—¿En su camino de regreso? ¿De regreso adónde?

Maisy no respondió. Rebeca y Michael se acercaron a nosotras. A juzgar por sus expresiones habían tenido algún tipo de charla seria. Michael se puso a mi lado y me dedicó aquella media sonrisa que a veces hacía cuando me miraba.

—Maisy, ¿vienes a ayudar con los preparativos? —le preguntó Rebeca.

—Si es algo relacionado con los arreglos florales, ponme a trabajar, tía Rebeca —respondió Maisy—. Si es alguna otra cosa, esperaré a Lyn.

Rebeca puso sus manos sobre los hombros de Maisy en un gesto afectuoso.

—No le confiaría esas flores a nadie más —dijo.

Maisy le sonrió y luego intercambió una mirada con Michael, señalándole con un gesto a los chicos que estaban en la otra habitación.

—Voy a llevar a Madison a la tienda. ¿Sabes si Gabriel también está allí? —preguntó Michael.

—No, tu hermano está trabajando, vendrá al anoecer —respondió Rebeca, y se volvió hacia mí—. Me ha encantado conocerte, Madison. Espero que vuelvas a visitarnos.

—Lo haré. Ha sido un placer conocerla —respondí.

Me despedí de Maisy y dejé que Michael me llevara afuera. Sentir el aire fresco fue un alivio. Conocer a su madre me había puesto nerviosa. Caminamos por la angosta callecita en dirección a la zona de los cafés y las tiendas.

Me habría relajado de no saber que todavía me faltaba conocer a su padre.

UN ESPÍRITU PASAJERO



Los cafés parecían acogedores, la mayoría tenían una pizarra en la puerta con los especiales del día y dibujos divertidos alrededor. Muchos aún no habían quitado las decoraciones de Halloween.

Uno de ellos incluso tenía un cartel que promocionaba una bebida llamada «El brebaje de la bruja».

No pude evitar sentir curiosidad, y Michael pareció notarlo, ya que me tomó de la mano y me llevó hacia allí.

El lugar tenía cierto aspecto rústico, con pequeñas mesas redondas de madera y sillones mullidos. Me senté en uno de ellos y Michael no tardó en regresar con dos tazas y un rollo de hojaldre con un exquisito aroma a manzana y canela.

—Una vez que pruebes esto me vas a rogar venir aquí todos los días —dijo Michael.

No se equivocaba, con un solo bocado me convencí de que era una de las cosas más sabrosas que había probado.

—Mmmm... Es verdad, esto es delicioso —respondí.

—Solo los hacen en este lugar. Al igual que esto —dijo Michael indicándome la taza—. El brebaje de la bruja.

El líquido era oscuro como café y emanaba tantos aromas distintos que llegaba a confundirte: chocolate, pistacho, vainilla...

—¿Lo hacen solo por Halloween? —pregunté.

—No, todo el año. Es la especialidad de la casa y el nombre es perfecto para mantener la mística de Salem entre los turistas.

Chocamos las tazas con cuidado, y tras una última mirada al supuesto brebaje, lo acerqué a mis labios y tomé un sorbo.

Estaba muy caliente. Al principio noté un sabor un poco amargo, que al final se volvió dulce. Era delicioso e inusual.

—Nunca había probado algo parecido. Tiene un gusto bastante peculiar —observé.

Michael asintió y bebió de su taza.

—¿De qué es la tienda de tu padre? —pregunté.

—Libros. Tiene la librería más grande de aquí —respondió Michael.

Eso era bueno. Temí que me hubiera respondido que vendía hierbas o cosas raras relacionadas con las brujas. Me gustaban los libros.

Michael aguardó a que terminara de comer y vino a sentarse a mi lado. El asiento era pequeño para los dos y podía sentir su cuerpo presionado contra el mío. Pasó el brazo alrededor de mis hombros de manera casual y simplemente me observó. Su aroma invadió el aire que me rodeaba, haciéndolo más atractivo.

—Tus ojos celestes son tan bonitos... —dijo Michael acariciándome la mejilla—. Y tus labios tienen un pálido color rosado que hace que quiera estar besándote todo el día.

Una cálida sensación recorrió mi cuerpo, y estaba segura de que no tenía nada que ver con la bebida caliente.

—Tú también me gustas mucho —respondí.

Llevé una mano hacia su pelo atrapando un mechón entre los dedos. Era suave y le caía de manera natural hasta un poco más arriba de los hombros. Me encantaba la forma en que el color cambiaba de castaño claro a rubio dependiendo de la luz.

Nuestros labios se encontraron, y el beso que siguió me dejó sin aire y con un cosquilleo en el estómago. Se separó un poco y su rostro quedó a escasos centímetros del mío.

—No estoy seguro de que este sea el mejor lugar para tales demostraciones de afecto —musitó.

La forma en que lo dijo, susurrándome al oído, bastó para hacerme sentir como si no tuviera control sobre mi cuerpo.

Miré alrededor. Había varias parejas de gente mayor y algunas de ellas nos miraban con ojos severos y expresiones críticas.

—Tu pelo huele a canela.

Lo dije sin pensar, salió de mí de forma natural.

Michael se rio y su expresión se volvió demasiado adorable como para describirla, como si no estuviera seguro de que eso fuera bueno.

Tras besarme de nuevo se puso de pie y me ofreció la mano.

—¿Continuamos con el recorrido?

—Muéstrame el camino, Lancelot —respondí.

Aquella media sonrisa apareció de nuevo en su rostro.

—Si llevaras puesto el disfraz que vestías ayer... —Hizo una pausa y

añadió—: Sería demasiado escandaloso decirte lo que me gustaría hacerte.

Podía sentir el rubor en mis mejillas.

—No es necesario que me lo digas —respondí mirándolo con expresión inocente—. Tal vez algún día puedas demostrármelo.

Me sorprendí ante mis propias palabras. ¿Desde cuándo era tan atrevida? Nos sostuvimos la mirada hasta que Michael dio un paso hacia mí y luego se detuvo.

—Recordaré eso que acabas de decir —me aseguró.

Lo miré riendo.

—La librería es grande; con suerte podremos perdernos entre los estantes.

—Su voz sonó sensual y persuasiva.

—Michael.

Le golpeé levemente el hombro, fingiendo desconcierto. Al salir del café busqué su nombre. Era un lugar que quería recordar, y no solo por los deliciosos rollos de manzana.

El letrero de madera era muy sencillo y estaba colocado encima de la puerta. Decía «joelyn», y había un gato durmiendo junto a una tetera.

Dusk estaba sentado en la calle, esperándonos. Michael le dio algo que llevaba envuelto en una servilleta y le acarició la cabeza. Era conmovedor contemplar el vínculo que tenían.

En una de las calles me fijé en una tienda de aspecto extraño llamada «El armario de la bruja»; por lo que vi en el escaparate, tenían desde sahumerios hasta una ouija, el tablero para invocar a los espíritus.

Continuamos adelante y creí distinguir a Lyn saliendo de un edificio junto a un parque. Estaba lejos, pero el vestido corto y un largo pelo castaño casi me dieron la certeza de que era ella.

Michael siguió mi mirada.

—Ese es el centro de atención a los turistas. Su madre trabaja allí —dijo.

—Está yendo en la otra dirección —respondí aliviada.

—Solo por curiosidad. ¿Qué harías si se cruzara con nosotros? —preguntó.

—La ignoraría. —Hice una pausa reconsiderándolo—. O le daría un buen golpe en el trasero. No estoy segura.

—¿La golpearías? —preguntó con humor en la voz.

—Mi tío es policía y me hizo tomar clases de defensa personal. Sé cómo darle un buen golpe a alguien —respondí.

Michael no parecía seguro de si debía tomárselo en serio o si no era más

que una broma.

—Te agradecería que no lo hicieras, Lyn es mi prima y estamos muy unidos —afirmó—. No me gustaría estar en medio de una pelea entre vosotras dos.

Era un poco tarde para eso, pero estaba en lo cierto: Lyn era su prima. Nos detuvimos frente a una gran librería de aspecto clásico y cuidado.

Michael me sostuvo la puerta para que pasara. Había estantes y estantes repletos de libros, todos ordenados y separados por géneros. Algunos parecían antiguos y otros eran libros recientemente editados que había visto en los escaparates de otras librerías.

Fuimos hasta el fondo del local y allí vi a un hombre subido a una escalera, ordenando libros en un gran estante sobre la pared. Llevaba una americana encima de una camisa a cuadros y su pelo era del mismo color que el de Michael, solo que más corto.

Dusk ladró llamando su atención; no me había percatado de que nos había seguido puertas adentro.

—¡Michael! —exclamó bajando de la escalera—. ¿Cómo estás, hijo? — Se abrazaron palmeándose las espaldas, y luego se volvió hacia mí con expresión de sorpresa—. ¿Y quién es esta bella jovencita?

—Es Madison Ashford —me presentó Michael—. Madison, él es mi padre, Benjamin Darmoon.

Me saludó con un cordial apretón de manos y sus ojos volvieron a Michael, esperando algún tipo de explicación.

—Sabes que no puede venir a la ceremonia. Salvo que haya algo que yo no sepa —dijo Benjamin.

—Quería enseñarle el pueblo. No vendrá conmigo por la noche —respondió Michael.

Me miró a modo de disculpa, pero la verdad es que no me había ofendido.

—De acuerdo. —Benjamin hizo una pausa y añadió—: ¿Es tu novia?

Michael y yo intercambiamos miradas. No podía ser su novia, todavía no. No hacía ni veinticuatro horas que había dejado a mi anterior novio. Debían pasar al menos... ¿Cuánto? ¿Tres o cuatro semanas? No estaba segura.

—Nos conocimos en la universidad. Todavía no hemos hablado acerca de formalidades, pero creo que me estoy enamorando de ella —respondió Michael.

Lo miré sin intentar esconder mi sorpresa. No me esperaba eso. Sentí un cosquilleo en el estómago y le sonreí. Su padre me estudió con la mirada y

me volví hacia él, con una gran y tonta sonrisa aún en el rostro.

—Es la primera vez que te oigo decirlo. Bien por ti, muchacho. No estaba seguro de... —Hizo una pausa, como si no tuviera claro qué decir—. Me gusta más que la última; definitivamente parece más cuerda.

—¡Padre! —exclamó Michael, como pidiéndole un poco más de tacto.

Genial, una exnovia poco cuerda. Supuse que eso era inevitable.

—Cuéntame algo sobre ti, Madison —me pidió Benjamin.

Nos sentamos a una mesa en la otra esquina y comencé a balbucear lo primero que se me vino a la mente: estaba estudiando diseño gráfico, me gustaba dibujar, mi padre trabajaba en publicidad, mi madre era arquitecta...

Benjamin asentía de vez en cuando, aunque su expresión se mantuvo igual durante toda la charla. Como si me estuviera escuchando y al mismo tiempo pensara en otra cosa.

—Pareces ser una chica con las ideas claras, eso me gusta. Tal vez puedas ayudar a Mic a decidir qué le gustaría hacer —dijo Benjamin—. Ha estado cursando todo tipo de materias y todavía no lo sabe. Mi otro hijo, Gabriel, enseña Historia en la Universidad de Danvers, al igual que hice yo. Pero creo que Michael tiene una inclinación más artística.

Su voz sonaba severa pero su expresión era comprensiva, exactamente como la de un padre que tiene la esperanza de que su hijo algún día se decida.

—Solo estoy considerando mis opciones —respondió Michael.

Nos quedamos allí un rato más, hasta que él dijo que me llevaría a ver el resto del pueblo antes de dejarme en la estación.

No quedaba mucho por recorrer: algunas calles con casas pintorescas, algo similar a una mansión del terror en la cual me negué a entrar, y un montón más de tiendas.

Intenté sacar el tema de la exnovia que su padre consideraba poco cuerda, pero no dijo mucho al respecto, solo que había terminado mal y que había sido un error.

Cuando faltaba poco para el atardecer pasamos de nuevo por Jocelyn, ya que quería llevarles unos de esos rollos de manzana a Lucy y Marcus, y luego me llevó a la estación del tren.

—Lamento que tengas que volver sola —dijo Michael—. ¿Quieres que deje a *Dusk* contigo? —El perro negro me miró y giró la cabeza hacia un costado, como un búho.

—Estaré bien, son solo treinta minutos, y luego tomaré un taxi hasta casa —respondí.

Michael me miró considerándolo.

—Asegúrate de coger un taxi, no es un buen día para andar sola por la calle —replicó.

—¿Qué tiene de diferente a otros días? —pregunté.

No respondió. Su expresión se volvió algo sombría.

—¿Es por el día de los Muertos? ¿Temes que algún espíritu pasajero me siga hasta casa? —pregunté riendo.

—No tiene nada de gracioso. Quédate aquí, iré a comprar tu billete —respondió Michael.

Me senté en un banco de madera y aguardé. Estaba en un pequeño patio cerca de la taquilla. Se veía bastante cuidado y había macetas con flores adornando el lugar. Oí sonar el móvil y lo saqué del bolsillo.

Tenía una llamada perdida de Marcus, dos de Lucy y un mensaje de texto.

Marcus 17.49

Mads, ¿dónde estás? Lucy me ha dicho que no fuiste a clase.

Podía imaginarme su cara mientras tecleaba.

Yo 17.49

He ido a Salem con Michael. Estoy a punto de coger el tren de vuelta.

Marcus respondió poniendo una carita de sorpresa. Me reí al verla.

Marcus 17.50

No te olvides de traer algunos recuerdos.

Alguien gritó y por poco salto del banco del susto. Me mantuve en silencio intentando oír algo; la voz era masculina y estaba maldiciendo.

Yo 17.50

Ya los tengo. Una sola palabra: deliciosos.

Guardé el móvil y me puse de pie. La voz provenía de un chico que estaba de pie detrás de un árbol. Era como si estuviera discutiendo con alguien, pero no veía a una segunda persona. Me acerqué silenciosamente para ver si se encontraba bien.

—¿Quédate conmigo, Cecily! ¡Por favor! Si no lo haces, haré algo para detener de una vez mi maldito corazón —decía—. Te echo de menos, verte y no poder sentirte es una espantosa e interminable pesadilla.

No había nadie cerca, el chico estaba hablando solo. No aparentaba más de veintidós o veintitrés años. Su pelo negro parecía teñido; nadie tenía el pelo tan oscuro y las raíces se veían un poco más claras. Llevaba un largo abrigo azul y tenía la expresión de alguien que estaba sufriendo.

—¿Estás bien? —le pregunté acercándome.

Se volvió hacia mí, alarmado. Sus ojos azules eran grandes y mostraban temor, como los de un ciervo asustado.

—¿Quién eres tú? —Antes de que pudiera responder dio un paso hacia mí, ahuyentándome con un gesto—. ¡Vete! ¡Vas a hacer que se vaya! —me gritó.

Miré los alrededores una vez más. No había absolutamente nadie.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunté.

No había duda de que la necesitaba, pero no el tipo de ayuda que se le da a alguien en peligro, sino más bien ayuda de un profesional.

—Cecily, quédate conmigo. Por favor, no puedo pasar por esto de nuevo —dijo mirando en otra dirección.

Permanecí allí, sin saber qué hacer. Dudaba de que pudiera tranquilizarlo, y dejarlo solo allí no me parecía bien. Me acerqué un poco a él, cuidadosamente, para no asustarlo, y le ofrecí mi mano.

—Todo está bien, solo necesitas calmarte un poco —dije.

—¡Vete! ¡Estás arruinándolo todo! —gritó.

La brisa se convirtió en viento y comenzó a soplar con tal fuerza que nos envolvió en un violento torbellino de hojas que estaban al pie del árbol. Se arremolinaron alrededor de nosotros haciendo que todo fuera marrón y amarillo.

—¡Madison! —Michael apareció a mi lado y me cogió la mano. El viento comenzó a soplar con menos fuerza, las hojas bailaron cada vez más lentamente en el aire hasta caer en la hierba.

—Eso ha sido... completamente raro —dije.

—¿Estás bien? —me preguntó Michael.

Asentí con la cabeza.

—Cecily... ¡Cecily, ¿dónde estás?!

—Samuel, contrólate. ¿Qué estás haciendo? —le espetó Michael.

Lo sacudió un poco asiéndolo por los hombros, como si eso fuera a hacerlo entrar en razón. *Dusk* estaba a su lado, ladrándole. Samuel los miró desconcertado y comenzó a alejarse, gritando «Cecily» en todas direcciones.

—¿Qué...? —No terminé la frase porque no estaba segura de qué preguntar: «¿Qué diablos le sucede? ¿Por qué está actuando así? ¿Se ha escapado del manicomio local?».

—Ese es Samuel Cassidy, está algo fuera de sí —dijo Michael.

Debió de notar las miles de preguntas que rondaban en mis ojos porque dejó escapar un suspiro y permaneció pensativo, intentando decidir la mejor forma de explicarme lo que estaba sucediendo.

—Su novia, Cecily, murió en un accidente hace dos años, y no ha estado

bien desde entonces. Supongo que pensó que la vería hoy, que vería su espíritu —dijo Michael lentamente.

—Es el que estaba en el museo con una chica. Maisy mencionó que eran algo extraños —le expliqué—. Deberían proporcionarle ayuda profesional; no puede andar por la calle llamando al fantasma de su novia. Se veía tan... triste.

Michael me tomó en sus brazos y me meció cariñosamente contra su pecho. Eso me hizo sentir bastante mejor. De hecho, me habría gustado permanecer así durante un largo rato. Tal vez para siempre.

Su abrazo me brindaba calidez y protección. Y amaba la forma en que me sujetaba, como si le perteneciera solo a él y nada pudiera cambiar eso.

—El tren llegará en unos minutos —dijo resignado. Mantuvo su brazo alrededor de mis hombros y me acompañó hasta la estación. Me entregó el billete y noté que había algo más en su mano: un gato negro de peluche como los que había visto en la tienda del museo. Tenía las orejas largas, lo que le daba un aspecto algo cómico, grandes ojos blancos con un pequeño punto negro y una cinta roja en el cuello.

—Sé que no es exactamente romántico, pero era esto o una bruja —dijo sonriendo un poco—. Para que recuerdes nuestra primera salida juntos.

Tomé el peluche y luego me puse de puntillas y lo besé. Michael cogió mi rostro entre las manos y presionó sus labios contra los míos. Nos hubiéramos quedado así durante un buen rato de no haber sido interrumpidos por el ruido del tren.

—Mándame un mensaje cuando llegues a tu casa.

—Lo haré. Gracias por el regalo —respondí.

Lo miré durante un momento, contemplando lo guapo que era, y luego me apresuré hacia el tren. Me senté en un lugar junto a la ventanilla. Michael seguía allí de pie, el gran perro negro a su lado.

El tren comenzó a moverse y le mandé un beso desde la ventana. Michael sonrió y se llevó la mano al corazón. Mantuve mis ojos fijos en él hasta perderlo de vista.

Guardé el gato de peluche cuidadosamente en mi bolso y luego me relajé contra el asiento. El cansancio fue apoderándose de mí a medida que pasaban los minutos. Si Lucy no cocinaba algo, pediría una pizza y me la comería en la cama.

Salem era agradable, no el tétrico pueblo que había imaginado. No era el lugar lo que era extraño, sino las personas que vivían allí, sus creencias. De

solo recordar a Samuel gritándole a la nada, el viento repentino e inexplicable, sentí un escalofrío.

Estaba comenzando a oscurecer y no lograba ver por la ventana mucho más que una línea verde de hierba y los postes de madera que sostenían los cables del tendido eléctrico. Cerré los ojos por unos momentos y luego los abrí para evitar dormirme. Algo me observaba desde el otro lado de la ventana: una chica.

Me sobresalté y la imagen se desvaneció. Respiré agitada con los ojos fijos en la ventana. Nada.

Apenas la había visto, pero estaba segura de que se trataba de una chica. ¿Podía ser? ¿O un largo día de supersticiones en Salem me había afectado de algún modo? Cerré los ojos. Todo en mí gritaba que no volviera a abrirlos. Lo hice. La chica estaba allí, mirándome, rodeada por una especie de neblina. Era tan pálida que lo único que pude distinguir fue su pelo rubio flotando junto a la ventanilla. Sus ojos se veían tan tristes, tan desesperados, que era imposible no compartir su dolor. Y su expresión era desgarradora. Un sinfín de angustia, culpa y enfado. Su boca formó una palabra. El sonido nunca llegó a mis oídos, pero pude leer sus labios: «Samuel».

Una bocanada de aire me llenó los pulmones, y al instante siguiente estaba gritando. Un grito de puro horror. La chica apoyó su pequeña mano sobre la ventanilla y luego desapareció, evaporándose contra las tonalidades del cielo.

—¿Qué te sucede? —El señor que estaba sentado delante me miró preocupado.

Todas las miradas estaban fijas en mí, algunas intrigadas y otras alarmadas.

—Lo siento, he tenido una pesadilla —respondí—. Me he quedado dormida.

Sus ojos se mantuvieron en mi rostro como si pudiera corroborar mis palabras con solo mirarme, y luego se sentó de nuevo.

¿Qué diablos? Sabía lo que había visto, solo que no quería creerlo. Tal vez los espíritus sí que pasaban a nuestro plano en un día como ese. ¿Podía ser... que esa chica fuera un espíritu? Cecily... No era tan irracional pensar que una forma incorpórea de nosotros permanecía después de la muerte y que un día al año podía visitar a su familia. ¿O sí? O tal vez estaba perdiendo la cabeza.

MALLEUS MALEFICARUM



Cuando entré en casa encontré a Lucy cocinando y a Marcus tirado en el suelo jugando con *Titania*. La perrita trotaba a su alrededor con una pelota en la boca. Lucy aparentaba estar bien en su compañía; de hecho, miraba cómo jugaban con ternura en los ojos. Lo cual no estaba segura de que fuera bueno.

Ambos me bombardearon a preguntas y les respondí que hablaríamos después de que me diera una buena ducha de agua caliente. Les di la bolsa con los rollos de manzana y canela de Joelyn y aproveché la distracción para escabullirme al baño.

Todos los acontecimientos del día pasaron por mi mente mientras me aclaraba el champú del cabello: Michael, sus padres, el museo, Samuel gritándole al aire, el espíritu en el tren... Puse el rostro bajo el chorro de agua esperando que eso ayudara a despejarme. Había otras cosas por las que debía preocuparme. Mañana debía ir a la universidad y era muy probable que me cruzara con Derek.

Una vez que me encontré cómoda enfundada en mi pijama y sin la expresión de «he visto un fantasma», regresé al salón con los demás.

—Tienes mucho que explicar, Ashford —me apremió Marcus—. Primero y más importante: ¿dónde has comprado esos increíbles rollos de manzana?

Me senté a la mesa junto a él.

—En un lugar llamado Joelyn, en Salem. También tenían una bebida extraña llamada «El brebaje de la bruja» que definitivamente deberíais probar —respondí.

—Genial, este fin de semana haremos una excursión a Salem —declaró Marcus, animado.

No estaba segura de si quería regresar tan pronto. Uno no veía fantasmas cuando estaba en compañía de sus amigos, ¿verdad?

—Cuando he salido esta mañana de casa no tenías intención de abandonar la cama, y luego decidiste ir a Salem con Michael. ¿Cómo ha sido eso? —quiso saber Lucy.

Estaba junto al horno, controlando que algo no se quemara.

—Salí a dar una vuelta y me crucé con él. Iba en coche y mencionó que se dirigía a visitar a su familia, y me invitó a acompañarlo —respondí.

Marcus se atragantó con lo que estaba bebiendo y dejó el vaso.

—¿Ayer rompiste con Derek y hoy has ido a conocer a la familia de Michael? Eso es rápido, rápido como un automóvil yendo a toda velocidad y estrellándose contra un árbol —observó.

—Lo sé. No lo pensé —repliqué—. Solo quería pasar un rato con él y de repente estaba allí, conociendo a sus padres. Son amables pero algo extraños. Hacen algún tipo de celebración por el día de los Muertos.

Lucy y Marcus intercambiaron miradas.

—Eso es bastante raro —apuntó Marcus.

—En realidad hay muchas culturas que lo celebran. Es una manera de recordar a sus seres queridos y desearles paz —respondió Lucy.

—Sus seres queridos muertos. No es como si fueran a llevarles flores al cementerio; es una celebración —dijo Marcus—. Es sin duda morboso.

Ambos tenían un punto de razón: era un bonito gesto y a la vez algo morboso.

—La madre de Michael dirige el Museo de Historia de Salem, supongo que es una especie de tradición.

Lucy sacó una fuente del horno y la dejó en la mesa sobre un salvamanteles. Era carne con patatas asadas y tenía un aspecto delicioso.

—Gracias a Dios —exclamó Marcus—. ¿Queréis saber qué cené ayer?

Lucy y yo dijimos que no con la cabeza.

—¿Maisy y Lyn también estaban allí?

—Por fortuna solo me crucé con Maisy —le respondí a Lucy—. Vi a Lyn de lejos y tuve la fantasía de saltar sobre ella e intentar hacer una de las maniobras de defensa personal que me enseñó mi tío.

—Eso suena más ofensivo que defensivo —apuntó Lucy.

Mientras fuera efectivo no me importaba.

—Lucy me contó lo que sucedió con Derek —dijo Marcus—. ¿De verdad estaban besándose en el baño?

—Contra la pared del baño, para ser más precisa, y Lyn estaba sobre él —respondí.

—No puedo creerlo. ¿Derek? Ha estado con todos menos conmigo —refunfuñó Marcus, indignado.

Lo miré incrédula.

—Me considero un tipo apuesto. ¿Qué le vio a Derek? ¿O a Daniel? ¿O

a...?

—Creo que lo que le vio a Derek es que era mi novio. Eso y que es guapo —lo corté.

Marcus me miró con cara de perro mojado.

—¿Y yo no?

Lucy se concentró en su comida sin decir nada. Lo miré: su pelo castaño era lacio y siempre lo llevaba alborotado, sus ojos marrones eran expresivos y tenía algunas pecas en la nariz.

—Sí, Marcus, eres masculino y apuesto —respondí con una sonrisa.

—Gracias, Mads.

Eso pareció alegrarlo y continuó comiendo. Una vez que terminamos, arreglamos la cocina entre todos y nos acomodamos en el sofá para ver una película. Lucy me dejó el sitio del medio para evitar estar junto a Marcus, lo que era una buena idea si quería poner distancia entre ellos para verlo como a un amigo.

A la mañana siguiente me desperté temprano para ir a correr. El gato de peluche que me había regalado Michael estaba en un estante junto a su bufanda, y mis ojos se dirigían a él continuamente, recordando el tiempo que habíamos pasado juntos.

Di dos vueltas al parque con la música tan alta que apenas podía pensar. Pero esa era la idea: correr y dejar de pensar durante un rato.

Para cuando terminé estaba tan sudada que tuve que hacer una parada rápida en el vestuario de la universidad y ducharme. Pensé que me perdería el principio de la clase, pero cuando llegué al aula el profesor todavía no estaba allí.

Marcus me hizo un gesto y me dejé caer en la silla a su lado.

Teníamos clase de Teoría de la Publicidad, asignatura que solo cursaba con él. Melissa Wall estaba sentada en la fila de delante con sus amigas y se dio la vuelta, mirando a Marcus con una expresión pícara.

Este le sonrió con su sonrisa carismática y, tras buscar en la mochila, le pasó un par de panfletos y luego me dio uno a mí. El papel era azul y decía en letras grandes: «DOS NOCHES LLENARÁN VUESTROS OÍDOS DE ROCK EN LOXI EL VIERNES A LAS 21.00». Debajo había una figura sombreada tocando una guitarra. Era de Marcus, reconocía su estilo.

—El viernes te quiero en primera fila dispuesta a arrojarme ropa interior —dijo Marcus.

Dejé escapar una risa.

—Estaré allí, pero puedes olvidarte de la ropa interior —respondí.

Michael también estaba en la banda, me hacía ilusión verlo tocar.

—Me he cruzado con Lyn en el pasillo y le he dado uno.

Habló tan rápido que tardé en descifrar lo que había dicho y reaccionar.

—¡Marcus! ¡No! ¿Por qué?

—Cuando Melissa y sus amigas estén allí, gritando por mí, quiero que lo vea —respondió.

Apoyé la cabeza contra el banco, lamentándome. Sabía que no podía evitar a Lyn para siempre; de hecho, la vería en clase al día siguiente. Podía imaginármela con algún atuendo totalmente inapropiado coqueteando con los chicos de la banda.

El profesor entró en el aula y por un rato en lo único en que pensé fue en estrategias para hacer un producto más atractivo a los ojos del consumidor. Marcus y yo hicimos una lista de ideas y obtuvimos una buena nota por explicarlas al final de la clase.

Hacíamos un buen equipo. De no ser porque estaba obsesionado con los cómics y quería trabajar para alguien como Marvel, podríamos abrir nuestra propia pequeña empresa después de graduarnos.

Cuando salí de clase pensé en ir a buscar a Michael, pero luego recordé que todavía no había vuelto. Me había mandado un mensaje por la mañana diciendo que pasaría el día con su familia en Danvers y que regresaría por la noche.

Me disponía a volver al apartamento cuando me encontré con Lucy y me pidió que la acompañara a casa de Katelyn Spence a buscar unos libros. No tenía nada mejor que hacer y nunca había estado allí, por lo que me pudo la curiosidad y terminé aceptando.

Tardamos un poco en llegar, ya que quedaba en el otro extremo de la ciudad. Era una casa imponente con grandes rejas en la entrada. Katelyn nos estaba esperando con expresión impaciente, como si fuera una clase y estuviéramos llegando tarde. No estaba segura de a qué se dedicaría en el futuro, pero la docencia definitivamente era una opción.

Llevaba un blazer verde oscuro y una cinta en el pelo del mismo color, cosas que la hacían verse refinada y responsable.

Lucy agitó la mano en el aire para llamar su atención y nos acercamos a las rejas.

—Os estaba esperando —dijo.

—Lo siento, nos hemos perdido —se disculpó Lucy.

Abrió las puertas y la seguimos hacia la casa. El lugar era inmenso, con grandes cuadros colgados en las paredes. Tenía cierto aire frío, como un museo.

—¿Tocas el piano? —le preguntó Lucy señalando el majestuoso piano en la esquina de la sala.

—Y el violín —respondió Katelyn.

Lucy y yo intercambiamos una mirada y continuamos caminando tras ella.

—He oído que tú y Derek habéis roto, Madison —comentó en tono distendido.

La noticia había corrido rápido. Me pregunté qué grupo de chismosas lo habría difundido.

—¿Dónde lo has oído? —le pregunté.

—Lyn Westwood está en mi clase de Iniciativas Empresariales I. Hoy no ha venido y me llamó para preguntarme lo que habíamos hecho.

La irritación que me causaron esas palabras fue tan profunda que tardé unos momentos en recomponerme y no comenciar a dar gritos insultándola.

—¿Y casualmente mencionó que Derek y Madi han roto? —preguntó Lucy.

Katelyn la miró, consciente de la indignación en su voz.

—No fue exactamente casual, sino más bien como: «Gracias, luego necesitaré tus apuntes. ¿Has oído que Derek dejó a Madison en la fiesta de Halloween?».

—¿Qué?! —Mi voz resonó en la gran sala. ¿Cómo era posible que Michael y ella fueran familia? Debí haberme desquitado en Salem cuando tuve la oportunidad, lejos de los ojos de los profesores.

—¿Es cierto? —preguntó Katelyn con cautela.

—Fue algo de mutuo acuerdo —respondí.

Pasamos a un estudio con una gran biblioteca. El lugar podía competir con la biblioteca de la universidad, era espacioso y había libros por todos lados. Incluso tenía dos o tres vitrinas que contenían ejemplares antiguos y valiosos.

Me acerqué a una de ellas. El libro que había en su interior estaba abierto por la primera página, el papel tenía una pigmentación amarillenta, lo que indicaba que era viejo, muy viejo. El título se leía en tinta algo borrosa: *Malleus Maleficarum*.

—No apoyes los dedos en el vidrio —me advirtió Katelyn.

Me estaba mirando como un halcón. Levanté las manos en el aire y las alejé de la vitrina.

—¿Qué es este libro? —pregunté.

—El *Malleus Maleficarum*. Un libro que se usó en los juicios de Salem. Es como una especie de guía que habla sobre la amenaza que representan las brujas y de cómo reconocerlas y cazarlas. Lo llamaban «el martillo de las brujas» —dijo Katelyn.

Lucy se acercó y lo observó con curiosidad.

—Mujeres inocentes fueron quemadas por culpa de libros como este. ¿Por qué lo tienes?

De solo mirar el libro tuve un mal presentimiento.

—A mi padre le gusta coleccionar este tipo de cosas —respondió simplemente—. Y era en Europa donde quemaban a las brujas, en Salem las ahorcaban.

Lo dijo como si no tuviera la menor importancia.

—Eso no lo hace menos terrible —dijo Lucy.

Katelyn no respondió, estaba concentrada en una pila de libros que había sobre la mesa. Miré la vitrina una última vez y fui hacia ella. Cogió dos libros, ambos con docenas de señaladores que marcaban diferentes páginas, y se los pasó a Lucy.

—Necesitaré que me los devuelvas el viernes. De la página 76 a la 98 está lo que vimos en la última clase —dijo.

—Gracias. El viernes los tendrás de vuelta sin falta —respondió Lucy.

Miró los libros con algo de temor, consciente de todo lo que tendría que estudiar. Katelyn nos acompañó a la salida; si bien lo intentó ocultar, parecía ansiosa por deshacerse de nosotras. Probablemente para regresar a lo que estaba haciendo antes de que llegáramos: estudiando sus apuntes o leyendo algún libro tedioso.

La mañana siguiente llegó más rápido de lo que me hubiera gustado. Lo único que mejoró mi perspectiva del infierno que sería la clase de Historia de la Civilización fue un mensaje de texto de Michael que decía:

Te espero en el aula 202 antes de clase.

Esa aula estaba cerca de la nuestra y siempre estaba vacía, un escondite ideal para quedarnos unos minutos a solas.

Reconsideré lo que tenía pensado ponerme y fui a la cocina, donde encontré a Marcus con un plato de gofres frente a él. Sabía que tarde o temprano lo descubriría. Un desayuno de Lucy y lo tendríamos allí todas las

mañanas.

La caminata a Van Tassel fue silenciosa, Lucy y yo estábamos cansadas, ya que nos habíamos quedado hasta tarde estudiando, y Marcus había comido más gofres de lo que cualquier ser humano debía comer.

Al acercarnos al gran edificio de la universidad sentí un cosquilleo en el estómago: pronto vería a Michael. Era como si tuviera quince años de nuevo, poniéndome nerviosa cada vez que iba a verme con un chico que me gustaba.

—Espero que hayáis anotado en vuestras agendas lo del viernes por la noche —dijo Marcus.

—¿Qué pasa el viernes? —preguntó Lucy.

Marcus la miró fingiendo horror.

—¡Es mi debut en la banda! Vamos a tocar en Loxi —respondió—. He estado poniendo panfletos por todas partes.

Lucy miró al suelo pensativa.

—Tú y Ashford tenéis que estar ahí, os necesito —dijo.

—¿Pánico escénico? —pregunté.

—Claro que no. Necesito chicas guapas gritando mi nombre —respondió. Golpeé su hombro con el mío y negué con la cabeza.

—Este viernes no puedo —se excusó Lucy.

Ambos nos volvimos hacia ella. Marcus abrió la boca y la volvió a cerrar, sin saber muy bien qué decir. Su relación con Lucy se había mostrado algo frágil en los últimos días.

—¿Ya tienes planes? —le pregunté.

Lucy asintió y sus mejillas cobraron algo de color.

—¿Con un chico? —continué interrogándola.

El rubor se volvió más intenso, respondiendo a mi pregunta.

—¡¿He sido reemplazado?! —exclamó Marcus.

Lo golpeé de nuevo e intercambiamos una mirada. Caminamos en silencio unos minutos antes de que Lucy volviera a hablar.

—El chico que conocí en Halloween, Ewan, me ha invitado a cenar.

Tras decir esas palabras aceleró el paso, alejándose un poco.

Marcus me puso una mano en el hombro, reteniéndome a su lado.

—¿Qué sabemos de ese tal Ewan? —preguntó en voz baja.

—No mucho —respondí.

—Cuando pase a buscarla lo interrogaremos. No podemos dejar que Lucy salga con él hasta que comprobemos qué clase de sujeto es. Podría aprovecharse de ella.

No sonaba celoso, sino más bien como un hermano mayor preocupado. Seguimos adelante por el pasillo, y cuando comenzamos a acercarnos al aula le dije a Marcus que me guardara un sitio a su lado.

Me sonrió de manera cómplice y continuó caminando. Sabía que me estaba escabullendo para ver a Michael. Miré alrededor para asegurarme de que nadie me viera y me dirigí al aula 202.

Las luces estaban apagadas, los rayos del sol que se filtraban por las persianas eran la única iluminación que había. Michael estaba apoyado contra la pizarra mirándome silenciosamente. Llevaba la misma cazadora que aquel día de lluvia que me había acompañado a casa.

Me acerqué a él y sus labios formaron aquella media sonrisa. Lo miré detenidamente, cada músculo de mi cuerpo empujándome hacia él.

Las palabras me abandonaron, reemplazadas por un deseo inexplicable de estar cerca de él. De poder apreciar lo atractivo que era. De llevar mis manos a las suyas y perderme en él.

Inclinó la cabeza hacia mí y apoyó un dedo en mis labios, trazando una línea sobre ellos. La sensación era agradable y me llenó de deseo. Lo cogí del cuello de la cazadora y lo atraje hacia mí hasta que sus labios finalmente tocaron los míos.

Me besó y lo besé, y era como si estuviéramos envueltos en tal atracción que no nos podíamos detener. Me perdí en sus brazos, sintiendo su cuerpo contra el mío. Michael bajó la mano hasta mi cintura, siguió el camino de mi falda y continuó hasta la pierna. Sus labios jugaban con los míos de manera provocadora.

Todo lo que estaba sintiendo era demasiado. Lo empujé contra la pizarra y pasé las manos por detrás de su cuello. Michael cogió mis piernas y las levantó sosteniéndome alrededor de su cintura. Mis dedos se deslizaron por su pelo mientras sus labios me recorrían el cuello.

—¿Dónde está Madi? —Era la voz de Lucy.

—Dijo que ahora vendría. Será mejor si la esperamos dentro —respondió Marcus.

—¿Crees que estará peleándose con Lyn? —preguntó con preocupación.

—No, algo me dice que eso no es lo que está haciendo.

La respiración de Michael era agitada. Me reí silenciosamente contra sus labios y me deslicé hacia abajo hasta que mis pies tocaron el suelo.

—Te he echado de menos —me susurró.

—Yo también.

Apoyó una mano sobre mi mejilla.

—No estoy seguro de cómo lo haré para estar cuatro horas encerrado en una clase sin tocarte.

Sonreí y me alejé un poco para no dejarme llevar de nuevo.

Michael me miró con una expresión de resignación en el rostro.

—No puedes sentarte a mi lado —le advertí acomodándome la falda—. Derek está en esta clase. Todavía es muy pronto.

Michael hizo girar los ojos, como si Derek no fuera algo que le importara, y asintió de mala gana.

Miramos por la pequeña ventana en la parte superior de la puerta para asegurarnos de que no hubiera nadie en el pasillo, y salimos del aula.

Me dejé caer en el asiento junto a Lucy. Michael se sentó en la fila de delante, en el sitio que estaba frente a mí. Sutil.

Estiré el pie por debajo de la mesa, y al encontrar el suyo lo golpeé levemente. Permaneció quieto, ignorándome. Seguro que estaba aguantándose la risa.

Levanté la cabeza y observé detenidamente el resto del aula.

Derek estaba en una esquina, al menos cinco filas por delante. Lo más lejos posible de donde usualmente nos sentábamos.

Su cuerpo se veía algo rígido y miraba hacia el frente de manera decidida. Eso me hizo sentir mal, no quería que las cosas se estropearan entre nosotros.

—Va a llevar un tiempo —apuntó Lucy.

Estaba siguiendo mi mirada.

—No lo sé. Si me ve con Michael dudo que me vuelva a hablar —respondí.

Maisy apareció a mi lado y, tras saludarnos, se sentó junto a Michael. Cerré los ojos anticipándome a lo que seguiría: donde estaba Maisy, inevitablemente estaba Lyn.

—¿Tienes algún virus? ¿O hay otra razón por la que Derek se haya sentado en el otro extremo del aula?

Pensé en Michael, en sus labios sobre los míos en el aula de al lado, esperando que eso me ayudara a ignorar la insoportable voz de Lyn Westwood.

—Sigue caminando.

Lucy se puso de pie y le lanzó una mirada seria. Se veía baja frente a ella, era más pequeña de físico y llevaba zapatos sin tacón.

—Debes de estar bromeando —replicó Lyn.

Su expresión indicaba que estaba lejos de tomársela en serio.

—Sigue caminando, Lyn. No nos interesa lo que tengas que decir —le espetó Lucy.

La severidad de su tono me sorprendió incluso a mí. Marcus la miró boquiabierto.

—Si yo fuera tú, me buscaría otro guardaespaldas, Madison. Tu pequeña amiga no me resulta muy intimidante —se mofó Lyn.

Me pregunté qué pasaría si me lanzara sobre ella. ¿Alguna sanción disciplinaria? ¿El profesor tendría una mala imagen de mí durante lo que quedaba del curso? Eso no me importaba lo suficiente como para no hacerlo. Golpearla resultaba tentador.

—Tal vez yo pueda hacerlo mejor —intervino Marcus—. Madison y Lucy no quieren hablar contigo, déjalas en paz.

Me sentí infinitamente agradecida con él y con Lucy por respaldarme. Lyn lo miró sorprendida. Incluso Maisy se volvió a mirarlo.

—Auuuu, leal como un perro. Cuando termine con Derek debería salir contigo.

Marcus la miró sin saber qué decir. Los ojos marrones y perfectamente delineados de Lyn estaban fijos en él mientras jugueteaba con un mechón de su cabello.

—Lyn, por favor, no eches a perder mi buen humor —intervino Michael, e intercambió una mirada de advertencia con ella.

—Lo siento, primo. Iré a sentarme —respondió.

Me sonrió de manera dulce, indicio de que llevaba alguna maldad de cabeza, y se alejó hacia donde estaba sentado Derek.

—Esa chica me crispera los nervios —bufó Lucy.

La miró con desagrado y se volvió a sentar.

—Gracias —dije mirándolos a los dos.

Lucy me sonrió; eran momentos como ese los que me recordaban por qué era mi mejor amiga desde los seis años.

—No hay de qué, Ashford. Marcus Delan, rescatando damiselas en peligro y luchando contra el crimen desde 1993.

Maisy dejó escapar una risa.

—Además de tomar grandes cantidades de alcohol y componer terribles versos, ¿qué otros poderes tienes? —preguntó.

Marcus se estiró sobre el banco acercándose a ella.

—Soy bueno dibujando —afirmó.

Se miraron a los ojos durante un breve instante y luego Maisy se dio la vuelta.

—Y eres un buen amigo —respondió—. No eres completamente irremediable.

Hector Howard entró en el aula y todos guardaron silencio: era el efecto que solo podía lograr un profesor. Derek había corrido su mochila del asiento de al lado para que Lyn pudiera sentarse y ambos estaban susurrando entre sí.

Saqué el cuaderno de mi cartera y lo abrí por la última página escrita. Esperaba que Howard no decidiera preguntarnos, ya que no recordaba nada de la clase anterior.

Por fortuna puso en marcha el proyector y a organizar diapositivas, lo que implicaba mucho que anotar y poco tiempo para preguntar.

Hacia la mitad de la clase llevaba tres hojas de apuntes y apenas podía mover la muñeca. Dejé el bolígrafo y escuché con mucha atención, decidida a recordar en vez de tomar notas.

Lucy continuaba escribiendo de manera incesante, cada aspecto de la república romana marcado con un color diferente.

Marcus había desistido. La pantalla de su portátil estaba abierta en un documento con oraciones sueltas, y por lo que pude llegar a leer, párrafos que no tenían sentido. Lo último que había escrito era algo que Howard había dicho hacía media hora.

Estaba dibujando algo sobre uno de los panfletos de su banda, y me incliné hacia él para ver mejor lo que había puesto. Pude ver las letras grandes y cuidadosamente dibujadas en la parte superior de la hoja: «Maisy», y más abajo, en caracteres corrientes: «¿Vienes?».

Le tocó la espalda y le pasó la hoja. Ella la miró, se encogió de hombros y la metió dentro de uno de sus libros.

Mi móvil comenzó a vibrar y revolví la cartera buscándolo.

Michael 11.08

¿Vendrás a verme tocar el viernes?

Sonreí. Debía de haber visto el panfleto de Marcus.

Yo 11.08

Por supuesto.

Michael 11.09

Sé que irás por Marcus, quiero que vayas a verme a mí.

Me apresuré a anotar unas fechas que dijo Howard en el cuaderno. Tenía buena memoria, pero no había forma de que recordara todo lo que estaba diciendo.

Yo 11.12

Iré por los dos.

Michael se volvió a mirarme con una sonrisa en el rostro. Lo que quedaba de la clase transcurrió rápido. Iba a comenzar a guardar mis cosas cuando Howard nos dio un par de noticias que me arruinaron el resto del día.

La primera fue una nueva presentación en grupo, y aclaró que mantendríamos los mismos grupos de trabajo, lo que significaba que estaba atrapada con Lyn.

La segunda fue tan sorpresiva como inesperada: un alumno de la universidad llamado Christian Hathorne había sido víctima de un homicidio y se celebraría un evento en su memoria.

TORMENTA DE AMOR



Lo que quedaba de la semana transcurrió sin peleas y con mucho estudio, ya que se acercaban los exámenes. Era viernes por la noche y estaba ordenando el lío de ropa que había en mi habitación.

Titania estaba acostada sobre mi cama mordiendo un huesito de juguete mientras Lucy se preparaba para su cena con Ewan.

Llevaba más de veinte minutos encerrada en el baño y era la tercera vez que se cambiaba de ropa. No recordaba la última vez que la había visto tan nerviosa. Probablemente en nuestro primer baile en la escuela primaria.

Yo también tenía que decidir qué ponerme. Me decidí por una blusa blanca con transparencias y unos tejanos. Busqué mi cazadora negra entallada y fui a la cocina a esperar a Marcus.

—¡Madi! —Lucy salió del baño y se quedó de pie en el pasillo para mostrarme su atuendo. Estaba guapa, con medias largas, una falda y una blusa oscuras. Llevaba el cabello recogido en una cuidadosa coleta, como de costumbre.

Levanté el pulgar en un gesto de aprobación.

—Perfecta —dije.

La tensión en su rostro se volvió alivio.

—Por fin. Si hubiera tenido que cambiarme una vez más, habría enloquecido —respondió.

Vino hacia la cocina y puso la comida de *Tani* en su platito.

—¿Realmente te gusta? —le pregunté.

—¿Ewan? No lo sé, apenas lo conozco —respondió—. Es guapo y parece cariñoso. Aún me siento rara cuando estoy con Marcus, es por eso que no quería ir a verlo hoy. Verlo en un escenario, tocando la guitarra, cantando... creo que traería esos sentimientos de vuelta. Y Ewan iba disfrazado de príncipe, eso debe de significar algo, ¿no?

El «¿no?» sonaba esperanzado.

—Supongo. Siempre te han gustado los cuentos de hadas —dije.

Alguien golpeó la puerta y ambas nos sobresaltamos. Lucy se acomodó la

ropa y miró la puerta sin estar segura sobre qué hacer.

—¡Mads! —Al oír la voz de Marcus su cuerpo se relajó y llevó la mano hacia el picaporte.

—Ashford, Darlin —dijo entrando—. ¿Tengo el aspecto de una futura estrella del rock?

—Camiseta de una banda y pelo despeinado a propósito. Yo diría que sí —respondí.

Fue hacia el estante de las galletitas y comenzó a hurgar. Lucy se sentó en el sofá y su expresión se tensó de nuevo. Ese chico debía de gustarle más de lo que estaba admitiendo.

Marcus y yo nos comimos la pizza que había sobrado del día anterior. Dudaba de que hubiera algo para comer en el bar a excepción de cacahuets y patatas fritas. Por lo que esa porción de pizza sería mi cena.

Estábamos preparándonos para salir cuando alguien llamó a la puerta. Fue un sonido leve, alguien golpeando con los nudillos con moderación. Completamente diferente a la forma en que Marcus aporreaba la madera reiteradamente con la mano abierta.

Lucy se puso de pie, sobresaltada. Aguardé, y cuando vi que sus pies no se movían, fui a abrir la puerta.

El chico que esperaba detrás me saludó cordialmente. Era más alto que yo, esbelto. Lo primero que noté fue que su rostro era joven pero serio. Tenía el pelo corto de un rubio pálido, y sus ojos eran verdes con un poco de marrón.

Algo en él proclamaba a gritos que era británico; no estaba segura de si era por el jersey a rombos o el hecho de que su ropa no tenía ni una sola arruga.

—Buenas noches, vengo a buscar a Lucy —dijo ofreciéndome la mano para que se la estrechara—. Soy Ewan Hunter.

—Madison —respondí.

Me aparté a un lado y le hice un gesto para que pasara. Marcus estaba de pie con los brazos cruzados, mirándolo con ojos amenazadores.

Al ver su expresión tuve que hacer un gran esfuerzo para no reírme. Parecía un padre examinando al vándalo que pretendía salir con su hija.

—Marcus Delan —se presentó—. El mejor amigo de Lucy.

Ewan lo examinó durante unos instantes antes de acercarse a él y estrecharle la mano. Lucy observó la situación desde la esquina de la sala y no dijo nada hasta que los ojos de Ewan la encontraron.

—Lucy, estás muy guapa. Me alegro de que hayas aceptado mi invitación. —Fue hacia ella y la saludó con un beso en la mejilla.

—La última vez que te vi eras un príncipe —replicó Lucy.

—Y ahora he vuelto a ser un sapo —dijo Ewan riendo—. Espero que aún quieras salir conmigo.

Lucy tenía una mirada tímida y él se veía respetuoso. Sin mencionar que tenía un acento inusual y más que atractivo.

—¿Eres de Londres? —le preguntó Marcus.

—Noruega.

Eso explicaba el acento.

—¿Qué edad tienes? —continuó interrogándolo.

—Veinticinco.

Marcus levantó las cejas, como si hubiera dado una respuesta incorrecta.

—¿Estás al corriente de que Lucy solo tiene veinte?

«¿Solo tiene veinte?» ¿Qué estaba diciendo? Él tenía la misma edad.

—¡Marcus! —dije reprendiéndolo—. Lo siento, Ewan. No queremos incomodarte.

—Está bien, sois sus amigos y queréis aseguraros de que no salga con cualquiera —respondió.

Marcus y yo intercambiamos una mirada y asentimos. Ewan parecía serio y responsable; no podía estar más lejos de parecer alguien de quien desconfiar. *Tani* entró corriendo en la sala y comenzó a olfatearlo.

—¿Y quién es esta pequeña damita? —preguntó Ewan.

—Es *Titania* —dijo Lucy.

Marcus abrió la boca y disimuladamente le di un golpe con el codo. Podía oír su voz diciendo: «Fue mi regalo de cumpleaños».

—Como la reina de las hadas en *Sueño de una noche de verano* —apuntó Ewan.

Lucy asintió, encantada de que supiera de dónde provenía el nombre.

—Tenemos que irnos. Ha sido un gusto conocerte, Ewan —aseguré tomando a Marcus del brazo y llevándolo hacia la puerta.

Lucy me miró agradecida.

—Nosotros también nos vamos. Suerte con la banda, Marcus —dijo.

Los cuatro bajamos juntos en el ascensor, envueltos en un incómodo silencio, y luego salimos en direcciones diferentes. Ewan había venido en coche y le abrió la puerta a Lucy como todo un caballero.

Marcus lo vio alejarse con una mirada de sospecha.

—O es el hombre perfecto para Lucy o es un asesino en serie —dijo un par de calles después.

Loxi, el bar donde iban a tocar, estaba lleno de gente. Reconocí a varias personas de Van Tassel, por lo que los panfletos habían funcionado. La banda ya estaba en el escenario y esperaban a Marcus para comenzar.

Michael se me acercó y, tras saludarme con un beso, volvió al escenario. Tenía muy buen aspecto, tanto que temí que otras chicas también lo notaran. Me abrí paso entre la gente buscando un buen lugar, y vi a Alyssa Roslyn de pie delante del escenario.

Me las ingení para llegar hasta ella y me saludó de manera amistosa. Maisy y Lyn también estaban allí, de pie a un lado.

Lyn llevaba una camiseta que decía: «Estoy con la banda». La miré resignada y me volví a Alyssa, quien me había preguntado algo que no logré oír.

Hablamos unos minutos hasta que Stuart, el cantante principal, dio unos golpecitos al micrófono indicando que iban a empezar.

La primera canción tenía un ritmo tranquilo y era mejor de lo que había esperado. La letra era original y las voces de Marcus y los demás sonaban entonadas.

Michael estaba a un lado de la batería, el pelo le caía sobre el rostro mientras miraba las cuerdas de la guitarra. En el lado opuesto estaba Marcus, quien parecía estar concentrándose en las notas para luego levantar la vista y sonreírle a alguna chica.

Melissa Walls y sus amigas bailaban al ritmo de la música y en más de una ocasión las oí gritar el nombre de Marcus. Sonreí sin poder evitarlo. Marcus debía de estar pasándoselo en grande.

Lyn jugaba con un mechón de su cabello mientras miraba a los chicos en el escenario, y Maisy observaba al grupo de Melissa con una mirada de desaprobación.

Las tres canciones que siguieron también eran razonablemente buenas, en especial la última, ya que tenía una letra pegadiza. Algo como:

*Extraño esas noches de romance y libertad,
verte de lejos hasta acercarme a hablar,
el brillo en tus ojos al verme venir;
sé que no lo imaginé, sé que estaba allí.
El viento soplaba y la luna siempre estaba,
ahora son fantasmas de noches pasadas;*

*mi corazón debió de saber que ya no te vería;
sé que lo sabía, sé que lo sabía.*

Un redoble de la batería cerró la última canción y todos aplaudimos y gritamos. Había sido una buena presentación, sobre todo para una banda nueva.

Marcus bajó del escenario y vino hacia mí con una expresión de victoria. Chocamos los cinco y nos apresuramos a buscar una mesa para sentarnos un rato. Había estado de pie al menos una hora.

Busqué a Michael con mirada ansiosa y lo vi viniendo hacia nosotros. Una chica de pelo rubio se interpuso en su camino y comenzó a hablarle. La podía ver riendo y coqueteando con él. Lo último que necesitaba era una versión rubia de Lyn. Mantuve la mirada fija en ellos hasta que los ojos de Michael encontraron los míos. Intenté tranquilizarme y me quedé donde estaba, era demasiado pronto en nuestra relación para ser la novia celosa.

Marcus me estaba mirando al tiempo que intentaba reprimir una carcajada. Probablemente se debía a la mirada asesina de mi rostro. Me mantuve de espaldas al lugar donde estaban mientras él me relataba lo que estaba sucediendo.

—La rubia continúa riéndose. Ahora le está tocando un brazo. Michael no parece interesado. La chica prácticamente le está poniendo el pecho en el rostro...

—¡No quiero saberlo! —repliqué.

Permanecí sentada, determinada a quedarme de espaldas.

—Ahí viene —se apresuró a decir Marcus.

Michael apareció junto a la mesa unos momentos después. Apoyó su mano sobre la mía y me miró con una expresión divertida.

—¿Celosa? —preguntó.

—No.

Acercó el rostro, sus ojos azules adueñándose de los míos.

—Esa chica no es nada a tu lado —afirmó en tono serio.

La forma en que lo dijo, la intensidad en su mirada, hizo que el calor subiera a mis mejillas y le sonreí un poco. Me preguntó qué quería tomar y fue a la barra a por bebidas.

—La próxima vez que una chica me haga una escena de celos, eso es exactamente lo que le voy a decir —dijo Marcus.

Lo miré y negué con la cabeza. Melissa se acercó a la mesa y cogió a Marcus del brazo, insistiéndole en que fuera a bailar. Le respondió que la

seguiría en un momento y se inclinó sobre la mesa para que pudiera oírlo mejor.

—¿Estarás bien si te abandono? —Eso significaba que pasaría el resto de la noche con Melissa.

—Sí, Michael me llevará a casa —respondí.

Marcus cogió su botella de cerveza y la levantó en el aire a modo de saludo.

—Nos veremos mañana, Ashford.

Me quedé allí sentada; podía ver a Michael haciendo cola en la barra y por fortuna no había ninguna chica intentando ligar con él. Aunque algunas lo miraban y susurraban entre sí.

Maisy apareció a mi lado y se sentó en una de las sillas.

Tenía una expresión aburrída y estaba revisando su móvil. Un chico se acercó a la mesa con los ojos puestos en ella, y Maisy le lanzó una mirada que lo hizo retroceder en el acto.

—Eso ha sido un poco hostil —observé.

—Dudo que vaya a conocer a alguien interesante en un bar —respondió.

Miré alrededor. Lyn estaba bailando en medio de un grupo de chicos. Claramente no compartía la opinión de su hermana.

—¿Estás esperando a tu príncipe azul?

Maisy se rio suavemente, como si encontrara mis palabras graciosas.

—Los príncipes no existen. Me conformo con alguien que me entienda y me haga sentir especial, no un tipo con una capa y un caballo blanco —replicó.

Si Lucy estuviera allí tendría algo que decir al respecto. Fantaseaba con el príncipe con la espada y el caballo desde que éramos niñas.

—¿Os importa si me siento?

Era Katelyn Spence, llevaba un paraguas en la mano y tenía el pelo mojado. Asentí con la cabeza y le acerqué una silla.

—Me sorprendió la lluvia por el camino —dijo—. ¿Ya han tocado?

—Sí, ha terminado hace poco —respondí.

—Bien, no tenía ningún interés en ver a Marcus en el escenario —manifestó.

Dejó el paraguas mojado en el suelo y se acomodó el pelo rubio lo mejor que pudo.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —le preguntó Maisy—. No es el único bar de Boston.

Katelyn levantó la mirada hacia ella.

—Me gusta este lugar y mis amigos me dijeron que vendrían aquí —respondió en tono defensivo—. No cambiaré mis planes solo para evitarlo.

Maisy la miró sin decir nada y deseé que Michael volviera rápido.

—¿Habéis ido al evento que celebraron en memoria de Christian Hathorne? —nos preguntó Katelyn.

Negué con la cabeza, aliviada de que cambiara de tema.

—No lo conocía —respondí.

—Tampoco yo. Era de cuarto año. Fui para demostrar mi apoyo a la universidad —dijo mirando alrededor como si estuviera buscando a alguien.

—¿Un chico al que no conocías murió y asististe a un acto en su memoria para quedar bien con los profesores? —preguntó Maisy en tono escéptico.

Ambas intercambiaron miradas de irritación. Esperaba no quedar atrapada en medio de una pelea entre ellas.

—El profesor dijo que había sido un homicidio —me apresuré a decir.

—Lo encontraron en un bosque a las afueras. El cuerpo estaba quemado, por lo que a la policía le llevó unos días identificarlo —afirmó Katelyn.

—¿Quemado? —preguntamos Maisy y yo al mismo tiempo.

—Lo ataron y lo quemaron vivo. Oí que habían encontrado algunas extrañas inscripciones en el suelo y la policía cree que fue alguna especie de ritual —replicó.

Eso era inusual, por no mencionar horrible. Michael regresó con las bebidas y se quedó de pie a mi lado. Verlo hizo desaparecer esa sensación perturbadora que se apoderó de mí al oír las palabras de Katelyn.

Permanecimos allí un rato y luego nos excusamos. El lugar estaba abarrotado y apenas se podía caminar. La música estaba demasiado alta y apestaba a tabaco y a sudor.

Michael me cogió de la mano para que no nos separáramos y me arrastró tras él, abriéndose paso entre la gente que bailaba y saltaba. Al principio estaba dirigiéndose hacia un rincón, pero se detuvo a mitad de trayecto y se encaminó a la salida.

Me preguntó si quería salir un rato a la calle y asentí, ansiosa por respirar un poco de aire fresco. Nunca había visto el bar tan lleno. Al parecer la noche había sido un éxito.

Michael sostuvo la puerta para que pasara y un fuerte viento y gotas de agua chocaron contra mi rostro. Había olvidado que llovía. Nos quedamos al lado de la puerta, guareciéndonos debajo del pequeño toldo.

Un relámpago iluminó el cielo y me acurruqué contra Michael, preparándome para el estruendo.

—¿No te gustan los truenos? —me preguntó al oído, rodeándome con sus brazos.

—No particularmente —respondí.

Me volvió hacia él. Sus labios eran cálidos y perfectos, sus besos me dejaban sin aire y con el corazón acelerado. Me hacía sentir osada e imprudente. Me hacía sentir libre. Lo cual era una contradicción, ya que me atrapaba entre sus brazos como si le perteneciera.

Gemí levemente sin poder evitarlo, y Michael agarró mi cintura con más fuerza y separó un poco los labios.

—¿Quieres volver a entrar? —preguntó. Su voz sonaba apagada, como arrepintiéndose de sus palabras.

Negué con la cabeza.

—Podemos ir a mi casa —sugirió.

Tenía el cabello despeinado a causa del viento, y un mechón le caía sobre la frente.

—De acuerdo.

Esbozó aquella media sonrisa con los labios y los rozó lentamente contra los míos.

—Espera aquí. Iré a buscar el coche —susurró.

Salió corriendo bajo la lluvia con las llaves en la mano. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, me encontraba ansiosa y llena de energía. Era como si una corriente eléctrica despertara todos mis músculos hasta dejarlos tensos y expectantes.

Vi acercarse el coche y corrí hacia donde me esperaba. Las gotas de agua golpeaban furiosas contra mi cuerpo y el viento me empujaba hacia atrás. Michael abrió la puerta y me arrojé sobre el asiento como si alguien me estuviera persiguiendo.

El pelo me caía sobre la cara y la cazadora y la blusa estaban empapadas. No podía ver mucho debido a la oscuridad, pero algo me decía que mi blusa blanca con transparencias se había convertido en excesivamente transparente debido al agua.

Michael se tomó su tiempo para mirarme, apreciando lo que veía, y arrancó el coche. Las gotas chocaban contra el cristal de manera incesante y solo se oía el ruido de los truenos.

La calle estaba desierta, el cielo cubierto de nubes negras que tapaban las

estrellas. Michael puso música y apoyó la mano sobre mi regazo.

Estando allí, sola con él, se sentía íntimo y romántico. La vocecita en mi cabeza permanecía callada, nada de pensamientos ni restricciones. Solo estábamos él y yo en aquel coche en mitad de la tormenta.

Con la ausencia de tráfico y a la velocidad que conducía Michael no tardamos en llegar. La casa parecía grande y anticuada. Solo podía ver lo que iluminaban los faros, pero el terreno parecía amplio.

Metió el coche en el garaje y dio la vuelta para abrirme la puerta.

Todo estaba oscuro, me cogió de la mano guiándome hacia la casa. La luz se encendió repentinamente, deslumbrándome un poco. Estábamos en una cocina, era espaciosa y todo parecía estar limpio y ordenado. Tenía cierto estilo francés, con un gran horno y una encimera de mármol.

—Bienvenida a mi casa —dijo Michael.

Le sonreí y me saqué la chaqueta mojada. Temblaba un poco.

—¿Quieres algo caliente? —me preguntó al verme así.

—Un poco de agua estaría bien —respondí.

Sentía la garganta seca y necesitaba algo refrescante.

—¿Vives aquí tú solo?

Michael asintió mientras me ofrecía un vaso.

—Esta casa era de mis abuelos. Mis padres vienen de vez cuando —respondió.

Todo se veía muy cuidado y estaba equipada como para un chef. Me di cuenta de que había pequeños frasquitos con hierbas como los que había visto en la cocina de Maisy y Lyn.

—¿Quieres verla toda? —preguntó ofreciéndome la mano.

La tomé y me atrajo hacia él.

—Estás preciosa —dijo mirándome. Me dio un beso húmedo en la mejilla y trazó un camino hasta mi cuello.

—Y tú estás muy guapo —respondí. Era tan hermoso que me dolía. Su pelo tupido y ondulado, la camisa negra mojada, hacían que pareciera un ángel oscuro. Peligroso y cautivador.

—Podemos empezar por el comedor y luego... —Un fuerte estruendo interrumpió sus palabras, haciendo que me sobresaltara. Las luces titilaron, amenazando con apagarse. Michael se acercó a la ventana y miró hacia fuera.

—¿Crees que se puede ir la luz? —pregunté.

—Es probable, es una tormenta eléctrica.

Un relámpago iluminó el cielo, creando un contraste espeluznante contra

las nubes negras. El terrible estruendo vino un momento después, al mismo tiempo que las luces de la cocina se apagaban.

Dejé escapar un grito y luego me reí nerviosa. Estábamos a oscuras, apenas podía ver la silueta de Michael, iluminada por la efímera luz que entraba por la ventana. Era como una película de terror, a oscuras en una tormenta, los relámpagos iluminándonos breves momentos.

—Michael.

Estiré el brazo buscándolo.

—Estoy aquí —dijo.

Sentí su torso y acerqué mi cuerpo al suyo. Michael me rodeó con sus brazos y nos mantuvimos así durante un rato. La oscuridad añadía cierta tensión, que era tan palpable como la tormenta.

Me puse de puntillas y le di un beso que demandaba toda su atención. Michael me hizo retroceder hasta que me encontré con la espalda contra la pared.

Apartó el cuello de mi blusa y sentí sus labios en mi hombro, junto a la tira del sujetador. La sensación era placentera y arqueé la cabeza hacia atrás disfrutando cada segundo. Su mano recorrió mi espalda por debajo de la blusa, provocando un cosquilleo donde me tocaba.

Continué besándolo mientras le desabotonaba la camisa, y sentí su torso bajo mi mano, recorriéndolo hasta llegar a sus pantalones. La respiración de Michael se aceleró y me besó como si su vida dependiera de ello, apretando su cuerpo contra el mío.

Nunca había sentido emociones tan intensas. Era como si estuviera cayendo en un abismo de oscuridad y deseo y Michael fuera el aire que me sostenía.

Me subió la blusa y la pasó por mi cuello, luego la arrojó al suelo. Había previsto que algo así podía suceder y llevaba un conjunto de ropa interior con encaje blanco. Sus manos me recorrieron, dejando una sensación cálida por donde pasaban.

Sus labios abandonaron los míos de manera abrupta y mantuvo su rostro a centímetros del mío.

—¿Quieres que me detenga? Si no lo hago ahora, no podré hacerlo... — Su voz era un susurro. No quería pensar, solo quería disfrutar aquel momento con él.

Le acaricié el pelo y lo besé, entrelazando mis manos tras su cuello. Michael me levantó en brazos y me llevó a través de una puerta. No pude ver

mucho: un gran comedor y luego escaleras.

Me llevaba con facilidad mientras subía por los escalones. Sus labios estaban cerca de los míos, y contuve las tentaciones de besarlos por miedo a que se distrajera y cayéramos rodando.

Una vez en la planta de arriba entramos en una habitación. No podía ver mucho, a excepción de un ventanal con cortinas y una gran cama en el centro.

Michael me dejó sobre el colchón con cuidado y se inclinó sobre mí, apoyándose en sus brazos. Mi corazón latía de manera precipitada y podía oír mi propia respiración mientras su mano trazaba un camino a lo largo de mi pierna.

El siguiente beso fue algo fuera de este mundo. Le quité la camisa y recorrí su espalda, maravillada ante la suavidad y la calidez de su piel.

Michael me acarició la mejilla y luego me cogió la mano, entrelazando sus dedos con los míos.

Nunca me había sentido tan deseada, nunca había deseado tanto a alguien, ni experimentado un amor tan profundo y real. Amaba a Michael Darmoon, mis sentimientos eran como una feroz llama, una llama que nunca se extinguiría.

EL ATAÚD ROJO



Abrí los ojos despacio y levanté la cabeza. La escasa luz que entraba por la ventana me proporcionaba algo de iluminación. Michael no estaba allí. Lo último que recordaba era haberme acurrucado contra su pecho y quedarme dormida.

La habitación era espaciosa, con grandes cortinas que caían a ambos lados de la ventana y una ostentosa cómoda. El gran televisor de plasma en la pared era lo único que contrastaba, se veía demasiado moderno comparado con el resto.

Era como la habitación de un hotel. Se veía confortable y no había fotos ni pósters. Ningún elemento personal.

Busqué mi ropa y recordé que la blusa se había quedado en la cocina. Sentí un leve rubor al recordar los acontecimientos de la noche anterior. Había sido... mágica, esa era la palabra. Si la magia existía, la noche había estado llena de ella.

Me puse los tejanos y la camisa de Michael. Mi móvil estaba tirado en el suelo, y al encenderse la pantalla vi cinco mensajes de texto y un par de llamadas perdidas.

Lucy 2.30 a. m.

Madi, ¿dónde estás? Hay tormenta.

Lucy 3.02 a. m.

¿Volverás a casa a dormir?

Marcus 3.37 a. m.

Ashfordddddddddddddd

Lucy 3.50

Estoy preocupada. ¿Estás con Michael?

Marcus 4.15

Lucy dice que no has vuelto a casa. Alguien se está portando mal... :P

Dejé escapar una risa y les respondí a ambos que estaba bien y que me había quedado en casa de Michael por la tormenta.

Bajé por la escalera sin estar segura de hacia dónde estaba yendo, y tras dar unas vueltas encontré la cocina. Michael estaba poniendo algo en un plato y se sorprendió al verme. *Dusk* permanecía echado en el suelo, cerca de él.

—Quería llevarte el desayuno a la cama —protestó.

Lo saludé con un beso y fui a sentarme en uno de los taburetes junto a la encimera.

—¿Has dormido bien? —preguntó.

Asentí mientras buscaba mi blusa con la mirada; estaba tirada junto a la pared. Podía oír la vocecita en mi cabeza diciéndome: «Cuánta clase, Madison».

No era exactamente decoroso, pero no me importaba, me sentía feliz.

Michael puso una bandeja frente a mí; en ella había un plato con tostadas, diferentes mermeladas y una flor.

—Todo un caballero —dije—. Por cierto, ayer... fue increíble.

Me obsequió con aquella media sonrisa y sus ojos se iluminaron.

—Anoche fue la mejor de toda mi vida —respondió cogiéndome la mano y besándome suavemente los nudillos.

Dusk ladró y movió la cola como si entendiera de qué estábamos hablando. Desayunamos juntos y luego Michael me llevó a recorrer la casa. Todo se veía un poco diferente a la luz del día. El gran comedor tenía un candelabro en el medio y toda clase de objetos antiguos y valiosos.

Sus abuelos habían tenido buen gusto; todo se veía clásico y hogareño. Lo único que parecía ser nuevo era una gran librería en una de las paredes. La madera era diferente y además de libros tenía todo un estante de DVD.

Había tres habitaciones más muy parecidas a la de Michael, todas espaciaosas, y una de ellas tenía una gran cama con dosel.

Los jardines también eran inmensos; *Dusk* corría por la hierba manteniéndose cerca de nosotros mientras Michael me hablaba de su familia. Estábamos rodeando la casa, y cuando llegamos al jardín trasero vi una gran carpa blanca en una esquina. Un invernadero como el que había en casa de Lyn. Sus familias debían de tener alguna obsesión con la botánica. Michael me vio mirando la carpa pero no dijo nada, siguió caminando con mi mano en la suya.

El día estaba nublado, y pasado el mediodía me había llevado a casa. Mi blusa seguía mojada, por lo que me había puesto un jersey suyo. Un detalle que Lucy y Marcus notaron apenas entré en el apartamento.

No había terminado de cerrar la puerta y ambos ya estaban hablando sobre mi atuendo.

—Ahora son el tipo de pareja que se intercambian la ropa —comentó Marcus.

—¿Os besasteis bajo la lluvia como en *Diario de una pasión*? —preguntó

Lucy.

Tani vino hacia mí y comenzó a olfatearme; probablemente notaba el olor del gran perro negro.

—No entiendo por qué a las mujeres les encanta esa película, ella tenía Alzheimer, se olvidaba de él todo el tiempo —dijo Marcus.

—Es una historia romántica. Él hacía que lo volviera a recordar —replicó Lucy—. Además, la había esperado a ella mucho tiempo e incluso le construyó una casa.

Me reí sin poder evitarlo y me dejé caer en el sofá.

—Lucy tiene razón —dije.

Marcus vino a sentarse a mi lado con un bol de cereales. Mis cereales, los que había escondido porque quedaban pocos.

—Tienes que buscar un escondite mejor —dijo al ver que lo estaba mirando—. ¿Qué tal estuvo tu noche?

—Demasiado perfecta para que pueda describirla con palabras —respondí. Una gran sonrisa apareció en mi rostro y escondí la cabeza entre los brazos.

—Auuuu —exclamó Lucy.

Estaba en el suelo jugando con *Titania* y me miraba como una niña viendo una novela romántica.

—¿Qué hay de ti, Lucy? ¿Cómo fue tu noche con Ewan? —Sus mejillas se encendieron levemente y se concentró en la perrita.

—Me llevó a cenar a un restaurante francés y se comportó como todo un caballero —respondió.

—Es un alivio, temíamos que fuera un asesino en serie —bromeó Marcus.

Le clavé el codo en las costillas.

—Su acento es desconcertante. Cuando me dice algo bonito es como si me estuviera recitando poesía. Y al traerme a casa me preguntó si me podía besar. Como si necesitara mi permiso... —dijo Lucy—. Fue tan...

—Anticuado —concluyó Marcus. Volví a golpearlo en las costillas.

—Encantador —lo corrigió Lucy.

No dijo nada más, pero podía ver que realmente le gustaba. Lucy era reservada respecto a cómo se sentía, pero no podía esconder su expresión risueña.

—¿Qué hay de ti, Marcus? ¿Todo bien con Melissa? —le pregunté.

—No quiero volver a verla.

Mis ojos se abrieron sorprendidos e incluso Lucy levantó la cabeza hacia él.

—¿Alguna razón en particular? —insistí.

—Esta mañana ha dejado un mensaje en mi muro de Facebook diciendo lo bien que lo había pasado y que no podía esperar a nuestra próxima salida —dijo Marcus—. Podía haberme enviado un mensaje al móvil, pero no, optó por ponerlo en mi Facebook, donde todos lo ven. ¿Sabes qué significa eso?

Lo consideré unos momentos.

—Que está marcando su territorio.

—¡Exacto! Y nadie, nadie, marca mi territorio. Soy como un... ¡como un perro salvaje! —dijo Marcus exaltado—. No uno doméstico al que le ponen una correa. El día que esté de acuerdo con que alguien marque mi territorio se lo haré saber.

Lucy lo miró como si se estuviera cuestionando si su cabeza funcionaba bien. Abrió la boca y la volvió a cerrar, incapaz de encontrar algo que decirle.

—Estás exagerando, fue solo un mensaje —respondí.

—Melissa parece agradable. Algo rápida... —dijo Lucy, y se apresuró a añadir—: Pero agradable.

Marcus sacó su móvil y unos momentos después comenzó a leer en voz alta: «Marcus, ayer estuviste estupendo y lo pasé muy bien, no puedo esperar a nuestra próxima salida. Besos, smuak smuak, Melissa».

Reprimí una risa al oír la forma en que leyó lo de «smuak smuak»; Lucy también tuvo que contenerse.

—Si ya se toma tantas libertades después de dos salidas, imagínate dentro de unas semanas —dijo Marcus—. Melissa Walls es el enemigo.

Su tono de voz sonaba definitivo, por lo que ni Lucy ni yo dijimos nada más al respecto. Marcus siempre buscaba excusas para terminar relaciones, pero esta vez debía admitir que Melissa se estaba precipitando un poco.

Pasamos la tarde viendo la tele y leyendo revistas. Marcus esquivó la parte de las revistas y se acomodó en el sofá con su bloc de dibujo. Al igual que a mí, le gustaba dibujar para distraer la mente, y en la mayoría de los casos terminaban siendo superhéroes o cómics. En este caso, era Thor destruyendo un ordenador con su martillo.

Llegada la noche, le mandé un mensaje a Michael para ver si quería cenar en casa y me respondió con un «Por supuesto», por lo que pedí una pizza y me puse algo bonito. Lucy se ofreció a ir a casa de Alyssa, pero le dije que no hacía falta; se veía deliciosamente cómoda con sus pantuflas y vivíamos

juntas; no podía esperar que se fuera cada vez que invitara a Michael.

Marcus recibió un mensaje de texto y desapareció sin dar muchas explicaciones, por lo que debía de ser de una chica. Una chica que no era Melissa.

Michael no solo llegó puntual, sino que también me trajo un ramo de rosas. Lo que en mi cabeza lo convertía en el novio perfecto.

Íbamos a sentarnos a cenar cuando alguien llamó a la puerta. Supuse que Marcus había detectado el aroma a pizza de alguna manera, por lo que me sorprendí por completo cuando abrí la puerta y me encontré con Maisy.

—Hola —dijo simplemente, y me miró esperando que me apartara para que pudiera pasar.

La invité a que lo hiciera sin saber qué más decir.

—¿Maisy? ¿Qué haces aquí? —le preguntó Michael.

—Estaba aburrida y mencionaste que cenarías pizza en casa de Madison —respondió—. Dijiste que Lucy también estaría, por lo que no pensé que fuera a estorbar.

Michael la miró y luego me miró a mí sin decir nada.

—Es estupendo que la pizzería esté a solo dos calles. Creo que vamos a necesitar más provisiones —apunté.

—Solo queso, nada de pimienta ni ninguna otra cosa —dijo Maisy.

Su tono sonó algo autoritario, como si yo fuera alguien de la pizzería y estuviera haciendo el pedido. Dejó su abrigo y el bolso sobre el sofá y se sentó a la mesa como si fuera una reina esperando a que la sirvieran. Busqué el teléfono para hacer el pedido. Aun así me gustaba más que Lyn.

Tani se encaramó en su silla, moviendo la cola como si fuera un muelle, y Maisy la tomó en sus brazos.

—Debo tener olor a *Hollín*, estaba acomodado en mi regazo antes de que saliera de casa —dijo Maisy—. ¿Es tuya, Lucy?

—Sí, se llama *Titania*. Marcus la adoptó de la perrera y me la regaló para mi cumpleaños —respondió en tono alegre.

Maisy contempló a la perrita mientras esta estiraba el cuello intentando lamerle el rostro.

—Es un regalo inusual —dijo pensativa—. A Marcus le gusta impresionar a las mujeres.

—No, lo cierto es que no. O al menos no con regalos, nunca lo había visto regalar ni una flor —respondí.

Busqué otro mantel individual y un plato para Maisy.

—Entonces debe de sentir un cariño especial por ti —dijo esta mirando a Lucy.

—Me quiere como a una hermana —replicó Lucy.

Intentó sonar de lo más normal, pero había algo de resentimiento en su voz. Si Maisy lo notó, no dijo nada al respecto. Michael se me acercó y, tras apartarme el pelo, apoyó los labios en mi nuca.

Sentí un cosquilleo y una sensación cálida se apoderó de mí en solo unos segundos.

—¿Dónde vive tu familia? —preguntó Maisy.

Su tono de voz revelaba curiosidad, no lo estaba preguntando solo para cambiar de tema.

—En Nueva York. Viven muy cerca de la casa de los padres de Madi —respondió Lucy.

—¿Eres hija única?

—Sí —asintió ella.

—¿Qué hay de tu madre? ¿Tiene tu mismo interés por los animales y la biología? —preguntó Maisy.

Michael cogió vasos y cubiertos y me ayudó a llevarlos a la mesa.

—Mi madre es chef —respondió Lucy—. Le gustan los animales y una de sus actividades favoritas es cuidar el jardín de casa.

—Eso tiene sentido —dijo Maisy.

No estaba segura de a qué se refería. Lucy también la estaba mirando con incertidumbre. La pizza no tardó en llegar y desapareció aún más rápido. Todos debíamos de estar hambrientos, ya que hablamos poco y terminamos la pizza en cuestión de minutos.

No fue exactamente una velada romántica; sin embargo, lo pasamos bien. Nos quedamos charlando un rato e incluso después jugamos a cartas.

Maisy y Lucy parecían llevarse bien y estaban inmersas en una conversación, lo que me dio la oportunidad perfecta para escabullirme a mi habitación con Michael.

Cerré la puerta detrás de mí y fui a sentarme en la cama. Era la primera vez que él entraba en mi habitación y podía ver curiosidad en sus ojos. Michael caminó en círculos, observándolo todo. El póster de *Orgullo y prejuicio* en la pared, la pequeña pila de ropa sucia en el rincón, el gato de peluche que me había regalado sentado junto a su bufanda. Se detuvo frente a la lámina de corcho con fotos y la observó detenidamente.

Me estiré para ver cuál estaba mirando, pero sus ojos no estaban

pendientes de las fotos, sino del dibujo que había hecho de nuestra caminata bajo la lluvia.

Aparté la mirada, avergonzada. Había olvidado que estaba allí. El dibujo decía demasiado, como que había encontrado especial que camináramos unas pocas calles juntos en un día de lluvia, o el hecho de que me había gustado desde el principio.

—¿Puedo quedarme con esto? —preguntó señalando el dibujo.

Negué con la cabeza, podía sentir el calor en las mejillas. Me sentía tonta, como una niña que se niega a prestar un juguete.

—Me gusta tenerlo aquí —respondí.

—Dibujas bien —dijo Michael viniendo hacia mí—. Solo al mirarlo todo volvió a mi mente. Tú bajo la lluvia, tu mano en mi brazo.

Se sentó a mi lado y puso una mano sobre la mía.

—¿Puedes dibujarme uno igual? —preguntó.

—No lo sé, tal vez... —respondí—. Necesitaré algo de ayuda para inspirarme y recrear lo que sentí aquel día. —Apoyé la espalda contra el colchón y lo miré, invitándolo a que se recostara a mi lado.

—Eso no será un problema —replicó.

Michael se tendió junto a mí. Su mano me acarició el pelo y se posó en mi nuca, atrayéndome hacia él. Sus labios encontraron los míos en un dulce beso que no tardó en volverse exigente e impetuoso. Alguien llamó a la puerta y la voz de Maisy sonó a continuación:

—Michael.

Este dejó escapar un suspiro de frustración pero continuó en la misma posición en la que estaba.

—No es un buen momento, Mais —respondió.

Reprimí una risita y le besé el cuello dulcemente para tentarlo. Michael me miró como si estuviera en problemas y me cogió de las manos para que no pudiera moverme.

—Es Lyn... —dijo la voz tras la puerta.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó.

Sus labios rozaron los míos y luego se separó un poco cuando intenté besarlo. Me quejé tratando de levantarme y Michael dejó escapar una risita.

—¿Podéis controlar vuestras hormonas durante un minuto? —nos apremió Maisy—. Lyn fue a El Ataúd Rojo y llevó a Marcus con ella.

Michael levantó la cabeza en dirección a la puerta. Aquel brillo travieso abandonó sus ojos.

—¿Qué? ¿Qué es El Ataúd Rojo? —pregunté.

Se incorporó y fue a abrir la puerta. Maisy estaba allí de pie con el móvil en la mano y le mostró la pantalla.

—Lyn puede cuidarse sola —dijo Michael.

—No me gusta la idea de que esté en ese lugar, y Marcus no juega en la misma liga —respondió Maisy—. Terminará con las manos atadas mientras alguna loca le corta el cuello.

Tras decir estas palabras se apresuró hacia el salón.

—¿De qué estás hablando? ¿Dónde está Marcus? —pregunté siguiéndola.

Maisy cogió el abrigo y el bolso. Lucy la miraba con ojos preocupados.

—¿Alguien puede explicarme qué está sucediendo? —casi chillé mirando a Maisy y luego a Michael—. ¿Qué hace Marcus con Lyn y qué es El Ataúd Negro?

—El Ataúd Rojo —me corrigió Maisy—. Es un bar temático. Imita una especie de antro para vampiros. Los que van allí son góticos y fanáticos, adoradores de vampiros que juegan a serlo.

La miré incrédula. Tenía que estar bromeando.

—¿Como un juego de rol? —pregunté.

—Algo así —respondió Michael—. Solo que tienden a tomárselo muy en serio.

—Lyn ha llevado a Marcus a un bar donde juegan a ser vampiros... —Apenas podía creer lo que estaba diciendo—. Eso definitivamente suena raro, pero no peligroso.

—Son fanáticos, humpiros —replicó Maisy.

Me reí sin poder evitarlo; sonaba absurdo.

—¿Humpiros?

—Humanos que se creen vampiros. Con Lyn los llamamos así —dijo Maisy.

Podía ver que incluso a ella le hacía gracia el nombre.

—No... no muerden, ¿verdad? —La vocecita de Lucy sonaba asustada—. No morderán a Marcus, ¿no?

Michael se acercó a ella y la miró.

—No —le aseguró—, pero...

—Vuestro amigo Marcus es confiado, coqueteará con alguna chica pensando que solo es un poco de maquillaje y medias de red y luego alguna psicópata lo cortará con una navaja y lamerá su sangre —lo interrumpió Maisy.

Lucy y yo intercambiamos miradas de horror.

—Eso es asqueroso —gimió Lucy.

—Por no mencionar lo antihigiénico que resulta —añadió Maisy.

—¿Por qué Lyn lo llevaría allí? —pregunté—. Y más importante aún: ¿por qué está ella allí? ¿Además de coquetear con chicos le gusta chupar su sangre?

Maisy me miró molesta.

—No, por supuesto que no. Descubrimos el bar en nuestra primera semana aquí, Mic, Lyn y yo. Fuimos una vez y Lyn quería volver esta noche. Le dije que no tenía ganas. No pensé que iría por su cuenta, y menos que llevaría a Marcus —respondió Maisy.

—Tu hermana está tan loca como esos humpiros —estallé.

—Lyn no tiene malas intenciones, solo tiende a ser un poco excesiva —la defendió Maisy.

¿Un poco excesiva? La miré sin decir nada, no quería entrar en una discusión interminable. Michael se paseó por la cocina, esperando a que termináramos.

—Debemos ir a buscar a Marcus —dijo Lucy—. Si es peligroso no podemos dejarlo allí.

Podía ver ansiedad en su rostro.

—Maisy y yo iremos a buscarlos —dijo Michael.

—No, Marcus es nuestro amigo. Lucy y yo también iremos.

Intercambié una mirada con Michael y asintió.

—De acuerdo. —Miró a Lucy—. Tú deberías quedarte. Pareces una persona dulce y frágil, te verán como un postre delicioso. Intentarán meterse contigo.

Lucy lo miró y su expresión se volvió más decidida.

—No soy frágil. Quiero asegurarme de que Marcus esté bien. —Hizo una pausa y añadió—: Y quiero ver a los humpiros.

Me reí otra vez al oír el nombre.

—Lucy, son personas normales disfrazadas de vampiros —dije.

Michael iba a decir algo pero Maisy lo interrumpió.

—Iremos todos. No subestimes el poder femenino, primo.

Diez minutos después estábamos en el coche de Michael camino a El Ataúd Rojo. Nunca había oído hablar de ese lugar. Me preguntaba por qué no lo habrían cerrado si era hasta tal punto peligroso como Michael y Maisy decían.

Estaba ubicado en una parte de la ciudad a la que nunca había ido, probablemente por el exceso de callejones y la escasa luz. Aparentaba ser un lugar propenso a que te atracaran.

El callejón en el que entramos sí que estaba iluminado, y lo único distintivo era una puerta roja. Nada de carteles ni gente haciendo cola. Solo una calle desierta y una puerta del color de la sangre.

Michael me cogió de la mano y dijo que todos permaneciéramos juntos. Lucy asintió y se apretó contra mí.

La puerta estaba abierta y detrás de ella había cortinas negras de terciopelo. Miré a Lucy nerviosa, preguntándome qué diablos estábamos haciendo allí.

Detrás de la cortina era otro mundo. Un mundo con velas, sillones de terciopelo rojo y gente rara. El lugar era amplio, pero la sensación era como si el techo estuviera más bajo de lo usual. Creaba cierta sensación de claustrofobia, como si estuviéramos dentro de una caja.

Un viejo candelabro con docenas de velas iluminaba el centro del local, y había sillones en todos los rincones. Un chico chocó contra mí y cogí la mano de Michael con más fuerza. La verdad es que parecía un vampiro: rostro pálido, con los ojos pintados y lentillas de contacto imposiblemente celestes. Pantalones de cuero y una camiseta de red. Tomé a Lucy del brazo para asegurarme de que no se separara.

La música que sonaba era lenta e hipnótica. Por no decir tétrica. El público era una mezcla de diferentes épocas, algunos iban de góticos y otros llevaban ropa de siglos pasados, como si hubieran salido del castillo de Drácula.

—Estos chicos necesitan un terapeuta —dije.

—¿Tú crees? —respondió Maisy.

Pasamos junto a una *chaise longue*, de terciopelo rojo, por supuesto, con una joven de pelo negro recostada en ella. Uno de sus brazos colgaba a su lado y había una fina línea de sangre en él. Sobre ella había un muchacho con un abrigo de cuero negro y de pelo muy rubio, rubio oxigenado. Tenía una pequeña navaja en la mano y estaba lamiendo la sangre. La escena me impactó hasta tal punto que no podía apartar mis ojos de ellos.

—Esto es ilegal —dije.

—Lo están haciendo por voluntad propia y son cortes superficiales —respondió Michael—. Si continúa abierto es porque no encontraron razón para cerrarlo.

En una esquina había una barra en forma de ataúd y un hombre de aspecto temible estaba tras ella sirviendo bebidas. Llevaba un sombrero y una capa negra, como si fuera el anfitrión.

Maisy iba delante de nosotros, ignorando las miradas y los comentarios de los sujetos que se acercaban a ella.

—¿Te gustan los vampiros? —me preguntó Michael intentando bromear.

—Me gusta Lestat de Lioncourt —respondí—. Con su violín y su aire intelectual.

Michael se rio y me miró de reojo.

—Esto es raro, muy raro. Aquel chico de allá lleva lentillas de contacto rojas —dijo Lucy señalando a alguien.

—¡No señales! —exclamó Michael.

Tarde. El sujeto la vio y se acercó a nosotros. Llevaba el pelo erizado en forma de púas recubiertas de brillantina y *piercings* en las cejas. Sus ojos rojos, como los de un depredador, estaban fijos en Lucy.

—Estás muy bien, niña. Las cosas delicadas como tú siempre me abren el apetito.

Estiró una mano para tocarle el pelo, pero Lucy la apartó y lo miró con desagrado.

—Las pelirrojas saben a fresas, y tú te ves particularmente sabrosa.

Michael se puso delante de Lucy sin soltar mi mano.

—Está con nosotros. Busca a otra a quien molestar o hazte un favor y dirígete a un profesional —dijo.

El sujeto lo miró irritado y abrió la boca mostrando los dientes. Llevaba unos colmillos que esperaba que fueran de goma.

—Estás fuera de lugar, mortal. ¿Ansías una buena paliza?

Michael se mantuvo donde estaba. Su expresión era seria y desafiante.

—Déjanos en paz o llamaré a la policía —intervine yo—. Acabas de meterte con alguien menor de edad.

Me miró a mí y luego a Lucy. Sus ojos rojos eran inquietantes. Lucy se veía más pequeña de lo que era y se esforzó por poner una expresión inocente. El tipo continuó avanzando y chocó su hombro contra el de Michael al hacerlo.

—Voy a ser yo quien le dé una paliza.

Cogí a Michael del brazo para evitar que lo hiciera.

—Déjalo ir, esta gente está loca —dije.

—Es como si vivieran en una realidad alternativa —dijo Lucy—. Gracias

por ayudarme.

Busqué a Maisy y la localicé más adelante; cosa nada difícil ya que era la única que llevaba ropa normal. Parecía estar discutiendo con alguien, una chica de pelo blanco con un corsé de cuero.

Maisy la empujó hacia atrás y un chico se apresuró hacia ella: Marcus.

Fui en su dirección evitando a un grupo de chicas que parecía que formarían parte de alguna banda de punk.

—Lo siento, pero él no quiere jugar a «Bebe mi sangre» —decía Maisy—. Quítale las esposas.

La chica cogió a Marcus del brazo y miró a Maisy de manera desafiante.

—No hay necesidad de ser dramática, cariño —respondió—. Yo soy Satin, y él ha accedido a ser mi juguete esta noche. Si estás celosa, podemos llegar a un arreglo, puedes unirme a nosotros.

Me detuve en seco al oír lo que estaba diciendo. ¿En verdad había propuesto un trío con Maisy y Marcus? Estaba al borde de sentir náuseas.

El rostro de Maisy se volvió rojo de ira y por un momento pensé que le daría una bofetada.

—¿Qué estás diciendo? Como si fuera a rebajarme y pretender que soy una prostituta que disfruta chupando sangre —replicó Maisy.

Marcus se quedó boquiabierto. Lucy y yo intercambiamos miradas.

—Vete de aquí o haré que te arrojen a la calle —la amenazó Satin.

Sacó algo de su ropa, una aguja de coser, y la llevó en dirección al cuello de Marcus. Este levantó las manos, que tenía esposadas, intentando detenerla.

Maisy, Lucy y yo nos arrojamos sobre ella al mismo tiempo.

—¡Déjalo ir, humpira! —gritó Lucy.

La chica cayó al suelo debajo de nosotras.

—¡Ashford! ¡Lucy! —exclamó Marcus al vernos—. Gracias a Dios, estas mujeres están más locas que Melissa.

Debió haberlo sabido con solo mirarla. Satin tenía el pelo blanco, labios de un rojo furioso y un pantalón de cuero con cadenas además del corsé.

Maisy cogió una pulsera que llevaba Satin con un juego de llaves y le quitó las esposas a Marcus. Este la abrazó aliviado.

—Eres mi nueva heroína, Maisy Westwood.

Maisy le dedicó una breve sonrisa y luego se escurrió de sus brazos.

—¿Dónde está Lyn? —preguntó.

—No lo sé, dijo que iba a la barra y luego esta chica prácticamente me arrojó contra un sofá —respondió.

Satin se puso de pie y nos miró como si fuéramos nosotros los extraños.

—Volved a casa, niños; este lugar no es para vosotros —dijo alejándose.

¿Niños?

—Marcus, ¿estás bien? —preguntó Lucy.

Él asintió y la rodeó con un brazo de manera protectora.

—Tú no deberías estar aquí —dijo.

—Hemos venido a salvarte —replicó Lucy.

—Me alegro de que lo hayáis hecho. Cuando Satin me preguntó si quería divertirme, no pensé que me pondría esposas y me haría un corte en la mano. —Se volvió hacia Maisy y añadió—: ¿A qué está jugando tu hermana? ¿Por qué viene a este lugar?

—A Lyn le gustan las situaciones peligrosas —respondió Michael—. Vamos a buscarla.

Nos mantuvimos juntos, recorriendo el local. En varias ocasiones sentí miradas sobre mí, y mi cuerpo se tensó, alerta. Comprendía que les gustaran los vampiros, pero eso era demasiado. Estaban obsesionados. Viviendo una vida que no era la suya. Me pregunté qué harían de día, no podían ir a estudiar o trabajar vestidos de esa manera.

—Allí está —dijo Marcus.

Levanté la cabeza en la dirección que señalaba. Allí estaba Lyn. Llevaba una falda corta, medias de red y botas. Eso, el mechón de pelo lila y su actitud hacían que encajara con el ambiente del lugar.

Estaba bailando de manera seductora con un chico con ropa de época.

—¡Lyn! —gritó Maisy.

Levantó su mirada hacia nosotros y nos saludó de manera alegre.

—¡Mais! ¡Has venido! —Nos miró a todos y añadió—: Y las has traído a ellas.

—¿¿Dónde estabas?! —le soltó Marcus molesto.

—Pensé que te estabas divirtiendo —respondió Lyn.

Marcus levantó la mano mostrándole la palma: tenía en ella un largo tajo que todavía sangraba.

—Gracias, Lyn. Lo pasé genial mientras una lunática me lamía la mano —replicó.

Lucy y yo hicimos una mueca de repugnancia. El humpiro que estaba con Lyn la tomó de la cintura y nos miró como si estuviéramos estorbando.

—Este es Skender y ha venido de Rumanía —lo presentó Lyn. Mientras

lo decía le palmeó la cabeza como si fuera un perrito.

No pude evitar reírme, y los demás también estuvieron a punto de hacerlo.

—Soy pariente de Vlad III —declaró el chico.

—Por supuesto —respondió Lyn.

Era evidente que le estaba tomando el pelo, y el único que no parecía notarlo era Skender.

—Lyn, nos vamos de aquí. Ahora —dijo Michael.

La miró con gesto serio y comenzó a ir hacia la salida.

Me disponía a seguirlo cuando alguien me cogió el brazo y tiró de él. El tipo que tenía frente a mí sí que sabía maquillarse: su piel se veía lisa y pálida, como si fuera mármol. Tenía el pelo oscuro y profundos ojos marrones. Su atuendo tampoco estaba mal, llevaba una camiseta negra con varios tajos que exponían su muy trabajado torso.

—Hola, bonita.

Intenté pasarlo por el lado, pero se movió al mismo tiempo que yo cortándome el paso.

—Estoy con alguien —dije.

El tipo se acercó hasta casi quedarse pegado a mí.

—No sueles venir por aquí, ¿verdad?

—No, ha sido mi primera y última vez —respondí.

Me contempló mientras se mordía el labio.

—Al menos permíteme que te dé algo que puedas recordar —dijo—. Un ángel como tú no puede dejar este lugar sin ser marcada.

Estiró su mano hacia mi cuello y lo aparté. Debía de estar esperándolo, ya que agarró mi muñeca con una mano e intentó sujetarme con la otra.

—¡Suéltame! —le grité.

—¿O qué? —me desafió con una sonrisa. Sus dedos me rodeaban la muñeca. La forma en que me miraba era inquietante.

—Suéltame —repetí en tono firme. Negó con la cabeza, empujándome hacia un rincón.

—Madison.

Michael lo apartó de mí y lo golpeó de lleno en el rostro. El sujeto retrocedió unos pasos y levantó las manos en el aire de manera inocente. Una expresión burlona ocupaba su rostro.

—¿Te gusta la sangre? Si vuelves siquiera a mirarla, haré que pruebes la tuya —le espetó Michael en tono amenazante.

—¿Mirarla? Haré mucho más que eso —replicó—. Sentiré su pequeña cintura en mis manos y luego morderé sus suaves labios y... —Michael se abalanzó sobre él estrellando el puño contra su estómago. El tipo respondió con un golpe en las costillas.

—¡Michael! —Intenté detenerlo pero no podía acercarme. Ambos estaban en el suelo peleando. Golpeándose de todas las maneras posibles.

Las velas que iluminaban el lugar se apagaron de manera abrupta y todo quedó a oscuras. Un momento después volvieron a encenderse como por arte de magia y luego se apagaron y encendieron una y otra vez.

El humpiro sujetó a Michael contra el suelo y él se lo quitó de encima de una patada. Las llamas de las velas volvían y se iban, haciendo difícil ver lo que estaba sucediendo.

—¡Michael, ya es suficiente! —gritó Maisy.

Lyn se acercó a ellos y el sujeto rodó por el suelo como si alguien lo hubiera empujado. Eso puso distancia entre ambos, y rodeé a Michael con mis brazos para evitar que fuera tras él.

—Mi nombre es Alexander... —dijo poniéndose de pie con los ojos clavados en mí y sonriendo como un lunático—. Si te interesa, puedes encontrarme aquí cuando gustes, bonita.

Michael intentó ir a por él de nuevo y Maisy me ayudó a sujetarlo.

—Piérdete —le dijo Marcus—. De lo contrario seré yo quien esté interesado.

Alexander lo miró de manera críptica.

—Interesado en dejarte el otro ojo morado —le aclaró Marcus.

Todos nos estaban mirando. El hombre de detrás de la barra, el de aspecto temible, nos escoltó hasta la salida advirtiéndonos que no regresáramos.

LUNA LLENA



La vuelta fue silenciosa. Todos estábamos callados, mirando por las ventanillas. Lucy estaba prácticamente sentada encima de Marcus, ya que los cuatro apenas cabían en el asiento trasero.

Michael se veía serio, con los ojos fijos en el camino. Tenía aquella expresión desde que habíamos dejado aquel antro, como si nada le hubiera gustado más que volver y continuar golpeando a aquel sujeto.

—Eso ha sido divertido —dijo Lyn rompiendo el silencio. Todas nuestras miradas se posaron en ella.

—Las velas se apagaron y volvieron a encenderse por sí solas —recordó Marcus.

—Fue asombroso, las llamas se extinguían y volvían a encenderse —lo secundó Lucy.

Nadie dijo nada.

—No es posible —dijo Marcus—. Nos drogaron.

Lyn dejó escapar una risa.

—Nosotras no bebimos nada y también lo vimos. ¿Verdad, Madi? ¿Maisy?

Maisy no respondió.

—Es cierto —afirmé yo.

Michael me miró de reojo. No sabía qué pensar o creer; no era la primera vez que presenciaba algo extraño.

—Tienen que ser drogas —insistió Marcus—. Por eso esos tipos actúan de esa manera, como si fueran criaturas inmortales de la noche.

Ni Lyn ni Michael habían empujado a Alexander, y aun así había volado por el suelo, como si alguien lo hubiera hecho. Como si hubiera intervenido una fuerza imperceptible.

—¿Estás bien? —me preguntó Michael en voz baja.

Lo miré y asentí con la cabeza. No tardamos en llegar y detuvo el coche frente al edificio. Su mano estaba sobre la mía y no parecía querer retirarla. Marcus y Lucy salieron del coche y se adelantaron.

—Nos veremos mañana.

—No me gusta la idea de alejarme de ti después de lo que ha pasado. ¿Quieres dormir en mi casa? —Sus ojos azules tenían un brillo intenso y se veía preocupado.

—Es tarde y me gustaría dormir en mi cama —respondí—. No te preocupes, Alexander no logrará rastrearne y mucho menos trepar hasta el cuarto piso.

Lo dije a modo de chiste, pero Michael no se estaba riendo, sino que se veía más serio que antes. A decir verdad, yo tampoco quería separarme de él, solo quería dormir en mi cama.

—¿Quieres quedarte? —le pregunté.

Eso mejoró su humor, incluso sonrió un poco.

—Auuu, son como Romeo y Julieta —exclamó Lyn en tono sarcástico—. Solo que Madison no es una casta e inocente damisela y tú no eres tan apuesto, primo.

Maisy se rio ante el comentario y palmeó a Michael en el hombro.

—Quédate con ella, nosotras nos llevaremos tu coche —se ofreció.

—Te confío el coche a ti, Mais —respondió Michael—. Lo siento, Lyn, pero he visto cómo conduces.

Lyn lo miró ofendida.

—No hay nada malo en un poco de velocidad —protestó.

—¿En una curva en contradirección? —replicó Michael levantando una ceja.

Nos despedimos de ellas y entramos en el edificio. Lucy ya estaba en pijama, acurrucada en el sofá con *Tani*. Se sorprendió un poco al ver a Michael, pero no dijo nada.

—Iré un momento a ver a Marcus. Ese corte de su mano tenía mal aspecto. ¿Quieres esperarme en mi habitación?

Michael asintió y tras besarme se fue por el pasillo.

—¿Quieres venir, Lucy?

—No, ve tú —respondió.

Había visto su expresión por el espejo retrovisor cuando estábamos en el coche. Haberse sentado en las rodillas de Marcus, tan cerca de él, había producido estragos en su cabeza. Era como si estuviera peleando constantemente contra sus sentimientos.

—Llamaré a Ewan —dijo—. Esta noche ha sido diferente. Rara pero emocionante. Me siento aventurera.

Le sonreí. No estaba segura de cuán aventurera se podía sentir con su pijama y las pantuflas rosa.

Crucé al apartamento de enfrente y llamé a la puerta; la voz de Marcus me indicó que estaba abierta. El lugar estaba hecho un desastre: botellas vacías de cerveza, una bolsa de patatas fritas abierta en la mesa, ropa y libros por el suelo. Casi me salió el impulso de ayudarlo a ordenar. Casi.

Marcus estaba en el baño limpiándose la mano con un pedazo de papel higiénico.

—Marcus, ¿estás bien?

Levantó la mano en el aire para que la pudiera ver mejor.

—La sangre se ha secado. ¿Crees que se infectará?

Sonaba paranoico.

Le cogí la mano y le di la vuelta, examinándola.

—No, si le ponemos alcohol y una venda —respondí.

Abrí el armario del baño y me sorprendí al encontrar lo que estaba buscando.

—Mi madre compró algunas cosas en la farmacia cuando me ayudó a mudarme —dijo al ver mi expresión.

—Eso lo explica —respondí.

Mojé un pedazo de algodón en la botella de alcohol y le limpié con cuidado el corte de la mano. Marcus hizo una mueca como si le ardiera y se mantuvo en silencio.

—¿Qué crees que pasó en ese sitio? Con las velas, quiero decir —le pregunté.

Lo consideró durante unos momentos.

—No lo sé. En verdad no lo sé —respondió—. Todo pasó tan rápido y fue tan fuera de lo común... Ese lugar es demasiado raro como para intentar encontrarle sentido a lo que sucedió allí.

Asentí con la cabeza. Busqué el rollo de gasa y comencé a vendarle la mano. No tenía mucha experiencia con eso, pero sabía que debía estar tirante pero no demasiado apretado.

—Mucho mejor —dijo Marcus.

Intercambiamos una mirada y sus ojos marrones se prendieron en los míos. Me apresuré a terminar, y Marcus cerró su mano sobre la mía antes de que pudiera retirarla.

—Gracias, Ashford.

Le sonreí algo nerviosa.

—Espero que no tengas planeadas más excursiones nocturnas con Lyn — bromeé.

Se rio y me soltó la mano.

—Necesito una buena noche de sueño. Hasta mañana, Marcus —me despedí.

Normalmente le hubiera dado un beso en la mejilla, pero algo me detuvo. No estaba segura de qué había sido aquel momento en el baño. Seguro que se encontraba cansado y algo fuera de sí después de lo que había ocurrido con aquella chica, Satin.

Se acercaban los exámenes, por lo que las semanas que siguieron fueron más aburridas. Dividí mi tiempo entre estudiar, Michael y correr por las mañanas. También me las ingenié para hacer algunas compras. Lucy tenía una cita con Ewan y me llevó con ella de tiendas para ayudarla a elegir algo «bonito y aventurero». Al principio temí que aquella noche en El Ataúd Rojo hubiera provocado en ella un cambio de actitud. Lucy amaba sus libros llenos de fantasía, aventura y romance. Temí que después de ese tipo de emoción fuera en busca de más. No obstante, al ver la ropa que había elegido, me relajé y sonreí: una falda negra y una cazadora de cuero sintético beige con hilo rosa en los puños era todo lo que necesitaba para sentirse más intimidante.

Marcus se mantuvo a distancia de las mujeres durante unos días, y luego volvió a ser el mismo de siempre, piropeando a cuanta chica guapa se le cruzara.

Después de las velas que se encendían solas y los humpiros, recibí aquella sensación de normalidad con los brazos abiertos. Michael y yo nos escabullíamos por los pasillos de Van Tassel buscando momentos para estar juntos. Y durante las tardes estudiaba con Lucy y Alyssa. No teníamos las mismas materias, pero éramos chicas: necesitábamos picar alguna cosa y reírnos durante un rato para poder estudiar.

Lyn había estado saliendo con Derek, pero la relación no duró mucho. A la semana siguiente se sentó junto a Maisy y Michael en Historia del Arte, evitándolo.

—¿Otra pobre víctima que has enviado al rincón del olvido? —preguntó Marcus.

Lyn se volvió hacia él jugando con un mechón de su cabello.

—Como si tus relaciones duraran mucho más —replicó—. Melissa Walls todavía está llorando por los rincones.

Marcus volvió la mirada a su portátil y no dijo nada.

—¿Te acuestas con todos los chicos con los que sales? —le pregunté en un raptó de osadía—. Porque, seamos sinceras, son un montón.

—¿Te refieres a si lo hice con tu ex? —replicó Lyn sonriendo.

Negué con la cabeza. Definitivamente no quería saberlo. Tacher levantó la voz mirando en nuestra dirección y continué tomando notas de lo que estaba explicando.

La pantalla de mi móvil se iluminó y vi un nuevo mensaje.

Michael 10.34

Tengo algo especial preparado para la noche.

A las 20.00 en mi casa.

Se dio la vuelta e intercambiamos miradas. Asentí con la cabeza y sonreí. Tenía mucha curiosidad por saber de qué se trataba, ya que no era nuestro aniversario. Aunque a decir verdad, no podría decir cuál era la fecha exacta.

Al terminar la clase, Katelyn Spence se apresuró hacia nosotros. Mostraba aquella expresión de que tenía información importante que necesitaba compartir.

Nos saludó a Lucy y a mí ignorando a Marcus. Llevaba una gran cartera con tantos libros que no estaba segura de cómo podía cargar con tanto peso.

—¿Habéis oído lo de Diana Hathorne? Me he enterado esta mañana —dijo.

Lucy y yo negamos con la cabeza.

—Era la hermana menor de Christian Hathorne —continuó Katelyn—. La encontraron muerta a ella también. La quemaron igual que a Christian.

—Qué manera tan horrible de morir, es espantoso. Si querían matarlos, por qué no dispararles con un arma —dijo Lucy.

Marcus apoyó una mano en el hombro de Lucy, tranquilizándola.

—Suenan como a un asesino en serie —comentó.

—La policía no cree que se trate de una sola persona. Dicen que en la escena del crimen había varias huellas, como si un grupo de personas hubiera participado en el asesinato —continuó Katelyn.

Eso sí que sonaba horrible y morboso.

—¿Un grupo de personas? —preguntó Maisy.

—¿Cuántas? —quiso saber Lyn.

Katelyn se sorprendió ante el repentino ataque de preguntas. Aunque era evidente que disfrutaba de la atención que había despertado.

—No lo saben con exactitud, pero encontraron varias pisadas —respondió.

—¿Sabes si los chicos a los que quemaron estaban atados? —preguntó Michael.

—Christian sí, estaba atado a un poste de madera. No estoy segura de Diana. Lo he oído esta mañana. Pero dicen que la escena del crimen era igual a la de su hermano, por lo que es probable que fuera así —informó.

Maisy se acercó a ella mirándola detenidamente.

—¿Cómo sabes todo esto? —le preguntó.

Maisy continuó observándola mientras esperaba la respuesta. Lyn miró a su hermana y luego a Katelyn de manera sospechosa.

Alguien entró en el aula. Un muchacho de aspecto cuidado con un jersey a rombos. Tenía una expresión serena y en las manos llevaba un maletín marrón y una americana oscura: Ewan Hunter.

Sus ojos se posaron en Lucy; el rostro de ella se iluminó al verlo y fue hacia él.

Hacían buena pareja. Ewan era todo un caballero, la saludó con un beso en la mejilla mientras la miraba con una expresión afectuosa. Lucy se había puesto la cazadora nueva y finalmente decidió llevar el pelo suelto.

—¿Quién es el inglés? —preguntó Lyn.

Lo estaba mirando con interés mientras se acomodaba el cabello.

—Ni se te ocurra —le advertí.

—Solo quiero saludarlo —respondió.

Intentó pasar a mi lado y me interpuse en su camino.

—¿Qué harías si alguien intentara hacerle daño a Maisy? —le pregunté.

Lyn me miró con aire de interrogación y luego a su hermana, que continuaba hablando con Michael y Katelyn.

—Haría que lo lamentara. Mucho —replicó.

—Lucy es como una hermana para mí y ese inglés es con quien está saliendo —le dije en tono serio—. Si te acercas a él, lo lamentarás. Mucho.

Una mirada de comprensión apareció en el rostro de Lyn.

—No lo haré —dijo.

Al llegar la noche fui a casa de Michael. No estaba segura de qué había preparado y me podía la curiosidad. Michael me esperaba en la puerta y me guio hacia el jardín trasero de su casa, donde nos esperaba un picnic.

Había un mantel sobre la hierba y una vieja canasta junto a una fogata.

Miré la escena boquiabierto sin saber qué decir. Un picnic bajo la luna era definitivamente romántico.

El cielo estaba despejado, sin nubes ocultando las estrellas. Y había luna

llena, grande y visible.

Nos sentamos sobre el mantel y Michael me pasó un plato de cartón desechable lleno de sándwiches. Intenté mirar qué más había dentro de la canasta, pero no me dejó.

La noche estaba fresca; sin embargo, las llamas nos proporcionaban algo de calor y Michael me cubrió con una manta.

—Esto es increíblemente romántico —dije—. ¿Qué estamos celebrando? Michael me miró y apartó un mechón de pelo de mi rostro.

—Que estoy feliz de estar contigo —respondió—. Estas últimas semanas han sido...

—¿Maravillosas? —lo ayudé.

Asintió. Sus ojos estaban fijos en los míos y tenían un brillo especial a causa de la luz de las llamas. Una sensación cálida se apoderó de mí y no pude dejar de mirarlo. Esperaba que la expresión embobada de mi rostro evidenciara lo que estaba sintiendo.

—¿Quién hubiera imaginado que podías acabar con una bolsa de palomitas en cuestión de minutos? —dijo.

Dejé escapar una risa. La semana anterior habíamos ido al cine a ver una película de terror. Había pasado la primera media hora comiendo una palomita detrás de otra y lo que quedaba de la película cogiéndole la mano y tapándome los ojos.

—¿O que tú podías preparar un picnic? —respondí.

Usó una rama para arreglar la fogata y se volvió a mí.

—¿Crees en el amor a primera vista? —preguntó Michael.

—Desde que te conocí a ti —respondí.

Era cierto. Antes de conocerlo a él no pensé que fuera posible enamorarse de alguien a quien no conocías.

Michael sonrió y me cogió la mano.

—La idea de ver a una persona y simplemente saber, sentir una conexión, siempre me pareció absurda —dijo Michael—. Creía que era una tontería con la que soñaban los poetas, un bonito detalle para las historias...

—Eres todo un escéptico —dije riendo.

Me miró como si lo estuviera interrumpiendo y guardé silencio.

—Cuando chocamos en el pasillo de la universidad, te vi y fue... —Hizo una pausa buscando las palabras—. ¿Has tenido en un sueño la sensación de que lo que te está pasando no es completamente real? Sentí algo así y pensé: «Es ella, esta chica que tengo delante es a quien he estado buscando».

Tenía los ojos húmedos, como si estuviera a punto de llorar.

—Son lágrimas de felicidad —me apresuré a decir al ver la expresión de su rostro.

Michael me besó de manera dulce y cariñosa. No como sus otros besos, los que desataban algo en mí, algo atrevido y liberador. Pasó su brazo alrededor de mi cintura y me abrazó junto al fuego. Disfrutando del momento en silencio. Permanecimos así un rato antes de volver a hablar.

—Son las once —dijo Michael como para sí mirando su reloj.

—¿Y? —pregunté.

Tal vez exageré un poco al imaginarme fuegos artificiales y una estrella fugaz. Probablemente porque la noche era tan perfecta que estaba segura de que nada podía mejorarla.

—Nada —respondió.

Su expresión se volvió más seria y buscó algo en la canasta.

—Se enfriará el té —dijo sacando un termo.

Lo miré sin decir nada pero mi expresión debió de delatarme.

—¿Qué? —preguntó.

—No me gusta mucho el té —confesé—. Soy más de café o chocolate caliente.

Michael me miró unos instantes y me entregó una taza.

—Dale una oportunidad —insistió—. Tienes las manos frías.

El calor de la taza en mis manos me reconfortó, no podía negarlo. Miré la infusión verde y tomé un sorbo. Sabía a... No estaba segura de a qué. Definitivamente, no era manzanilla o miel.

—¿De qué es? —pregunté.

—Es de hierbas —respondió.

Miré la taza y tomé otro sorbo.

—¿Qué clase de hierbas? Tiene un sabor suave y... —hice una pausa para tomar un poco más— reconfortante...

Michael miró la luna unos momentos y luego a mí. No recordaba haber visto una luna tan grande y hermosa.

—Deberíamos entrar, está refrescando —dije bostezando.

Apoyé la cabeza sobre su hombro y cerré los ojos un momento. Podía notar el calor de las llamas en mi rostro, lo que me hacía sentir aún más sueño. Michael dijo algo y asentí sin saber de qué estaba hablando. Me acomodé contra él y dejé que el sueño me invadiera.

SÍNTOMAS



Desperté sin estar segura de dónde me encontraba. Michael dormía a mi lado y aparentemente estábamos en su habitación. Me dolía la cabeza y sentía el cuerpo cansado, como si tuviera resaca.

No lo entendía, no habíamos bebido nada de alcohol. Lo último que recordaba era estar sentada junto a él en la fogata tomando té.

Lo pensé más detenidamente y solo logré que la cabeza me doliera más. Fui hacia el baño y me mojé el rostro, esperando a que eso ayudara. Estaba en camiseta y tejanos. Debí de haberme dormido y Michael me subió en brazos para no despertarme.

Regresé a la habitación y deambulé por ella sin estar segura de qué hacer. Necesitaba una aspirina y una buena taza de café.

El lugar aún se veía cuidado como si fuera un hotel, pero había un nuevo detalle que le daba más personalidad. Michael había puesto una foto que nos había sacado Lucy en la escalera de la universidad donde estábamos él, Maisy, Lyn y yo. Se suponía que debía ser una foto de los dos, pero sus primas se habían colado. Y junto a ella estaba el dibujo que le había hecho. Uno muy parecido al que yo tenía de los dos caminando bajo la lluvia.

Vi un par de hojas impresas en una esquina y algo en ellas llamó mi atención. Era un calendario lunar; en él estaban las diferentes fases de la luna y algunas anotaciones que no lograba entender.

Había un círculo sobre una de las fechas junto a una luna llena. Miré la hoja estupefacta: había sido la noche anterior. Continué mirando y comprobé que el calendario se remontaba a 1994, el año en que yo había nacido.

—¿Madison? —Michael me estaba mirando desde la cama, tenía los ojos entornados, como si se acabara de despertar. Fui hacia él y me senté a su lado —. ¿Hace mucho que estás despierta? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—No me siento muy bien —dije—. ¿Qué pasó anoche?

—Te quedaste dormida en el jardín y no quise despertarte —respondió.

Llevó su mano hacia la mía y en cuanto ambas manos se tocaron sentí

como una descarga de estática. La aparté, sorprendida ante la sensación tan intensa.

El dolor de cabeza empeoró y sentí una terrible presión en la frente.

—¿Estás bien? —Michael se arrodilló a mi lado. Llevó una mano hacia mi rostro deteniéndose antes de tocarlo.

—Me duele la cabeza —respondí.

—Iré a por una aspirina y un vaso de agua —dijo.

Me recosté en la cama y esperé a que regresara. No recordaba la última vez que me había sentido así, probablemente el año pasado para el cumpleaños de Marcus. Era nuestra primera salida universitaria y había bebido más de lo que debía.

Tomé la aspirina y cerré los ojos, esperando alguna especie de efecto instantáneo. Necesitaba poner fin a esa terrible jaqueca.

—¿Quieres que te lleve a tu casa? —preguntó Michael—. Deberías descansar.

—Debería estar en clase dentro de una hora, tengo Teoría de la Publicidad. —Hice una pausa reconsiderándolo—. Sí, será mejor si me dejas en casa. Debo de haber cogido un resfriado o algo así.

Michael me acarició el cabello y su contacto hizo que me relajara. Era agradable y esta vez no me había dado la descarga de estática.

—¿Estás estudiando las fases de la luna? —pregunté—. He visto el calendario.

Su mano se detuvo un momento y luego continuó acariciándome.

—Estoy tomando clases de astrología —respondió Michael—. Investigué un poco y ayer resultó ser la noche perfecta para mirar la luna.

Michael me dejó en casa y pasé el resto del día en cama. El dolor de cabeza cedió eventualmente después de otra aspirina y una siesta. Pero al llegar la noche aún me sentía mal. No estaba segura de qué era exactamente, solo que notaba el cuerpo extraño y estaba cansada.

Lucy me tomó la temperatura e insistió en que tenía fiebre y debía hacer reposo. Ella y Marcus me trajeron comida y cenaron sentados en el suelo, junto a mi cama.

Me encantaba estar en su compañía, me hacían reír aunque me encontraba fatal.

El malestar continuó a lo largo de dos días más hasta que, finalmente, el cuarto día, amanecí mucho mejor. Todavía tenía la sensación de que había algo que no estaba bien del todo, pero al menos ya no me sentía como si mi

cuerpo se estuviera rebelando contra mí.

Era viernes y me sentía con fuerzas para volver a Van Tassel. La clase pasó rápido y luego fui a la biblioteca, ya que debía ponerme al día con bastantes cosas. Estaba sentada copiando unos apuntes cuando vi a Ewan Hunter junto a la estantería, ordenando una pila de libros.

Él me vio y se acercó a saludarme. Se veía tan cuidado y bien vestido como siempre, y esta vez llevaba un jersey liso en vez de con rombos. También noté que llevaba gafas; debía de usarlas para leer.

—Tú eres Madison, la amiga de Lucy —dijo.

Me ofreció la mano para que se la estrechara. Sus modales eran tremendamente cordiales.

—¿Trabajas en la biblioteca? —le pregunté.

—No, solo estaba devolviendo unos libros que había cogido prestados —respondió—. Mi padre es profesor y lo han transferido aquí este año. Lo estoy ayudando y la universidad me permite usar todos sus servicios para mi propia investigación.

Apuesto e inteligente; definitivamente un buen candidato para Lucy.

—¿Qué clase de investigación?

—Mitos y leyendas. Muchos mitos empiezan basados en hechos reales, y luego, con el tiempo, lo sobrenatural excede lo real —dijo Ewan—. Mi trabajo es volver al comienzo y buscar el origen del mito.

—Suenan interesantes —respondí.

—Te sorprenderías —asintió de manera misteriosa.

—A Lucy le gustan las historias de fantasía. Espero que no estés arruinando sus favoritas con hechos reales —dije riendo.

Cuando estábamos en primaria Lucy había pasado meses obsesionada con *Nessie*, el monstruo del lago Ness. Intentó por todos los medios, buscando información en libros y artículos de viejos periódicos escoceses que nunca supe de dónde sacó, demostrarme que en verdad existía.

—Lo sé, es una de las cosas que me gustan de ella —asintió Ewan—. No me atrevería a arruinar sus fantasías.

Se disponía a regresar al estante para seguir ordenando los libros, pero lo detuve.

—¿Qué piensas de Salem? ¿Brujas, magia? —pregunté—. ¿Has investigado algo?

Pasó una mano por su pelo rubio considerando la pregunta.

—No he tenido la oportunidad —dijo—. Pero ahora que lo mencionas,

está aquí cerca. Debería visitarlo.

Se despidió y, tras dejar un libro en el estante, se encaminó a la salida. Aguardé a que se perdiera de vista y fui a ver qué clase de libros había estado leyendo. No era como si lo estuviera espiando, solo era curiosidad.

Uno de los libros era sobre mitología nórdica. Miré el índice: Draugr, Grendel, Gullfaxi, Gwyllion, Sköll y Hati, Valkirias. No tenía ni idea de lo que significaban esos nombres; cerré el libro y lo dejé donde estaba.

Por la tarde decidí salir a correr un rato con la esperanza de que me ayudara a sentirme normal de nuevo. Si podía hacer ejercicio, significaba que mi cuerpo estaba bien y no me ocurría nada malo.

Iba de regreso a casa cuando me encontré con Marcus en el ascensor. Me rogó que lo ayudara a limpiar su apartamento y acepté, a pesar de que podía imaginarme el desastre que me encontraría. Había sido muy atento y solícito conmigo estos últimos días y quería devolverle el favor.

Entre los dos no tardamos mucho en ponerlo todo en orden y me aseguré de tirar casi todo lo que había en la nevera, ya que estaba caducado.

—¿Por qué compras cosas que sabes que jamás te comerás? —pregunté.

Marcus miró alguno de los envases que tenía en la mano y se rio.

—No lo sé —respondió— Alguien debería quejarse de la persona que puso: «Fácil de hacer, Yum Yum».

—¿Cómo puedes comprar algo que tiene un espagueti con cara de felicidad y las palabras «yum yum»?

Intercambiamos una mirada y ambos nos reímos.

—Es una buena pregunta. Tal vez estaba borracho —respondió pensativo. Negué con la cabeza y tiré los envases al cubo de la basura.

—Voy a cambiarme. Tengo una cita —anunció Marcus yendo hacia su habitación.

No había tardado mucho. Pensé que sería más cuidadoso después de lo acontecido en El Ataúd Rojo, pero no era el caso.

—¿Alguien a quien conozca? —pregunté.

No respondió. Fui hacia el sofá y, tras poner bien los almohadones, me senté. Estaba cansada y necesitaba una buena ducha. Michael me había invitado a cenar, pero lo único que quería era acurrucarme en el sofá y ver una película. Lucy tampoco saldría, por lo que podíamos hacer una noche de chicas. Esperaba que quedara alguna caja de palomitas.

Alguien tocó el timbre, y como Marcus parecía no haberlo oído, me levanté a abrir la puerta. Algo que deseé no haber hecho cuando me encontré

con Lyn al otro lado.

—Madison, ¿qué haces aquí? —preguntó.

—Vivo enfrente, Lyn —respondí—. ¿Qué haces tú aquí? —Su expresión confirmó mis sospechas: era ella con quien Marcus iba a salir.

—He decidido que ha llegado la hora de darle a Marcus una oportunidad —replicó con una sonrisa inocente.

Miré su atuendo y suspiré con exasperación.

—Primero Derek, ahora Marcus... ¿Quién viene a continuación? ¿Michael?

—Por favor, Madi, somos primos —replicó haciendo una mueca de desagrado.

Marcus se apresuró hacia nosotras, alarmado de vernos juntas. Debía de temer una pelea, ya que llevaba unos tejanos y nada arriba. No había terminado de cambiarse.

—Eso es lo que yo llamo un buen incentivo —dijo Lyn con los ojos clavados en él.

Tenía muy buen aspecto. Parecía que el entrenador los hacía mantenerse en forma.

—¿Vas a salir con Lyn?! —le pregunté enfadada.

—Iremos a Loxi, nada de bares raros —me aseguró Marcus.

Cogí mi chaqueta del sofá y fui hacia la puerta.

—No me llames si terminas en una situación ridícula y peligrosa —dije.

La noche de chicas había sido una buena idea. Hablamos sobre varios temas, incluyendo a Michael y a Ewan, y luego vimos una comedia romántica. Estábamos casi al final de la película cuando me quedé dormida y comencé a tener sueños extraños:

Me encontraba tendida en la hierba, en medio de un círculo de velas. No podía ver con claridad ya que mis ojos estaban entrecerrados. De lo único que estaba segura era de las velas blancas que me rodeaban y de la voz de alguien recitando palabras en la noche: «Luna renasci Magica, Luna renasci Magica».

Había una fuerte intensidad en la voz, como si estuviera exigiendo algo a través de aquellas palabras. Una de las velas ardió de manera más intensa y luego se derritió hasta extinguirse en lo que quedaba de la cera. Luego pasó lo mismo con otra y con otra, hasta que todas las velas del círculo se apagaron.

El sonido del móvil me despertó. Me aparté el pelo del rostro y noté que tenía la frente algo sudada. No recordaba lo que había estado soñado. Hacía

un momento lo sabía, pero ya no lo recordaba. Era algo con velas y hierba...
La pantalla del móvil se iluminó de nuevo reclamando mi atención.

Marcus 00.34

Ashford necesito que vengas a buscarme a Loxi.

Marcus 00.35

¡¡Ashford!!

Debía de estar bromeando.

Yo 00.35

¿Ha pasado algo?

Marcus 00.36

He bebido un poco más de la cuenta y necesito que vengas a buscarme.

Marcus siempre bebía más de la cuenta y de alguna manera siempre se las ingeniaba para volver. ¿Qué había de diferente en esta ocasión?

Yo 00.36

¿Estás con Lyn?

Marcus 00.36

No, le dije que se fuera. Mads, necesito que vengas.

Me levanté del sofá maldiciendo. Lucy dormía. La expresión de su rostro era tan serena que no me atreví a despertarla. Me puse lo primero que vi en el armario y cogí la bufanda de Michael para mantenerme caliente. Lo último que necesitaba era otro resfriado o lo que sea que hubiera tenido.

Yo 00.41

Voy para allá.

KAILO



Encontré a Marcus sentado a la barra. Su cabeza estaba apoyada en la madera rodeada de vasos vacíos. Parecía estar durmiendo, pero al acercarme comprobé que tenía los ojos abiertos.

Miré los alrededores en busca de Lyn sin ver rastro de ella.

¿Qué podía haber pasado esta vez? El lugar no estaba muy lleno, grupos de chicas y chicos hablaban alegremente. Me senté junto a Marcus y este levantó la cabeza al verme.

—Madison al rescate —anuncié.

Me sonrió con una expresión ida y apoyó la cabeza en mi hombro.

—Gracias por venir, Ashford —respondió.

—¿Qué ha pasado?

—Estoy cansado de tener relaciones vacías y superficiales —murmuró Marcus en mi hombro—. Lyn y yo... No había notado hasta hoy que somos iguales. No quiero estar con alguien que sea como yo.

No estaba segura de qué decir. Era la primera vez que hablaba con cierta seriedad sobre su vida amorosa.

—Vámonos de aquí —resopló.

Se levantó de manera abrupta y me apresuré a cogerlo del brazo al ver que se tambaleaba. Se había saltado la fase alegre y pasado directamente a estar borracho.

—Buscaré un taxi —dije.

Dejé que se apoyara en mí y lo guie hacia la salida.

—No, quiero caminar —respondió—. Vayamos andando, Mads.

—¿Estás seguro de que podrás ir andando hasta casa? —pregunté.

Asintió de manera efusiva y tiró de mí hacia la calle. Esperaba que no se durmiera por el camino o no sabía cómo lo haría para arrastrarlo.

—Dime exactamente qué pasó —dije.

—Nos estábamos besando en aquel pasillo que da al baño, pasándolo bien, y pensé: «Vaya, esta chica sí que sabe besar» —empezó—. Y luego me pregunté: «¿A cuántos chicos habrá besado? ¿Cuánto durará esta relación?»

¿Una semana? ¿Dos?».

Si me hubieran preguntado a mí, yo habría apostado por una.

—Lyn es como yo, salta de una persona a otra sin sentir nada verdadero. Hace que lo físico nuble por completo lo emocional —continuó Marcus—. Sus manos estaban acariciando mi cuerpo y las mías estaban metidas en su sujetador y...

—¡No quiero saberlo! —exclamé—. No necesito ese tipo de descripción.

—Le pregunte qué es lo que le gustaba de mí y continuó besándome para que me callara. ¡Que es exactamente lo que hago yo en ese tipo de situaciones! Y fue... revelador. No tienes idea... —Dio un paso y echó la cabeza hacia atrás para tomar aire—. Es... estoy algo mareado.

Me aparté un poco de él por miedo a que me vomitara encima y lo miré sin saber muy bien qué hacer. Marcus respiró profundamente durante un rato y se sentó en un banco que había en la esquina, junto a un árbol.

—Nunca me he enamorado —dijo de manera abrupta—. Necesito sentir algo.

Lo miré sorprendida.

—Has salido con más chicas de las que recuerdo. ¿Nunca sentiste nada por ninguna? —le pregunté incrédula.

—Nada verdadero. No como tú y Michael. La manera en que te mira... Ninguna chica generó eso en mí nunca —confesó Marcus.

—Por eso insististe en que saliera con él —dije recordando una conversación anterior.

—Tenías frente a ti lo que yo deseaba. Algo que acelerara tu corazón. Amor —replicó.

Me senté junto a él y puse mi mano sobre la suya.

—Marcus, necesitas hacer un cambio. Deja de salir con cada cara bonita que veas y busca a alguien que valga la pena. —Hice una pausa y añadí—: Tal vez si realmente prestaras atención a las personas que te rodean... Lucy...

—El día que os conocí, cuando entré en aquella aula llena de gente, tú fuiste la primera chica en la que me fijé —me interrumpió—. Me pareciste guapa y divertida, y pensé en invitarte a salir.

Lo miré incrédula en el silencio de la noche.

—De hecho, lo hice. Y tú te reíste.

—Pensé que estabas bromeando —repliqué recordando la escena.

—Lo sé, y dejé que lo pensaras —respondió Marcus—. Nos hicimos amigos con tanta facilidad y lo pasaba tan bien cuando estaba contigo que no

quise estropearlo. Era como si nos conociéramos desde hacía años. Pasé tanto tiempo contigo y con Lucy que realmente comencé a verte como a una amiga.

Eso era bueno.

—Me alegro de que las cosas hayan resultado así, de esta manera siempre estarás en mi vida. —Marcus hizo una pausa y se volvió a mirarme—. Pero a veces me pregunto si hubiese sido diferente contigo.

De repente me sentí demasiado consciente de mi mano en la suya.

—Supongo que nunca lo sabremos —dije.

—No. Quedará como uno de los grandes misterios de la vida —se rio—. De mi vida, no de LA vida. Como si tuviera importancia universal.

Reí algo nerviosa y me puse de pie.

—Es tarde y pareces cansado. Vayamos a casa —propuse.

Tiré de su mano para ayudarlo a ponerse de pie, y al hacerlo Marcus me tomó en sus brazos y enterró la cabeza en mi hombro mientras me abrazaba.

—Gracias por cuidar de mí, Mads —me susurró.

—No sabía que podías ser tan sentimental —dije bromeando, en un intento por disminuir la tensión.

Me miró brevemente y luego me soltó. Retomamos el camino y me mantuve cerca de él por si se tambaleaba de nuevo. Ansiaba mi cama; hacía frío y el cielo estaba negro. Habían pronosticado lluvia para la mañana siguiente.

—¿Qué le dijiste a Lyn? —pregunté con curiosidad.

La expresión de Marcus cambió drásticamente.

—No estoy seguro. Lo que sí que recuerdo es que estaba enfadada, realmente enfadada. Y ofendida. Eso no puede ser bueno —respondió.

Estábamos pasando frente a un callejón cuando oí un ruido.

Aguardé unos segundos en silencio y lo oí de nuevo.

Sonaba como un maullido. Un maullido agudo y triste.

Permanecí quieta intentando descifrar de dónde venía. Marcus continuó caminando y no le grité que esperara para que no asustara a lo que fuera que estuviera haciendo ese maullido.

Una pequeña silueta salió del callejón y se paró delante de mí. Tenía el pelaje oscuro y grandes ojos amarillos que me miraban con una intensidad abrumadora.

Me agaché lentamente para verlo más de cerca. El gatito me miró inmóvil, no podía tener más de unas semanas. Era una pequeña bola de pelo.

—¿Estás solo? —pregunté.

Negué con la cabeza, sintiéndome tonta. Como si esperara que fuera a responderme. El pequeñín dio un paso hacia mí y emitió un sonido largo y agudo.

Estiré la mano y se acurrucó contra ella, mirándome expectante. Era como si sus brillantes ojos amarillos me hablaran. Sentía una conexión, un lazo, que era imposible de describir.

Lo tomé en mis brazos y me puse de pie. El gatito se arrebujó en mi abrigo y me puso su diminuta patita sobre el pecho. El gesto me desarmó.

No podía dejarlo, debía llevarlo conmigo. No sabía por qué, o cómo, pero tenía la certeza de que me pertenecía, de que era mi obligación cuidar de él.

—¡Ashford!

Marcus había avanzado un buen trecho y me estaba haciendo gestos para que me apresurara. Miré el callejón, intentando asegurarme de que sus padres o hermanitos no estuvieran allí. Todo era oscuridad y silencio. Levanté el móvil para iluminar el lugar; parecía estar vacío.

Alcancé a Marcus y enseguida llegamos al apartamento. Parecía tan atribulado que ni siquiera se percató del pequeño animalito que dormía en mis brazos.

Lo dejé frente a su puerta y continué hacia la mía. Una vez en la cocina, encendí las luces y lo dejé en el suelo para poder verlo mejor. Era completamente negro a excepción de una mancha en la punta de la cola. Era como si la hubiese sumergido en pintura blanca.

Me sentía exhausta y el pequeñín también se veía cansado. Le di un recipiente con un poco de leche y luego lo llevé a mi habitación y me recosté en la cama con el gatito en mis brazos.

Lo primero que vi al despertarme fueron dos ojos amarillos, brillantes y curiosos. Me levanté sobresaltada y el gato rodó por la colcha hasta los pies de la cama. Pensé que había sido un sueño, pero allí estaba.

Un gato negro me había encontrado en mitad de la noche y no podía evitar sentirme conectada a él. Sabía que era tonto y supersticioso asociarlo con cosas sobrenaturales o brujería, pero después de los incidentes que había presenciado no parecía tan tonto ni supersticioso.

¿Por qué yo? ¿Por qué esa noche? Se acercó sigilosamente y le acaricié la cabecita. No importaba la razón, me alegraba de que estuviera conmigo y no solo en la calle.

Le di la vuelta y vi que era un macho.

—Supongo que debo darte un nombre —dije.

El gato fijó su mirada en mí y maulló. Estaba pensando en cómo llamarlo cuando *Titania* entró en la habitación y vino corriendo, saltando sobre el colchón.

Cogí al gatito en mis manos de manera protectora. La perrita se tomó su tiempo para olfatearlo y finalmente decidió que le gustaba, ya que lo lamió y movió alegremente la cola.

La bolita de pelo se escapó de mis manos y restregó su cuerpo contra el de *Tani*. Momentos después ambos estaban jugando sobre mi cama.

—Madi, ¿anoche salist...? —Lucy no terminó la pregunta—. Hay un gato en tu cama.

Lo dijo como si no me hubiera percatado de ello.

—Lo sé —respondí—. Marcus estaba un poco bebido y me pidió que fuera a buscarlo a Loxi, y en el camino de vuelta me encontré con este pequeñín.

—¡Es muy tierno! —exclamó Lucy—. Y parece llevarse bien con *Tani*.

El gatito dejó que lo acariciara y luego vino a acurrucarse a mi lado. Lo tomé en brazos, y parecía estar tan cómodo que lo llevé conmigo hasta la cocina para no dejarlo en el suelo.

—¿Te quedarás con él? —preguntó Lucy entusiasmada.

—Sí.

Me sorprendí al notar la seguridad en mi voz. Ni siquiera lo había pensado y aun así sabía que me iba a quedar con él, como si no existiera ninguna otra opción.

Lucy se sentó en una silla con la mirada perdida. Conocía esa expresión.

—¿Pesadillas? —pregunté.

Asintió.

—La misma de siempre. Estaba corriendo por aquel bosque mientras todo a mi alrededor ardía.

Por la tarde llevé el gato al veterinario. Se encontraba sano, limpio, y tenía un collar azul con un cascabel en el cuello. Me acomodé en el sofá y abrí el portátil, esperando averiguar más sobre los gatos negros y su vinculación con la brujería. No encontré nada muy específico, solo que tenían la reputación de estar ligados a lo maligno y misterioso: brujas, espíritus...

Un escritor llamado William Baldwin decía en su obra que los gatos tenían nueve vidas, ya que esa era la cantidad de veces que una bruja podía adoptar la forma de un gato.

Incluso encontré un artículo sobre una mujer que había sido ahogada

junto a su gato en 1962, ambos acusados de brujería. Hasta había una ilustración de una mujer y un gato negro cayendo a un río atados a una roca.

Alguien llamó a la puerta y me sobresalté. El gatito, que dormía a mi lado, levantó la cabeza y, tras bostezar, se hizo un ovillo de nuevo.

—Está abierto —grité.

Me encontraba demasiado cómoda como para levantarme y Lucy había salido. La puerta se abrió y Marcus apareció en el dintel. Tenía el aspecto de alguien que había sufrido una resaca legendaria y se estaba recuperando.

Parecía algo nervioso, lo cual era completamente nuevo. Me saludó con un gesto de la mano y se sentó a mi lado, casi sin darse cuenta de que tenía un nuevo compañero.

—¿Es un gato? —preguntó mirándolo dudoso.

Lo tocó con un dedo y el pequeñín abrió los ojos.

—Sí. Lo encontré ayer por la noche cuando fui a buscarte —dije.

Marcus lo miró durante unos momentos, pensativo.

—Podemos llamarlo *Whi...*

—Su nombre es *Kailo*, no *Whisky* —le advertí.

Intercambiamos una mirada y me sonrió.

—Algún día voy a tener una mascota y se llamará *Whisky* —me aseguró.

Negué con la cabeza.

—*Kailo...* Me gusta. —Hizo una pausa y su expresión se volvió seria—.

Mads, no recuerdo todos los detalles de anoche, pero sé que te dije algo que no debería haber dicho.

Mantuve la mirada en el portátil mientras pensaba qué decirle.

—No quiero que las cosas se tuerzan entre nosotros —continuó Marcus—. Lamento si dije algo que te hizo sentir incómoda, Ashford.

Me volví hacia él. Me estaba mirando esperanzado.

—Nada se ha torcido, Marcus —dije—. Si vas a disculparte por algo, hazlo por haberme sacado de este sofá en mitad de la noche.

El sonido de su risa hizo que me relajara y la tensión desapareció.

—De no haberlo hecho, el pequeño *Kailo* no estaría aquí. Así que de nada —me respondió.

Eso era cierto. O quizá no. Tal vez lo hubiera encontrado de todos modos, ese día o el siguiente.

—Ahora, Maisy, Lyn y tú podéis formar un club de gatos negros —dijo bromeando.

Sus palabras me alarmaron. Me reí para que no pensara que me lo estaba

tomando en serio, pero estaba en lo cierto. Gatos negros, el día de los Muertos, espectros... Algo estaba ocurriendo, algo que me había estado esforzando por ignorar.

Pasé el resto del día junto a Marcus hasta que Lucy vino con Alyssa y alquilamos una película. Cuando estaba con ellos todo parecía normal, como si jamás hubiera pasado algo fuera de lo ordinario. Era en esos momentos cuando me cuestionaba si realmente había visto cosas que parecían no tener explicación.

MAGIA



Llegada la noche, Michael pasó a visitarme. Me había propuesto salir a cenar, pero quería quedarme con *Kailo*, y me pareció que fuera hacía demasiado frío.

Alyssa le abrió la puerta, pues yo me encontraba guardando unos platos.

—Michael Darmoon, ¿verdad?

—Así es. Y tú eres la dama del bosque —respondió Michael.

Se saludaron de manera amistosa, como si se conocieran o estuvieran compartiendo algún chiste. No recordaba haberlos visto hablar con anterioridad.

Michael vino hacia mí y me saludó con un beso. Apoyé el rostro en su pecho, dejando que me rodeara con sus brazos mientras olía su perfume.

—¿Dama del bosque? —pregunté—. ¿Conoces a Alyssa?

—La verdad es que no, pero he recordado que en Halloween iba disfrazada de hada —respondió.

Me separé un poco para poder ver su rostro.

—Hay algo que quiero mostrarte —dije.

Lo tomé de la mano, guiándolo hacia mi habitación. Michael saludó al resto con un gesto y me siguió. Iba a encender las luces cuando me atrajo hacia él, impidiendo que lo hiciera. Sus labios se apoderaron de los míos y me aprisionó contra la pared. No era exactamente lo que tenía en mente, pero no pude evitar devolverle el beso. Me encantaba el contacto de su cuerpo contra el mío y su pelo era como seda entre mis dedos. Me susurró al oído, y sus palabras enviaron una dulce sensación que me recorrió por entero.

—Michael —dije intentando regañarlo sin éxito—. No te he traído aquí porque haya comprado ropa interior nueva.

—No es necesario que sea nueva —respondió.

Insinuó un beso en mi mejilla y me moví un poco, estirando el brazo hacia la perilla de la luz. *Kailo* estaba allí, y era lo que quería mostrarle. No estaba segura de si podía vernos, ya que tenía entendido que los gatos podían ver en la oscuridad, pero definitivamente nos estaba oyendo.

Logré encender la luz y me encontré con los ojos azules de Michael. Era tan condenadamente guapo que concentrarme en otra cosa no era tarea fácil.

—Te he traído aquí para enseñártelo —dije señalando hacia la cama.

Su expresión fue de sorpresa y se volvió hacia donde estaba indicando. *Kailo* estaba acurrucado contra la almohada, y sus ojos lo inspeccionaban con curiosidad.

—Lo encontré ayer. Se llama *Kailo* —le expliqué.

Michael lo observó sin decir nada. Había algo en su expresión que no era capaz de descifrar.

—¿Qué piensas? —le pregunté.

Me miró como saliendo de algún trance.

—Creo que será un perfecto compañero —respondió.

Se acercó a la cama para verlo más de cerca. *Kailo* se mantuvo quieto sin quitarle los ojos de encima.

—¿Cómo lo encontraste?

—Marcus me llamó para que fuera a buscarlo a Loxi, y al volver a casa lo vi en un callejón —le expliqué. Me senté en la cama y el gatito vino hacia mí, acomodándose en mi regazo.

—Lyn mencionó algo, parecía enfadada —dijo Michael—. ¿Fuiste a un bar a buscar a Marcus? ¿Qué hora era?

—Tarde. No estaba en muy buen estado —respondí.

Michael lo consideró durante un momento.

—¿No podía volver solo? —Su tono de voz era neutro. No estaba segura de si era una simple pregunta o si desaprobaba que hubiera ido a buscarlo.

—Las cosas con Lyn no fueron bien y necesitaba hablar con alguien —respondí en el mismo tono de voz neutro que había usado él.

Me miró unos momentos, como esperando que dijera algo más. Como no lo hice, se sentó a mi lado y extendió su mano hacia el gatito negro.

—Tuvo suerte de haberte encontrado. Hace frío fuera —comentó Michael—. ¿Qué nombre dices que le has puesto a tu nuevo amigo?

—*Kailo* —respondí orgullosa. No estaba segura de dónde había sacado el nombre pero le quedaba bien.

—¿*Kailo*? —Michael no parecía demasiado convencido.

—¿Crees que debí llamarlo *Whisky*? —pregunté bromeando.

—No, a menos que tengas algún problema con la bebida que no me hayas contado —respondió frunciendo el ceño.

Dejé escapar una risa.

—¿Esperabas algún nombre como *Eclipse* o *Maléfico*? —le pregunte en tono irónico.

—No... —La expresión de su rostro lo contradecía. Al parecer creía que ambos nombres eran aceptables.

—Es *Kailo*. *Kai* —insistí.

La pequeña bola de pelo maulló, como confirmando mis palabras. Michael sonrió al fin, dándose por vencido. Aproveché el momento para encontrarlo desprevenido y cogí a *Kai*, mostrándoselo más de cerca.

—¿No crees que es extraño? Maisy, Lyn, tú... Todos tenéis animales de pelo negro y él me encuentra en mitad de la noche —dije en tono serio.

Michael me sostuvo la mirada y eligió con cuidado sus palabras.

—No es algo demasiado usual —concedió.

—No soy supersticiosa, y, aun así, es como si algo estuviera desafiando mis creencias constantemente —repliqué.

—Lo que uno cree no siempre coincide con cómo son las cosas —afirmó Michael.

Aguardé a que continuara, pero no lo hizo. Simplemente mantuvo una expresión neutra y sus ojos fijos en mí como si estuviera esperando que sacara mis propias conclusiones.

¿Qué era lo que no me estaba diciendo?

—¡Mads! —Marcus me llamó desde detrás de la puerta.

—Puedes pasar —dije.

Entró con un bol en la mano y una gran sonrisa.

—Ha llegado el helado —dijo—. Si no te das prisa, puedes despedirte del de vainilla.

Salió por la puerta y regresó junto a los demás. Fui tras él, y antes de salir me volví a Michael.

—Al menos no es completamente negro —dije.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

Levanté a *Kailo* y le mostré la mancha blanca al final de la cola.

La vasta biblioteca de Van Tassel era un lugar con el que Marcus no estaba familiarizado; Lucy y yo prácticamente tuvimos que arrastrarlo hasta allí. A mí me gustaba la atmósfera silenciosa y pacífica y Lucy amaba estar rodeada de libros.

Estábamos haciendo un trabajo para Historia del Arte, y las veces que habíamos intentado desarrollarlo en el apartamento el progreso había sido nulo. Le entregué uno de los libros a Marcus señalándole el párrafo que debía

resumir.

Kailo aparecía en mi mente cada pocos minutos; era la primera vez que lo dejaba solo. Cuando me fui lo había dejado durmiendo junto a *Tani*, y recordar esa imagen me tranquilizaba.

Marcus sacó un café que había ocultado para entrar en la biblioteca, y Lucy lo miró con desaprobación.

Estaba tentada de pedirle un sorbo, algo que Marcus debió de notar, ya que me acercó el vaso de plástico con una sonrisa cómplice.

Había intentado mantenerme alejada del café ya que no estaba durmiendo bien, pero lo echaba de menos. Y de todos modos dudaba de que el café fuera el problema. Continuaba teniendo el mismo sueño: algo con velas y oscuridad que se deslizaba fuera de mi mente cuando abría los ojos.

El ruido de alguien caminando con zapatos de tacón me sacó de mis pensamientos, y momentos después vi a Lyn y a Maisy que venían hacia nosotros.

Una mirada de pánico apareció en los ojos marrones de Marcus, quien se acercó al libro que debía resumir e hizo todo lo posible para aparentar estar concentrado.

—Madison, Lucy —saludó Lyn— ... Marcus.

Los tres le devolvimos el saludo al mismo tiempo, aunque Marcus lo hizo en voz más baja.

—Si hubiera sabido que me encontrabas tan intimidante no te habría invitado a Loxi. Pareces estar a dos segundos de montar una barricada con libros para esconderte, Marcus —dijo Lyn.

Intentó sonar dulce, pero su voz destilaba veneno. Era obvio que el rechazo no era algo que se tomara a la ligera. Pero lo cierto es que era algo que nadie hacía.

—Lo siento si la otra noche te parecí... insensible —se disculpó Marcus—. Si borraras esa mirada asesina de tu rostro no tendría la necesidad de levantar una barricada.

Lyn continuó mirándolo enfadada y de pronto volvió su atención hacia un chico que estaba pasando por el pasillo con una pila de libros.

—¡Alejandro! —gritó llamando su atención.

El joven de pelo negro levantó la cabeza como un suricato, y al verla sonrió como si le hubiera tocado la lotería.

—Tal vez debería darte las gracias por evitar que perdiera el tiempo contigo —le espetó Lyn a Marcus antes de alejarse.

Caminó hacia su nueva víctima como si estuviera en una pasarela en lugar de en una biblioteca y nos lanzó un beso de despedida.

—¿Quién diablos es Alejandro? —pregunto Marcus incrédulo.

—No lo sé, pero alégrate de no ser tú —respondí.

Marcus sonrió, aunque su expresión me decía que estaba algo dolido, principalmente en su orgullo.

—Está en nuestra clase de Cálculo, es latino y muy atractivo —dijo Maisy—. Aunque dudo que le dure mucho.

Marcus dejó caer la cabeza contra la mesa en señal de derrota.

—¿Por qué te lamentas? Fuiste tú quien puso fin al asunto, Marcus —le recordé.

—Esperaba que se lo tomara con humor, no que me pisoteara —respondió.

Lucy lo miró con algo de ternura y Maisy dejó escapar una risita.

—No seas ingenuo, sabías que Lyn no se lo tomaría bien. Aunque debo admitir que tengo curiosidad. ¿Qué pasó exactamente? —quiso saber Maisy.

—Decidí que quiero tener una relación significativa y dudo que fuera a suceder con tu hermana. Sin ánimo de ofender —replicó Marcus.

Maisy lo miró sorprendida. Por mi parte no esperaba una respuesta tan honesta, y al parecer ella tampoco.

—Espero que mantengas tu resolución —respondió con empatía en la voz.

—Lo haré —le aseguró Marcus.

Intercambiaron una mirada y Maisy le sonrió con amabilidad. Se veía más impresionada por el cambio de actitud en Marcus que molesta porque este hubiera ofendido a su hermana.

—¿Marcus ha sido el primero en rechazar a Lyn? —preguntó Lucy con curiosidad.

—No, el primero fue Samuel Cassi... —Maisy se detuvo, arrepentida de casi haber mencionado ese nombre—. No tiene importancia.

Debía de pensar que estaba traicionando la privacidad de Lyn. Por otro lado el nombre me resultaba familiar. Samuel Cassi... Samuel Cassidy, lo recordaba de mi visita a Salem. Era el pobre muchacho que vi llamando a gritos a Cecily, su novia muerta.

—Mañana tenéis que venir a casa para terminar nuestra segunda presentación —nos recordó Maisy cambiando de tema—. Nos toca exponerla en la próxima clase de Historia.

Lucy asintió y yo también lo hice, aunque sin mucho entusiasmo. La risa de Lyn llegó a nuestra mesa como si estuviera a solo unos pasos de nosotros. Aparentemente estaba decidida a demostrarnos lo bien que se lo estaba pasando con aquel chico, Alejandro.

Era un milagro que la bibliotecaria no hubiera aparecido para echarla del lugar. Se podía oír su risa por toda la sala.

—Eso es de muy mala educación —remarcó Lucy.

Marcus dejó caer su cabeza de nuevo contra la mesa. ¿Por qué Lyn no podía tener más clase? La miré molesta, realmente molesta. Sentí una sensación extraña, como si mi enfado se estuviera materializando.

Súbitamente, el café de Marcus estalló salpicándonos a todos, y lo que era peor, a los libros. Era como si el líquido hubiese escapado de la taza por su cuenta.

Me levanté sobresaltada, con una gran mancha marrón en la camisa. Los cuatro intercambiamos miradas de incertidumbre y luego cada uno se concentró en los daños propios.

—Este es uno de mis jerséis favoritos —dijo Maisy de mal humor.

—¡Los libros! —exclamó Lucy intentando secarlos con la manga—. ¿Qué ha ocurrido? Ha sido como... magia.

La palabra me heló la sangre. Magia.

—¿Creéis que Lyn ha puesto algo en mi café? —preguntó Marcus mirando el vaso vacío.

La bibliotecaria apareció tras unos estantes con una expresión de horror que no tardó en volverse algo mucho peor. Me disculpé y me apresuré hacia el baño con la excusa de que el café me estaba quemando.

Una vez allí me detuve frente al espejo con una expresión de miedo en el rostro. ¿Qué era lo que en verdad había sucedido? ¿Había sido yo? ¿Qué me estaba pasando? Me mojé el rostro con agua fría, intentando calmarme. Estaba enfadada con Lyn y luego sentí algo, como una descarga de energía que me recorría todo el cuerpo.

No podía continuar ignorándolo. Me gustara o no, algo estaba pasando.

—¡Lyn, ¿has olvidado que yo también estaba allí?! —La voz furiosa de Maisy venía del pasillo.

—No he sido yo —respondió Lyn con firmeza.

—Sabes que me encanta este jersey.

—Mais, no fui yo —le aseguró—. ¿Estás segura de que fue magia?

La puerta del baño se abrió y ambas se detuvieron en seco al verme. Era

como si un coro de voces estuviera repitiendo la palabra «magia» en mi cabeza. Debieron de notar algo extraño en mi expresión, ya que Maisy comenzó a limpiarse actuando con naturalidad.

—Espero que tu bolso no se haya manchado —dijo Lyn mirándome—. Me gusta ese color.

—Creo que ha sobrevivido —respondí.

Permanecí allí, insegura sobre qué hacer. Quería acorralarlas y preguntarles qué era ese asunto de la magia, pero no me encontraba en el mejor estado mental. Me sentía extraña y nerviosa.

—¿Estás bien? —me preguntó Maisy.

Al día siguiente Lucy y yo iríamos a su casa a terminar la presentación y aprovecharía la oportunidad para averiguar qué rayos estaba sucediendo. El baño de la universidad no era el mejor lugar para hablar de esos temas o acusarlas de brujería.

—Sí, no es nada, solo me he quemado un poco —dije mostrando la mano. —Cogí mis cosas y me esforcé por actuar con normalidad—. Bueno, iré a cambiarme. Nos vemos mañana —me despedí.

—No te olvides de venir a casa después de clase —me recordó Maisy.

Asentí y me apresuré a salir de allí.

Recorrí los pasillos de la universidad sin prestar atención a la multitud que pasaba junto a mí. Estaba ansiosa por quedarme sola e intentar averiguar qué me estaba ocurriendo. Al salir del gran edificio iba tan distraída que por poco choco contra Michael. Estaba de pie en la acera con su gran perro, como si me estuviera esperando.

Dusk ladró al verme y miré al animal como si él tuviera todas las respuestas. El perro simplemente fijó sus ojos en mí.

—Hola, preciosa —me saludó Michael.

Lo rodeé con mis brazos y apoyé la cabeza en su pecho. Me sentía vulnerable y estar junto a él hacía que me sintiera protegida. Apoyó su mentón sobre mi cabeza.

—¿Madison? ¿Estás bien? —me preguntó en voz baja.

Asentí con la cabeza, evitando hablar.

—He venido en coche. ¿Quieres que te lleve a tu casa?

Asentí de nuevo. Michael me cogió de la mano y me llevó hasta el final de la calle, donde había aparcado. Sabía que él no era exactamente inocente en todo lo que estaba pasando, que había algo que no me estaba diciendo. Y, aun así, solo verlo hacía que las cosas parecieran mejor. Estaba enamorada de

él.

Me relajé contra el asiento del coche, tomando conciencia de que mi camisa estaba hecha un desastre y del frío que tenía. Ni siquiera estaba segura de cómo sacar una mancha de café.

Michael puso en marcha el motor y no dijo nada. El silencio duró dos o tres calles, y no fue hasta entonces que comencé a balbucear sobre lo que había pasado con el café. Cómo había estallado sin explicación y la sensación de que yo tenía algo que ver con lo ocurrido.

La mirada de Michael estaba fija en el camino. Abrió la boca y volvió a cerrarla, como si se hubiera arrepentido de lo que iba a decir, y luego lo hizo de nuevo.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

Detuvo el coche frente a mi apartamento.

—La semana que viene es mi cumpleaños —respondió.

Lo miré desconcertada.

—¿Qué tiene que ver eso con...?

—Todo irá bien, mi amor —me interrumpió.

Tomó mi rostro entre sus manos, sus ojos apoderándose de los míos.

—Te ves algo pálida. Necesitas descansar —dijo con voz más firme—. Todo irá bien, te lo prometo.

Parte de mí quería apartarlo y obligarlo a que me diera respuestas. Sin embargo, confiaba totalmente en él y en lo bien que me sentía en sus brazos. Además, ni siquiera estaba segura de qué preguntar: «¿Existe la magia? ¿Me estoy volviendo loca? ¿Perteneces a algún culto extraño de Salem?»

Dusk sacó la cabeza entre los asientos y me lamio el rostro, tranquilizándome.

—¿Quieres subir? —le pregunté a Michael.

—Me encantaría, pero he pasado a buscarte por la universidad para avisarte de que tengo que ir a Danvers. Regresaré mañana —respondió.

Recordé que su familia trabajaba en Salem pero vivía en Danvers, que quedaba a unos pocos kilómetros de distancia.

—¿Irás a visitar a tu familia?

—Sí, tenemos una cena familiar.

Genial, eso me daría tiempo para sobreanalizarlo todo y enloquecer por completo.

—De acuerdo. Avísame cuando estés allí, así sabré que has llegado bien —respondí.

—Lo haré.

Sus labios se fundieron con los míos. Lo cogí de la cazadora y lo atraje hacia mí, poniendo toda mi intensidad en el beso. Todos mis pensamientos se detuvieron por completo. Lo único que importaba era la cálida y agradable sensación que me envolvía. Su mano me recorrió la espalda enviándome deliciosos escalofríos.

—Tal vez pueda subir un rato... —susurró contra mis labios.

Una hora después me estaba despidiendo de él por segunda vez. *Dusk* estaba en la cocina, sorprendentemente quieto en el suelo mientras *Kailo* y *Tani* lo inspeccionaban.

Michael me besó y luego desapareció por la puerta con su gran perro negro siguiéndolo. Al menos estaba mejor que antes; había logrado apartar aquellos pensamientos aterradores de mi cabeza.

Desafortunadamente, después de una ducha y un poco de tiempo a solas, regresaron. Las dudas, las teorías sobre magia y brujería, la confusión. Y lo que era peor, cuanto más lo pensaba, más me desesperaba y más cosas inusuales ocurrían.

Las luces titilaban, una vela decorativa que había comprado Lucy se encendió de pronto, los libros se abrían por sí solos en la última hoja que había leído. Todo era demasiado raro.

Me senté en el sofá intentando calmarme. *Kailo* se sentó a mi lado y empezó a restregar su cabeza contra mis manos.

—¿Qué está sucediendo, *Kai*?

Sus ojos amarillos me miraron de manera reconfortante.

Tal como lo veía, tenía dos opciones: o me entregaba a todos los pensamientos raros que estaba teniendo e intentaba volar con una escoba, o me calmaba, me distraía lo suficiente como para pasar la noche sin perder la cabeza, y al día siguiente investigaría lo que pudiera en casa de las hermanas Westwood.

Me puse algo que me abrigara, crucé al apartamento de enfrente y llamé a la puerta. El alegre rostro de Marcus no tardó en aparecer al otro lado.

—Ashford, ¿qué puedo hacer por ti?

—¿Quieres jugar a videojuegos y que preparemos unos licuados? —pregunté.

Me miró sorprendido. Una expresión de sospecha asomó a su rostro, esperando mi confirmación de que estaba bromeando.

—Es en serio —le aseguré—. Necesito dejar de pensar por unas horas.

Marcus soltó una carcajada y abrió la puerta con el entusiasmo de un niño en Navidad.

—Licuados y videojuegos. Suena genial.

LA CHICA DEL RETRATO



Me acomodé en el sofá mientras Marcus buscaba la licuadora. Me gustaban los videojuegos y el año pasado había dedicado gran parte de mi tiempo a jugar con él. Era una buena manera de pasar el rato y no pensar demasiado.

—¿Sabes que le pondré ron, verdad?

Me volví hacia él.

—Lo sé —respondí.

Marcus me guiñó un ojo. No iba a emborracharme, solo necesitaba acallar un poco mis pensamientos. O tal vez bebería hasta que el mundo fuera un lugar alegre.

—Creí que te gustaba la diversión sana, sin alcohol. —Hizo una pausa y agregó—: No me estoy quejando, más bien al contrario.

Sin responder, busqué su caja de videojuegos y encendí la consola. Al poco tiempo Marcus se me unió, entregándome el vaso que había preparado. Era suave y refrescante, nada que fuera a provocarme dolor de cabeza por la mañana.

Jugamos durante bastante rato, riendo y haciendo comentarios relacionados con el videojuego. Cosas como: «Mátalo, mátalo», «Noooo, mis puntos», «El de la izquierda es mío»... Para cuando llegamos al nivel ocho me sentía menos abrumada y las cosas aparentaban ser más normales.

—¿Dónde está Michael? —preguntó Marcus.

—En Danvers. Ha ido a visitar a sus padres —respondí.

Marcus hizo un sonido de comprensión, con los ojos fijos en la pantalla, concentrado en matar a un ninja.

—Creo que me está ocultando algo. Michael... —Las palabras salieron por sí solas, sin que pudiera contenerlas.

—¿Algo como qué? ¿Un regalo? —Su tono de voz indicaba que apenas me estaba escuchando.

—No, ¡nada que ver con un regalo! —respondí exasperada—. Un secreto. Hay algo que no me está diciendo, algo de su familia.

Marcus pulsó el botón de pausa y se volvió hacia mí.

—¿A qué te refieres?

—Creo que su familia es parte de un culto o algo así —respondí.

La expresión de Marcus pasó de seria a sorprendida y luego comenzó a reír.

—¿Te preocupa que Michael sea parte de un culto? —preguntó incrédulo.

—Olvidalo —le espeté.

Si creía que eso era tonto no quería imaginarme si le decía lo que en verdad pensaba. Había burla en sus ojos, pero intentó contenerse.

—¿Te ha dicho o hecho algo? —preguntó.

—No, pero... —Me detuve antes de continuar—. No importa.

Marcus se levantó a buscar la jarra y llenó su tercer vaso. Levanté el mío, indicando que me sirviera. Tras hacerlo, regresó a mi lado y apoyó una mano en mi rodilla.

—No estoy seguro de lo que está pasando por tu cabeza, Mads, pero estoy aquí para lo que necesites —me dijo.

Asentí agradecida.

—Incluso si quieres que te acompañe a espiar a la familia de Darmoon o a dibujar esquemas conspirativos en la pared —agregó.

Lo golpeé levemente con mi hombro dejando escapar una risa.

Volvimos al videojuego y continuamos avanzando de nivel. No estaba segura de si era por el cansancio o por el ron, pero logré relajarme. Los dos estábamos gritándole a la pantalla como si nuestras vidas dependieran de ello cuando alguien llamó a la puerta. Probablemente para quejarse por el alboroto. Marcus y yo intercambiamos una mirada y estallamos en carcajadas. La puerta se abrió y Lucy entró en el apartamento acompañada por Ewan.

—Hemos oído vuestros gritos desde enfrente —dijo Lucy extrañada.

—Lo siento —me disculpé—. El poder de los videojuegos.

—Ewan os oyó gritar que teníais que «matar al maldito» y se preocupó —dijo Lucy mirando al chico que la acompañaba con cariño.

Él le devolvió la mirada.

—Lucy dijo que seguro que se trataba de algún juego, pero nunca se es suficientemente precavido —manifestó Ewan—. Temí que os estuvieran asaltando.

Su pelo estaba cuidadosamente peinado y llevaba uno de sus jerséis a rombos. Me pregunté cuántos tendría. Todos parecían iguales y a la vez

tenían algunos detalles y colores diferentes.

—¿Qué pensabas hacer en caso de que hubiera sido un asalto? —le preguntó Marcus—. ¿Llamar a la policía? ¿Ahorcarlos con tu jersey?

Intenté no reírme, pero estaba segura de que había una gran sonrisa en mi rostro.

—¡Marcus! —lo riñó Lucy.

—Te hubieras sorprendido —respondió Ewan simplemente.

Había tal seguridad en su voz que me hizo creer en sus palabras.

—Madi, ¿estás bien? —preguntó Lucy acercándose—. Te ves... cansada.

—Sí, creo que me iré a dormir.

Lucy mantuvo su mirada en mí pero no dijo nada. Parecía preocupada.

—Es tarde y mañana tenéis clase —dijo Ewan—. Me iré a casa.

—Te acompaño —respondió Lucy.

Se dirigió a la salida y Ewan sostuvo la puerta de manera caballerosa para que pasara. El rostro de Lucy se iluminó ante el gesto y se cogieron de la mano.

—Es como de la realeza, todo elegante y atento —observé.

—Exactamente lo que merece Lucy —respondió Marcus—. Aunque no me hace muy feliz que hayan estado a solas ahí enfrente.

Lo miré con extrañeza.

—Lucy es tímida y delicada, y pensar que estaba allí sola con un sujeto que le lleva unos años... —Marcus hizo una pausa, como si su expresión lo dijera todo—. De no ser británico le daría un puñetazo.

—Es de Noruega, y Lucy tiene mucho más carácter del que crees. Deja de subestimarla —repliqué.

Lo ayudé a poner en orden las cosas y me despedí de él.

—Esto ha sido divertido; deberíamos hacerlo más a menudo.

—Deberíamos hacerlo todas las noches —respondió Marcus.

Las clases del día siguiente se me hicieron muy lentas. Era difícil concentrarse en los objetivos que debe cumplir una buena publicidad cuando el mundo se había vuelto un lugar desconocido. O mejor dicho, el mundo seguía igual, era yo la que estaba percibiendo las cosas de manera diferente.

Me fui una hora antes de mi última clase y esperé a Lucy en la biblioteca. Aproveché el tiempo para investigar sobre Salem y las brujas, pero todo lo que encontré eran relatos históricos con explicaciones lógicas.

Di con un panfleto de 1692 que explicaba cómo reconocer a una bruja. Decía lo siguiente:

- Si está acompañada por un gato negro como la noche, un cuervo con la astucia del diablo o un roedor que actúa como su espía, es una bruja.
- Si se la ha visto en compañía de espíritus, es una bruja.
- Si la marca del diablo se encuentra en su piel, ya sea en la forma de una mancha o alguna anomalía, es una bruja.
- Si confiesa haberle vendido su alma al diablo a cambio de poderes oscuros, es una bruja.

Eso no era de mucha ayuda. «Si ha sido encontrada besando al novio de otra en un baño, es una bruja.» Cerré el libro y me senté a una de las mesas. Lo de los gatos negros era una simple coincidencia y dudaba que hubiera cuervos con la astucia del diablo o roedores espías. Esos pobres animales habían tenido la mala fortuna de no tener una apariencia muy amistosa y de ser relacionados con brujas.

La segunda línea resonó en mi mente: «Si se la ha visto en compañía de espíritus».

Samuel Cassidy había estado hablando con el espíritu de su novia Cecily, o al menos eso pensaba. Y aunque quería olvidarme de ello, yo había visto uno en el tren: una chica pálida y triste junto a la ventanilla.

Para cuando Lucy llegó, el interior de mi cabeza era como un ovillo, un lío de pensamientos que no llevaban a ningún lado.

Durante el camino a casa de las hermanas Westwood, Lucy me miró de reojo en varias ocasiones sin comentar nada al respecto. Debía de estar horrible: ojeras, poco maquillaje y la expresión de alguien seriamente perturbado.

Al llegar vi a *Hollín* sentado en el jardín. Nos miró como si nos hubiera estado esperando y dejó escapar un suave maullido. Maisy no tardó en aparecer; venía del jardín trasero con una regadera en la mano.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Lucy.

—No, ya he terminado —respondió mirando amorosamente las flores.

La seguimos hacia la puerta, con *Hollín* marchando a nuestro lado. Maisy nos dijo que esperáramos en el comedor y fue a buscar a Lyn.

Di unas vueltas por la habitación sin estar segura de qué buscar, intentando concentrarme en los detalles. ¿Por qué no podían tener un baúl, grande y visible, donde guardaran sus secretos? Me detuve frente a la librería observando los tomos. Muchos de ellos estaban tan gastados que apenas lograba leer los títulos. Estiré la mano hacia uno de ellos cuando algo llamó

mi atención: un portarretratos. Recordaba haberlo visto la última vez.

Michael, Maisy y Lyn estaban al frente de un grupo de personas. Detrás de ellos reconocí a Samuel Cassidy; estaba muy diferente de cuando lo vi en Salem, tenía el cabello más claro y se veía mucho más arreglado.

Continué inspeccionado la foto hasta que mis ojos se detuvieron en un rostro nuevo. En el espacio que había habido entre Michael y Maisy aparecía ahora una chica.

Mi corazón por poco se detuvo. Recordaba haber visto el hueco entre Michael y su prima y pensado que era extraño, como si faltara alguien. Y de repente aparecía una chica en aquel lugar, como si siempre hubiera estado allí.

Era agraciada y tenía el pelo castaño, más claro que el de Lyn. Llevaba un jersey negro y tenía los ojos demasiado maquillados, como los de un mapache.

—¿Madi? —preguntó Lucy.

Estaba detrás de mí con la mano en mi espalda, como si estuviera preocupada.

—¿Ves a esa chica? —le pregunté mostrándole la foto—. ¿La que está entre Michael y Maisy?

Observó la imagen en silencio y noté que se estaba esforzando por no cambiar su expresión.

—Madi, no hay nadie entre Michael y Maisy —dijo en tono firme.

Sus palabras hicieron que algo estallara dentro de mí.

—¡Lucy, hay una chica entre los dos! ¡Tal vez solo veas un espacio, pero te juro que hay alguien! —exclamé acercando la foto a su rostro—. ¡Mira bien!

Lucy dio un paso hacia atrás, asustada.

—Deberíamos comer algo antes de empezar, tengo hambre... —iba diciendo Lyn, que se interrumpió al vernos—. ¿Qué estás haciendo con esa foto?

—¡Hay alguien entre Michael y Maisy! ¡Una chica! —grité—. Lucy no puede verla, y yo tampoco podía, pero ahora la veo. ¡Aquí! —Fui hacia ellas señalando a la chica gótica—. ¿Quién es ella? ¿Por qué puedo verla? —La histeria en evidente en mi voz—. ¡¿QUÉ DIABLOS ME ESTÁ PASANDO?!

Lyn y Maisy intercambiaron miradas de alarma.

—Madi, me estás asustando —susurró Lucy—. Debemos llamar a un médico. Definitivamente no estás bien.

Miré a las hermanas Westwood exigiendo una respuesta.

—Esa chica que ves en la foto es Alexa Cassidy —dijo Maisy en tono tranquilo.

—La exnovia de Michael —agregó Lyn.

El portarretratos se escapó de mi mano y golpeó contra el suelo. El vidrio se hizo añicos. Debía ignorar las palabras de Lyn y concentrarme en lo importante.

—¿Por qué no la veía antes? ¿Por qué puedo verla ahora? —pregunté, esforzándome por mantener la calma.

—No hay nadie junto a Michael —insistió Lucy—. ¿Por qué le estáis diciendo que sí?

Nadie dijo nada durante unos momentos.

—Esto es un desastre —exclamó al fin Maisy.

—Michael lo hizo, el ritual —le dijo Lyn.

Las dos comenzaron a susurrar en voz baja.

—Quiero saber que está pasando. ¡Ahora! —dije perdiendo los estribos de nuevo—. La foto, el café que estalló ayer, *Kailo*...

—¿*Kailo*? —preguntó Lyn.

—El gato negro que encontré la otra noche, mi nueva mascota —le espeté.

—Oh... —fue lo único que pudo articular Maisy.

—Es un familiar, no una mascota —dijo Lyn—. Y antes no podías ver a Alexa porque no la soporto e hice un hechizo para borrarla de la foto.

Fue entonces cuando perdí la última pizca de control que me quedaba. Las miré furiosa, con las lágrimas brotando de mis ojos. Lucy corrió a mi lado y me abrazó.

—Madi, no estás bien. Llamemos a un médico —dijo con preocupación.

—No necesita a un médico —respondió Maisy, y luego se volvió hacia Lyn—. Llévalas a mi habitación. Yo buscaré el grimorio y llamaré a Michael, es hora de que intervengamos.

GRIMORIO



—Nuestro primo es un idiota por hacerte esto sin darte ninguna explicación —dijo Lyn negando con la cabeza—. No estás enloqueciendo, Madison. Te lo aseguro.

Lucy nos seguía con una expresión temerosa, casi de pánico. No podía culparla, ella ni siquiera sabía lo que estaba pasando, las cosas extrañas que habían sucedido.

La voz de Maisy llegó hasta nosotros. La podía oír gritándole al teléfono:

—¿Cómo pudiste ser tan tonto?! Madison está aquí, asustada y confundida. Debiste habérselo explicado. Esa pobre chica está con un ataque de nervios. Ven enseguida, Michael.

Lyn sostuvo la puerta y nos indicó que pasáramos. La habitación de Maisy era grande y ordenada. Las paredes eran azules y tenía un hermoso tocador en una de las esquinas, sobre el cual había un gran espejo con un marco dorado. Parecía sacado de una película. La cama era majestuosa, con una colcha celeste que iba a la perfección con las paredes y tres grandes almohadones en tonos pastel.

Me senté en el borde y Lucy me imitó, permaneciendo a mi lado. Después de unos minutos en silencio, Maisy entró llevando un libro que parecía estar cayéndose a pedazos.

—¿Michael intentó hacerme algún daño? —pregunté.

Con todo lo que estaba pasando tenía que dejar mis sentimientos a un lado y conocer la verdad.

—No, simplemente hizo las cosas...

—Mal. —Lyn terminó por ella.

Maisy asintió.

—Ella no debería estar aquí —dijo Lyn señalando a Lucy.

Esta se puso de pie, resuelta a no moverse de allí.

—Madi es mi mejor amiga, no iré a ningún lado —declaró.

Lyn la miró como si no pareciera tomar en serio sus palabras.

—Puede quedarse. Estoy bastante segura de que es una Gwyllion. Esto le

incumbe a ella también —dijo Maisy.

¿Gwyllion? ¿Dónde había leído la palabra antes?

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Lucy.

Lyn y Maisy intercambiaron una mirada.

—De acuerdo, se queda. —Lyn hizo una pausa y añadió—: Esto es estresante. ¿Por dónde empezamos, Mais?

—Por el principio —respondió su hermana.

Maisy levantó el libro en sus manos para que lo pudiéramos ver mejor. Era negro y parecía viejo; a decir verdad, era el libro más viejo que había visto en mi vida.

Una cinta lo envolvía sosteniendo las hojas.

—Este libro perteneció a Thomas Westwood, un ancestro que vivió en 1692. Es un grimorio, un libro donde guardamos secretos y hechizos. Cuenta la verdad sobre lo que pasó en Salem —dijo Maisy.

Me ofreció el libro y lo cogí algo temblorosa, sabiendo que no habría vuelta atrás.

—Sé lo que es un grimorio —intervino Lucy—. Pero ¿por qué estamos hablando de brujas?

—Porque es lo que somos —replicó Lyn.

La tensión en la habitación era palpable.

—Madi, tú no crees esto, y a decir verdad, tampoco yo. Son fantasías que pertenecen a los libros —dijo Lucy.

Maisy abrió el libro en mis manos indicándome una página. Las hojas eran de un papel amarillento y desgastado, pero la tinta estaba intacta. Como si algo la estuviera preservando para evitar que se borrara.

—Leed esto y después continuaremos hablando —dijo Maisy.

Lucy parecía lista para salir corriendo, y una parte de mí también quería hacerlo. Pero no podía, no solucionaría nada y no cambiaría la verdad.

—Lucy, necesito que leas esto conmigo, por favor —le pedí.

Regresó a mi lado sin siquiera pensarlo, con un cariño incondicional en sus ojos.

—De acuerdo.

SALEM, 1692



20 de enero

Se acercan tiempos oscuros. Tiempos que amenazan con cambiarlo todo. Hablan de que la chica Abigail muestra un comportamiento extraño y susurra palabras sobre brujería. Sobre una terrible aflicción que la acecha. El miedo a lo desconocido crece, las palabras de los puritanos infunden terror en el corazón de muchos. Nos acusan de tener pensamientos perversos, nos acusan de haber vendido nuestra alma al diablo.

Ahora más que nunca debemos permanecer juntos y ocultar nuestro don.

15 de febrero

Se habla sobre más chicas que sufren de la misma aflicción. Sobre demonios que les causan malestar para robar sus almas. El doctor Griggs asegura que la brujería es la causa que está detrás del comportamiento peculiar de esas jóvenes.

¿Cómo llegaron a esa conclusión? ¿Qué es lo que se esconde detrás de esa farsa? ¿Alguno de los nuestros en verdad las habrá hechizado? No lo creo. No es posible...

1 de marzo

Las cosas empeoran. Susurros sobre brujería y artes oscuras acechan en cada rincón. Sarah Osborne, una mujer pobre y enferma, fue acusada de bruja y arrojada a una celda. Elizabeth Hubbard la acusó de torturarla por las noches, pinchándola con una aguja.

Si una persona inocente que no sabe nada sobre esto sufrió ese destino, ¿qué nos espera a aquellos que tenemos acceso a la magia? Aquellos que recibimos el nombre de «brujas».

21 de abril

Mi peor temor ha sucedido. La niña de los Good, Dorothy, fue vista en el bosque haciendo magia. Arthur Corwin, el hermano de Jonathan Corwin, lo presencié y decidí que sería demasiado peligroso someterla a juicio debido a sus poderes. Él y Nicholas quemaron a la niña en el bosque, manteniéndolo en secreto.

Me temo que John irá tras ellos.

15 de junio

Salem es un caos. Miedo, histeria y acusaciones absurdas. Dos de los nuestros fueron acusados de brujería y encontrados culpables por Hathorne y Gedney.

19 de agosto

Martha y George fueron colgados esta mañana. La imagen de sus cuerpos sin vida aún me persigue, sus miradas vacías me consumen. Ambos prefirieron la muerte, se negaron a utilizar la magia y poner en riesgo a sus familias.

Si no detenemos esto, todos arderemos en Salem.

2 de septiembre

El pueblo apesta a sangre y a cadáveres. Las personas apenas salen de sus hogares, susurros sobre brujas y demonios es todo lo que se oye. Si no actuamos pronto, terminaremos con una soga alrededor del cuello o en un infierno de llamas en algún rincón olvidado del bosque.

William coincide en que debemos hacer algo. Todos los concernidos nos reuniremos en su sótano esta noche para buscar una solución. Es hora de darle la vuelta a la situación.

3 de septiembre

«Si no tomamos el control de Salem, nos uniremos a nuestros antepasados y nuestros hijos no tardarán en seguirnos. Debemos proteger este pueblo y nuestro legado.» Esas fueron las palabras de mi querida hermana Elise Westwood.

Hemos confeccionado una lista de aquellos con sed de sangre que en su ignorancia y paranoia han infligido terribles torturas y peores muertes. Los haremos pasar por aquello a lo que temen y volveremos sus palabras en su contra.

8 de septiembre

Margaret Scott fue acusada de brujería. Usamos una forma de hipnotismo para persuadirla de pasearse por los alrededores de su casa en ropa de dormir al caer la noche. Eso levantó las sospechas de Betty Parris.

17 de septiembre

Escondimos restos de animales en la habitación de Margaret Scott, la cual fue revisada después de que la pequeña Rebecca, la sobrina de los Darmoon, dijera que había tenido pesadillas con ella durante días.

Uno por uno los culpables de esta matanza irán cayendo, y no solo

salvaremos vidas inocentes, sino que nos aseguraremos de que nadie vuelva a tomarse en serio la existencia de las brujas.

19 de septiembre

Con paciencia y cautela lo estamos logrando. Incriminamos con éxito a John DeRich, Daniella Dilorio y a Gedney.

Corwin los ejecutó en secreto y lo ocultó todo. Gedney era un magistrado, al igual que él. Si personas adineradas y con cargos relevantes pueden ser acusadas de brujería, debería temer por él mismo.

22 de septiembre

No hay más nombres en nuestra lista. Aquellos considerados culpables encontraron su final en la horca. Entre ellos había inocentes. Campesinos. Marginados. Pobres diablos derrotados por los caprichos de una joven. Ann Putnam no estaba en nuestra lista. El sentimiento de culpabilidad será un mejor castigo.

Muchos recordarán la cacería de brujas de Salem, pero pocos sabrán la verdad. Al final, nosotros fuimos los cazadores y ellos, los cazados.

BRUJAS



Sentía el libro pesado en mis manos. Si lo que había escrito ese hombre era cierto, las brujas existían y la historia de Salem era diferente de como la conocíamos.

No sabía qué decir o pensar. Me había negado a aceptar que algo así pudiera ser verdad porque no encajaba en mi mundo, no como lo conocía. Y, sin embargo, aparentemente siempre había estado allí. La magia y las brujas tenían un lugar en nuestra historia.

—¿Esto fue lo que realmente pasó en Salem? —pregunté.

Lyn asintió.

—Cuando las cosas comenzaron a salirse de control, nuestros antepasados le dieron la vuelta a la situación. Se aseguraron de proteger nuestro legado y terminar con aquellos que lo estaban amenazando —respondió Maisy.

—Sois brujas, y Michael también... —susurré.

—Técnicamente, él es un brujo —replicó Lyn.

Lucy se puso de pie. Estaba pálida.

—Esto no puede ser cierto —manifestó—. ¿Cómo sabemos que el que escribió ese libro no sufría de esquizofrenia o algo así?

Maisy cerró los ojos y susurró unas palabras. Las luces de la habitación se encendieron y apagaron; luego, una de las ventanas se abrió de manera abrupta y una ráfaga de viento entró por ella, haciendo bailar unos papeles que había en su escritorio.

Lucy la observó boquiabierta.

—Bienvenidas a la realidad. La magia existe —declaró Lyn.

—¡Esto es asombroso! Es como en los libros... —exclamó Lucy—. ¿Podéis volar montadas en una escoba?

Maisy y Lyn intercambiaron miradas y comenzaron a reír.

—No, ni tampoco podemos transformarnos en animales y nuestra piel no se pone verde —le aseguró Maisy.

Esto pareció decepcionarla un poco.

—Pero vosotras vivís en Danvers, no en Salem —dijo recordándolo de pronto.

—Danvers es Salem. En 1752 Salem cambió su nombre por el de Danvers, pero sigue siendo el mismo pueblo —replicó Lyn.

Lucy asintió.

—Yo no soy como vosotras —dije—. ¿Qué está pasando conmigo?

—Michael estará aquí dentro de poco. Le corresponde a él explicártelo —respondió Maisy.

Sentí un leve temblor en el cuerpo.

—¿Michael ha estado jugando conmigo? ¿No es... real lo que siente por mí? —Apenas logré decirlo sin que se me quebrara la voz.

Me esforcé para que ni una lágrima se asomara a mis ojos.

—Michael te ama. Por eso hizo lo que hizo —afirmó Lyn.

No me esperaba oír algo así de ella. Incluso Maisy y Lucy parecían sorprendidas.

—Al menos uno de nosotros merece encontrar el amor —continuó. Había algo triste en su voz, cierto pesimismo.

—Dijiste que soy una Gwyl... algo —le dijo Lucy a Maisy, como si lo hubiera recordado de repente.

—Una Gwyllion —asintió ella—. Algunas culturas las llamaban ninfas; otras, damas del bosque.

Damas del bosque.

—Michael llamó así a Alyssa —recordé.

—Así es, Alyssa Roslyn es una Gwyllion. Y lo sabe —confirmó Maisy.

Lucy permaneció pensativa, demasiado sorprendida como para decir algo. ¿Cómo era posible que mi mejor amiga fuera una ninfa?

La observé: Lucy siempre había tenido cierta belleza ligada a la naturaleza, algo que me recordaba a un hada. Al igual que Alyssa.

—Brujas, ninfas... ¿Qué más cosas hay? ¿Los humpiros en realidad son vampiros? —pregunté.

—No, los vampiros no existen —respondió Lyn—. Solo los humpiros, y no son más que chicos obsesionados con la sangre y la inmortalidad.

Eso era bueno, no me gustaba en absoluto la idea de alguien bebiéndose mi sangre.

—¿Qué hay de mí? ¿Tengo poderes? ¿Puedo hacer magia?

La expresión de Lucy era una mezcla de miedo y entusiasmo. Podía imaginarla correteando por un bosque con una corona de flores en la cabeza.

Por alguna razón parecía natural pensar en ella de ese modo.

La puerta se abrió sin hacer el menor ruido. La vi moverse hasta quedar completamente abierta. Michael entró en la habitación con una expresión sombría en el rostro. El nudo de mi estómago pareció hacerse más grande y el corazón me empezó a latir desbocado contra el pecho.

—Necesito hablar con Madison —dijo en tono firme. Sus ojos no se apartaron de los míos.

—Sí, necesitas hacerlo —replicó Maisy sin poder ocultar el enfado en su voz.

—Suerte, primo —dijo Lyn dándole unas palmaditas en el hombro, antes de salir de la habitación.

Lucy me miró, con una pregunta clara en su rostro.

—Estaré bien —le dije.

—Ven conmigo, Lucy. Creo que tengo un libro sobre Gwyllions —apuntó Maisy.

En cuanto ambas dejaron la habitación, la tensión se triplicó. Michael y yo nos miramos durante un largo momento. Reprimí el impulso de acercarme a él y permanecí donde estaba.

Su sola presencia amenazaba con romperme el corazón.

—Madison... —Dio un paso hacia mí y levanté la mano en señal de advertencia.

—Quédate donde estás —dije—. Sé que eres un brujo.

Se detuvo.

—¿Has manipulado mis sentimientos utilizando la magia? —pregunté. Contuve las lágrimas temiendo la respuesta.

—No. ¿Cómo puedes pensar eso? —replicó.

—Lo que siento por ti es tan... fuerte. Nunca me había ocurrido eso con nadie, no de esta manera —dije.

—Lo que sientes es lo que sientes; la magia no puede manipular sentimientos.

Sentí un inmenso alivio de que lo nuestro fuera real. Michael intentó acercarse y retrocedí.

—¿Me tienes miedo? —Sonaba algo dolido.

—No. Pero sé que me hiciste algo aquella noche en tu jardín. Me he estado sintiendo diferente desde entonces y no recuerdo bien lo que sucedió —dije.

—Mi familia, al igual que la de Maisy y Lyn, proviene de un largo linaje

de practicantes de magia. Brujas. Después de lo que ocurrió en Salem nuestros antepasados tomaron ciertas decisiones para asegurar la supervivencia de nuestra comunidad. Una de ellas fue ocupar cargos importantes para controlar la información. Es por eso que mi familia dirige el museo de Salem desde hace años. Al igual que los Westwood están a cargo del Centro de Turistas, y los Cassidy, de la biblioteca. No hay ningún libro o prueba en Salem de que las brujas existan, son todos cuentos para turistas. Otra decisión que tomaron, la peor de todas, fue que debíamos casarnos jóvenes y con alguien de nuestra misma condición. Eso se fue modificando un poco a medida que avanzaron los años, de lo contrario hubiéramos acabado casándonos entre parientes. —Hizo una pausa y continuó—: Si al cumplir los veinticinco años no estamos comprometidos con nadie, nuestras familias tienen el derecho de elegir a alguien para nosotros.

—Eso suena anticuado e injusto. Por no mencionar arcaico —dije sin poder contenerme.

—Lo sé. Pero nuestros linajes sobrevivieron y nuestra comunidad se fortaleció gracias a ello. Es por eso que aún hoy en día no permiten que nadie rompa con la tradición —respondió Michael con amargura en su voz.

—Por eso mencionaste que se acercaba tu cumpleaños la otra noche, ahora lo recuerdo. Estás a pocos días de cumplir veinticuatro, solo te queda un año...

—Debo elegir a alguien que tenga acceso a la magia, pero eso no significa que deba provenir de una familia de brujas —dijo con una mirada significativa.

Mi cuerpo estaba rígido y me di cuenta de que había dejado de respirar.

—Muchas personas tienen cierto don con la magia, solo que no lo saben. Pasan sus vidas sin saberlo ya que no creen en ese tipo de cosas, ni saben que es algo real. La hora del día en que uno nace, las fases de la luna, eso es lo que hace que se tenga cierto potencial para poseer magia —continuó Michael.

Recordé el calendario lunar en su escritorio, la anotación con mi fecha de cumpleaños.

—Michael...

—Naciste una noche de luna llena. Una noche en la que la luna y las estrellas se veían claramente en el cielo. Hay poder en eso. Magia —dijo exaltado—. Lo único que hice fue un ritual para que pudieras sentir esa magia, tu magia.

Me llevé las manos al rostro, horrorizada.

—Nunca corriste ningún peligro —me aseguró acercándose—. La luna de aquella noche estaba en la misma posición que el día que naciste y debía decir unas palabras a la hora en que lo habías hecho. Fue como un renacer que te conectó con tu magia.

—¿Cómo pudiste? —Apenas logré balbucear aquellas palabras.

Michael me miró sin comprender.

—¡¿Cómo pudiste?! —le grité.

Podía sentir mi enfado, aquella sensación de poder recorriendo mi sangre. Algo estalló cerca de Michael. Una cajita de cerámica que había sobre el tocador de Maisy.

—El ritual tarda un año en completarse, es la única manera de que podamos estar juntos —dijo.

—Me has convertido en una bruja... —Dejé escapar una risa extraña, un sonido afligido y perturbador.

Sonaba irreal solo mencionarlo.

—Tienes lo necesario para serlo, de lo contrario el ritual nunca hubiera funcionado —respondió Michael.

Vino hacia mí y me aparté a un lado, asegurándome de poner espacio entre nosotros.

—Debiste haberme preguntado, Michael. Si hubieras tenido en cuenta mis sentimientos me habrías dicho la verdad sobre quién eres. Era mi decisión, no la tuya —le espeté.

Algo cayó a sus pies. Más trozos de porcelana. Respiré profundamente, esforzándome por controlar lo que estaba sintiendo. Maisy me odiaría si continuaba rompiendo cosas.

—Lo sé. Sé que fui egoísta —admitió—. Solo me queda un año y pocos días antes de que deba comprometerme, y el ritual para que accedas a tu magia tarda un año en completarse. No podía arriesgarme a que te asustaras y tardaras en tomar una decisión.

Lo miré incrédula, apretando con fuerza los puños para evitar estallar.

—Estás hablando de quién soy, de quién seré el resto de mi vida. Estás tomando decisiones sobre mi futuro y temes que tarde en decidirme... ¡¿Qué clase de idiota eres?! —

—¡Uno que te ama! —gritó Michael—. Uno que rehúsa someterse a una vida miserable. Quiero estar contigo, no con alguien que elijan mis padres.

Quería besarlo y estrangularlo al mismo tiempo. Quería... no sabía lo que quería. Me di cuenta de que se sentía culpable, sus ojos me lo decían. Y, aun

así, también parecía estar convencido de que tenía razón. Aquella media sonrisa encantadora no abandonaba su rostro.

—Estás hablando del resto de nuestras vidas cuando solo nos conocemos desde hace unos meses. Tal vez tú fuiste criado sabiendo que deberías tomar esa decisión siendo joven, pero yo no —declaré.

Michael hizo un sonido exasperado.

—El ritual tarda un año. En la misma noche del año que viene debemos completarlo. Si lo haces, tu conexión con la magia será permanente. Si decides no completarlo, irás perdiendo la magia y volverás a ser como antes —dijo Michael—. Te estoy dando una opción.

Suspiré, aliviada de que aún pudiera hacer algo al respecto.

—Pasé días encontrándome mal, creyendo que estaba enferma. No dijiste nada...

—Lo siento. No sabía cómo decírtelo. —El conflicto presente en su voz empeoraba el vacío de mi estómago—. Eso fue tu cuerpo acostumbrándose a la magia.

Aparté la mirada.

—Esto es demasiado. Brujas, magia, lo que realmente ocurrió en Salem, Gwyllions... —Me llevé las manos a la cabeza—. No sé si quiero ser parte de todo eso.

Michael se acercó y me tomó en sus brazos antes de que pudiera evitarlo. Escondí la cabeza y me cogió suavemente por la barbilla, obligándome a mirarlo.

—Tú eres mi destino, Madison. Lo sé. De lo contrario no lo hubiera hecho.

Me besó antes de que pudiera decir algo. Sus labios acallaron mi mente, haciéndome recordar la intensidad de mis sentimientos. Me aferré a él, memorizando la dulzura de sus labios y la suavidad de su piel. Llenándome de su perfume. Y luego me aparté.

—Todo esto es demasiado. Necesito tiempo para asimilarlo.

Le di la espalda y prácticamente corrí hacia el comedor.

Lucy estaba sentada en el sofá con un libro en las manos y Maisy permanecía junto a ella.

Me quedé donde estaba; mi mente era un remolino de pensamientos y emociones. Lucy, mi mejor amiga desde la infancia, era una criatura del bosque. Eso amenazaba con cambiarlo todo, y, sin embargo, ver la forma cuidadosa en la que sostenía el libro me confirmaba que continuaba siendo

aquella chica pelirroja con quien había crecido.

Oí pasos detrás de mí y continué hacia la sala, prácticamente arrojándome sobre Lucy.

—Tenemos que irnos —la apremié.

Debió de notar la urgencia en mi voz, ya que se puso de pie y asintió.

—Iremos a casa, Madi —me aseguró Lucy—. ¿Te importa si me llevo este libro? —preguntó.

—Supongo que no hace falta que te diga que nadie más puede verlo —respondió Maisy—. Os llevaré a casa.

—No. Podemos caminar —rehusé.

Necesitaba alejarme de ellos, de todo lo relacionado con Michael o la magia.

—¿Treinta calles? —preguntó Maisy en tono sarcástico—. Puedo llevaros en coche. Es tarde y no te encuentras en el mejor estado mental.

Miré a Maisy mientras consideraba sus palabras.

—De acuerdo.

Crucé los brazos y aguardé a que Lucy recogiera sus cosas.

—Yo puedo llevarlas.

Mantuve la mirada clavada en el suelo para no mirar a Michael. Podía imaginar sus ojos azules, aquella expresión que hacía difícil poder negarse.

—Creo que ya has hecho suficiente, Mic. Dale a la chica un poco de espacio —le dijo Maisy.

Comencé a ir hacia la puerta sintiendo una inmensa gratitud hacia ella. No podía haberlo dicho mejor: necesitaba espacio.

—Recuerda que lo hice para poder estar contigo. Recuérdalo, Madison.

Maisy nos llevó hasta casa, y tras darle las gracias, me apresuré a salir del coche. Al entrar en mi habitación me desmoroné en la cama, y me quedé allí durante un buen rato. No estaba haciendo nada en particular, solo mirando el techo y pensando. En algún momento, *Kailo* vino a verme, pero mi mente estaba demasiado lejos como para hacer otra cosa que acariciarlo.

Tenía dudas sobre todo lo que había sucedido desde que conocí a Michael. ¿Había roto las bombillas a propósito para hacer nuestro primer encuentro más memorable o había sido involuntario? Vi el dibujo de los dos caminando bajo la lluvia, y de repente tuve la certeza de que él había roto mi paraguas.

¿Y qué había de cuando mi bebida se derramó sobre mí mágicamente en el baile de Halloween haciendo que tuviera que ir al baño? ¿Había sido él

para que descubriera a Lyn y a Derek? ¿O había sido Lyn? ¿O Maisy? Malditas brujas, no podía estar segura de nada.

Lucy se asomó por el marco de la puerta. Parecía estar tan cansada de pensar como yo. Su rostro reflejaba agotamiento, aunque sus ojos continuaban algo desorbitados.

—¿Tú también sientes como si te fuera a explotar la cabeza? —preguntó.

—Sí —asentí—. No estoy en absoluto segura acerca de probar esto de la magia o maldecirlo hasta cansarme.

Lucy me miró extrañada.

—A Michael. Lo hizo todo de manera egoísta sin detenerse a pensar qué es lo que yo querría. Ni siquiera me dijo la verdad sobre sí mismo.

—No es algo fácil de decir —replicó Lucy—. Aunque sé cómo te sientes. No puedo dejar de preguntarme si mis padres saben lo que soy. Cuál de ellos proviene de una línea de Gwyllions. Y Alyssa... se supone que es mi amiga.

Asentí de manera enfática. Traidores.

—¿Qué eres exactamente? ¿Qué es lo que puedes hacer? —le pregunté.

Lucy entró en la habitación, su rostro parecía estar iluminándose un poco.

—No es magia exactamente. Por lo que leí, parece que tengo cierta habilidad para manipular la naturaleza. —Hizo una pausa y añadió—: También debería ser buena creando ilusiones. Alyssa siempre tiene ese resplandor que emana de ella sutilmente, y se ve hermosa y natural. Creo que tiene que ver con eso.

—Siempre que la veo me recuerda a un hada —dije.

—Y las pesadillas que tengo, en las que estoy corriendo por un bosque en llamas, al parecer son memorias de mis ancestros. Algo que siempre estuvo en mí, intentando mostrarme algo de mi historia —agregó.

—Eso explica por qué las tienes desde niña —respondí—. Recuerdo cuando dormías en casa y te despertabas llorando.

Lucy permaneció pensativa, como si estuviera recordando aquellos sueños. Mi estómago hizo una especie de gruñido y me di cuenta de que estaba famélica.

—Todo esto no importa mientras sigamos siendo tú y yo —murmuró Lucy.

Asentí. Sabía a lo que se refería. Me gustaba mi vida, quien era, no quería que eso cambiara.

Kailo me despertó restregando la cabeza contra mi brazo. No recordaba haberme quedado dormida y no estaba segura de qué hora era. Estiré el brazo

hacia el móvil y vi un mensaje de texto en la pantalla.

Michael 00.05

Espero verte en mis sueños.

Dejé escapar un suspiro y mi cabeza cayó de nuevo en la almohada. Era temprano, tenía suficiente tiempo para llegar a clase. Por fortuna hoy solo tenía la asignatura que cursaba con Marcus, lo que me permitiría evitar un encuentro con Michael.

Salí de la cama de manera decidida. Si quería que todo siguiera igual, no podía encerrarme y descuidar mis estudios.

El pequeño gato negro se paró a mi lado y me miró expectante, animándome, retándome. Todavía no comprendía cómo es que podía entenderlo: era como si sus grandes y expresivos ojos me hablaran.

Llevé la mirada hacia el armario y levanté la mano sin estar segura de qué hacer. Quería probar mi supuesta magia, solo que no sabía cómo hacerlo.

Kailo maulló, como si me estuviera riñendo por no concentrarme.

—Ábrete —dije clavando los ojos en la puerta del armario.

Nada. Ni el más mínimo movimiento. Cerré los párpados intentando relajarme y los volví a abrir. Me centré en la puerta de nuevo deseando que se abriera; deseándolo como si tuviera la certeza de que pasaría.

Y entonces se abrió de golpe chocando contra la pared. El ruido de la madera fue tan repentino que me sobresalté.

Permanecí quieta un momento, asombrada de lo que había pasado. No había sido para nada sutil, más bien rápido y brusco. Cogí la ropa sin intentar nada más y fui a desayunar.

Marcus me estaba esperando en el pasillo; su alegre y claro rostro contrastaba con la nube negra en mi cabeza. Me sentía rara y molesta, además de cansada y confundida.

Traté de seguir la conversación y sonreír como si no pasara nada, pero apenas me había enterado de lo que Marcus había dicho en las últimas calles. Algo que debió de ser evidente por la expresión de fastidio de su rostro.

—¿Qué sucede contigo, Ashford? Es como si estuvieras en una galaxia muy muy lejana... —Sonreí ante la referencia a *La guerra de las galaxias*.

—Michael y yo discutimos —dije.

—¿Y luego os reconciliasteis de manera apasionada? —bromeó.

—No, solo discutimos —repliqué.

Cogí el móvil para releer su mensaje y lo guardé antes de ceder y responderle. Esperaba que hubiera soñado conmigo. De hecho, esperaba haberle recriminado lo que había hecho en sus sueños.

—Es evidente que está loco por ti. ¿Qué pudo haber hecho para hacerte enfadar?

Un ritual raro e inoportuno para convertirme en una bruja.

—Tomar decisiones que conciernen a mi futuro sin mi permiso —respondí.

Marcus me miró, esperando que me expusiera.

—Es desconsiderado, caprichoso y... —La visión de Michael en la entrada de Van Tassel hizo que olvidara lo que iba a decir. Allí estaba, perfectamente quieto, como un espejismo demasiado tentador para ser real.

No era solo la forma en que el cabello le caía sobre el rostro, ni su actitud despreocupada, ni su apariencia de chico malo. Era todo, algo en él era tan letal como atractivo.

—Darmoon —lo saludó Marcus estrechando su mano—. ¿Qué has hecho que tiene a Mads de tan mal humor? Compórtate, hombre.

Michael lo saludó sin decir nada, sus ojos pasaron de él a mí.

—Lo digo en serio, solo yo puedo hacer enfadar a Ashford —bromeó Marcus apoyando su brazo en mi hombro de manera protectora.

—Madison no aprecia lo que hago —respondió Michael fingiendo estar dolido.

Sus ojos estaban clavados en el brazo de Marcus y había una amenaza implícita en ellos. Marcus debió de darse cuenta, ya que lo retiró y continuó su camino hacia la universidad. No era alguien a quien le gustaran las situaciones tensas.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Michael.

—Solo que estoy enfadada contigo —respondí.

Llevó su mano hacia mi pelo, acomodando un mechón detrás de la oreja, los ojos fijos en los míos. Sabía lo que estaba haciendo.

—No puedo estar cerca de ti —dije dando un paso hacia atrás.

—¿Por qué no? —preguntó evitando sonreír.

—No puedo... Sin importar lo mucho que quiera estar en tus brazos. Lo que hiciste estuvo mal y necesito pensar sin todos estos sentimientos de por medio —señalé.

Michael me miró algo resignado y se mantuvo donde estaba.

—Debes tener preguntas. Sobre mí, *Kailo*, tú. ¿Quién va a responderlas? —preguntó con sensatez.

—Tú no —respondí.

Vi a Maisy y a Lyn y les hice un gesto con la mano para que se acercaran.

Ambas intercambiaron miradas cautas.

—Si nos vas a gritar, ten mucho cuidado con lo que dices —me advirtió Lyn.

La miré desafiante. No tenía pensando gritarles, pero no me gustaba que me amenazara.

—¿Sabes que puedo convertirte en un sapo, verdad? En un gran y apestoso sapo.

—Lyn... —Michael la miró a ella y después a mí—. No puede hacerlo. No podemos transformar personas en animales.

Eso era un alivio.

—Me gustaría que tú y Maisy vinierais a mi casa después de clase. Hay algunas cosas que necesito saber —les pedí.

Hice un esfuerzo por sonar amable, ya que de lo contrario no tendría más opción que aceptar la ayuda de Michael.

—Tengo planes con Alejandro —se excusó Lyn.

—Pues cancelalos. —Hice una pausa y añadí—: Por favor.

Pensé que se reiría en mi cara. No lo hizo. Permaneció callada, considerándolo.

—Iremos a tu casa esta tarde —respondió Maisy en tono amable—. Siéntete libre de comprar algo para el té.

Tras decir eso, me dio la espalda y se alejó.

—Y espero que tu amigo Marcus no esté allí —agregó Lyn antes de ir tras ella.

Asentí, agradecida de que estuviera dispuesta a cambiar sus planes por mí.

—Yo hubiera sido menos pretencioso —afirmó Michael.

—Habría sido suficiente con que hubieras sido honesto —repliqué.

EL LADO OSCURO DEL HIELO



En el camino de regreso pasé por una confitería para cumplir con los deseos de Maisy. No estaba segura de que tuvieran el derecho a exigir nada, como si las hubiera invitado a tomar el té. Pero ellas no habían tenido nada que ver en mi ritual y necesitaba su ayuda.

Cuando estaba a solo una calle de casa, percibí una gran sombra negra observándome desde la acera de enfrente. *Dusk.*

Michael había enviado a su perro para que me siguiera. No podía decidir si era un gesto bonito o si estaba en camino de convertirse en un acechador. Miré al perro, haciéndole un gesto para que regresara, y continué andando.

Tal vez debería enviar a *Kailo* ir tras él para demostrarle lo extraño que resulta que alguien te siga. No pude evitar sonreír al imaginarme al pequeño gato negro persiguiéndolo.

La cartera me pesaba, tanto que casi se me llegó a dormir el hombro. Me detuve, preguntándome qué era lo que pesaba tanto. Habría jurado que por la mañana era mucho más ligera. Tras abrir el cierre encontré un libro que no recordaba haber puesto allí. *Malleus Maleficarum.*

Recordaba ese título. El del libro que había dentro de una vitrina en la biblioteca de Katelyn Spence. Las hojas estaban aún en peor estado, por lo que no podía ser la misma copia. Alguien debió de ponerlo en mi cartera cuando la dejé en la universidad. Probablemente Michael o sus primas, ya que estaba relacionado con el tema de las brujas. Lo guardé y continué hacia casa.

Bajé del ascensor, y me disponía a buscar las llaves de la puerta cuando oí voces que provenían de dentro. Avancé por el pasillo y me detuve cerca de la entrada.

—¿Siempre supiste que era una Gwyllion? ¿Esa es la razón por la que somos amigas? —preguntó una vocecita que parecía enfadada.

Lucy.

—Tenía mis sospechas —respondió Alyssa—. Esa no es la única razón por la que somos amigas. Me caerías bien aunque no fueras como yo.

—¿Por qué no me lo dijiste? Nos conocemos hace más de un año.

—Habrías pensado que estaba loca. Vengo esperando el momento oportuno desde hace mucho tiempo, y cuando vi que había un aquelarre de brujas compartiendo clases con nosotras supe que ese momento llegaría —respondió Alyssa simplemente.

—¿Sabes lo de Michael, Lyn y Maisy? —preguntó Lucy.

—Percibí su magia.

Abrí la puerta. Las dos se sobresaltaron al verme.

—Lo siento, no quería interrumpir —me disculpé—. Pero al parecer me estoy convirtiendo en una bruja y he invitado a dos de ellas para que me expliquen algunas cosas.

—Convertir no es el término correcto, no es como si te estuvieras convirtiendo en un vampiro. Que por cierto, no existen. Más bien estás aceptando una parte tuya que nunca supiste que tenías —dijo Alyssa.

La miré algo exasperada. No era tan sencillo como eso.

—No es nada malo —afirmó Alyssa.

—Tampoco estoy segura de que sea algo bueno. Al menos no para la vida que quiero tener —respondí.

Fui a la mesa y comencé a ordenarlo todo. Tenía demasiadas preguntas, desde cómo funcionaba la magia a qué era esa tontería de que debían comprometerse a los veinticinco años.

Lucy trasladó la charla con Alyssa a su habitación tras sonreírme de manera alentadora. Me senté en el sofá, perdiéndome un rato en mis pensamientos hasta que oí el ruido de la puerta.

Las hermanas Westwood se acomodaron en el comedor.

Maisy se sentó a la mesa y Lyn se paseó observándolo todo; su expresión era la de alguien que preferiría estar en otro lado.

Les serví té y me preparé una gran taza de café. Probablemente la necesitaría para escuchar todo lo que tenían que decir.

—Le falta azúcar —dijo Maisy.

—Esto no es una visita social. Quiero respuestas —repliqué.

Aun así, le acerqué a Maisy la azucarera.

—La decoración de este lugar deja un poco que desear —comentó Lyn.

—Lucy y yo debimos de olvidarnos de poner la ouija y los murciélagos en la lista —respondí con sarcasmo.

Lyn y Maisy intercambiaron una mirada y se rieron. Estaba a punto de decir algo cuando *Kailo* saltó encima de la mesa y se sentó frente a ellas,

mirándolas con curiosidad. Eso terminó con sus risas y sus rostros se volvieron más serios.

—Tienes un familiar —observó Maisy.

—Lo encontré la otra noche en la calle, y me siento vinculada a él de alguna manera —dije—. ¿Qué es un familiar?

—Muchos animales pueden percibir la magia, pero solo algunos de ellos tienen cierta afinidad con aquellos que la usan: los familiares. —Maisy tomó a *Kailo* en sus manos—. Él la sintió en ti y le inspiró confianza. La magia permitió que os entendierais mejor y eso generó un vínculo.

—Los familiares acompañan y protegen a los practicantes de magia. Al igual que nosotros cuidamos de ellos. Y él te eligió a ti —agregó Lyn.

Kailo maulló, vino hacia mí y restregó la cabeza contra mi mano.

—*Hollín*, *Missinda* y *Dusk* son familiares, supongo que ya lo has deducido —dijo Maisy.

Asentí.

—¿Siempre son negros? —pregunté.

—No, no siempre. La familiar de mi madre es una gata blanca —respondió Maisy—. Pero los animales de pelaje negro siempre han sido relacionados con la brujería. Ese prejuicio creó empatía y los unió más a nosotros.

Eso me tranquilizaba. No era supersticiosa, pero me alegraba saber que *Kailo* no me había elegido porque mi alma era negra al igual que él, como sugerían algunos libros.

—¿Si Michael no hubiera hecho aquel ritual con la luna, nunca habría sabido lo de mi magia?

—No. Muchas personas poseen magia y nunca llegan a saberlo, solo los que nacen dentro de nuestra comunidad —me explicó Maisy—. Nuestros padres nos hicieron ese mismo ritual a los cinco años. Es como una iniciación.

Eso no hacía nada por disminuir mi enfado hacia Michael. De no ser por él seguiría siendo una chica normal.

—No pareces contenta. Creía que a las personas normales les encantaba fantasear con la magia —comentó Lyn.

—Tal vez a Lucy. Para mí la magia siempre ha estado asociada a los cuentos de hadas. Yo siempre soñé con ser una publicista famosa, casarme y tener dos hijos —respondí—. No con formar parte de una comunidad de brujas.

Las dos guardaron silencio; podía ver en sus miradas que ellas también tenían sueños propios.

—Michael me dijo que debéis comprometeros a los veinticinco años, y que si no lo hacéis vuestras familias tienen derecho a elegir a alguien — señalé.

Maisy asintió lentamente. Lyn no dijo nada.

—Estamos en el año 2015, no en una novela de los Tudor. Vuestras familias no pueden obligaros a casaros con alguien si vosotras no queréis — dije escandalizada—. Simplemente no pueden.

—Es una de nuestras reglas más antiguas y, nos guste o no, una de las razones por las que nuestra comunidad ha sobrevivido tanto tiempo —dijo Maisy—. A mí tampoco me gusta, pero crecimos sabiendo que sería así.

Un leve toque de tristeza empañó sus ojos azules.

—Es la injusticia más grande del mundo —denunció Lyn.

—¿Qué pasa si no lo aceptáis? ¿Si os negáis a hacerlo? —pregunté.

Dudaba de que los encadenaran y los obligaran a casarse.

—Debemos renunciar a...

—Lo perdemos todo —la interrumpió Lyn—. Nuestra familia, nuestro hogar, nuestro legado. Nos quedamos solos.

La voz de Lyn denotaba un profundo resentimiento.

—Te quedan cuatro años para encontrar a alguien especial —dije entonces dándome cuenta de algo—. Esa es la razón por la que sales con tantos chicos.

—Tres. Maisy tiene veintiuno, yo tengo veintidós —respondió Lyn en voz baja.

Eso me hizo sentir pena por ella, comprender por qué era como era.

—Es tarde, y he quedado en encontrarme con Alejandro —dijo Lyn recuperando su tono de voz habitual.

Cogió sus cosas y desapareció de nuestra vista antes de que pudiera decir algo. Me quedé con las palabras en la boca mirando la silla donde había estado sentada. No podía imaginarme cómo debía de sentirse uno al tener una fecha límite para encontrar el verdadero amor.

—A Lyn no le gusta hablar de eso —comentó Maisy.

—¿En todo este tiempo nunca se ha enamorado? ¿No ha salido más que un par de semanas con cada uno? —pregunté.

Me costaba creerlo, en especial por la cantidad de chicos con los que había salido.

—Hubo alguien especial, pero tenía novia —respondió Maisy.

El nombre Samuel Cassidy me vino a la cabeza.

—¿Qué hay de ti? —pregunté.

—Si estoy destinada a conocer a alguien, lo haré —respondió simplemente—. Pero no he venido a hablar de eso. ¿Hay algo más que quieras saber?

—¿Cómo funciona la magia? ¿Qué debo hacer?

Maisy sonrió y sacó un libro de su cartera. Era similar al grimorio que me había mostrado en su casa, con la diferencia de que no se veía demasiado viejo.

—Hechizos y práctica —dijo poniéndolo encima de la mesa—. Nuestra comunidad está formada por varios aquelarres, grupos de brujas que comparten sangre o afinidad. Lyn, Michael y yo formamos uno. Nuestra magia está entrelazada y eso nos hace más poderosos cuando realizamos hechizos juntos. Tú te convertirás en parte de nuestro aquelarre si decides completar el ritual.

Madison Ashford, miembro de un aquelarre de brujas. Me daba escalofríos solo de pensarlo.

—Este es nuestro grimorio, te lo dejaré para que puedas ojearlo —dijo—. No intentes ningún hechizo demasiado complicado, podría resultar un desastre.

Asentí. No tenía intención de hacer nada demasiado drástico. A menos que pudiera hacer algo para que aplazaran el examen final de Teoría de la Publicidad. Era dentro de dos días y apenas había estudiado.

—Algunos requieren de ciertos ingredientes —continuó Maisy.

—Por favor, dime que no son partes de animales —comenté preocupada.

Su expresión de desagrado fue evidente.

—No, la magia blanca canaliza el poder de lo natural, no de la muerte —replicó—. Plantas, cierto tipo de flores, semillas...

Eso estaba bien y explicaba el hecho de que tuvieran un invernadero.

—Piensa bien lo que quieres, Madison. Si decides quedarte con Michael, serás una de nosotros, una bruja. Y eso lo cambiará todo —dijo Maisy—. Será una parte de tu vida que deberás ocultar incluso a tu familia.

Eso era exactamente lo que no quería oír. Tomé lo que quedaba de mi café, lamentándome. Quería a Michael; sin embargo, no estaba dispuesta a cambiar toda mi vida por él. O al menos no lo creía. ¿Cómo podía tomar esa decisión? Oí la voz de Marcus tarareando una canción en el pasillo y un

momento después su rostro se asomó por el marco de la puerta. Lyn había debido dejarla abierta.

Entró como si estuviera en su casa y fue directo al frigorífico sin siquiera mirarnos.

—¿Qué hay de nuevo, Ashford? —preguntó mientras descubría el pudín que había hecho Lucy.

—¡No te atrevas a comerte lo que queda! —Me apresuré hacia él y Marcus levantó el plato para evitar que lo cogiera.

—Tengo hambre. Vosotras ya os habéis comido la mitad —protestó. Salté sobre él y se cambió el plato de mano.

—Es como si estuviéramos en la selva y fuerais dos animales peleando por comida —se burló Maisy.

Marcus se sobresaltó, dándome la oportunidad de quitárselo.

—No te había visto. —Se acercó a ella y comenzó a cantar—: «Maisy, aquella con ojos del color del cielo, y como el sol es su pelo».

Maisy no pudo evitar sonreír.

—Tus palabras cautivan mi corazón, Marcus. Debe de ser por lo profundas que son —dijo mirándolo divertida.

—Dame tiempo y un día te sorprenderé —replicó Marcus.

Se sentó en mi silla y la miró de manera seductora. Maisy le sostuvo la mirada un breve instante y luego se puso de pie.

—Tengo cosas que hacer. Espero haberte sido de ayuda, Mads —dijo.

Era la primera vez que me llamaba por mi apodo. Esperaba que eso significara que nos estábamos haciendo amigas.

—Gracias, Maisy —respondí.

Marcus se la quedó mirando mientras devoraba lo que quedaba en la mesa. Una vez que se fue, tomé el grimorio y me apresuré a esconderlo bajo una pila de libros antes de que Marcus lo notara. *Kailo* me siguió con sus ojos y pude ver complicidad en ellos. Sabía lo que estaba haciendo.

Tenía curiosidad por lo que encontraría dentro, era como una especie de diario sobre los hechizos que habían utilizado Michael y sus primas. Tal vez incluso encontraría algo sobre cómo hacer estallar bombillas.

—Creo que me gusta Maisy, es como una princesa que ha olvidado que debe ser delicada —dijo Marcus.

Me volví hacia él. No estaba exactamente sorprendida.

—Lucy es delicada —apunté.

—Me gusta eso de Maisy, que no lo sea —respondió.

Me senté a su lado lamentándome por él. Maisy sería su pareja ideal de no ser por el detalle de que era una bruja.

—No creo que sea la persona adecuada para ti —comenté en tono suave.

Marcus me miró como si hubiera dicho algo extraño, los ojos fijos en mí.

—Mads... ¿estás celosa? —preguntó con una mezcla de sorpresa e intriga.

—¡No! —me apresuré a decir—. No... es solo que... has salido con Lyn, y Maisy es su hermana. No os veo futuro juntos.

—Solo salimos dos veces y ambas fueron un desastre. Hay algo desconcertante en Maisy, algo que me atrae —replicó Marcus—. Debí haberlo notado antes.

Permanecí en silencio. Conocía esa expresión, sabía que nada de lo que dijera lo haría cambiar de opinión. La pantalla de mi móvil se iluminó y lo acerqué para leer el mensaje.

Katelyn Spence 18.28

¡Necesito que me devuelvas mis apuntes!

No pude evitar sentirme decepcionada. Esperaba que fuera de Michael. Lo echaba de menos. Apoyé la cabeza sobre la mesa, compadeciéndome de mí misma.

—Ashford...

—No puedo hacer esto, no puedo mantenerme alejada de él —dije en tono resignado.

—No entiendo lo que está pasando entre tú y Michael —manifestó Marcus.

—Lo sé —respondí.

—Pero sé cómo alegrarte. Ponte un abrigo y ven conmigo —insistió.

Levanté la vista solo para encontrar una gran sonrisa a la que no me podía negar.

Media hora después estábamos en la pista de hockey sobre hielo de Van Tassel. El lugar estaba desierto, el pálido brillo del hielo se veía tan tentador como lo recordaba. Me encantaba patinar. Era algo que solía hacer a menudo cuando salía con Derek. Iba a verlos a él y a Marcus entrenar con el equipo, y una vez que terminaban, me reunía con ellos.

Marcus fue hacia donde guardaban los equipos y regresó con dos pares de patines. Sabía que tendríamos problemas si alguien nos veía, pero no me importaba.

Me deslicé lentamente por el hielo, acostumbrándome a él.

Di un par de vueltas moviéndome despacio y luego comencé a coger más velocidad. Marcus pasó a mi lado y comenzó a trazar figuras esquivándome.

Era bueno y lo sabía, por lo que no podía evitar presumir.

Comencé a patinar en paralelo a él y recorrimos la pista haciendo carreras. Me sentía libre y eso me gustaba. No había decisiones que tomar, ni futuros que contemplar. Solo yo, el hielo y aquella sensación de libertad.

Perdí la noción del tiempo. De no ser porque sentía las piernas pesadas como rocas, habría seguido durante horas.

—¿Cansada, Ashford? —preguntó Marcus.

—Las piernas me están matando —respondí.

Me cogió del brazo y tiró de mí, llevándome hacia la salida de la pista. Era divertido dejar que me arrastrara y no tener que esforzarme.

—Estás fatal de forma —observó.

Me soltó al acercarnos a la salida y continuó patinando. Me cogí de la barandilla para detenerme y me encaminé hacia las gradas.

Apenas sentía las piernas, y sin embargo estaba sonriendo. Me senté junto a mis cosas y comencé a ponerme las zapatillas.

El móvil se deslizó fuera de mi cartera. Nada. Ningún mensaje nuevo.

Sabía que no podía quejarme cuando le había insistido a Michael que necesitaba espacio. Pero no tener noticias de él era horrible.

Yo 20.02

Te echo de menos.

Miré mientras el mensaje se enviaba. No podía actuar con racionalidad cuando se trataba de Michael.

—¡Mads! ¡Mira, sin manos!

Levanté la cabeza. Marcus estaba aleteando como un pollo y patinando mal a propósito. Comencé a reír hasta que se cayó, y entonces estallé en carcajadas.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Me sacó la lengua, disimulando una expresión de dolor, y se puso de pie. No podía ser peor que los golpes que se daba en los partidos.

Una de las luces comenzó a titilar y luego se apagó abruptamente, dejando la mitad de la pista a oscuras. Me puse de pie, mirando alrededor. Una figura se asomó por una de las puertas y me apresuré a pensar en una excusa, creyendo que era alguien de mantenimiento.

Momentos después otras figuras la siguieron. Tres, cinco, ocho. Todas llevaban ropa oscura y algo impedía que les viera el rostro. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y los observé nerviosa. Los ocho individuos caminaban en mi dirección con el sigilo de un depredador. ¿Quiénes eran esas personas? ¿Qué estaban haciendo?

—¡Mads! —La voz de Marcus sonaba tensa y alerta. Su cuerpo se veía rígido y me di cuenta de que la situación no le gustaba. Corrí hacia la pista y caí de espaldas en cuanto mis zapatillas resbalaron sobre el hielo. Marcus se apresuró a acercarse y me ayudó a ponerme de pie.

Las figuras se aproximaron a la pista sin decir una palabra y pude ver una de ellas con más claridad. Llevaba una sudadera y tejanos negros. Una gran máscara le cubría el rostro: tenía hocico y orejas puntiagudas, como si fuera un lobo.

—Si esto es una broma, es demasiado tétrica para ser graciosa —dijo Marcus en voz alta.

Puso un brazo a mi alrededor. Podía sentir la tensión en su mano. La ansiedad.

Nadie respondió. Se metieron en la pista, caminando sobre el hielo, mientras murmuraban algo al unísono.

—No creo que sea una broma.

El miedo en mi voz sonaba demasiado real.

—¿Qué diablos es esto? —exclamó Marcus.

Cada momento los acercaba más a nosotros.

—Marcus...

Me levantó en brazos y comenzó a patinar hacia el otro extremo de la pista, alejándonos del grupo de lunáticos enmascarados. Me aferré a él, quedándome lo más quieta posible para no hacerle perder el equilibrio.

—Cuando lleguemos al borde de la pista, corre y busca ayuda —me dijo Marcus—. Me llevará unos momentos quitarme los patines. No me esperes.

—¡No voy a dejarte! —respondí horrorizada.

—Estaré detrás de ti. No me esperes, Ashford. Es una orden —dijo en tono serio.

—Marcus, no voy a...

Marcus cayó hacia delante como si hubiese tropezado con algo y ambos chocamos contra el hielo. Levanté la cabeza algo confundida. Marcus estaba a mi lado con una mueca de dolor en el rostro. Sentía las piernas pesadas y ni siquiera podía describir el dolor en la espalda.

Las ocho personas se cernieron sobre nosotros como una jauría de lobos. Ninguno llevaba patines, no entendía cómo podían caminar sobre el hielo sin resbalar. Marcus se puso de pie, levantándome con él.

—Un paso más y tendréis que pelear —los amenazó en voz alta.

Uno de los sujetos estiró su brazo hacia mí y Marcus lo empujó. Me

mantuve a su lado, recordando las clases de defensa personal que me había dado mi tío. Era policía y me había obligado a tomar un par de clases antes de mudarme a Boston. Hice lo posible por controlar mi miedo, pensando en las maniobras que me había enseñado.

Sentí una mano agarrándome el hombro y me volví, cogí el brazo y lo retorcí con toda mi fuerza. El tipo dejó escapar un gemido de dolor y le estrellé el puño contra el rostro.

Mis dedos chocaron contra la máscara y sentí un estallido de dolor.

—¿Qué es lo que queréis?! —pregunté furiosa.

Otro sujeto, esta vez más fuerte, me agarró del brazo. Intenté patearle la rodilla, y cuando eso no funcionó le di un golpe en la garganta, lo que me dio unos momentos antes de que mi atacante me aprisionara de nuevo.

—Dejadla. Tengo dinero —dijo Marcus en tono desesperado.

Su mano rozó la mía y dos de los enmascarados lo arrojaron hacia atrás, imposiblemente lejos. Era como si un viento invisible lo empujara por el hielo. Magia.

—¡Marcus!

Su pelo alborotado fue lo último que vi antes de que alguien me pusiera un saco negro en la cabeza. De un momento a otro todo se volvió confusión y oscuridad. Me cogieron de ambos brazos y me arrastraron por el hielo mientras gritaba y pateaba.

—¡AAAASSSHHHFFF OORRRDDD!

El miedo en la voz de Marcus fue como un puñal en el pecho. Intenté responderle, pero mis secuestradores dijeron unas palabras y comencé a perder la noción de lo que estaba sucediendo hasta caer inconsciente.

EL CLUB DEL GRIM



El inusual y agónico dolor en los nudillos y la espalda fue lo primero que noté al despertar. Eso y que todo estaba a oscuras. Un profundo y silencioso terror se adueñó de mí, paralizándome. Todo lo que veía era negro y tenía las manos atadas.

Recordé todo lo acontecido en la pista de hielo, una escena detrás de otra, como una película. El grupo de gente enmascarada me había secuestrado. Eran brujos, tenían que serlo.

Lo cual no explicaba su ataque, pues estaba a mitad de camino de ser una de ellos.

El aire era frío y apestaba a hierba húmeda. También podía oír el chasquido de ramas en el suelo.

Las palabras de Katelyn Spence se repitieron en mi cabeza: «Lo encontraron en un bosque en las afueras. El cuerpo estaba quemado, por lo que a la policía le llevó unos días identificarlo». Estas podían ser las mismas personas que habían quemado a Christian y Diana Hathorne en un ritual.

El miedo aumentó hasta que se abrió paso por mi pecho convirtiéndose en pánico. No quería que me quemaran. No quería morir.

—Mi nombre es Madison Ashford. Soy la novia de Michae... —Un golpe en el estómago me dejó sin aire. Abrí la boca esforzándome por respirar.

—¿Qué ha dicho? —preguntó una voz.

—Nada que nos importe —respondió otra.

Intenté volver a hablar sin lograrlo. Me faltaba el aire. El saco en la cabeza tampoco ayudaba.

—Su muerte fortalecerá nuestra magia. Puedo sentirlo —dijo alguien—. No solo pagará por sus creencias, sino que hará una contribución a nuestra causa.

¿A qué se refería con mis creencias?

—«La sangre es vida, la sangre es poder y su fuerza vital alimentará la nuestra» —recitó una voz—. Eso fue lo que dijo Bokor: sangre y fuego.

De solo escucharlos podía sentir algo gélido recorrer mi cuerpo. ¿Sangre?

¿Podían ser vampiros? Todos habían insistido en que no existían.

—¿Estáis seguros de que es culpable? Los chicos Hathorne eran descendientes directos del juez, pero no recuerdo que el apellido Ashford estuviera involucrado en los juicios —susurró alguien.

Su voz sonaba diferente a la de los demás. Cautelosa. Carecía de aquel tono frenético que percibía en las demás voces.

—Aborrece a los nuestros, lo sé de buena fuente —respondió una voz femenina—. Fue vista en la calle con el *Malleus Maleficarum*.

¿De qué estaba hablando? No aborrecía a nadie. Alguien había puesto ese libro en mi cartera. El *Malleus...* lo que fuera. Alguien estaba intentando incriminarme. Una fuerte patada anticipó mis palabras y rodé por el suelo. Las hojas secas crujieron bajo mi cuerpo y sentí un húmedo y hediondo barro en las manos.

Necesitaba escapar. Había oído lo suficiente como para saber que me quemarían viva y luego harían algo con el líquido viscoso de mi sangre.

Alguien me quitó el saco negro de la cabeza. Mis ojos parpadearon varias veces adaptándose a la oscuridad. Estábamos en el centro de un claro de árboles. No reconocía el lugar. La media luna en el cielo era lo único que me resultaba familiar.

—Soy una...

Otro golpe en el estómago. Me retorcí en la hierba, sintiéndome patética. Quería huir, que alguien viniera a rescatarme. Mis padres, Michael. Pero la realidad era que estaba sola y no podía hacer más que pelear. Hacer todo lo posible por mantenerme con vida.

—¡No es mío!

Rodé hacia un costado evitando una nueva patada y estrellé el pie contra la rodilla de mi atacante, haciéndolo caer.

—Alguien puso ese libro entre mis cosas. No tengo nada en contra de las brujas —dije.

Intenté ponerme de pie. Creí que lo conseguiría hasta que alguien me aplastó con su bota contra el suelo.

—Claro, todos dicen lo mismo —respondió una voz.

—«No es mío», «No sé nada acerca de brujas», «Soy inocente», blablablá —dijo otra voz en tono burlón.

Debí cortarme con algo ya que tenía sangre en los labios.

El sabor era nuevo e inusual. Metálico. El cuerpo me dolía hasta tal punto que no podía distinguir de dónde provenía el dolor.

—Soy una de los vuestros... —Estaba tan cansada que me costaba hablar.

—Dice que es una de los nuestros —anunció uno en voz alta.

Todos estallaron en carcajadas. El sonido era escalofriante, como el de una manada de hienas.

—Soy la...

Me taparon la boca antes de que pudiera terminar de hablar. Uno de aquellos individuos estaba agachado sobre mí, amordazándome con un trozo de tela sucia. El gusto era terrible, repulsivo.

La figura que había a mi lado se veía más esbelta que las demás. Era una mujer que vestía unos tejanos y un abrigo, el rostro y el pelo oculto tras la máscara. Detrás de ella estaban los otros siete, observándome. Y a su espalda había un gran poste de madera clavado en el suelo.

Las lágrimas me inundaron los ojos y el aire dejó mis pulmones. Me iban a atar allí y luego me quemarían viva. Iba a arder en llamas.

No lo comprendía. Habían mencionado los juicios, tenían que ser brujas. ¿No podían sentir, percibir, que tenía magia? ¿O eran brujas que quemaban brujas?

—Comencemos —ordenó una voz.

Sentí varias manos sobre mí, arrastrándome hacia el poste de madera. Intenté hundir mis zapatillas en la tierra, e incluso golpeé con la cabeza la de uno de ellos. Nada funcionó, eran demasiados.

Uno de mis secuestradores tenía mi misma estatura y estaba enterrando las uñas en mi brazo con una fuerza brutal. La mujer. No podía ver el color de sus ojos a través de la máscara, pero podía sentir su mirada sobre mí.

Todas las máscaras eran iguales. Negras con una franja granate en el hocico y un vidrio rojo donde iban los ojos. Eran tan detalladas que incluso imitaban la textura del pelo.

Hice todo lo posible por intentar escapar y fracasé miserablemente. Una última figura se aseguró de que estuviera bien amarrada al poste y retrocedió, uniéndose a las otras.

—Hermanos, hermanas, esta noche saciaremos una vez más nuestra sed de venganza. La noche trae promesas de sangre y muerte —proclamó una voz masculina—. El Club del Grim tiene a su próxima víctima.

Aullaron en respuesta. Gritos horribles en comparación con el aullido de un verdadero lobo. Un sujeto alto, el mismo que había hablado, dio un paso adelante.

—Madison Ashford no proviene de una de las familias que persiguieron a

los nuestros en Salem, pero es igual de culpable. Uno de nuestros miembros asegura que posee una copia del *Malleus Maleficarum*, el martillo de las brujas —dijo con desprecio en su voz—. Esta chica es una enemiga de los poseedores de magia, y por eso morirá.

No. Alguien estaba mintiendo. Habían puesto ese maldito libro en mi cartera. ¿Cómo podían creer que tenía aquel libro cuando pasaba mi tiempo con Michael, Maisy y Lyn? Cuando tenía magia.

Intenté hablar. Decir sus nombres. Pero la mordaza no me permitía decir nada coherente.

—Muerte a aquellos que nos odian. Muerte a nuestros adversarios —volvió a arengar el líder—. Las llamas de Bokor tomarán su vida y fortalecerán nuestra magia.

Todos gritaron en señal de aprobación. Miré los alrededores buscando desesperadamente algo que me ayudara a escapar. La mayoría parecían ser hombres, a excepción de otra mujer con el cabello rubio que le sobresalía de la máscara. Uno de ellos estaba tallando lo que parecía la cabeza de un lobo en un tronco. La navaja de bolsillo que tenía en la mano era una posibilidad.

El líder cogió una rama y comenzó a dibujar una serie de inscripciones en la tierra a mi alrededor. La voz de Katelyn Spence regresó a mi cabeza, podía oírla narrando la escena: «Lo ataron y lo quemaron vivo. Oí que había algunas inscripciones extrañas en la tierra y la policía cree que fue alguna especie de ritual».

Mi corazón latía de manera frenética, con la promesa de muerte llevándolo hasta el límite. Moriría antes de que logran prenderme fuego.

—Nuestra magia aplasta vidas y conquista mundos —dijo la misma voz femenina de antes—. El verdadero poder está en la magia oscura como el ocaso de la noche. El verdadero poder está en la sangre derramada.

Hice fuerza con las manos para soltarme. La soga me quemaba la piel cuanto más lo intentaba, quebrando mis esperanzas.

—El Club del Grim reclama tu sangre.

Sacó una daga y acompañó sus palabras trazando una línea a lo largo de mi brazo. La afilada hoja atravesó la tela de mi cazadora, desgarrándola, hasta llegar a la piel. El corte era profundo y ardía como el infierno.

Todos aguardaron en silencio, expectantes, como si estuvieran esperando algo. Lo único que podía oír era el susurro de las hojas movidas por el viento. Los chillidos de los pequeños animales ocultos en la noche.

El sujeto sacudió la daga sobre los símbolos dibujados en la tierra,

haciendo que gotas de mi sangre cayeran sobre ellos. Luego se acercó a mí hasta que su máscara estuvo a centímetros de mi rostro. Aquellos ojos rojos prometían muerte, como los de un sádico lobo ansioso por devorar mi alma. Como los de un sabueso que escapó del infierno. Como los del Grim.

Estiró su mano hacia mi rostro y presionó un dedo contra la frente. Sentí la tierra caer sobre mis ojos mientras trazaba algún tipo de marca sobre mi piel.

—El fuego no olvida, el fuego castiga —dijo en un susurro.

Los otros aullaron, profiriendo sonidos salvajes y tenebrosos.

—El fuego no olvida, el fuego castiga —repitió en voz alta.

—El fuego no olvida, el fuego castiga —respondieron todos.

Lo repitieron como si fuera una especie de salmodia hasta que una llamarada brotó de la tierra y creció alrededor de mí, envolviéndome en un círculo de fuego. Grité con más desesperación de la que había sentido en toda mi vida.

Las ocho personas de negro permanecieron quietas, como si estuvieran presenciando un espectáculo, y continuaron con su repetitivo canto de «el fuego no olvida, el fuego castiga».

Tenía que utilizar la magia, era mi única salvación. El calor de las llamas besaba mi rostro y el humo apenas me dejaba respirar. Le ordené mentalmente al fuego que se apagara; lo hice una y otra vez, sin ningún resultado.

Las llamas crecieron y más de una chispa voló contra mis mejillas, quemándome la piel. La sangre seca del labio se volvió caliente y pegajosa. No lograría apagarlo, no podía contra toda su magia. Debía intentar algo más sencillo.

Pensé en las cuerdas que me sujetaban contra el poste y deseé con toda la voluntad de la que era capaz que se soltaran y me dejaran ir.

El aire se volvió áspero y me irritó la garganta. Mi visión se nubló a causa del humo y las lágrimas, haciendo que apenas pudiera ver.

No quería morir.

Desesperación, dolor, ira, todo se fusionó en una explosión de emociones y adrenalina. Una sensación de poder se alzó dentro de mí dándome fuerzas.

Las llamas chasquearon y se movieron de manera extraña, peleando contra sí mismas. Las aves abandonaron sus refugios en los árboles mientras el viento soplaba con un sonido furioso haciendo que las ramas chocaran unas con otras.

—¿Qué está sucediendo?

—¿La chica tiene magia?

Pensé en mi familia, en Michael, Lucy, Marcus. No podía aceptar que jamás los volvería a ver, no podía.

La soga se fue aflojando hasta dejarme libre. Arranqué el pedazo de tela que me cubría la boca y me sujeté al poste, alejándome lo más posible de las llamas.

—¡Soy una bruja! —grité—. ¡Michael Darmoon hizo el ritual para que pudiera acceder a mi magia!

Oí voces, palabras de confusión.

—¿Ha dicho Darmoon? —oí exclamar a alguien.

—¡Soltadme! —grité—. ¡Soy una bruja!

Tosí, perdiendo el poco aire que me quedaba. Una llama me quemó la mano, y sentí un dolor tan intenso que creí que me desmayaría. Miré hacia arriba, pero apenas lograba ver el cielo estrellado a través del humo. Moriría viendo algo hermoso: las estrellas, la luna.

—¡¡MADISON!!

Su voz me arrancó de la oscuridad a la que me estaba entregando.

—¡APAGAD EL FUEGO! —gritó Michael—. ¡No os atreváis a continuar!

Había venido a buscarme.

—¡Apagad el fuego, malditos psicópatas! —gritó Michael.

—*Fuego desintio, fuego desintio!*

Creí distinguir la voz de Maisy. Las llamas se fueron extinguiendo enseguida, desapareciendo en algunas partes del círculo. Podía ver figuras moviéndose al otro lado de las llamas, gritando y gesticulando. La sombra de un gran perro corriendo tras ellos. *Dusk*.

Aguardé a que una zona se extinguiera por completo y corrí a través de ella. Las piernas me pesaban como bloques de cemento. Cada músculo de mi cuerpo amenazaba con traicionarme.

Me alejé de todos, sin saber adónde ir, demasiado asustada para detenerme.

Respiré a grandes bocanadas, haciendo lo posible por limpiar mis pulmones. Me dolía la garganta y el dolor de la mano era terriblemente intenso. Las lágrimas recorrían mi rostro dejándome un sabor salado en los labios.

Creí distinguir una figura entre los árboles y me detuve en seco. Quienquiera que fuera permaneció inmóvil en las sombras, oculto tras las

ramas. Levanté los puños y separé un poco las piernas anticipando un ataque. No iba a permitir que siguieran haciéndome daño.

Nada. El corazón me golpeaba salvajemente contra el pecho y la figura continuaba allí, observándome. El tiempo se congeló mientras la adrenalina recorría mi cuerpo, incitándome a actuar. Finalmente dio un paso adelante. No podía ver su rostro con claridad pero estaba segura de que no llevaba máscara, y por un instante creí distinguir un jersey a rombos.

—¡Madison!

Su grito hizo que me sobresaltara y asustó a quien fuera que se escondía tras los árboles, haciéndolo retroceder. Me volví justo a tiempo para ver a Michael abalanzarse sobre mí.

—¿Estás bien? ¿Estás herida?

Me estrechó contra su pecho como si fuera una niña. Su perfume era un regalo enviado por los ángeles. «Estoy en los brazos de Michael», pensé. Me aferré a él y el poco autocontrol que me quedaba se quebró en mil pedazos como si fuera cristal. Ya no eran solo lágrimas, sino un llanto histérico y descontrolado.

—Todo irá bien —me consoló Michael meciéndome contra él—. Estás a salvo.

—No. No... —dije entre sollozos—. Todo no irá bien. Han intentado matarme. Quemarme viva.

Michael me besó y luego tomó mi rostro entre sus manos, mirándome a los ojos.

—Estás a salvo. Nadie, nunca, volverá a hacerte daño —me aseguró—. Cazaré a esos chiflados uno por uno y les prenderé fuego como si fueran fósforos.

Cerré los ojos, temblando ante la imagen. Michael revisó mi cuerpo, deteniéndose en los labios, el tajo en el brazo y luego en la mano.

—Déjame verla —me pidió.

—No. Me quema —dije sosteniéndola contra el pecho.

No insistió. Llevó sus dedos hacia mi mejilla, pasándolos de manera delicada por donde me habían quemado las chispas.

—Te amo, Madison. Y si algo te hubie... —Se detuvo, incapaz de terminar la frase.

La mirada de sus ojos me lo decía todo. Lo asustado que había estado de perderme.

Alguien se acercó corriendo hacia nosotros. Mi cuerpo se tensó y respiré

aliviada al ver el rostro de Maisy. El perro negro de Michael estaba junto a ella. Verlo me recordó a las máscaras.

—El Club del Grim —dije—. Ese es el nombre de esta secta de asesinos.

Me limpié los ojos con la manga de la cazadora.

—¿Está bien? —preguntó Maisy con preocupación.

—¡Mírala! Mira lo que hicieron con ella —replicó Michael furioso—. ¿Lograste atrapar a alguno?

Maisy negó con la cabeza.

—Desaparecieron tras un banco de niebla —explicó—. La conjuraron. No hay duda de que son brujas.

—Iré tras ellos. Pagarán por esto.

Tomé la mano de Michael para evitar que me dejara. Sonaba fuera de sí, como alguien que realmente está dispuesto a todo.

—No. Tenemos que ocuparnos de Mads —dijo Maisy en tono urgente—. Esas quemaduras no tienen buen aspecto. Debemos llevarla a un hospital.

Michael me levantó en sus brazos y me llevó por el bosque hasta donde estaba su coche. *Dusk* permaneció a su lado, las orejas atentas, y en su rostro había una expresión feroz.

Maisy ocupó el puesto del conductor mientras Michael me recostaba en el asiento trasero y permanecía conmigo. Me quitó lo que quedaba de mi cazadora y me envolvió con la suya, acomodándose en sus brazos.

—Mi casa está más cerca. Tengo unas hierbas que aliviarán el ardor —dijo Maisy pensativa.

—No. Quiero ir a un hospital —insistí.

Asintió por el espejo retrovisor y puso en marcha el coche. Continué respirando lentamente, intentando deshacerme de aquella desesperación que no me abandonaba.

—Marcus... —susurré recordando cómo lo habían arrojado por la pista de hielo.

—Está bien —afirmó Michael.

—Él nos llamó pidiendo ayuda —dijo Maisy—. Estaba en la comisaría de policía. Lo llamaré para avisarlo de que estás bien y que vamos de camino al hospital.

En algún momento del trayecto la adrenalina abandonó mi cuerpo, reemplazada por una invasiva sensación de calma. Era extraño, como si ya nada pudiera afectarme. Me sentía cansada más allá de las palabras, entumecida.

—No puedes decirle la verdad a la policía, por lo menos la parte de la magia. Di que era un grupo de fanáticos realizando algún ritual que no comprendías.

La voz de Maisy sonaba distante. Sus palabras, vacías y sin importancia.

—Madison.

Michael levantó mi cabeza hacia él y me miró. Sus ojos azules eran inusualmente oscuros, no celestes, sino del color de un zafiro.

—Está en *shock* —dijo.

¿De qué estaba hablando? No estaba en *shock*. Simplemente me encontraba demasiado abrumada como para seguir procesando todo lo que había pasado. Lo único que parecía real era la quemadura de mi mano. Cada vez que la rozaba con algo era un infierno.

Cuando llegamos al hospital, uno de los doctores comenzó a hacerme una pregunta tras otra mientras me curaba la mano y después el brazo. Preguntas que no quería responder.

Asentí sin siquiera saber a qué estaba asintiendo, y no dije mucho. El dolor en la mano disminuyó, lo cual era un gran alivio. También se ocupó de las pequeñas quemaduras que tenía en la mejilla.

Todo sucedía como si yo fuera la espectadora de una película.

Michael y Maisy esperaban en un rincón de la habitación. Él con una expresión seria y los ojos fijos en mí, ella hablando en susurros por el móvil.

Dos médicos conversaban entre sí, mientras uno de ellos me examinaba los ojos con una pequeña linterna y no dejaba de observarme.

Nada de lo que estaba sucediendo me generó ningún tipo de reacción. Hasta que la puerta se abrió y Marcus entró por ella. Se veía más preocupado de lo que jamás lo había visto y llevaba el brazo vendado.

Me puse de pie, y antes de que pudiera ir hacia él, se acercó y me envolvió en un abrazo. Su pelo despeinado caía sobre mi rostro.

—Dios mío, Mads. No tienes idea de lo asustado que estaba —dijo con lágrimas en los ojos—. Me alegro tanto de que estés bien.

Pasé los brazos alrededor de su espalda y le sonreí.

—Estoy tan feliz de verte. Temí que estuvieras herido —respondí—. Marcus...

No sabía qué más decir que pudiera expresar lo contenta que me sentía de verlo y saber que estaba bien.

—Todo sucedió tan rápido... y de pronto ya no estabas. No sabía qué hacer. Llamé a la policía y... y no sabía por dónde buscarte —casi sollozó.

—Estoy bien —le aseguré.

No era del todo cierto, pero al menos estaba viva.

—Si algo te hubiera pasado, no sé qué haría... —Su voz sonaba consternada—. Me tirarían de un puente o algo.

—Marcus, estoy bien —le aseguré en tono firme.

Me miró y asintió.

—Lamento no haberlos podido detener, lo lamento tanto —dijo.

—No. No tienes nada de que lamentarte. Hiciste todo lo que pudiste —respondí.

Marcus me sonrió un poco y apartó la mirada, limpiándose los ojos de manera disimulada. Era la primera vez que lo veía llorar.

—La policía está esperando para hablar contigo —dijo uno de los médicos con amabilidad.

Michael vino a mi lado y puso una mano en mi hombro de manera protectora. Podía ver que estaba preocupado, pero no hizo más que mirarme, alentándome. Maisy se cruzó de brazos con una advertencia clara en los ojos.

Tres policías entraron en la habitación. Uno de ellos se presentó y otro sacó una libreta en silencio y aguardó de pie. No tenía ningún deseo de revivir las últimas horas. Ninguno. Lo que sí quería era que encontraran a las ocho personas enmascaradas y las encerraran para siempre, o algo peor.

Relaté todo lo acontecido desde que me pusieron el saco negro en la cabeza, esforzándome por recordar los detalles. Todo a excepción de que eran brujas. Dije que no sabía por qué me habían elegido y que lo único que había logrado oír era que se hacían llamar el Club del Grim y que habían matado a Christian y Diana Hathorne.

El alivio en el rostro de Maisy y Michael fue evidente. Michael me cogió la mano todo el tiempo e hizo más presión de la necesaria cuando relaté que me ataron a un poste para quemarme.

Marcus estaba pálido, su rostro era una mezcla de horror y enfado. Incluso los policías parecían perturbados.

Me dieron lápiz y papel para que hiciera un dibujo de las máscaras, algo que hice con total exactitud, y después de hacerme unas preguntas más se fueron.

Estaba sentada esperando a que el médico me trajera una crema para las quemaduras cuando las pisadas de un par de zapatos de tacón alto anunciaron mi próxima visita. Lyn me observó perpleja y luego llevó su mirada a Maisy y a Michael.

—¿Dónde estabas?!

—He venido tan pronto he escuchado todos tus mensajes —le respondió a su hermana.

—Son brujas, Mads los vio hacer magia. Están yendo a por todos aquellos cuyas familias estuvieron en contra de la brujería —le explicó Maisy.

Lyn permaneció pensativa. Sus ojos regresaron a mí y su expresión cambió.

—Te ves horrible. Tu ropa y tu pelo...

—Están cubiertos de cenizas y huelo como algo hecho a la parrilla, lo sé —respondí de mal humor.

—Lo importante es que estás bien —intervino Michael—. Y, aun así, estás guapa.

Lo miré e intenté sonreír sin mucho éxito. La expresión de Lyn indicaba que no compartía su opinión. Me miraba como si fuera algo que había que arrojar a la basura.

—¿Por qué irían tras ella? Su familia no está relacionada con Salem —comentó.

—Alguien puso un libro en mi cartera para incriminarme, el *Malleus*... no sé qué —dije.

Los tres intercambiaron miradas de asombro.

—¿El *Malleus Maleficarum*? —preguntó Michael.

Asentí.

—¿Quién haría algo así? ¿Cuándo? ¿Por qué no nos dijiste nada? —quiso saber Maisy.

—Lo hicieron esta misma tarde. Pensé que había sido uno de vosotros —respondí a la defensiva.

Michael parecía estar cerca de soltar humo por la cabeza. Por un momento temí que saliera corriendo, gritando y preguntando por la calle quién había sido.

Lyn enroscó un rizo de su pelo alrededor de un dedo y vi una pequeña hoja atrapada cerca del mechón lila.

—¿Tienes hojas en el cabello? —pregunté.

Me miró sin entender qué le decía, y, tras encontrar la hoja, la quitó con un gesto de fastidio.

—Alejandro me llevó a pasear por el parque. Esa es su idea de una cita... —replicó en tono aburrido.

Mi mano rozó la de Michael y la retiré con una mueca de dolor. La quemazón había disminuido, pero aún me dolía cuando tocaba algo. Incluso a través de la venda.

—Lamento que hayas pasado por esto —dijo Lyn sorprendiéndome con su amabilidad—. No sé quiénes son esas brujas justicieras, pero no pertenecen a nuestra comunidad. Nuestras familias jamás lo tolerarían.

—Hay que avisarlas. Alguien tiene que detenerlos —dijo Maisy.

—No estoy tan segura de eso. Cuando dije que estaba con Michael Darmoon reconocieron el apellido. Os conocen —respondí—. Y no estaban intentando hacer justicia, sino obtener poder. Dijeron algo de mi sangre, que mi muerte los haría más poderosos. Y algo de las llamas de Bokor.

Los tres intercambiaron miradas serias.

—Tiene que ser magia negra —apuntó Lyn.

—O vudú. Bokor es el nombre que reciben aquellos brujos o sacerdotes que practican vudú —respondió Maisy. Había alarma en su voz.

No me gustaba cómo sonaba eso.

—¿Vudú? ¿Los que pinchan muñecos con agujas? —pregunté.

—El vudú es mucho más que eso. Es una práctica antigua, poderosa, y a veces requiere de sacrificios —me explicó Michael.

El médico volvió a entrar junto a Marcus y me entregó una pomada; luego me explicó cada cuántas horas debía ponérmela y cambiar el vendaje. Tras firmar unos formularios, finalmente me permitieron ir a casa. Michael me rodeó con su brazo y me llevó hacia la salida, escrutando los alrededores con ojos precavidos. Dudaba de que volvieran a intentar algo; me encontraba demasiado cansada como para siquiera considerar esa posibilidad.

Estábamos yendo hacia el coche cuando una pequeña sombra se acercó corriendo por la calle, haciéndome sobresaltar. *Kailo* me miró con tal urgencia que me apresuré a cogerlo en mis brazos para que viera que estaba bien.

Lucy y Alyssa no tardaron en aparecer corriendo. Se veían fatigadas y Lucy tenía los ojos vidriosos.

—¡Madi! ¡¿Estás bien?! Marcus dijo que te habían secuestrado y luego *Kailo* enloqueció por completo y comenzó a arañar la ventana para que lo dejara salir —dijo Lucy quedándose sin aire—. Lo seguimos y nos ha traído hasta aquí.

—Logramos encontrarla antes de que le ocurriera algo malo. Está bien, solo necesita descansar —les explicó Michael.

Abracé a Lucy y luego me metí en el coche. Necesitaba volver a casa, sentirme segura.

—Ese gato debe de ser psíquico. ¿Cómo nos ha encontrado? —Marcus estaba impresionado. Era el único que no sabía la verdad de lo que estaba sucediendo.

—Los gatos tienen buen olfato —apuntó Maisy.

—No, esos son los perros —respondió Marcus.

Continuaron discutiendo en el camino a casa, pero apenas podía oírlos. Tenía al menos quince llamadas perdidas de mis padres, y cuando los llamé les conté todo lo que me fue posible relatar. Lo único que los detuvo de venir a verme era que en solo unos días comenzaban las vacaciones de Navidad y regresaría a casa durante unas semanas.

VACACIONES



Michael insistió en pasar la noche en casa. Su expresión seria y su intensa mirada terminaron convenciéndome. Si esa maldita secta de enmascarados atacaba de nuevo, esperaba que pudiera protegerme.

Marcus también insistió en quedarse, a pesar de que solo tenía que cruzar el pasillo en caso de que pasara algo. Los cuatro terminamos durmiendo en el salón, como si estuviéramos en un campamento. Lucy durmió en el sofá y Marcus, Michael y yo pusimos colchones en el suelo.

Pensé que tendría problemas para conciliar el sueño, pero me dormí apenas apoyé la cabeza en la almohada. Las llamas anaranjadas, las macabras máscaras y los terribles aullidos convirtieron mis sueños en pesadillas.

Por la mañana fui la primera en despertar y me dirigí a mi habitación, buscando unos instantes a solas. Era extraño estar de nuevo allí, como si nada malo hubiera pasado. En algún momento de la noche anterior creí que iba a morir. Que jamás volvería a disfrutar de cosas tan simples como estar en mi habitación, rodeada de mis cosas y de aquella sensación de familiaridad. Sin embargo, allí estaba. Y algo en mí se sentía diferente, roto.

—Madison.

Michael entró en la habitación. Estaba despeinado y tenía los ojos medio entrecerrados, como si se hubiera despertado hacía poco.

—¿Has podido dormir?

—Sí —respondí.

Extendió su brazo hacia mí, buscando mi mano.

—Tenemos que hablar —dije reuniendo todas mis fuerzas.

Dejó caer el brazo y sus ojos se abrieron de manera repentina. Como si alguien le hubiera arrojado algo.

—Lo que pasó ayer nunca debió ocurrir. No representa lo que soy. No sé por qué fueron a por ti. Los encontraré y...

—Uno de ellos metió el *Malleus Maleficarum* entre mis cosas; un libro que solo había visto una vez y que definitivamente no tengo en mi biblioteca. Alguien me tendió una trampa —dije.

—Descubriré quién fue, y sea quien sea sabrá lo que es el verdadero infierno —respondió Michael.

Su mirada refulgía de ira. Algo salvaje se había liberado en él, algo que exigía venganza.

—Alguien, en algún lado, me quiere hacer daño. Un brujo, o bruja, o lo que sea —dije molesta—. Necesito poder defenderme. Con mi propia fuerza y con magia.

Nunca me había sentido tan indefensa como la noche anterior. Asustada e incapaz de protegerme. No sabía qué sería de mi futuro, si sería una bruja o volvería a ser solo Madison. Lo único que sabía con certeza es que no sería una víctima de nuevo. No iba a esperar asustada mientras planeaban cómo matarme.

—Yo te protegeré. Te enseñaré a usar tu magia —respondió Michael con firmeza.

—Michael... lo que siento por ti es real, profundo y apasionado, y si digo lo que sé que tengo que decir, mi corazón se romperá en pedazos.

—No lo digas —me rogó.

Dio un paso hacia mí. Su expresión era seria y al mismo tiempo parecía implorarme con ella.

—Si no lo digo estaré siendo injusta conmigo misma, poniéndote a ti sobre mi futuro, sobre mí —respondí.

Me sostuvo la mirada. Una sombra acechaba en sus ojos oscureciéndolos. No había rastros de la media sonrisa que siempre utilizaba para disuadirme.

—Tienes miedo. Estás permitiendo que el miedo te aleje de mí —dijo.

—¡Por supuesto que tengo miedo! —Hice una pausa, pensando en lo que quería decir—. Quiero estar contigo, pero no estoy segura de si quiero ser una bruja o casarme dentro de unos años. —De pronto me sentía agotada—. Si acepto todo esto y nos casamos y tenemos hijos, ellos estarán sujetos a estas mismas reglas —dije en voz baja.

Sabía que me estaba adelantando demasiado, pero no podía evitar que ese pensamiento hubiera cruzado por mi cabeza. Sobre todo después de ver cómo ser educados de esa manera los había afectado tanto a Lyn como a él.

—Estás yendo demasiado deprisa. Hablando de nuestros hijos cuando no te decides a estar conmigo —replicó Michael levantando el tono de voz.

Su expresión era de puro desconcierto.

—¿Cómo podría no pensar en eso? Sería egoísta no hacerlo —respondí molesta—. El día que tenga hijos nadie les dirá con quién deben casarse. Será

su elección.

Michael se paseó por la habitación como un animal enjaulado.

—Para entonces las cosas pueden cambiar —dijo.

—No lo sabemos —respondí.

Me lanzó una mirada exasperada.

—No puedes estar hablando en serio. No puedes poner a «nuestros futuros hijos» como excusa para no estar conmigo —dijo, como si fuera algo ridículo—. ¡No puedes!

Me llevé las manos a la frente intentando no perder la cabeza.

¿Cómo podía ser tan obstinado? Y aún peor: ¿cómo podía quererlo tanto?

—Desde que te conocí no he podido sacarme de encima esa sensación de que te pertenezco. Y me encantaría poder dejar de pensar y simplemente ser tuya. Pero no puedo. No sin al menos tomarme un tiempo para considerar qué es lo que quiero —dije.

—Me quieres a mí —replicó Michael—. Al igual que lo único que yo quiero es a ti.

—Eso ha sonado un poco arrogante —respondí.

Se detuvo frente a mí, su mirada atrayéndome como un imán.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó.

—Dentro de unos días comienzan las vacaciones. Necesito que durante esas dos semanas mantengamos la distancia. Si he de cambiar toda mi vida por ti, debo estar segura de que eso es lo que quiero —dije—. Que no solo lo estoy haciendo por ti, sino por mí.

Sus labios estaban tan cerca de los míos que era desconcertante. Quería besarlos. En medio de todo ese lío de miedo y emociones, aún quería besarlos.

—De acuerdo, mantendremos la distancia.

Michael se inclinó, prácticamente rozando mis labios. Iba a besarlos cuando dio un paso hacia atrás y se alejó.

—Aún faltan unos días para las vacaciones...

Sonaba como una completa histérica. Diciéndole que necesitaba tiempo y, momentos después, insinuándole que me besara. Tal vez debería entregarme a la brujería y al demonio.

—Tómate el tiempo que necesites —dijo. Estaba enfadado.

—Michael...

—Marcus dijo que estabais patinando cuando los enmascarados te secuestraron —comentó como sin darle demasiada importancia—. ¿Tu amigo sí que tiene permitido verte en Navidad?

Lo miré boquiabierta.

—Marcus es mi mejor amigo, no tengo que defenderme por eso — repliqué.

—Por supuesto. —Se detuvo en la puerta—. Disfruta de tus vacaciones, Madison.

Se fue, dejando mi corazón por los suelos.

Nunca había sido el tipo de chica que necesitaba pensar las cosas. Sentía y actuaba. Pero esto era diferente, no podía simplemente tirar mi vida por la borda para estar con él. ¿O sí? Esperaba que en el grimorio hubiera algún hechizo que me atornillara al suelo y evitara que saliera corriendo tras él.

Los días que siguieron fueron tranquilos, al igual que desdichados. El Club del Grim no regresó a por mí, sin embargo, no podía evitar estar alerta todo el tiempo. Reaccionaba ante el menor ruido como si fueran a atacarme.

Maisy y Lyn me ayudaron a practicar algunos hechizos y Michael se tomó todo el asunto de la distancia demasiado a pecho. Apenas me había dirigido la palabra en las clases que compartíamos y no me había enviado ni un mensaje de texto.

Comprobé mi móvil una vez más mientras hacía la maleta. Nada. Lucy y yo regresaríamos a Nueva York esa misma tarde para pasar las fiestas junto a nuestras familias. *Kailo* me miraba sentado en mi cama, preguntándose adónde iríamos. Les había hablado a mis padres sobre él y lo encontraron extraño, ya que siempre me habían gustado más los perros que los gatos. La única que parecía emocionada por conocerlo era mi hermana menor, Celina.

Tomé el grimorio y lo guardé cuidadosamente entre la ropa. Maisy me permitió que me lo llevara después de explayarse sobre lo importante que era y como nadie, ni siquiera mis padres, podían verlo. Me sentía más segura teniéndolo cerca. Sabiendo que había hechizos con los que me pudiera proteger, llegado el caso.

Miré de reojo la bufanda de Michael y también la guardé. Estaba doblando un jersey y obligándolo a entrar en la maleta cuando alguien llamó a la puerta. Pregunté quién era y me respondió la voz de Ewan Hunter.

—Hola, Madi. ¿Está Lucy? —preguntó.

—Ha salido a pasear a *Tani* —respondí sosteniendo la puerta entreabierta—. No creo que tarde en regresar. Si quieres esperar...

Me dio las gracias y pasó a la sala.

—¿Cómo te encuentras? ¿Cómo está tu mano?

—Mejor —reliqué mostrándole el vendaje—. Dentro de poco podré

quitármelo.

—Eso es bueno —dijo Ewan.

Se quitó su jersey a hombros, revelando una camisa celeste, y lo apoyó en una silla junto a su maletín marrón.

—¿La policía aún no ha identificado a los culpables?

—No —respondí—. Nada.

—Madison. —Hizo una pausa y continuó con cautela—. ¿Qué más recuerdas de esa noche? ¿Cómo eran los símbolos que dibujaron en la tierra?

—No lo sé. No logré verlos con claridad. Recuerdo que uno de los hombres los estaba haciendo con una rama y luego me marcó la frente con tierra —dije—. ¿Por qué lo preguntas?

Ewan me observó en silencio y luego apartó la mirada.

—Realicé algunos estudios sobre símbolos y cosas relacionadas con la brujería. Tal vez pueda ayudar —respondió.

Tuve la sensación de que quería decirme más pero algo lo detenía. ¿Podía ser que supiera la verdad sobre lo que había pasado? Lo miré intentando descifrarlo.

Su maletín cayó al suelo dejando al descubierto la tapa de un libro. Mi magia había hecho eso. Me acerqué para recogerlo y leí la inscripción en la cubierta: Orden de Vörðr.

—Descuida, yo lo cojo —dijo apresurándose.

Lo recogió del suelo y lo guardó, y cerró después el maletín.

—¿Qué es la Orden de Vörðr? —pregunté con curiosidad.

Un silencio tenso prosiguió a mi cuestión.

—Eran guardianes, custodios de lo sobrenatural. Se aseguraban de que aquellos que poseen cierto poder o ventaja sobre las personas normales no abusaran de ella —respondió Ewan—. Su misión era simple: proteger a los inocentes de cosas que muchos creen ajenas a nuestro mundo. Cosas como la magia.

La palabra quedó flotando en el aire. Tragué saliva, preguntándome si sabía la verdad. La expresión de Ewan era una hoja en blanco, nada en ella delataba lo que estaba pensando. Lucy entró por la puerta tarareando alegremente con *Titania*. La tensión se evaporó como si nunca hubiera estado presente y ambos la saludamos con una sonrisa.

—No sabía que vendrías —dijo Lucy.

—Quería sorprenderte antes de que te fueras —respondió Ewan—. Te echaré de menos.

Lucy se sonrojó un poco y lo miró con calidez.

—Aún estoy aquí —dijo en tono suave.

Percibí que necesitaban algo de privacidad y fui a coger mis cosas. Debía pasar por la universidad y luego iría a despedirme de Michael. Necesitaba verlo antes de irme.

Cuando llegué a Van Tassel creí distinguir a alguien que me parecía conocido sentado en los escalones de la entrada. Un chico de pelo oscuro con un abrigo. Lo miré de manera disimulada, intentando recordar quién era, hasta que la imagen de la última vez que lo vi apareció en mi mente. Era Samuel Cassidy. ¿Qué hacía allí? Levantó la cabeza hacia mí y continué caminando sin saber qué hacer. Probablemente no se acordaba de quién era, no estaba en su mejor estado mental cuando nos conocimos.

Su mirada me siguió mientras subía los escalones.

—Tú eres Madison, la chica de Michael —dijo.

Me detuve.

—Sí.

Aguardé a que dijera algo más, pero no lo hizo.

—Tú eres Samuel, te recuerdo de cuando estuve en Salem —dije.

Me acerqué donde estaba sentado. Tenía los ojos celestes, profundos y tristes. Y su pelo era tan oscuro como el de *Kailo*, como si se lo hubiera teñido.

—Ese soy yo. Samuel Cassidy, el loco que estaba hablando con su novia muerta —me soltó.

Había algo tan trágico en su tono de voz que casi resultaba cómico. No sabía cómo responder a lo que había dicho, por lo que le hice otra pregunta.

—¿Qué haces aquí?

Esbozó una sonrisa sorprendentemente encantadora.

—Mis padres creen que necesito un cambio de aires, creen que esto pondrá un poco de orden en mi cabeza —respondió.

—¿Y qué crees tú? —pregunté.

—Creo que me gustas. También que este lugar es una pérdida de tiempo y que estoy aquí por algún plan descabellado de mi hermana —respondió—. Ella eligió este lugar.

Sus palabras me helaron la sangre. ¿Su hermana? ¿Alexa Cassidy? ¿La exnovia medio chiflada de Michael?

—¿Tu hermana quiso venir a aquí?

—Haces demasiadas preguntas —replicó Samuel.

Palmeó el escalón a su lado, invitándome a sentarme.

—He oído cosas sobre tu hermana, cosas malas —dije.

—Probablemente sean ciertas. Cómo decirlo... —Hizo una pausa y me miró con ojos enigmáticos—. Mi hermana es una vil y brillante sociópata. Eso, y está obsesionada con tu chico.

Lo miré perpleja. Aquel pinchazo que había sentido en el pecho debía de ser mi corazón a punto de suicidarse. Como si las cosas ya no fueran suficientemente complicadas.

—Entre nosotros, tú eres más guapa —dijo mirándome como si estuviera asesorando a alguien sobre qué mueble elegir—. Y eres amable, a diferencia de ella.

—¿Por qué me estás diciendo todo esto? —pregunté.

¿Quería asustarme? ¿Lo había enviado Alexa?

—Solo te doy conversación —dijo encogiéndose de hombros, como si no le importara.

—Lamento lo de tu novia. Cecily —dije lo más dulcemente que pude.

Había querido decírselo desde aquella ocasión, cuando vi lo mucho que la quería. Sus ojos se abrieron un poco sorprendidos.

—No lo lamentas más que yo —replicó.

Abrió el libro que descansaba en su regazo y su mirada se perdió en él. Moví un poco la cabeza para poder ver qué estaba leyendo: *El cuervo*, de Edgar Allan Poe.

—Seguro que esto te alegrará —comenté con ironía—. No puedes leer esas cosas si quieres mejorar.

—«Mirando a través de la sombra, estuve mucho rato maravillado, extrañado, dudando, soñando más sueños que ningún mortal se habría atrevido a soñar, pero el silencio se rompió...» —citó—. ¿Quién ha dicho que quiero mejorar, señorita Madison?

Su hermana no era la única que estaba loca.

—Samuel.

La voz de Maisy me sobresaltó. Venía en nuestra dirección con su hermana a su lado. Lyn estaba mirando a Samuel como si hubiera visto un fantasma. Aquella chispa atrevida que siempre tenían sus ojos se había esfumado.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó.

—Lyn Westwood, veo que aún te vistes como una cualquiera —fue su respuesta—. Hola, Maisy.

Contuve una carcajada ante su comentario. Aquel día no llevaba ropa tan provocativa, un jersey corto y pantalones negros ajustados. Lyn lo miró dolido, pero solo durante un momento, antes de que su expresión se volviera indiferente.

—Tú tampoco has cambiado. Tienes toda la apariencia de un borracho, patético y desgraciado poeta. —Hizo énfasis en las últimas palabras.

Samuel la miró como si estuviera aburrido.

—¿Qué haces aquí, Sam? —le preguntó Maisy.

Podía ver que estaba ansiosa por cambiar de tema.

—Seré vuestro nuevo compañero, no puedo esperar —dijo fingiendo entusiasmo—. Alexa está dentro, terminando de matricularnos.

Maisy lo miró con horror.

—¿Esa perra está aquí?! —exclamó Lyn.

Samuel sonrió.

—No. No. No. No. Hay millones de universidades, ¿no podéis ir a otra? —dijo en tono resuelto.

La reacción de Lyn me asustó más de lo que ya lo estaba. Me puse de pie, lista para huir.

—Maisy, ¿sabes dónde está Michael? —pregunté—. Mi tren sale dentro de unas horas y quiero despedirme.

Me miró dubitativa.

—Michael regresó a Danvers ayer por la noche —respondió.

No.

—¿Se ha ido? —Hice la pregunta sin pensarlo.

Maisy se acercó a mí y me sonrió de manera un poco alentadora.

—Sé que mi primo actuó sin pensar y entiendo que necesitas tiempo. Pero Mic es orgulloso y heriste sus sentimientos —dijo—. Estos días no ha sido el mismo. Está tan seguro de lo que siente por ti que no pudo evitar sentirse traicionado ante tu indecisión.

—Maisy... Amo a Michael, pero todo esto...

—Lo entiendo —me interrumpió ella—. En serio. Querías tiempo y ahora lo tienes. Toma una decisión.

Sus palabras fueron duras pero su tono amable. Estaba en lo cierto.

—Wendolyn y Maisy Westwood, ¿habéis venido a darnos la bienvenida?

Me volví hacia la entrada a la universidad. Alexa Cassidy estaba descendiendo por la escalera. Era la primera vez que la veía de cerca. El pelo le llegaba hasta los hombros, de un castaño más claro que el de Lyn, intensos

ojos verdes y ropa oscura, con largas medias rotas. Además de labios burdeos y anillos extraños.

—Es Lyn —la corrigió esta, malhumorada.

—A menos que hayas cambiado tu documento sigue siendo Wendolyn —respondió Alexa.

Era guapa. La maldije en mi interior.

—¿Qué haces aquí, Alexa? —preguntó Maisy en tono irritado.

—¿No es obvio? He venido por Michael —dijo sonriendo—. Mi tiempo se está terminando y debo elegir a mi futuro esposo.

Me ignoró como si no estuviera allí. Sentí tanta desazón que temí desmayarme.

—Pobre ilusa —dijo Lyn acercándose a mí—. ¿Conoces a su novia? Madison Ashford. A diferencia de ti, no necesita recurrir a trucos sucios para llamar su atención.

Me costaba creer lo inmensamente agradecida que estaba con Lyn.

—Te aconsejo que tú no te metas en esto —le espetó Alexa.

Su mirada al desviar los ojos hacia mí era la misma que uno ponía al encontrarse un chicle pegado al zapato: fastidio y asco.

—No sé quién diablos eres tú, pero Michael y yo estamos juntos —le dije.

La miré de la forma más despectiva de la que fui capaz.

—No eres como nosotros —dijo simplemente.

Su expresión me decía que no me estaba tomando en serio.

—Lo seré pronto —repliqué.

Estaba hablando sin pensar, pero no me importaba.

—Algo me dice que las cosas entre tú y Michael no van bien, de lo contrario estaría aquí contigo —dijo—. Mic y yo tenemos historia, solo debo recordárselo.

Le hizo un gesto a su hermano y ambos se alejaron caminando sin decir nada más. Samuel me gustaba; Alexa, por otro lado, hacía que sintiera odio por ella. No podía aparecer de un día para otro y reclamar a Michael. Y lo que era peor, yo era su novia y me trataba como si ni siquiera me considerara una amenaza.

—Si mi primo vuelve con ella, te mataré —me dijo Lyn.

—También yo —agregó Maisy.

Las miré boquiabierta. Tenía decisiones que tomar y menos tiempo del que pensaba para hacerlo. Alexa se volvió hacia mí antes de cruzar la calle y

pude ver algo oscuro en sus ojos. Esa chica arruinaría mi vida.

Witches. Lazos de magia

Tiffany Calligaris

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Crossbooks

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Tiffany Calligaris, 2015

© Editorial Planeta, S. A, 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2016

ISBN: 978-84-08-16370-1

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

Table of Contents

[DEDICATORIA](#)
[PRIMER ENCUENTRO](#)
[LAS HERMANAS WESTWOOD](#)
[DÍA DE LLUVIA](#)
[DOS GATOS NEGROS](#)
[JUGANDO CON FUEGO](#)
[HALLOWEEN](#)
[DÍA DE LOS MUERTOS](#)
[UN ESPÍRITU PASAJERO](#)
[MALLEUS MALEFICARUM](#)
[TORMENTA DE AMOR](#)
[EL ATAÚD ROJO](#)
[LUNA LLENA](#)
[SÍNTOMAS](#)
[KAILO](#)
[MAGIA](#)
[LA CHICA DEL RETRATO](#)
[GRIMORIO](#)
[SALEM, 1692](#)
[BRUJAS](#)
[EL LADO OSCURO DEL HIELO](#)
[EL CLUB DEL GRIM](#)
[VACACIONES](#)
[CRÉDITOS](#)